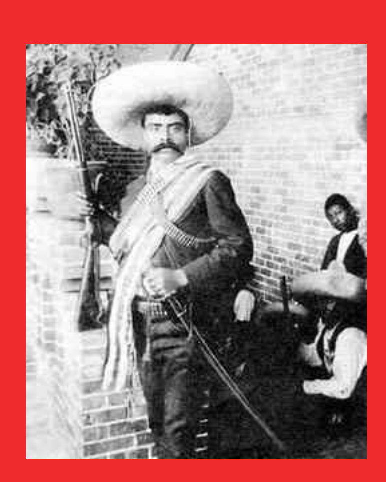
El poder sacralizado

Un análisis simbólico del sistema político mexicano

Laura Collin



El poder sacralizado

Un análisis simbólico
del sistema político mexicano

Laura Collin

El poder sacralizado

Un análisis simbólico del sistema político mexicano

e-libro.net

Esta obra también está disponible en soporte papel, bajo la modalidad de "libro a pedido".

ISBN 99934-70-43-0

A Jesús Rubiel y Luis Donaldo Colosio,
cuyas muertes inspiraron esta venganza
intelectual. Y por supuesto a Marie
Odile Marion, cuya prematura muerte
deja un hueco difícil de llenar

ÍNDICE

Presentación 9

Introducción: en busca de lo sagrado 13

Primera parte
EL ORDEN CULTURAL

I. La construcción de un trascendente: la Revolución como mito 28
El escenario del mito 36
Análisis de los personajes 40
Los momentos del mito 45
Primer momento: el derrumbe de un orden 46
Segundo momento: las tribulaciones del poder 47
Tercer momento: el regreso del pasado 48
Cuarto momento: división en la cúpula 48
Quinto momento: insurrección cristera 50
Fin de la Revolución. Fin del mito 51
Los temas del mito 53
Caos original 53
Búsqueda del culpable 58
El *don* 63
La identidad 66

II. El misterio de la sucesión: *el tapado* 95
El *bueno* 100
El tiempo sucesorio 128
La unción 143
La ruptura con el anterior 144
El misterio de la sucesión 147

III. El hierofante: Jefe Máximo de la Revolución 149
Los atributos: omnisapiencia, omnipresencia, omnipotencia 153
Las prerrogativas: castigar y perdonar; poner y deponer; el afán institucionalizador 159
Sistema de actitudes: el don 170
El péndulo de la nación 176

IV. Los jefes y sus seguidores 191
De los jefes militares a los políticos: los grupos 192
Los espacios del poder: el partido 208
Las corporaciones: el *charrismo* sindical; el ejido; la burocracia y los *caudillos culturales* 227

V. Las instituciones de la institución 258
El paternalismo 260
La noción de apoyo 264
La corrupción 270
El tributo 274

VI. Cuerpo y poder 279
El manejo del tiempo 282
Entre la vida y la muerte 287
Sexo y poder 291

Segunda parte
LAS DINÁMICAS SOCIALES

VII. El cisma 302
La *perestroika* 306
El ave fénix 310

La debacle electoral 319
México global 341
Solidaridad: el intento de una nueva fe 344

VIII. La violencia 351
¿Quién mató a Colosio? 356
El grito de la selva 360
El chivo expiatorio 364
¿El orden restituido? 370

IX. Epílogo 378

Bibliografía citada 385

PRESENTACIÓN

En este libro se aborda un análisis simbólico del sistema político mexicano a partir de aplicar los instrumentos heurísticos de la antropología al estudio de una sociedad contemporánea y al campo especialmente conflictivo de la política. Consta de dos partes, la primera parte del libro esboza una aproximación a la construcción de un nuevo orden cultural a partir de la Revolución Mexicana, se refiere por tanto a los elementos fundacionales y a las estructuras sociales, mientras la segunda remite a las dinámicas sociales y como al cuestionarse los principios fundacionales del orden cultural se origino una crisis política que se tradujo en violencia.

El primer capítulo se avoca al análisis de la Revolución como un mito de origen. En la lectura como mito los personajes históricos se presentan como héroes culturales, se visualiza como cumplen una zaga, enfrentan enemigos, infringen normas motivo de una expiación, se convierten en víctimas, para con su muerte donar un bien o institución cultural. Los personajes, se propone, integran parejas que pueden ser interpretados como gemelos míticos de características inversas y simétricas que aluden a la dualidad de una identidad producto de una situación de contacto. La sacralización de los personajes ubica a los héroes como fundadores de un orden cultural y los convierte en arquetipos. Al analizar a los personajes, las etapas y temas del mito como parte de un sistema de transformaciones, con sus

oposiciones y exclusiones se identifican los elementos constituyentes del sistema de identidad y de los principios fundacionales del nuevo orden. Con la mitificación del relato, la Revolución se constituye en un marcador temporal a partir del cual se origina una nueva era que relega el pasado a un tiempo anterior. El mito de la Revolución arraigado en las representaciones colectivas constituye una forma de conciencia social y en ese sentido, estructurante de las prácticas sociales. Su identificación con lo sagrado le concede estatuto de *incuestionado*.

El segundo capítulo aborda los rituales que evocan la Revolución y sobre todo reiteran de manera simbólica las crisis miméticas que dieron origen al enfrentamiento, traducidos en las formas rituales de resolver la contradicción. Se centra en el análisis de tres ritos de paso; el ritual sucesorio, la unción y el ritual mortuorio. El primero, identificado como el misterio de la sucesión, sustrae de la disputa entre grupos y caudillos al acceso a la primera magistratura al conceder al presidente en funciones la capacidad de elegir a su sucesor. La unción, una *cuasi* posesión transforma al ungido en interprete, en hierofante. El ritual mortuorio es aquel mediante el cual se condena al ostracismo al presidente saliente. Opera como una muerte simbólica que limita la influencia política sobre su sucesor.

El capítulo tercero aborda la sacralización de la figura presidencial que actúa como representante e interprete de la Revolución, y la concentración de poderes y atributos en su persona. Del análisis de los estilos de gobernar de los presidentes como prototipos se desprende la existencia de una alternancia que refleja la dualidad de la identidad de los héroes del mito. Se analiza como, si bien los presidentes manifiestan estilos diferentes, la combinación y alternancia, entre las tendencias individuales y empresariales/liberales y las colectivistas/estatistas, contribuyen a construir un espectacular sistema de equilibrio denominado el péndulo de la nación.

El siguiente capítulo emprende el análisis de los sistemas de lealtades y la manera como los grupos fueron subordinados a la nación. El examen de los grupos como linajes, y por tanto sistemas segmentarios permite entender como los grupos se subordinan a la nación sin perder sus mecanismos internos de

control. Comprende el análisis del partido, los sindicatos, los ejidos, los caciques y los llamados caudillos culturales.

Las praxis sociales entendidas como *habitus* estructurantes de la relación gobernantes-gobernados, se analizan en el quinto capítulo, en el que se intenta demostrar como la corrupción, la noción de apoyo, y el paternalismo operan con una misma lógica que fundamenta el ejercicio del poder. Cada uno de estos *habitus,* enraizados en las conductas individuales, se vinculan entre sí y componen la argamasa que sostiene la operación y reproducción del sistema.

El sexto capítulo, dedicado al examen de la incidencia del poder sobre el cuerpo de los gobernados, aborda el aspecto interno del consenso y como se expresa en la cotidianeidad de las personas en el manejo del tiempo, de la vida y la muerte y en la sexualidad.

En la segunda parte el análisis se centra en las dinámicas y como los actos atentatorios contra el sistema simbólico produjeron una crisis del sistema de representaciones que se tradujo en ruptura, primero y luego en violencia. El capítulo sobre la crisis analiza como se produjo la ruptura con las creencias y prácticas que habían significado la clave cultural de la relación gobernantes y gobernados durante un prolongado período de estabilidad y paz social y como la crisis inducida por la alteración de formas y contenidos en la presidencia 82-88 no fue compensada con la siguiente oscilación y se profundizó al alterarse la oscilación con los subsiguientes períodos de gobierno con presidentes de similares tendencias desacralizantes y atentatorias de los principios fundacionales. La crisis de credibilidad se tradujo en la ruptura del partido que logro la hegemonía desde la Revolución y el surgimiento de un nuevo partido que retomó las banderas nacionalistas revolucionarias en 1988, proceso que se trasladó a la pérdida de legitimidad del nuevo presidente cuyo triunfo aparecía como sospechoso.

El conflicto interno permaneció y estalló en violencia analizada en el último capítulo donde se hace referencia al surgimiento de la llamada *guerrilla de Internet* en Chiapas, al asesinato del candidato presidencial Luis Donaldo Colosio y a las vicisitudes de los sucesivos procesos eleccionarios.

Sí el proceso revolucionario demoró veinte años en construir un nuevo orden cultural, es entendible que la crisis de hegemonía iniciada en 1982 aun no concluya, en tanto ninguno de los grupos en conflicto logra definir un nuevo orden cultural. Ninguno ha logrado erigir un código compartido de representaciones colectivas, ideas y un cuerpo de prácticas que los articule de allí que en el campo político sigan enfrentándose los ideales/normas y las prácticas/*habitus* nacional-revolucionarias contra los neoliberales sin que ninguno de los bandos en conflicto consiga el consenso y la hegemonía. Finalmente se plantea que mientras el proceso no recomponga la sociedad, las tendencias disipativas siguen incidiendo en la multiplicación de los liderazgos locales y regionales y en la fragmentación del poder.

El libro concluye con una defensa de la capacidad explicativa de la Antropología cuando se aplican sus instrumentos heurísticos al estudio de la contemporaneidad.

La posibilidad de este análisis sobre el sistema político mexicano guarda una profunda deuda con muchos amigos y compañeros que compartieron conmigo opiniones y observaciones. Ninguno es cómplice de mis conclusiones, pero todos aportaron su granito de arena. En especial quiero agradecer a Edelmi Griva, quien me introdujo en el fascinante mundo de la investigación y el tema de las identidades, a Félix Báez Jorge, quien tanto aportó a mi formación como antropóloga, a Elio Masferrer, con quien durante innumerables años compartí observaciones y puntos de vista, a Hugo Castro Aranda y Enrique Galván Bartolini, por facilitar mi posibilidad de empezar a entender las lógicas ocultas de la política mexicana, a María del Carmen Farías, por su visión histriónica y literaria, con la cual entendí el rol como protagonistas de un drama de los principales actores culturales, a Guillermo Ochoa, coespectador en el teatro de la vida. A Celina Robledo por sus ganas de vivir, y a Anatilde Idoyaga Molina por su paciente lectura del manuscrito y valiosas sugerencias. A todos mis jefes y compañeros en Sedesol, con quienes viví la aventura del poder. A mis amigos de ALER que durante años escucharon y analizaron y estimularon estas elucubraciones, y a todos mis alumnos, sentido y fin de la construcción antropológica.

INTRODUCCIÓN: EN BUSCA DE LO SAGRADO

MI PRIMERA intención fue analizar al Partido Revolucionario Institucional como un sistema religioso, porque la forma de los rituales políticos se asemeja, es análoga y parece identificarse en México con el catolicismo popular (Collin, 1993). Fue Robert Jaulin (comunicación personal, 1988) quien sugirió una pista que resultó invaluable para el cambio de óptica: si hay un ritual debe haber sacralización, propuso.

La segunda etapa de la investigación consistió en esa búsqueda de la sacralización. Partiendo de aceptar que "la Historia de México es una religión cívica" (Krauze, 1995:14), se requería identificar el punto de partida en el que se produce la sacralización. Al proponer a la Revolución Mexicana como inicio del orden posrrevolucionario fue preciso revisar sucesos previos a la Revolución, como la Independencia y la Reforma, para descartar o confirmar su trascendencia como punto de partida del orden sacro. Tanto la *Independencia* como la *Reforma* mostraban similares elementos sacralizantes, con un alto sentido ritual, entre los que se incluyen el contenido *guadalupano* de la gesta de independencia y la presencia de la masonería en el movimiento de la reforma.

El análisis del proceso revolucionario permitió precisar la capacidad del relato para actualizar alegatos y nociones preexistentes y cómo la Revolución retoma los contenidos de *discursos* anteriores en la construcción de un nuevo mito de

origen.[1] El mito de la Revolución Mexicana integra a los anteriores bajo una nueva luz y deja al pasado como referencia común, parte constituyente de una misma historia que se repite. La historia nacional se integra por ciclos donde cada uno aparece como una reiteración de los anteriores. El advenimiento de un nuevo ciclo anula el tiempo anterior como producto de una resurrección. Si bien cada ciclo muestra persistencias temáticas, también se evidencia la modificación de contenidos y mensajes que indican la existencia de procesos de *resimbolización*. Esta noción del tiempo parece enraizarse en contenidos profundos de la muerte-resurrección y puede vincularse con los ciclos del calendario prehispánico y sus rituales asociados al fuego nuevo.[2] La Revolución retoma temas del pasado: el conflicto indios-blancos, originarios-extranjeros, la figura de la madre en Tonantzin-Guadalupe y los resignifica para integrarlos a un mito que deifica a un Estado-Dador, con respecto del cual los pobladores se encuentran en permanente deuda.

Producto de esta indagación resultó el primer capítulo, un análisis de la Revolución como mito. Al aplicar los instrumentos formales, desarrollados por la antropología, al análisis del mito, emergió una estructura del relato que da cuenta de las identidades, las exclusiones y la instauración de la deuda constitutiva. La Revolución, transformada en mito, se convierte en el punto de partida de toda la referencia discursiva y de toda la adhesión emocional en la vinculación gobernantes-gobernados. El mito de la Revolución incorpora al pasado como antecedente previo e instaura a la Revolución y sus mártires como punto de partida. Al ser protagonistas de un acto fundacional; convierte a los revolucionarios en héroes, dioses de su panteón y define

[1] "La identidad nacional, la cultura política y la política cultural oficial [...] lazos entre la formación de un mito (la identidad), su inserción en la vida institucional (la cultura política) y la ideología que intenta explicar y dirigir el proceso" (la cultura oficial) (Bartra, 1993:38).

[2] En el ritual *mexica*, seguramente retomado de rituales preexistentes, la ceremonia del Fuego Nuevo, se realizaba al concluir un ciclo de 52 años. Los cuatro días aciagos, en los que se apagaban todos los fuegos, cargados de restricciones y tabúes, simbolizaban la muerte. Al quinto día se encendía el Fuego Nuevo, se retomaban las obras de reconstrucción en las viviendas y monumentos públicos, simbolizando la resurrección.

como sus herederos a los revolucionarios institucionales. El mito en tanto conciencia política, expresa las estrategias de los actores ante situaciones de contacto (Turner, 1998).[3] La propuesta se constata en el mito de la Revolución Mexicana. El relato mitificado propone una lectura de los diferentes segmentos sociales y erige al mestizo como símbolo de una nueva identidad. Las dos herencias, india y europea, de los mexicanos, aparecen resimbolizadas. El mito proporciona una explicación de la situación de contacto, que incorpora, referentes resemantizados de las mitologías nativas, tanto como símbolos del catolicismo:

> La ritualidad política asume una dimensión específicamente religiosa cada vez que tiene como función principal restituir en la vida política corriente la presencia del glorioso recuerdo de los orígenes (Hervieu-Léger, *apud* Augé, 1998:116).

A medida que profundizaba sobre los vínculos entre el poder y lo sagrado el objeto de la investigación, se desdibujaba y asumía una nueva corporalidad. El PRI no podía analizarse aisladamente, sino como parte integrante de una santísima trinidad: pues en el México posrrevolucionario Partido, Gobierno y Estado se encuentran inextricablemente unidos. Pero más allá de lo indisoluble del vínculo, la cuestión del poder aparece como un sistema cultural,[4] una cultura política que incorpora en una sola relación a gobernantes y gobernados.[5] A partir de ese descubrimiento el proyecto se transformó en el análisis del poder sacralizado.

[3] Turner (1998) propone la noción de *contacto*, para ser aplicada en América Latina en sustitución de la de colonialismo, propia de las sociedades africanas.

[4] "La cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Lo que busco es la explicación, interpretando expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie [...] la interpretación antropológica debe trazar la curva de un discurso social y fijarlo en forma susceptible de ser examinada" (Geertz, 1987: 20 y 31).

[5] Lechner (1997:62) propone que "no se debe reducir la cultura política a las opiniones y preferencias, hay que entenderla en un sentido más amplio, que incluye las autoevidencias con las que uno opera, lo que uno

En México y seguramente en muchas otras partes, donde las *apariencias* hablan de la existencia de relaciones orientadas por la *razón*, por un orden racional, laico, instaurado lentamente a partir de la ilustración y consolidado con posterioridad a la Revolución francesa, persiste el pensamiento sagrado como estructura subyacente, pero efectiva porque regula las conductas e instaura un orden. Legendrè (1979) propone, en el caso de la *racional Francia*, la persistencia del orden dogmático de la escolástica, que al suprimir las referencias a la Cristología, hace del poder un orden sagrado.

> La genética de la institución se encuentra completamente inscrita en una historia de las religiones [...] Siempre moderna, siempre tradicional, la Iglesia Occidental ha modelado los dogmatismos y transporta todavía ante nosotros su museo viviente, una reserva de mitos fundamentales (sobre la jerarquía, sobre el jefe, sobre la clasificación social) que se podría creer para siempre perdidos y de los que la antropología debería ocuparse más (Legendrè, 1979:9).

La institucionalización de la Revolución se logró en la medida que se estableció un trascendente, una realidad suprahumana por encima de los hombres, a partir de erigir un mito de origen, constituyente del orden social y cultural. El mito propuso un sistema de categorías para definir una identidad, unos principios y un destino. A partir del mito se instauró un complejo ritual para controlar los efectos desestructurantes de la violencia mimética y se concretó en una serie de instituciones que permiten el desenvolvimiento personal bajo normas y reglas explícitas e implícitas, pero sobre todo fundó una *praxis* social.

> La relación ritualizada con el mundo subsiste, especialmente en la esfera política, y no tan sólo en las zonas apartadas de un mundo rural [...] La relación ritualizada continúa porque es en efecto consustancial con lo social y porque el tratamiento de lo

toma por normal y natural, o sea, lo que llamamos modos de vida, esta cosa obvia e incuestionada, que son los referentes básicos con los que interpretamos la vida y la realidad social".

> social (la demarcación de las alteridades y el reconocimiento de las identidades) constituye ciertamente el trabajo ritual y político por excelencia (Augé, 1998:114).

El análisis del poder como orden sagrado y de la constitución de un sistema cultural,[6] a partir de la definición de un incuestionado, en una sociedad contemporánea que aparentemente se enmarca dentro de la tradición occidental, *supuestamente* difiere de los estudios clásicos de la antropología, que buscan en el otro distante su objeto de estudio. La inscripción de esta tesis en el campo de la antropología retoma antecedentes lejanos, como los realizados por Franz Boas al analizar la emocionalidad del voto en la sociedad Norteamericana o el magistral análisis de los fetichismos contemporáneos formulado por Jules Henry y como referentes cercanos, los nuevos campos antropológicos propuestos en trabajos recientes (Geertz, 1996; Douglas, 1998; Sahlins, 1988) que sugieren encontrar las diferencias más sutiles: "El otro que hay en nosotros" (Geertz, 1998:5).

Los análisis simbólicos o la aplicación de los esquemas interpretativos, han privilegiado el análisis de los otros, los grupos étnicos, por no recurrir al consabido término de las sociedades *primitivas*. Quizá no percibimos con semejante claridad la inserción de la sociedad burguesa en el orden simbólico (Sahlins, 1988), ni que vivimos ante una situación inédita, en la que "hoy todos los hombres pueden considerarse contemporáneos [...] y el advenimiento de esta contemporaneidad define condiciones de una investigación antropológica renovada pues le suministra un objeto de estudio" (Augé, 1998:55).

El análisis simbólico del poder político, recurre a otras perspectivas metodológicas de la historia, no se trata de un análisis histórico en el sentido habitual de la disciplina, que dilucida los hechos sobre la base de determinantes objetivos, por el contrario analiza los componentes estructurales que permiten una lectura social de la historia a partir de la apropiación que hacen de ella los actores sociales. De allí que, si bien en el texto se rea-

[6] "La cultura es precisamente la organización de la situación actual en función de un pasado" (Sahlins, 1988:144).

lizan referencias a sucesos históricos, a hechos vividos, no importe tanto la veracidad o no del hecho, sino su lectura como metáfora histórica. En este aspecto, me sumo a la propuesta de Sahlins en cuanto a que,

> A todas luces, los errores antropológicos (o históricos) gemelos del materialismo y el idealismo consisten en intentos de vincular la importancia significativa y el suceso mundano en una relación de causa efecto mecánica o física. Para el materialismo la significación es el efecto directo de las propiedades objetivas del suceso. En esta afirmación se deja de lado el valor relativo o significado que la sociedad da al suceso. Para el idealismo el suceso es simplemente un efecto de su significación. Aquí lo que se deja de lado es el peso de la realidad: las fuerzas que tienen efectos reales, si bien siempre en función de algún plan cultural (Sahlins, 1988:143).

En ese punto de confluencia entre estructura e historia, entre suceso y percepción, me ubico para revisar la Revolución Mexicana y algunos sucesos de la historia contemporánea de México. Los hechos no se analizarán como *efecto directo de las propiedades del suceso*, determinados por condicionamientos objetivos, tales como la economía o las clases, sino en función de las lecturas culturales, que permiten a los actores percibir la realidad de determinada manera. Asumo que toda *praxis* es teórica, como dice Sahlins, pues comienza siempre en los conceptos de los actores.

Además de las referencias teóricas, pertenecientes en su mayoría al *corpus* antropológico, las fuentes consultadas y citadas en el texto pertenecen a las disciplinas históricas, sociológicas, de ciencias políticas y periodísticas, así como literarias. Para muchos de los temas abordados no encontré referencias escritas, salvo en la novela. Los antropólogos realizan etnografías de los indios pero difícilmente de nuestra propia cultura. La bibliografía de estudios sociales o económicos abordan los fenómenos, pero sin describir sus mecanismos o las lógicas culturales subyacentes.

La lectura de los datos aportados por las fuentes no coincide con las perspectivas de las disciplinas respectivas, con excep-

ción, tal vez, de la literatura.[7] Para el objetivo de la investigación no se requería probar sobre la base de datos concretos, sino en la búsqueda de símbolos.[8] Símbolos que en última instancia constituyen también datos, pero que denotan, aluden a mensajes crípticos[9] y polivalentes, no por ello imposibles de ser decodificados. Finalmente, "la simbolicidad no es [...] una propiedad ni de los objetos, ni de los actos, ni de los enunciados, sino más bien de las representaciones conceptuales que los describen y los interpretan" (Sperber, 1988:141). Los hechos de la Revolución y las prácticas de los revolucionarios sirven de referencia en la medida que emiten un mensaje y este mensaje es recibido e interpretado por la población o por aquellos a quienes se dirige. Los actos simbólicos tienen la necesidad de ser eficientes y evidentes, al menos en el contexto de su emisión-recepción.

Contrasté mis interpretaciones con muchos actores políticos, de todos los niveles, con especial referencia a los militantes de base y miembros de corporaciones: indios, campesinos y en menor medida con obreros, pero también con ciudadanos de diferentes adscripciones políticas, o supuestamente apolíticos, pues considero, junto con Lechner, que

> Es hora de analizar la política no nada más en términos de las estructuras procesos y actores específicamente políticos, sino también desde el punto de vista del ciudadano. La política no se circunscribe a instituciones y procedimientos, conlleva una fuerte carga subjetiva. Quizá conviene distinguir política en tanto juego institucionalizado entre actores políticos, de lo político entendido como el vasto y difuso campo de ideas y representa-

[7] Coincido en este aspecto con Turner (1974:46) cuando reconoce que encontró "en los datos del arte, la literatura, la filosofía [...] ideas más sugestivas sobre la naturaleza de lo social que en las obras de los colegas".

[8] Son estos símbolos los que otorgan coherencia a la realidad histórica o como propone Morris: "I want then to plead that symbolic classifications can best be understood if put in an historical and comparative context, and seen as an ideological system that serves, as Levi Strauss suggested, to obfuscate or cover up reality, that symbolism, in fact, is inextricably linked with religion and power, and the maintenance of normative structures" (Morris, 1979:118).

[9] "La unidad del orden cultural queda constituida por un tercer término común el significado" (Sahlins, 1988:204).

> ciones que nos hacemos con respecto al orden colectivo (Lechner, 1997:62).

Traducido a términos antropológicos, consiste en analizar las representaciones colectivas que, tanto los actores políticos como las personas, hacen de la política y que permiten la interrelación a partir del manejo de un código común. El comportamiento simbólico no siempre es resultado de *razones*, en el sentido aristotélico del término, tiene su propia lógica, a veces oculta incluso para quien emite un signo, sin menoscabo de que el signo será leído o comprendido en el sentido pretendido al emitirlo. Se trata de otra razón, Sahlins (1988), la califica como *razón simbólica*. Los signos, los mensajes, en la medida que remiten a símbolos, generan, independientemente de su explicitación, reacciones de adhesión o rechazo, por eso son tan efectivos:

> Los símbolos sagrados tienen la función de sintetizar el *ethos* de un pueblo —el tono, el carácter y la calidad de su vida, su estilo moral y estético— y su cosmovisión, el cuadro que ese pueblo se forja de cómo son las cosas en la realidad, sus ideas más abarcativas acerca del orden [...] En la creencia y en la práctica religiosas, el *ethos* de un grupo se convierte en algo intelectualmente razonable al mostrárselo como representante de un estilo de vida [...] se hace emocionalmente convincente [...] se sostiene con la autoridad tomada de la otra (Geertz, 1987:89).

La interpretación que propongo se encuadra dentro de las perspectivas dinamistas, pues asume que el campo de lo político se define por el enfrentamiento de intereses y la competición (Balandier, 1976:22), y la necesidad compensatoria de la construcción de estructuras, orientadas a la permanencia y la estabilidad. La rebelión se concibe como un proceso que afecta de un modo constante a las relaciones políticas, mientras el ritual actúa como un medio para expresar los conflictos y superarlos, afirmando la unidad de la sociedad.

Para analizar el poder sacralizado, desde un principio, intenté dar cuenta de los conflictos y competencias. Al momento de iniciar la investigación, fueron los emergentes entre la corriente democrática surgida dentro del PRI y luego autonomizada

como oposición[10], luego fue necesario incorporar y poner a prueba el esquema analítico ante la crisis simbólica, traducida en violencia —1993— cuando parafraseando a Mario Ruiz Massieu, los *demonios andaban sueltos*. La intuición ante la crisis de 1988 (Collin, 1988 y 1996) se confirmó en este episodio: se trataba de una crisis de fe, se había producido un cisma.

El fundamento de todo pensamiento religioso es la existencia de un orden trascendente. El hombre deposita su fe pues cree en un poder por encima de lo humano, del cual depende. Lo sagrado o lo trascendente, no necesariamente se identifica con la existencia de dioses y espíritus, sino de un orden por encima de los hombres que los domina y orienta. La construcción de un orden sagrado implica la simbolización y "el simbolismo presupone lo imaginario radical y se apoya en él" (Castoriadis, M. S., s/f.:23). Es a partir de lo imaginario, presente en todo símbolo y en todo simbolismo, que se construye el trascendente y se sacraliza una representación de la realidad. Lo trascendente, como *incuestionado* e indiscutido, se convierte en el objeto de la fe. En este caso, analizo como a partir de una representación de la realidad social, transformada en imaginario político, se construye un trascendente, instituido e instituyente del mundo visible. Para sacralizar el poder político, para transformarlo en hierofanía, se requiere, como componente necesario, crear un orden trascendente, una causa primera incuestionada e indiscutida, pues:

> Sólo se puede gobernar a los hombres en nombre de un principio trascendente, pero ese principio no existe [...] a las revoluciones les bastan las mentiras anteriores para sentirse concretamente legitimadas, para ser portadoras de sentido (Augé, 1993:105).

El mito de la Revolución tiene un carácter *fundacional* de la realidad. De la destrucción del orden anterior, del caos surge un nuevo orden cultural. La Revolución asume un carácter demiúrgico, crea las leyes, a las instituciones e inclusive a los actores sociales. En esta resurrección todas las categorías son modifica-

[10] Véase el capítulo VIII, "El cisma", donde se analiza el surgimiento de la Corriente Democrática dentro del PRI.

das y recreadas para reconstruir el orden cultural. La Revolución define las prácticas sociales y las inscribe en una escala valorativa. La actualidad de la Revolución, su capacidad de evocar y representar consiste en su instauración como mito de origen, en tanto:

> Todo teatro y toda escenificación evocan lo sagrado por la simple razón de que imponen como natural la necesidad de su representación de las relaciones entre los hombres la necesidad de pensar con el mito y la tragedia el origen y el fin (en el doble sentido del término), de la sociedad del hombre y de los hombres (Augé, 1993:209).

Parto, junto con Godelier (1989:7), de reconocer que "los hombres no se limitan a vivir en sociedad, sino que producen la sociedad para vivir [...] Producir la sociedad es inventar la sociedad". Es en esta invención de la sociedad que se instauran relaciones de poder basadas tanto en la dominación como en el "consentimiento de los dominados a su dominación" (1989:11). Con la mitificación de la Revolución Mexicana se inventa un orden trascendente a partir del cual se construye un imaginario y representaciones colectivas, base del consenso. La noción de consentimiento parte de la *deuda* que se establece en relación con la noción del *trascendente-dador,* un sentimiento primigenio de deuda con respecto a la causa fundacional; que como origen de la sociedad proporciona a los hombres las condiciones sociales y materiales de su reproducción. El sentimiento primigenio, ante el origen de lo social, es reforzado por los bienes aportados como don por parte de los héroes. De esta manera la Revolución aparece como dadora de bienes. La tierra, la escuela, la constitución, la justicia social, constituyen e instauran la deuda del sentido, como propone Gauchet (*apud* Augé, 1982:45). La Revolución reactualiza la deuda constitutiva de lo sagrado. A partir de esta idea creacionista se estructura el orden de la jerarquía, de la institución, de la delegación, es decir, el orden del poder.

En la construcción de un imaginario, de un ideal, "se mezclan las tres funciones del pensamiento: representar, organizar y legitimar las relaciones de los hombres entre sí y con la naturaleza" (Godelier, 1989:29), que explican y otorgan coherencia a

las prácticas sociales y al ejercicio del poder. La Revolución se erige en trascendente, instituido e instituyente.

La eficacia de un discurso político basado en una sacralización del poder remite a la creencia. La gran obra del poder consiste en hacerse amar, propone Pierre Legendrè, y en ese camino, cómo se transforma "la sumisión en deseo de sumisión" (Legendrè, 1979:5). Los sujetos al depositar su fe, asumen su adhesión a una institución y consienten en la instauración de un orden dogmático. El análisis de las instituciones de la Revolución parte de esta noción de deseo de sumisión, reproduciendo bajo máscaras modernas las figuras del cacique, del jefe y sobre todo del presidente, como objeto de amor y culto. "Se basa en esta constatación fundamental la existencia de una teología secular que calca una estructura estrictamente tradicional y designa la perfección del Poder como objeto, el orden laico funciona sobre todo transponiendo, traduce el orden cristiano" (Legendrè, 1979:220). La modernidad realizó la "extraordinaria hazaña de una supuesta ruptura, que al mismo tiempo logra mantener en su lugar el viejo repertorio".

> La institución no cambia su objetivo en pura lógica, desde este punto de vista, es indiferente que sea burguesa y republicana, después de haber sido monárquica, ya que funciona para hacer frente a los impulsos del deseo en cada instante, para someterlo lo más radicalmente posible, según las normas aprendidas (Legendrè, 1979:46).

Esta permanencia es, a mi juicio, la misma que opera en el sistema político mexicano. Tras una máscara laica y opuesta a la religión se retoman los elementos constituyentes de una religión[11] para construir un orden trascendente, colocado por encima del hombre y del cual los hombres dependen, y cuya alteración puede atentar contra la conservación del orden natural y del

[11] Adhiero a Geertz al considerar que una religión es *1*) un sistema de símbolos que obra para *2*) establecer vigorosos, penetrantes y duraderos estados anímicos y motivaciones en los hombres, *3*) forjando concepciones de un orden general de existencia y *4*) revistiendo estas concepciones con una aureola de efectividad tal que *5*) los estados anímicos y motivaciones parezcan de un realismo único (Geertz,1987:69).

social. En este sentido se puede admitir que todos los "sistemas institucionales exponen su teología, aunque sea secular y radicalmente laica" (Legendrè, 1979:76). Tras la generación de un orden trascendente, lo sagrado erigido por encima de los hombres, se construye la institución que perpetua y transforma en práctica social una interpretación de la realidad.

Retomo a Girard (1983, 1984 y 1986) para analizar los efectos disolventes de la violencia mimética y de los rituales a los que se recurre para su control. Las manifestaciones de violencia intestina, durante la Revolución, la lucha entre caudillos, en gran parte silenciadas o disimuladas[12], generaron la necesidad de rituales que pudieran canalizarla a través de medios simbólicos y acotarla a través del ritual. Bajo esta perspectiva se analizan varios ritos constituyentes y esenciales para el funcionamiento del sistema político mexicano, como el misterio de la sucesión, el sacrificio simbólico de los ex presidentes y la existencia de víctimas sustitutas en cada tránsito sexenal, que permite la llamada *institucionalización*, pues logran acotar las disputas entre grupos.

La institucionalización de la Revolución como un sistema de creencias, parte del mito y construye una doctrina: el Nacionalismo Revolucionario. El Nacionalismo Revolucionario condensa una serie de conceptos arraigados en el imaginario colectivo como artículos de fe. El credo del Nacionalismo Revolucionario incluye a la reforma agraria, la defensa de la soberanía ante el enemigo extranjero y al mestizo como al pueblo elegido. Es esta sacralización la que permite entender la extraordinaria permanencia del orden revolucionario que sorprende a tantos analistas políticos:

> Ningún otro régimen político en el subcontinente ha podido alcanzar en la misma medida el prolongado consenso del Estado Mexicano. La reforma agraria, la nacionalización de los ferrocarriles y la expropiación petrolera, sumadas a ciertos textos de la Constitución (sobre todo los artículos 3º, 27 y 123), al contenido popular y nacionalista de los programas de gobierno y al ambiente cultural e ideológico producidos por el estallido revo-

[12] También se incluye en este proceso a la cristiada.

> lucionario, confieren al Estado Mexicano una enorme base de apoyo social y un grado considerable de autonomía frente al bloque dominante (1983, 1984 y 1986).

La dimensión de la historia que me interesa no es la historiografía occidental, sino las otras historias, las construidas por los actores sociales en relación con el mito, donde la historia se mitifica pero el mito se *historifica*, reflejando, ya no sucesos, batallas, nombres de líderes, sino procesos sociales. La experiencia histórica vista desde la perspectiva de la condensación de símbolos y significados, como propone Turner (1998). El *mito historificado es fundante*, como todo mito, pero también guía de acción. Pretendo abordar los elementos de ordenamiento cultural que establecen un orden, en medio del desorden y generan representaciones colectivas. Abordo problemas históricos en la medida en que el análisis pretende entender tanto los factores de continuidad (las estructuras), como los que insertan el desorden (las rupturas). La perspectiva empleada permite interpretar la crisis del sistema, el fin de la paz social con del resurgimiento de la violencia, como producto de un cisma que cuestionó los fundamentos mismos del poder sacralizado. Sigo a Balandier (1989:63) en cuanto a que

> ciertos sectores son lentos: el de lo sagrado, lo religioso, que se refiere al pasado fundante tratando de eternizarlo, de resistir los ataques de la historia, de mantener una conformidad; el de los ordenamientos culturales y dispositivos emocionales que rigen la pertenencia a una sociedad global, presentada bajo el aspecto de la nación, la etnia, el país o la comunidad política, atribuyen un valor elevado a su continuidad. Estos sectores definen un orden muy abarcador, que tiende a subordinar a los individuos y los grupos mediante una integración fuerte, esos sectores constituyen espacios donde actúan los factores de la conservación, que no llegan a imponerla completamente puesto que la disidencia y la innovación religiosa provocan rupturas y nutren rebeliones.

Fue la permanencia del discurso revolucionario, aunque los principios que le dieron origen se hallaran totalmente desdibujados o traicionados, lo que permitió un orden duradero. Así lo reco-

noce también Pereyra (1983:293): "Un estado con proyecto nacional y capaz por ello mismo de organizar a la sociedad, conserva su papel rector por un tiempo impredecible después del desdibujamiento de ese proyecto." Cuando los principios fueron trastocados, el orden revolucionario cuestionado y la Revolución desacralizada, comenzó el principio del fin.

Por último, falta señalar que este análisis del poder sacralizado es finalmente una interpretación, en el sentido ya clásico que le otorga Geertz (1987:28):

> Los escritos antropológicos son ellos mismos interpretaciones y por añadidura interpretaciones de segundo y tercer orden [...] de manera que son ficciones en el sentido de que son algo *hecho*, algo *formado*, *compuesto*.

Como interpretación no podrá someterse a una validación metodológica de confrontación con los informantes, como la propuesta por la etnociencia, que confía ciegamente en la capacidad de abstracción y formalización de los nativos.[13] Como interpretación, a muchos de los actores sociales les causará horror, por asumir los análisis de las formas del poder como acusación o crítica. Esta interpretación, en la medida que se funda en la *imaginación científica*[14] puede también ser cuestionada por otros cuerpos de datos. Valga decir en mi defensa que algunos priístas lúcidos que compartieron parte de los avances reconocieron su pertinencia y en ocasiones sirvieron para la toma de decisiones políticas.

[13] Cabe aclarar que no considero válidas las propuestas de la etnociencia y la etnometodología, no por desprecio a la capacidad de razonar de los actores sociales, sino porque olvidan sus capacidades de manipulación, acertadamente analizadas por Balandier (1976) y Deveraux (1977).

[14] Según Geertz (1979:29), "debemos medir la validez de nuestras explicaciones, no atendiendo a un cuerpo de datos no interpretados y a descripciones radicalmente tenues y superficiales, sino atendiendo al poder de la imaginación científica".

Primera parte
EL ORDEN CULTURAL

I. LA CONSTRUCCIÓN DE UN TRASCENDENTE: LA REVOLUCIÓN COMO MITO[15]

PROPONGO al lector acompañarme a realizar una relectura de la Revolución Mexicana, un hecho histórico reciente y profusamente documentado, como mito. El mito y la historia operan simultáneamente en el tiempo y el espacio, pues representan dimensiones cognitivas diferentes. Mientras la historia pretende competir en el espacio de la razón, en la búsqueda de explicaciones causales, los motivos objetivos, determinantes de comportamientos e inscritos en una u otra lógica argumentativa, el mito fija en la conciencia colectiva representaciones basadas en categorías de exclusión y diferenciación altamente adjetivadas, más que argumentadas. Para Hill (1988:2) se trata de una diferencia de magnitudes y prioridades:

> Although not phenomenally separable, myth and history can be analytically distinguished as modes of social consciousness according to de different weighting each gives to the relations between structure and agency. Mythic consciousness gives priority to structure and over riding, transformational principles that can crosscut, contradict and even negate the sets of relations established though social classifications.[16]

[15] En la redacción de este capítulo reconozco una profunda deuda con Cristina Krause, quien orientó la interpretación estructural de los datos.

[16] Hill (1988:2) sostiene que el replanteamiento de las relaciones entre mito e historia se inició hace varios años y destaca las aportaciones de

En tanto forma de la conciencia social, el pensamiento mítico mantiene vigencia sobre todo en el campo del poder. "Nada se asemeja más al pensamiento mítico que la ideología política", intuye Levi Strauss (1977:189) y agrega: "Tal vez ésta no ha hecho más que reemplazar a aquél en nuestras sociedades contemporáneas". Particularmente fecundas en la creación de mitos, dentro del campo de la política, las revoluciones parecen contener todos los elementos fundadores o instituyentes de un orden social. Las revoluciones retoman la estructura significativa de los mitos para crear un sistema de representaciones compartido, capaz de reproducirse en la narración y los rituales.

La necesidad de restituir el orden con posterioridad al desorden o de sustituir un orden por otro, requiere de una parte ideal que conjugue las tres funciones del pensamiento, la de representar, organizar y legitimar, como propone Godelier (1989:28) para quién los mitos, no constituyen solo ejercicios intelectuales, por el contrario operan esa parte ideal que no requiere de teorías para aplicar modelos, modelos de pensamiento que estructuran los hechos. Es precisamente por su estructura lógica, por recurrir a oposiciones y transformaciones que los mitos se ajustan a la necesidad humana de diferenciar y ordenar para pensar. Para resaltar esta función estructurante, Levi Strauss (1977:189) sostiene que:

> 1) Si los mitos tienen un sentido, éste no puede depender de los elementos aislados que entran en su composición, sino de la manera en que estos elementos se hallan combinados.
> 2) El mito pertenece al orden del lenguaje, del cual forma parte integrante […].
> 3) Estas propiedades sólo pueden ser buscadas por encima del nivel habitual de la expresión lingüística; dicho de otra manera es de naturaleza más compleja que aquellas que se encuentran en una expresión lingüística cualquiera.

los africanistas, afroamericanistas, y estudiosos de Oceanía: "The anthropological concept of history that has begun to emerge in the 1980s is taking shape though a weaving together of poststructuralist approaches to symbolic action, and political-economic approaches to historical process".

Los mitos, con su estructura, proporcionan la forma adecuada a la construcción de imaginarios sobre la sociedad, con niveles de profundidad y trascendencia mayores a los del relato o de los proporcionados por la *historia* como explicación, "Both, history and myth are modes of social consciousness though which people construct shared interpretative frameworks" (Hill 1988:4). Su profundidad se vincula con el manejo de nociones arraigadas, parcialmente en la razón, sobre todo en la emoción y los niveles no conscientes, mientras que su trascendencia depende de su relación y asociación con lo sobrenatural. Además de una capacidad ordenadora del pensamiento, el mito contiene una dimensión manipulable, puede constituir un discurso *ad hoc,* de acuerdo con los intereses del *narrador al momento de contarlo.* Para Leach (1976:299):

> Las narraciones sagradas, es decir, los relatos sobre los seres divinos que son ampliamente conocidos, no tienen ninguna característica especial que les distinga de los relatos locales sobre los sucesos de hace 20 años. Ambas clases de relatos tienen la misma función: la narración de un hecho ritual que justifica una concreta actitud asumida por el narrador al momento de contarla.

Leach, al ubicar a la narración de experiencias cotidianas al mito en un mismo plano, subraya el carácter manipulable de ambos discursos por parte de los actores, inserta al mito en las dinámicas sociales, lo vincula a los intereses de los actores sociales y al hacerlo sustrae al mito del marco logicista y sincrónico *levistrosiano*.

La vinculación entre el carácter fantástico de los mitos y los sucesos *verídicos* de la historia es subrayada por Girard (1984; 196), para quien los mitos y muchos relatos, hablan igualmente de hechos reales, fundacionales:

> La mitología es tan semejante en cuanto a temas y estructuras a los textos de mistificada persecución que bien podrían tener sus raíces en un proceso de víctima propiciatoria […] no suministra una metáfora, ni un modelo […] muestra un proceso mismo […] el enigma de la mitología puede resolverse y e todas las cosas pueden hacerse inteligibles, si consideramos el proceso de elaboración mítica como un proceso similar al que sucedió.

El concepto de Revolución Mexicana incluye una serie de hechos con versiones diversas, que pueden y son manipuladas por los actores políticos. Los relatos, la alusión a los sucesos, tiene eficacia simbólica al ser reconocidas como pertenecientes a un orden superior y por su vinculación con lo trascendente inciden sobre el consentimiento de los gobernados, como pretendo demostrar. En este caso, el mito construido en torno a la Revolución Mexicana comparte la propuesta de Girard (1984:182) en cuanto a "explicar el nacimiento del orden cultural al que pertenece".

En la construcción de un imaginario colectivo, asociado al ejercicio del poder, la historia se narra de manera tal que justifique y legitime una o varias posiciones. Se erigen mitos fundacionales, se incorporan anécdotas, recuerdos, que se integran la experiencia vivida o contada y a la identidad de grupo. Sirven para diferenciar categorías, como propone Levi Strauss, para constituir un *nosotros* definido por ciertos atributos, son sujetos de manipulación, en el sentido que les otorga Leach, aluden a sucesos reales y contienen los elementos necesarios para construir un *nosotros* opuesto al *otro*, así como una escala valorativa, atributos todos de la identidad. Los mitos políticos son fundacionales, pues "para construir una sociedad, se necesita que una cierta cantidad de individuos y grupos reconozcan una identidad común, estén unidos por relaciones de dependencia material, política y simbólica que hacen que cada uno dependa de los otros para reproducirse" (Godelier, 1997:2). Esta función de construcción *imaginaria* del mito se ve reforzada al convertirse en tema del ritual, cuya reiteración permite la reproducción de un orden cultural.

La Revolución Mexicana representa un ámbito privilegiado de atención para múltiples y diversos ejecutantes, revolucionarios, científicos, artistas, cineastas. Cada interprete creó su versión cargando la tinta sobre el aspecto que le interesó o le pareció relevante. Cada uno utilizó sus categorías de análisis, su sistema interpretativo o representativo o pone en juego sus intereses sociales o personales.

Hay una Revolución Mexicana, la del texto, donde se confrontan las posiciones se revisan los hechos. Existen institutos de investigación sobre la Revolución Mexicana, bibliotecas espe-

cializadas con miles de documentos, e investigadores abocados a la relectura, la exégesis, la interpretación, en intentos explicativos sobre causas, desarrollo y consecuencias.[17]

Pero también hay otra, la de la conciencia colectiva, ajena a la polémica o la búsqueda de la verdad. Una Revolución Mexicana fijada en la memoria en forma de anécdotas que suprime hechos, los simplifica, los refigura y brinda una versión inexacta, pero no exenta de coherencia, entendida y reproducida de generación en generación, sobre todo a través de elementos simbólicos, gráficos y escénicos.

Los murales, una forma del habla según Jacopín (1997), inmortalizan la Revolución. Los de Rivera en Palacio Nacional, los de Siqueiros y Orozco, inscriben la Revolución Mexicana en la historia del arte. Otros miles de murales en escuelas y palacios municipales, en todo lo largo del país e incluso en esa extensión del territorio que es la cultura chicana, se fijan en la conciencia de los mexicanos. En los murales el tinte seleccionado para colorear los personajes, los gestos, muecas y sus adornos sirven para caracterizarlos o estigmatizarlos.

La imagen sintética[18] expresa un mensaje similar. Los bandos se oponen físicamente. En un extremo la oligarquía es representada por *catrines*, los hombres con bombín y levita, las mujeres enjoyadas en sus calandrias o acompañadas por un sirviente con la vista baja en señal de sumisión, coloreados con tintes que resaltan su aspecto enfermizo, el gesto degenerado y degradado. Los acompaña el obispo con los signos de su investidura y *el güero*,[19] el extranjero. En posición secundaria aparecen el capataz golpeando al peón y el militar uniformado que descarga su arma contra un indefenso.

[17] Si bien los trabajos académicos aspiran a la objetividad científica y en ese sentido incorporan la crítica, cuando se trata de hechos con una carga simbólica tan profunda, no se puede negar la existencia de ciertas dosis de fe o de credulidad, aún en el más acuciado analista.

[18] Al mencionar la imagen sintética aludo a la síntesis de múltiples murales. Para construir esta síntesis visité y tomé nota de murales en escuelas y presidencias municipales del país y en las ciudades de San Diego y Los Ángeles

[19] El término *güero,* que significa desteñido, se utiliza para designar a los blancos y particularmente a los rubios.

En el centro de la imagen o del grupo, se encuentra Porfirio Díaz con los atributos del poder y su aspecto de esfinge, más allá del bien y del mal. En el medio de ambos contingentes o rodeándolos, las llamas y alguna *calaca*[20], expresan la violencia. Del otro lado se ubican los revolucionarios: Madero ostentando como su aureola de santo el lema *sufragio efectivo. No reelección*; Zapata a caballo rodeado por sus soldados con calzón de manta, paliacate, sombrero, sus cananas o machetes; Villa, invariablemente armado y Carranza con la Constitución o el decreto de la Reforma Agraria en la mano. En posición variable aparecen los productos de la Revolución el campesino en el surco o con mieses en la mano, un niño portando un libro, y el obrero reconocible por su casco, enmarcado por una torre de petróleo o el engranaje de una máquina, símbolos del progreso.

A las imágenes de la Revolución se suman las del pasado remoto, el prehispánico, con las pirámides o Cuauhtémoc, la gesta de la independencia representada por Hidalgo o Morelos, y la de reforma con Juárez y sus leyes. De esta manera el tiempo mítico asocia las tres gestas que anteceden a la Revolución y conforman la identidad.[21] Cada mural puede agregar los toques necesarios para identificar la población donde se exhiben. En Xochimilco,[22] Villa y Zapata se confunden en un abrazo, evocando el encuentro entre ambos ejércitos. Todos los murales, las estampas o dibujos intentan reproducir ese adjetivo que caracteriza al personaje. Zapata siempre se mostrará noble, íntegro; Villa con expresión burlona; Félix Díaz abyecto, traidor, con aspecto de enfermo.

Como otra fuente de imaginería popular, la filmografía, cuando aborda directamente el tema de la Revolución o con ésta como

[20] Esqueleto que representa a la muerte.

[21] El ideal nacionalista de la Revolución Mexicana, y la consolidación del Estado posrrevolucionario, incorpora la figura de Cuauhtémoc, según Ferreira (1983:24), quien cita como demostrativo un texto de Josefina Vázquez de Knauth: “Niño que ahora comienzas a subir la pendiente de la vida, niño, que tal vez mañana defenderás con la palabra o con tu brazo la integridad y el honor de la patria […] procura hacerlo con la convicción de imitar a los nobles ejemplos de *Guatimoc*, Hidalgo, Juárez”.

[22] Xochimilco, pueblo de origen nahua, en la periferia de la ciudad, fue testigo del abrazo entre los líderes de los ejércitos del norte y del sur.

fondo, carga de romanticismo a personajes reales y ficticios, en su caso, arquetípicos de los reales, asignándoles los atributos que se desea fijar. El lenguaje fílmico, además de resaltar la maldad del villano y la bravura del héroe, genera sentimientos de identificación y adhesión emocional.

La novela de la Revolución Mexicana, que no siempre trata temas de la Revolución, pinta el escenario precedente o posterior, la situación del indio, los peones *acasillados*, la arbitrariedad del hacendado, el papel del cura y tiende a justificar los actos de la insurgencia como resultado de la explotación y el mal trato.

Otras versiones escénicas menos elaboradas, que forman parte de la memoria social, son las representaciones *cuasi* rituales de la Revolución organizadas en escuelas y festividades que permiten a los voluntarios asumir el papel del héroe o el villano, vivenciarlo y al hacerlo revivir más que evocar a la Revolución. Constituyen escenificaciones, *perfomances*, de la memoria social. En la versión popular los personajes se estereotipan, asumen un papel definido, coincidente con sus atributos personales. Los personajes aparecen como predestinados al papel que les toca interpretar, el hombre real congelado por un adjetivo o dos detrás de la imagen representada.

Los corridos también exaltan atributos de héroes y villanos. Este género de la canción narra un suceso claramente ubicado en el tiempo y el espacio. Se trata de fotografías cantadas, pues en vez de relatar la saga, el relato completo de la Revolución, como pretenden los murales, evocan una escena, un acto. Por eso muchos comienzan con el año del suceso, en todos figura un héroe y generalmente un traidor, ambos calificados con adjetivos ilustrativos de su persona; la escena concluye con un desenlace, el triunfo o la muerte de alguno de los personajes.

Murales, películas, novelas, canciones, forman parte del mito, lo actualizan e incorporan a un ritual y a la memoria colectiva. Forman parte de su imaginario y generan reacciones de adhesión y rechazo, de adscripción y exclusión por medio de los mecanismos de valorización-desvalorización. "Las mitologías se despliegan como relatos, teatros en los que están presentes y empleados todos lo géneros literarios: drama, epopeya, comedia, poesía" (Báez, 1992:19).

Existe otro campo en el que la Revolución sigue vigente: el de la manipulación consciente o inconsciente producto de la utilización deliberada de sus símbolos para provocar reacciones en los escuchas. Se trata del ámbito de la política, donde su evocación y actualización sirve para justificar y legitimar determinados comportamientos o actitudes en el tiempo presente.

Para este análisis de la Revolución como mito, si bien no olvido la propuesta de Levi Strauss en cuanto la necesidad de recoger la mayor cantidad de versiones posibles, ante la existencia de infinidad de versiones, privilegiaré las de mayor arraigo popular,[23] las incorporadas a la memoria colectiva, sobre las eruditas o intelectuales, descartadas por su limitada cobertura. De manera similar a como opera la memoria, prescindiré de escenas, de personajes, rescataré las escenas que la imaginería popular y en muchas ocasiones la erudita seleccionan (en cuyo caso no se puede negar su acceso a la información), destacaré los episodios centrales y a los actos de mayor conveniencia. Partiré de considerar que existe un proceso de descarte intencional, ocultaciones deliberadas con el objeto de excluir parte de la historia, mistificarla o justificarla, independiente de la capacidad de la memoria o de factores de espectacularidad. La selección y la incorporación en la memoria colectiva derivan de la carga simbólica del hecho, en despecho de la dramaticidad.

[23] Fundamentalmente las de José Mancisidor y de José Silva Herzog, con 40 y 10 reimpresiones respectivamente, de producción más reciente, las Biografías del Poder de Enrique Krauze, que además de sus múltiples reimpresiones, alcanza mayor difusión por sus versiones televisivas y por su extensa bibliografía y citas que retoman declaraciones de la época. Estas versiones, en tanto escritas, contienen una intencionalidad, se trata de *historia para*. Adicionalmente, recurrí a solicitar la descripción de los personajes, y del proceso de la Revolución, a militantes partidarios del *PRI*, de todos los niveles y a informantes provenientes de sectores sociales y educativos diversos, estudiantes universitarios, profesionistas de clase media, campesinos y personas del sector popular. Se constató, en tanto las versiones invariablemente coincidían, como determinadas representaciones culturales se expresan como sucesos o valores incuestionados o realidades objetivas y constituyen representaciones colectivas.

México aparece como un país dividido en grandes haciendas, de paredes amuralladas y cascos lujosos para sus dueños. Un país desolado donde unos pocos crean y disfrutan de una extrema riqueza mientras su población permanece en la pobreza. En el momento del inicio del mito, mientras los ricos y el gobierno autocrático celebran con fausto y boato el centenario de la Independencia, en el campo y las ciudades la población vive en la miseria, el analfabetismo y la explotación.[24]

Los actores son los personajes[25] cuyos actos, victorias o derrotas importan simbólicamente o se convirtieron en símbolos con posterioridad a los hechos. Cada personaje resume una serie de características que lo convierten en arquetipo, en este sentido "persona, personaje y personalidad si bien no se identifican [...] se encuentran íntimamente relacionados" (Augé, 1993:217). Por orden de aparición adquieren un papel relevante:

Porfirio Díaz es el viejo dictador apegado al poder, un autócrata. Un duro y aguerrido mixteca, soldado experto en escaramuzas de carácter rebelde ante sus superiores, *implacable en la victoria, con instinto para manejar a los hombres, para adivinar pasiones y ambiciones*. Capaz de mandar a matar, traicionar o deportar, pues en política *no tiene amores, ni odios*. Como político es mal orador, cuando las palabras le faltan, llora. El *llorón de Icamole*, lo apodan. Sustituye su incapacidad de oratoria por una imagen seria, siempre en su papel, cuidando las formas, sin sonrisas. En su rostro nadie puede descubrir cuando esta contento y cuando disgustado. Perfectamente enigmático, según Federico Gamboa, representa la imagen de la esfinge "hasta por su color, su origen", de joven fue indio, de adulto chinaco, y de viejo blanco. Pero la imagen hierática de Don Porfi-

[24] Esta versión del escenario coincide también con una obra muy popular y que sirve de justificación al movimiento revolucionario: "México Bárbaro", de John Keneth Turner (1911), utilizado como lectura obligatoria en secundaria y preparatoria.

[25] Pozas Horcasitas (1982:8) propone tratarlos como actores (principales, pero actores) y no como creadores de la historia. Desde la perspectiva abordada, se trata de personajes del mito.

rio constituye un disfraz, pues él acostumbra disfrazarse. La costumbre de disfrazarse le permite en varias ocasiones huir de sus enemigos, una vez en el poder le sirve para personificar la autoridad. Por eso es reservado, silencioso, impenetrable, no muestra sentimientos; según Rabasa padece "una cierta anestesia de los afectos". Profundamente impaciente, odiaba las deliberaciones por eso su estrategia principal era dividir para vencer y ejercía el mando con el sentido paternal que originalmente caracteriza al indígena. *Don Perfidio* lo denomina Protasio Tagle. O'Gorman lo califica como poseedor de un "excepcional talento político, para la conciliación y el equilibrio". En su momento, Bulnes lo defiende al señalar que "El buen dictador es un animal tan raro que la nación que posea uno debe prolongarle no sólo el poder sino hasta la vida". Después de su desaparición, Obregón reconocerá que su único error fue envejecer.[26]

Francisco I. Madero aparece como un joven de arraigada convicción democrática y liberal, empeñoso de espíritu legalista, pacifista, incapaz de cometer un asesinato (Mancisidor, 1981). Un hombre bueno, sincero, idealista, ingenuo y convencido de la verdad de su causa (Silva Herzog, 1980) pero también débil e irresoluto, incapaz de ejercer la autoridad, pues es un místico e iluminado, convencido de su misión redentora. Se convierte en mártir y héroe.

Félix Díaz y **Victoriano Huerta** son los malvados, la representación del mal y la perversidad, mientras el primero aparece como un ser ambicioso y traidor, cuya única virtud fue la de ser sobrino del dictador, Victoriano Huerta muestra habilidad en la intriga, es un militar ambicioso traidor y perverso (Mancisidor, 1981), a sus características negativas se agrega el ser un ebrio consuetudinario, malvado, siniestro (Silva Herzog, 1980), y su origen indio (Krauze, 1997).

Emiliano Zapata es representado como un campesino mestizo apegado a la tierra y desconfiado. De extrema pureza, buena fe y honradez (Silva Herzog, 1980). Constituye en su momento un verdadero *mito viviente*. Es un charro, independiente, insumiso, travieso y enamorado, a quien se atribuyen no menos de

[26] Todos los encomillados de la obra de Krauze (1997a).

20 mujeres. Profesa una verdadera fobia a la traición que lo obsesiona y repugnancia ante el poder. De naturaleza mística y taciturna. Convierte a Tlaltizapan, la comunidad desde donde ejerce su autoridad, en la *capital moral de la Revolución*.

Francisco Villa aparece como un ser *primitivo, insubordinado y anárquico (*Mancisidor, 1981). Levantisco, rudo e ignorante, desconfiado y astuto. Un guerrero intuitivo, violento e impulsivo (Silva Herzog, 1980). Diferentes autores lo describen comparándolo con un animal; *animal salvaje*, para John Reed (1988), *fiera, felino o jaguar* en la descripción de Martín Luis Guzmán (1945), un *león* para José Vasconcelos (1982). Mujeriego, sentimental, plañidero, piadoso, débil, tierno y cruel, alegre, cantador, bailarín, abstemio e imaginativo (Krauze, 1997). Martín Luis Guzmán (1947) dice que encarna "la venganza y la esperanza, la piedad y la violencia". Es un actor que representa un papel para las cámaras. Un típico *trickster*[27] de carácter ambiguo y equívoco. John Reed (1988:199) lo ubica como "el símbolo demoníaco de rasgos inmortales de un mito divino".

Venustiano Carranza destaca por su gran capacidad para la intriga y por su astucia, manifestadas en su extrema prudencia y solemnidad. Educado, sereno, enérgico, celoso de su autoridad, se muestra a veces inflexible y obstinado (Silva Herzog, 1980). Se identifica como una de sus características la lentitud, algo naturalmente pausado en su voz y sus ademanes. De gran sabiduría, estudioso de la historia, su obstinación se traducía en una "rústica y paternal inflexibilidad", paciente, casi estoico, recurre a las tretas. Madero lo consideraba un viejo *pachorrudo*, vengativo y receloso. Con un alto sentido de la dignidad y la autoridad, se muestra cuidadoso de las formas, y lo demuestra cuando sostiene que "nunca pisaría los Estados Unidos [...] por una cuestión de formas". De allí que se lo identifique como un defensor de la dignidad y soberanía nacional.

[27] "En todos los universos culturales, el imaginario colectivo ha dado forma y vida a personajes capaces de transformarse tanto en dioses o héroes, como en bufones y de actuar a la inversa de las normas y códigos. Un nombre los designa: *trickster* para los mitólogos anglosajones, palabra que viene de *trick* (los trucos) y la *triche* (trampa)" (Balandier, 1989:131).

Álvaro Obregón se convierte en el gran caudillo popular, gracias a su ingenio y simpatía. Muy hábil, gran estratega, ingenioso, simpático, talentoso y de gran memoria (Silva Hezog, 1980). Trabaja desde joven y es *bueno para todo*, inventa la trinchera individual, innova en sistemas productivos. De gran astucia y capacidad para la adivinación psicológica de las intenciones de los otros, Obregón actúa siempre como jugador de póquer. En el combate atrae con maña al enemigo para hacerlo atacar, perder fuerzas y luego contraataca, Tomaba *la ofensiva con métodos defensivos*. Como militar se muestra insubordinado, desobedece órdenes, pero manifiesta bravura, temeridad, creatividad, capacidad de organización, fe y hasta humor. Bromista, guasón, chocarrero, alegre, ingenioso, dicharachero, socarrón, chistoso, aun payaso, cuenta chistes hasta de sí mismo. Posee un extremo sentido de la venganza que se expresa cuando pretende castigar a la *tristemente celebre Ciudad de México* y en ella, sobre todo, al clero, a la clase burguesa y a los extranjeros al imponerles multas y obligarlos a barrer las calles. Sin ideas demasiado claras sin embargo manifiesta temeridad ideológica y se convierte en el caudillo más radical de la Revolución, más por su deseo de ocupar el centro que por convencimiento. "Obregón no vivía […] no era un hombre en funciones, sino un actor […] para brillar frente al público", según Martín Luis Guzmán.

Plutarco Elías Calles es lo contrario de un héroe, serio y callado hace de la disciplina pedagógica la guía de su vida, por eso se muestra introvertido, reflexivo, aplomado, racional, congruente, fuerte y ecuánime, pero también inflexible. Una de sus mayores cualidades es el silencio.

Como **corifeos**, el hacendado con el militar y el cura forman un triunvirato diabólico de personajes negativos. Seudoaristocracia no culta e imitadora de las modas de Europa. Los más influyentes en la sociedad porfiriana. Cometen todo tipo de excesos, se trata de transgresores, matan, torturan y explotan a los campesinos, violan a sus hijas y mujeres. Su ley es la ley. Son criollos que se enorgullecen de sus raíces blancas. Mientras los campesinos viven bajo un sistema de servidumbre, impotentes ante la ley del amo.

Estructuralmente, Porfirio Díaz aparece como un personaje velado, un dios malo y despótico que si bien podía asumir posiciones consideradas negativas, conserva un halo especial en su figura que lo coloca por encima de los mortales, finalmente se trata de un héroe, el vencedor de la batalla de Puebla. Prueba de su posición mas allá del bien y del mal es que sus enemigos, como Madero y Zapata, le escriben cartas respetuosas.

Madero, que lo cuestiona, constituye el personaje que por las circunstancias del destino se convertirá en víctima inocente, la víctima a vengar. Villa representa el antihéroe y Zapata al personaje puro, idealista, pero sin mayores posibilidades de éxito. "Uno es salvaje y festivo, el otro místico y taciturno" (Krauze, 1997:68). Los tres son héroes trágicos que no logran gozar del triunfo, los tres reniegan del ejercicio del poder y con su sacrificio logran su propósito.

Huerta y Félix Díaz aparecen como los villanos. El primero es inteligente y hábil el otro insignificante y malévolo. Se suma a este binomio maléfico la presencia de un astuto intrigante, Henry Lane Wilson, el embajador norteamericano.

Carranza y Obregón son personajes realistas, con defectos y virtudes. Logran obtener el triunfo y reinstaurar el orden perdido pero al transgredir las reglas impuestas por ellos mismos mueren asesinados.

Todos los malos (Porfirio Díaz, Victoriano Huerta y Félix Díaz) desaparecen, salen de la escena, se embarcan en la costa para partir al destierro,[28] mientras los héroes mueren asesinados, no sin antes legar su *don* civilizatorio.

Para cada etapa los personajes pueden agruparse en pares, de hecho propongo que se trata de parejas con características de inversión simétrica, que por compartir un origen común, pueden ser identificadas como los hermanos gemelos que aparecen con frecuencia en la mitología. Sólo Calles pareciera carecer de su otra mitad y por tanto de su par complementario. Desde un punto de vista estructural su complemento, su pareja, son

[28] Lerdo en el siglo anterior, también sale al destierro, por el mar.

las instituciones que a partir de ese momento sustituyen a los héroes.

Porfirio Díaz y Madero integran el primer binomio. Ambos pertenecen a la clase supraordinante. Porfirio Díaz, de origen mestizo pareciera haber llegado a su posición por su propio esfuerzo, mientras Madero proviene de una familia rica por herencia. En realidad la familia de Porfirio Díaz pertenecía a la *elite* oaxaqueña, propietaria del único mesón de la ciudad y si estudió en el seminario y posteriormente leyes en el Instituto Literario fue por influencia del Arzobispo de Oaxaca, su tío. Su carrera militar y política lo fue ascendiendo de posición social y su segundo matrimonio lo blanqueo, logró "un hermoseamiento de su imagen personal, Carmelita lo pulió, hasta lo blanqueó" (Krauze, 1997:75).

En el caso de Madero se trata de cuatro generaciones de ricos y una de las cinco fortunas más grandes del país. Su abuelo fue gobernador de Coahuila. Madero era una persona instruida, con estudios en Baltimore, Francia y Berkeley.

Ambos incursionan en actividades productivas innovadoras, como empresarios exitosos. Madero introduce el cultivo del algodón en el Nazas, entre otras empresas, mientras que Porfirio Díaz instala una fundición en la hacienda de la Noria y se encarga de un ingenio azucarero en Tlacotalpan. Sus características de personalidad resultan inversamente opuestas:

Cuadro 1. Comparación de características
entre Porfirio Díaz y Francisco I. Madero

Porfirio Díaz	**Madero**
Viejo	Joven
Autócrata	Demócrata
Apegado al poder	Se niega a ejercer el poder
Castiga	Perdona
Guerrero	Pacifista
Malicioso	Ingenuo
Fuerte	Débil
Buena talla	Enclenque
Astuto	Directo
Disimulo (se disfraza)	Dice siempre lo que piensa
Pragmático	Principista
Progreso económico	Libertad política
Insubordinado	Legalista

Villa y Zapata constituyen el binomio popular, ambos provienen del pueblo, uno de una comunidad indígena uno y de peones de una hacienda, el otro. Los dos carecen de instrucción formal. Ambos son huérfanos y víctimas de la injusticia que los llevó a sufrir la cárcel. Zapata es víctima del despojo de las tierras de su comunidad, mientras que Villa fue afectado por la violación de su hermana. Ambos son enamorados y mujeriegos, pero también presentan características inversas:

Cuadro 2. Comparación de características
entre Emiliano Zapata y Francisco Villa

Emiliano Zapata	**Francisco Villa**
Honrado	Bandido
Taciturno	Festivo
Desconfiado	Confiado
Místico	Salvaje
Inflexible	Perdona y pide perdón
Lucha por derechos	Lucha por venganza
Fuerte	Débil, llora
Reservado	Exhibicionista (se disfraza)
Principista	Pragmático
Directo	Usa tretas

Carranza y Obregón provienen de familias de rancheros norteños. El padre de Carranza fue ganadero, mientras en el caso de Obregón, se trata de una familia de hacendados e industriales en declive económico por la confiscación de sus bienes y la posterior muerte de su padre. Ambos ocuparon puestos en la administración pública, Carranza fue presidente municipal de Cuatro Ciénegas, diputado local, federal y senador y Obregón presidente municipal de Huatabambo (cuadro 3).

Estos personajes, actores del mito, pueden ser identificados como héroes fundadores: "[…] Las causas políticas y los regímenes revolucionarios, también tienen sus héroes […] El héroe puesto que sustituye un movimiento por un espacio y un orden, es, por tanto, la primera figura del político" (Augé, 1982:181). Es preciso recordar que

> El término héroe pertenece al vocabulario de la mitología (y por ello mismo, al de la antropología religiosa) pero también al vo-

cabulario moral o político, pocas son las mitologías que junto a sus dioses, no tengan sus héroes: héroes o semidioses, que junto a los Dioses y a veces en contra de ellos, instituyen la historia de los hombres (Augé, 1982:179).

Cuadro 3. Comparación de características entre Venustiano Carranza y Álvaro Obregón

Venustiano Carranza	Álvaro Obregón
Viejo	Joven
Lucha por principios	Lucha por venganza
Receloso	Temerario
Autoritario, obstinado, intransigente	Conciliador, pacta
Apasionado de la historia	Poeta
Formal, inflexible	Bromista, (se burla de sí mismo)
Lento	Acelerado
Sentido de la dignidad y autoridad	Sentido del esfuerzo
Moderado	Radical, temeridad ideológica
Principista, idealista	Pragmático

En el mito de la Revolución Mexicana cada uno de estos héroes ocupa un papel fundamental en la narración. Importan sobre todo pues instituyen la historia, crean las instituciones y le otorgan un sentido al *ser revolucionario* y al orden cultural.

Al compactar las características de los binomios, se encuentran elementos que parecieran sintetizar dos arquetipos: uno caracterizado por la formalidad, la legalidad, la lucha por principios. Se trata de personajes serios y respetuosos de las formas, con un alto sentido de la dignidad. En esta categoría se enmarcan Madero, Emiliano Zapata y Carranza. Al otro arquetipo pertenecen Porfirio Díaz, Francisco Villa y Obregón. Los tres actúan, son actores consumados cuyas verdaderas intenciones se desconocen. "Los héroes representan algo en el sentido teatral de la palabra. La acción heroica, en cuanto tal, es el objeto de un relato y de una representación, es el espectáculo de un espectáculo, que habla de la sociedad" (Augé, 1982:195). En este caso, los tres saben que están actuando ante la historia, los tres desempeñan un papel ante las cámaras, pero también ante la posteridad. Son pragmáticos, las leyes no les importan, sólo sus resultados

prácticos, para Porfirio Díaz y Obregón, el progreso económico, para Villa la guerra por la guerra. Por eso pueden violar las leyes, les interesan los fines, no los medios. Dos (Villa y Obregón) son festivos, jocosos, bromistas; Díaz no, porque representa su papel de dictador, pero los tres se disfrazan, asumen otras identidades, lloran, se arrepienten de sus actos. Es por estas características que recuerdan al personaje del "*trickster* o bribón divino", a quien Augé (1982:185) ubica en *todas las culturas* como un héroe:

> […] todavía no humano, que preside la instalación de los hombres en la tierra y al que no repugna mezclarse con estos, el héroe inferior y superior a los hombres, burlador permanentemente burlado.

La oposición de características también podría entenderse como la existente entre el espíritu y la materia o entre el ideal y lo real. Los personajes principistas, idealistas, inflexibles, se acercan al patrón ideal, normativo; mientras que los pragmáticos, astutos, tramposos, capaces de disfrazarse, de pedir perdón para sobrevivir, se acercan a lo real. Ambos tipos constituyen perspectivas o facetas de la realidad. La dualidad de los héroes míticos, su carácter inverso y simétrico y la propensión a la trasgresión de uno y el apego a la legalidad del otro es analizada, para la época prehispánica, por Graulich (1999). En la lectura del mito de origen del sol y la luna en Teotihuacan, identifica la existencia de dos categorías de víctimas, uno engaña mientras el otro realiza penitencia, uno se sacrifica voluntariamente, el otro pretende hacer trampa, uno se transforma en sol el otro en luna.

Se podría decir que un tipo es ambiguo y el otro consecuente. Al entenderlos como gemelos se puede rechazar la existencia de dos arquetipos opuestos y proponer que se trata de uno solo, que parte de separar para luego reintegrar y dar cuenta del carácter contradictorio de la realidad. Las parejas integran una unidad contradictoria, pues si como propone Dumézil (*apud* Augé, 1982:191), "la figura de los héroes arquetipos sirve esencialmente para ordenar el pensamiento de la sociedad de los hombres",

la disociación de los héroes en dos opera como un mecanismo cognitivo pues el pensamiento requiere separar la realidad, clasificarla para dar cuenta de la dualidad y luego poder reintegrarla, para comprender los actos siempre contradictorios propios de la vida real. El presentar a personajes de la realidad, con una vida datada y consignada de diversas maneras y que de hecho no eran parientes ni tenían vínculos parentales, como gemelos, no supone un parentesco real. Por su posición en el relato, por compartir una etapa, representando papeles opuestos, aparecen unificados, fusionados, constituyendo la unidad contradictoria, propia de los héroes míticos.[29]

La dualidad simbolizada por las parejas representa la dualidad existente en la realidad. A través de unos arquetipos, traduce al relato mítico, las tendencias contradictorias de la historia de México entre la herencia india y la mestiza, entre los derechos del individuo y los colectivos, entre la libertad y el progreso, pero también refigura la contradicción inherente al ser humano entre materia y espíritu, entre práctica y teoría, entre ideal y realidad. Cada modelo encarna una parte de la realidad, pero al agruparse para cada etapa en parejas, sintetizan un arquetipo único que es dual y ambiguo, como la propia identidad. Se convierte de esta manera en un alegato histórico de la situación de contacto (Turner, 1988), que confrontó a dos culturas y las obligó a convivir opuestas y unidas al mismo tiempo.

Los momentos del mito

Para establecer una secuencia de análisis, intentaré identificar los mitemas o etapas en la narración de los sucesos de la Revolución Mexicana. Buscaré traducir la sucesión de acontecimientos por medio de las frases más cortas posibles (Levi Strauss, 1977:191). Al hacerlo, suprimo intencionalmente gran parte de

[29] Augé (1982:185) propone que "La diferencia-indiferencia de los sexos, confiada a los héroes en el mito, la androginia, la inestabilidad sexual o la homosexualidad, la gemelidad, el incesto y la distinción primordial de las generaciones somáticas constituyen otros tantos temas que, en proporciones variables, conciernen a la historia de los héroes culturales".

los acontecimientos narrados por la historiografía, también ausentes en la memoria colectiva o recordados de manera vaga y confusa. Cada episodio conserva una cierta coherencia en su interior, aunque la sucesión de episodios invierta la lógica del precedente. Al igual que en los mitos, un personaje puede aparecer como héroe en un episodio y en el siguiente como villano, los amigos transformarse en enemigos, pero en cada episodio las contradicciones se diluyen, las fronteras de lo bueno y lo malo aparecen claras. A pesar de las contradicciones entre episodios, cada uno genera algún elemento necesario para los subsecuentes, un don o una exclusión.

El clima. Al estallido le precede la agitación y la violencia en todo el país. Se suceden sublevaciones desde la muerte de Juárez. A partir 1900 crece la oposición generalizada al régimen. Hay al menos dos generaciones en espera de su espacio. Empiezan a aparecer nuevos partidos y se producen huelgas violentamente reprimidas, como las de Cananea y Río Blanco. La prensa aporta a crear un clima de insatisfacción generalizada. La paz porfiriana prevalece, a despecho de los estallidos, pues a los enemigos liberales se les encarcela o destierra. El silencio priva en el país.

Primer momento: el derrumbe de un orden

Primera escena: El viejo dictador hace declaraciones que parecen indicar una apertura.

Segunda escena: Aparece Francisco I. Madero, personaje valiente y democrático que ejerce una critica moderada y respetuosa al dictador. Díaz reacciona con la burla y luego comienza a hostigar de Madero y a sus partidarios. Finalmente decide encarcelarlo.

Tercera escena: Madero debe huir. El pueblo lo elige como héroe. Es la víctima de un régimen despótico, con un único pecado: cree en las palabras mágicas *Sufragio efectivo. No reelección*. Lleno de optimismo Madero dirige la sublevación desde Estados Unidos. Los enfrentamientos armados obtienen triunfos sucesivos que aumentan sus adherentes y el líder regresa triunfante al territorio nacional.

Cuarta escena: Una vez en el país Madero descarta sus pretensiones a la presidencia, mientras Díaz renuncia. Se genera un vacío de poder. El dictador se ausenta del país con una calurosa despedida de las clases altas de Veracruz.[30] Madero se convierte en el héroe indiscutido. Simultáneamente con la expresión del júbilo popular, "algunos hombres despechados, esperan agazapados en la sombra la hora de la venganza" (Mancisidor, 1981:60).

Segundo momento: las tribulaciones del poder

Primera escena: El país se encuentra convulsionado. En una clima de apoteosis, grupos de maderistas mal montados y peor armados entran en las poblaciones como guerrilleros victoriosos, sin haber disparado un tiro.

Madero llega a la Ciudad de México cargado de gloria. Temeroso de infringir la ley deja intacto el aparato *porfirista*. De la Barra, como presidente interino, se dedica a socavar la autoridad de Madero, se descartan sus sugerencias, se conspira en su contra. El caos cunde en todas partes, se producen duelos verbales en las cámaras y el choque de grupos enfrentados. Una vez en la presidencia Madero no logra imponer su autoridad, consecuentemente decae de su popularidad. Los líderes de los diferentes grupos se manifiestan insatisfechos. Madero rompe con Zapata y se enfrenta a los obreros organizados. En todas partes reaparece la conspiración. Zapata y Orozco se sublevan (Plan de Ayala, y Plan de Chihuahua).

Segunda escena: Después de varias asonadas militares fallidas (Félix Díaz, Bernardo Reyes, y Pascual Orozco), estalla una en la capital, recordada como la decena trágica. Madero sereno y optimista, cabalga como jinete consumado hacia Palacio Nacional, aclamado a su paso por el pueblo. En el trayecto, Huerta consuma la traición, en connivencia con la Embajada Norteamericana.

[30] Mancisidor adjudica su despedida por las clases altas, mientras que Silva Herzog (1989:197) la atribuye al pueblo: "Vítores y lágrimas del noble pueblo veracruzano, ante la desgracia del anciano caudillo, el pueblo olvida agravios y daba un claro ejemplo de nobleza".

Tercera escena: El acto culmina con un baño de sangre. Madero y Pino Suárez son asesinados a mansalva. Su hermano es entregado a la soldadesca "con sed de alcohol y sangre". Madero ascendió por el camino del sacrificio a mártir de la democracia y apóstol de la libertad. "Así se consumó la usurpación del poder ejecutivo por medio del terror y bajo el imperio de la bayoneta" (Silva Herzog, 1980:275) Antonio Caso, ante su féretro, le llama *San Francisco Madero*.

Tercer momento: el regreso del pasado

Primera escena: Huerta instalado en el poder ejerce una sanguinaria dictadura, barre a amigos y enemigos, comete múltiples asesinatos y disuelve las cámaras. Se le acusa de ser dipsómano.

Segunda escena: Carranza, gobernador de Coahuila, que había advertido a Madero sobre el peligro de permitir la permanencia de sus enemigos en el aparato de gobierno, inicia la resistencia armada. Con el objeto de buscar aliados lanza el Plan de Guadalupe, de carácter moderado y con un único objetivo, restaurar el orden constitucional. A su levantamiento se suman Adolfo de la Huerta, Benjamín Hill, Salvador Alvarado, Francisco Villa, Álvaro Obregón y Pablo González, quienes integran el ejército constitucionalista. En la lucha destaca la figura de Obregón como héroe y Villa como genio militar. Mientras Zapata, fiel a sus principios, sigue luchando contra el régimen (Plan de Ayala).

Tercera escena: Estados Unidos pide la renuncia de Huerta y los *marines* toman el puerto de Veracruz. El usurpador sale del país y después renuncia. Carranza entra triunfante en la Ciudad de México.

Cuarto momento: división en la cúpula

Primera escena: Carranza es jefe de la Revolución, pero no es el único jefe. Dos caudillos populares se niegan a plegarse a su autoridad: Zapata y Villa. "De Zapata lo separaba el abismo de

clase social, la cultura y hasta la civilización, de Villa, la querella de pasiones y personalidades" (Krauze, 1997a:209). Los jefes insurrectos no logran ponerse de acuerdo. Siguiendo el guión de la Revolución Francesa, convocan a una convención. Carranza, desconocido como presidente, se traslada a Veracruz. La convención nombra presidente interino a Eulalio Gutiérrez y a Villa como jefe del ejército *convencionista*. El ejército de la convención toma la ciudad para luego retirarse.

Segunda escena: Carranza, desde Veracruz, decreta la Reforma Agraria. Una vez que Estados Unidos reconoce su gobierno, Carranza recorre al país, instala la capital provisional en Querétaro y luego la traslada a la Ciudad de México. Afianzado, en el poder convoca al Congreso Constituyente que dota a México de la primera Constitución Social.[31]

Villa se niega a plegarse a la autoridad de Carranza y se distancia de Obregón, como signo de rebeldía invade EE.UU. Zapata mantiene su intransigencia. Mientras Zapata manda en Morelos, Villa lo hace en Chihuahua. Otros estados se encuentran bajo el control de caciques regionales, en Veracruz, Félix Díaz, los hermanos Cedillo en San Luis Potosí y Peláez en La Huasteca.

Obregón adhiere a Carranza y organiza un ejército al que incorpora a los batallones rojos de la casa del Obrero Mundial para combatir a los disidentes campesinos. Obregón derrota a Zapata y a Villa. Se convoca a elecciones.

Tercera escena: Carranza asume como presidente constitucional. Zapata es asesinado a traición. Los líderes promueven las tomas de tierras[32]. Durante los tres años del gobierno no hay paz, aumenta el desempleo, se pierden cosechas, cunde el hambre y la peste. Al término del período presidencial, Carranza intenta imponer un candidato desconocido. Obregón se autoproclama candidato y es declarado *fuera de la ley*. Adolfo de la Huer-

[31] Se considera la primera Constitución Social, pues antepone los derechos colectivos a los individuales, como se señala en otra parte del texto.

[32] Según Pozas (1982:67), "la toma de tierras encontró apoyo y en ocasiones la promoción de los gobernadores, que encontraban en este medio la forma de retribuir a sus seguidores, y mantener a sus tropas".

ta, desconociendo al gobierno de Carranza y en apoyo a Obregón, lanza el Plan de Agua Prieta. Ambos convocan a integrar el Gran Partido Liberal. Carranza sale de la capital hacia Veracruz con 60 vagones y los poderes públicos. "No hay un gran Mexicano que no haya sido fugitivo", le hace decir Fernando Benítez (*apud* Krauze, 1997a:257). En el camino es asesinado por las tropas que lo persiguen. Nadie admite haber impartido la orden.

Cuarta escena: De la Huerta asume como presidente interino, elimina a los gobernadores Carrancistas, consigue la rendición de Villa, la subordinación de Peláez, la rendición y el exilio de Félix Díaz. Incorpora a líderes obreros a su gobierno[33]. Con posterioridad a las elecciones asume Álvaro Obregón, quien aparentemente reinstaura el orden. Al término de su periodo cede el poder, no sin antes enfrentar la sublevación de varios generales ante la candidatura de Calles.[34] Obregón se retira a Sonora para retomar sus actividades empresariales.

Quinto momento: insurrección cristera

Primera escena: Calles asume el poder e inicia la profesionalización del ejército, incorpora a líderes obreros a su gobierno[35] y reorganiza la administración. Cuenta con el Apoyo de Álvaro Obregón y del gobierno norteamericano. La participación obrera en el gabinete asusta a la Iglesia.

Segunda escena: Calles, quien como gobernador había expulsado a todos los sacerdotes católicos, provoca a la Iglesia increpándola a asumir uno de dos caminos, la *Constitución o las armas*. Bajo el lema de *Viva Cristo Rey* los católicos toman las armas. Inicia la Guerra Cristera.

[33] En esta escena es frecuente el olvido de la presidencia interina de De la Huerta y su papel en la pacificación, probablemente para no tener que justificar su posterior exclusión.

[34] Entre ellos el propio De la Huerta.

[35] Un secretario, dos jefes de departamento, dos gobernadores, once senadores, y cuarenta y cuatro diputados.

Tercera escena: Al finalizar el período, Obregón modifica la Constitución para reelegirse. Enfrenta a dos candidatos opositores y el descrédito generalizado. Después de dos atentados fallidos, una vez como presidente electo, *un católico* lo asesina, pero el *vox populi* culpa a los callistas y al movimiento obrero.[36]

Cuarta escena: Calles, al inaugurar los mensajes políticos de los presidentes a la Nación, proclama: "México se encuentra sin caudillos […] pasó de un país de un hombre, a la nación de instituciones y de Leyes".

Fin de la Revolución. Fin del mito

Para acotar los mitemas y resaltar las similitudes estructurales entre los episodios, intentaré sintetizar aun más esta apretada versión:

· Enfrentamiento Díaz-Madero: ambos renuncian a sus pretensiones, Porfirio Díaz se va por el mar y Madero llega a la ciudad en medio del júbilo.
· Los líderes no están conformes. Madero los enfrenta, Zapata toma las armas, EE.UU. participa en la organización de una conspiración que concluye con la Decena Trágica y el asesinato de Madero.
· Dictadura sanguinaria, asesinatos, disolución de las cámaras. Carranza proclama el Plan de Guadalupe: Carranza, Zapata y Villa se alzan contra Huerta. Se inicia la lucha armada. EE.UU. pide la renuncia de Huerta, quien abandona el país por el mar.
· Los jefes insurrectos no se ponen de acuerdo. Villa rompe con Carranza y se distancia de Obregón (invade EE.UU.). Zapata intransigente en sus demandas. Obregón combate a Villa. Asesinato de Zapata. Carranza presidente.
· Enfrentamiento Carranza-Obregón, el segundo es declarado fuera de la ley. Alzamiento militar, Plan de Agua Prie-

[36] Un chiste de la época adjudicaba como respuesta a la pregunta "¿Quién mató a Obregón?": "*Cállese*". Véase en el capítulo VIII un chiste similar en relación con la muerte en 1994 del candidato a la presidencia, Luis Donaldo Colosio.

ta. Carranza huye hacia el sur, en el camino es asesinado. Obregón presidente.
· Calles provoca a la Iglesia, estalla la Guerra Cristera. Obregón modifica la Constitución para ser reelecto. Lo asesinan.

El movimiento viene del Norte (menos Zapata), los personajes huyen por el Golfo o los matan (menos Villa), en el centro. El movimiento cumple un periplo por el territorio, marcando hitos, fijando marcaciones a la memoria. Esta recurrencia en los espacios recuerda el señalamiento de Harwood (1976:791) en cuanto a que lo que parece al lector occidental una mera insistencia gratuita en precisar sitios [...] es en realidad un marcador estructural indispensable que sirve al menos a tres funciones. En primer lugar, las localidades segmentan el corpus del mito en unidades cognitivas separadas, obrando así también como un recurso mnemónico para evocar porciones del corpus. En segundo orden, un conjunto preciso de localizaciones puede servir como productor de una serie que organiza la totalidad de la mitología [...] a lo largo de un eje temporal de precedencia lógica, coextensivo a un eje espacial de secuencia de lugares. El tercer punto [...] involucra la relación entre el mito y el orden social.

En la organización del espacio social, el norte con sus atributos bárbaros y violentos se vincula al cambio. Desde la mitología prehispánica, todos los grupos chichimecas, incluyendo los *mexicas,* vienen del Norte. Se trata de grupos guerreros, portadores del el cambio. El mítico Aztlán se ubica en el Norte, mientras que el héroe civilizatorio, Quetzalcóatl, al caer en desgracia desaparece en el Golfo, se va por el mar, en lo que hoy es Veracruz. La Revolución parecería actualizar el mapa cognitivo del mito inmemorial.[37] Pero también señala precisiones para el orden social. En el futuro los sitios del mito proveerán al sistema social de *hombres de poder*. Serán los herederos de la Revolución. Los sitios excluidos del mito tendrán una exclusión

[37] "La interpretación del espacio imaginario a partir de un corpus homogéneo de narraciones lleva a precisar mejor estas relaciones en su complejidad y ambivalencia" (Balandier, 1989:94).

parcial, al menos del poder máximo el ejercicio de la primera magistratura.[38]

Los temas del mito

Los mitos y los relatos de mistificada persecución, según Girard (1984:194), comparten una estructura que incluye los siguientes momentos:

1) Algo anda mal en la comunidad. Se violan las reglas más sagradas, se borran las diferencias, reina el caos.
2) Se acusa a un grupo por su malignidad.
3) Algunos son muertos o expulsados.
4) Vuelve la tranquilidad.

Según este esquema cada momento comienza con la indiferenciación y termina con la diferenciación. En el relato de la Revolución Mexicana aparece el mismo esquema. Cada uno de los momentos o episodios del mito parecieran reiteraciones o variaciones sobre un mismo tema. Todos parten de una situación de indefinición o caos por el abuso o el defecto en la apropiación de un bien deseado. Ante la situación caótica se inicia una búsqueda de culpables que desata la violencia y la persecución. Los episodios concluyen con la muerte o el exilio de una víctima y con la expulsión de uno de los grupos enfrentados. La víctima no desaparece sin antes dejar un legado (véase el cuadro 4).

Caos original

Si bien en el origen de cada una de las etapas el día y la noche no aparecen confundidos, como es frecuente en los mitos[39],

[38] Los presidentes de la Revolución pertenecen a la llamada dinastía norteña, o tienen su origen en Veracruz, Puebla y Michoacán. Todos sitos del mito.

[39] Como propone Girard (1986:44). Sin embargo cabe recordar que el día en que Madero entra triunfalmente a la ciudad de México durante la madrugada se produjo un temblor de considerable magnitud.

Cuadro 4. Etapas y temas del mito

Etapas	Indefinición	Culpables	Reacción	Restauración orden	Exclusión
1	Violencia y sublevaciones, represión. Los hacendados violan, matan	Hacendados, dictadura, oligarquía	Plan de San Luis	Madero Presidente	Porfirio Díaz abandona el país
2	Líderes no están satisfechos, caos. Zapata retoma las armas	Ejército Federal, Embajada de EE.UU.	Plan de Ayala. Asonadas Militares. Decena Trágica	Dictadura de Huerta	Asesinato de Madero
3	Dictadura sanguinaria. Represión asesinatos	Ejército Federal	Plan de Guadalupe	Triunfo constitucionalista	Huerta sale del país, por el mar
4	No hay gobierno, luchas entre líderes. Convención, no pueden ponerse de acuerdo	Caudillos militares. Ejército de la convención	Convención. Constitución	Presidencia de Carranza	Asesinato de Zapata
5	Siguen los liderazgos regionales, hambre, peste	Corrupción, carrancistas, constitucionalistas	Plan de Agua Prieta	Presidencia de Obregón	Asesinato de Carranza, y de Villa

pues suceden en un tiempo real, existe confusión en el orden social. En todas partes, antes del inicio de la Revolución, se conspira:

> En mi casa como en todo México, al principio del siglo se conspiraba. Existía, generalizadamente, el ansia la ilusión de ser, de finalmente lograr echar al opresor e iniciar una vida donde los humanos tienen derechos (List Arzubide, 1998).

La conspiración, como acto clandestino, se asocia con las tinieblas, a la oscuridad, aunque sus actividades se realicen en el día. En estas actividades conspirativas participan miembros de las clases acomodadas, como el propio Madero o los hermanos Serdán. La respuesta ante la conspiración incluye como componente permanente, la violencia, los asesinatos y encarcelamientos.

Al igual que en los mitos *los principales personajes son unos temibles transgresores*. Porfirio Díaz viola el motivo de su ascensión al poder: *El sufragio efectivo. No reelección* motivo de la rebelión de la Noria y del plan de Tuxtepec: "No dejemos que ningún ciudadano se imponga y se perpetúe en el poder y ésta será la última Revolución", había proclamado. Miente al declarar al periodista norteamericano, la mayoría de edad del pueblo mexicano y sugerir su próximo retiro:

> He esperado pacientemente, el día en que el pueblo de la República Mexicana estuviera preparado para escoger y cambiar a sus gobernantes en cada elección sin peligro de rebeliones armadas y sin daño para el crédito, creo que ese día ha llegado ya [...] me retiraré del poder al terminar el actual período de gobierno.[40]

El caos, y la violación de reglas dominan al país, los acólitos del dictador se enriquecen impunemente a la sombra de un gobierno que permite el acaparamiento de tierras y el surgimiento de grandes haciendas en manos privadas, a costa de las tierras de los pueblos y comunidades, mientras los recursos del subsuelo son concesionados sin límites a compañías extranjeras. La fuer-

[40] Entrevista concedida al periodista norteamericano Creelman.

za de trabajo es reclutada por levas y otros medios de trabajo forzoso, como el pago de penas judiciales con trabajo, en Valle Nacional o las deportaciones de yaquis a las haciendas henequeneras, descritos, dramáticamente por Keneth Turner (1911). A los hacendados y propietarios de empresas se les acusa de los peores crímenes, la violación de las hijas y mujeres de los campesinos, asesinatos impunes, apropiaciones de bienes, reflejados en las narraciones literarias y la filmografía de la Revolución.

En el segundo momento, se reitera la situación de conspiración. El aparato *porfirista*, intacto durante la presidencia interina de De la Barra, sabotea la autoridad del triunfador de la Revolución. Una vez que Madero asume la presidente, la Cámara de Senadores, no renovada en el proceso de elecciones, se encarga de frenar las iniciativas presidenciales, mientras el ejército conspira y se multiplican las asonadas militares.[41] Madero se muestra incapaz de ejercer la autoridad, se niega a reprimir y perdona a sus agresores. La autoridad no existe.

El gobierno de Huerta en sí es ilegítimo, producto de los asesinatos de Madero y Pino Suárez. Una vez en el poder se dedica a reprimir por los métodos más violentos. El ejército federal arrasa pueblos, comete asesinatos, viola a las mujeres del pueblo.

Al triunfo del ejército constitucionalista, la violencia, el desorden y la confusión vuelven a aparecer. Carranza traslada su gobierno a Veracruz y la convención se instala en Aguascalientes. La Ciudad de México queda momentáneamente sin gobierno. La población de la capital se aterra ante la entrada de estas tropas compuestas por indios y bandoleros. Esperan lo peor, saqueos y violaciones. Por su parte, los jefes revolucionarios no logran ponerse de acuerdo, cada grupo se divide en subgrupos. Los pactos como el celebrado entre Villa y Zapata no se respetan, cada uno hace su voluntad sin acuerdo ni concierto. En ese momento nadie detenta el poder y casi nadie es leal sino a sí mismo.

Obregón llega a castigar a la Ciudad de México, y sobre todo al clero, a la clase burguesa y a los extranjeros. Impone una con-

[41] Las encabezadas por Bernardo Reyes, Pascual Orozco y Félix Díaz, respectivamente.

tribución extraordinaria a los ricos, el pago de medio millón de pesos y confisca el 10% de sus mercancías a los acaparadores, encarcela y expulsa al vicario y a 167 curas, a los extranjeros los pone a barrer las calles.

Mientras se incrementan las confiscaciones agrarias y las invasiones de haciendas se producen huelgas obreras y la rebelión de las compañías extranjeras frente a las medidas nacionalistas. Durante tres años no hay paz, cunde la peste, el "Tifo y otras plagas, no sólo biológicas [...] se trafica con el hambre" (Krauze, 1997a:228), se falsifica moneda.

Durante los períodos de Obregón y Calles persiste la vida política *bronca* y encrespada. Se enfrentan al menos dos sublevaciones de importancia que motivan el ajusticiamiento o la expulsión de casi 500 jefes militares. La peste de la guerra resurge con el alzamiento cristero. En el campo, comienzan a actuar las guardias blancas que reprimen a los agraristas y los asesinatos a maestros rurales, misioneros de la Revolución, se tornan frecuentes. Para justificar la reelección, prohibida por la Constitución, se lanza la consigna *Obregón o el caos*. Aun así, Obregón inicia su segunda campaña desacreditado y abucheado, en su propia tierra norteña. En todos los inicios prevalece el caos, el desorden y la confusión, no hay autoridad o la existente se encuentran cuestionada.

> El mito se desarrolla en espiral, recurre a la duplicación, la triplicación de una misma secuencia [...] posee una estructura de múltiples hojas, que en el procedimiento de repetición y gracias a él transparenta en la superficie [...] Las hojas no son rigurosamente idénticas, cada una ligeramente distinta a la precedente" (Levi Strauss, 1977:209).

La prevalencia de las situaciones de caos en todos los inicios y la necesaria restauración del orden, parecieran establecer una oposición *caos-poder*. De manera análoga a como aparece en muchas mitologías tradicionales, la aceptación del poder aparece como el precio pagado para acabar con el caos.

Búsqueda del culpable

Ante estas situaciones de caos y confusión se inicia un proceso de culpabilización, de búsqueda de culpables, que reitera el esquema de las mistificadas persecuciones, pues se formulan acusaciones "no menos fantásticas que las nefastas propiedades atribuidas a los héroes míticos" (Girad, 1982:36). En el libro publicado por Madero (1909) y reconocido como la lumbre que encendió la llama, se acusa al régimen de Porfirio Díaz de "inocular en el mexicano corrupción, desinterés, desdén por la ley, disimulo y miedo". El término inocular, de uso médico, hace referencia a la existencia de una enfermedad, una peste que aqueja a los mexicanos y de la cual el dictador sería el responsable. Madero formula una identificación explícita entre la noción de mal y el poder absoluto.

Si el culpable de la propagación de un mal fue en el primer momento el poder absoluto, en el segundo momento la violencia se propaga de forma mimética, contagiando a todos, por la ausencia de poder y liderazgo. De allí que en la búsqueda de un culpable se utilice el chiste, la broma, las caricaturas y rumores para mostrar un Madero impotente, carente de autoridad y capacidad para ejercer el poder necesario para restaurar el orden. Su falta de gesto adusto, su juventud y baja estatura, aparecen como indicadores de debilidad. El afecto por su esposa, el respeto a sus padres, como muestras de dependencia e incapacidad para imponerse, sumadas a las *chifladuras personales* como ser vegetariano y sobre todo el consultar a los espíritus.

El ejército federal y la embajada de Estados Unidos conspiran en las tinieblas, reproduciendo la situación inicial. Una vez apoderado Huerta del gobierno, acusado como asesino y dipsómano, el ejército se encarga de arrasar pueblos, violar mujeres y asesinar indefensos, reproduciendo el caos y la confusión. Las poblaciones huyen en actos de pánico.

Las fuerzas constitucionalistas representan en sí mismas el imperio de la violencia, la revancha y la venganza. Zapata y Villa son salvajes, saquean poblaciones, matan a sangre fría, expulsan a sus enemigos, pero sobre todo permiten los enfrentamientos y asesinatos entre sus propios jefes. No dudan en con-

denar y fusilar a amigos y adherentes ante el menor signo de desconfianza. Encarnan la representación de la *cultura de la violencia*. "Azote de los traidores" dice un corrido de Zapata, él se ajusta a su papel y proclama un decreto contra los traidores. "Perdono al que roba o al que mata, pero al traidor no le perdono" proclama y lo cumple, sin importar que se trate de sus amigos.

A Villa se le adjudican cuatro homicidios, robos y secuestros, él "Encarna una zona profunda del alma mexicana, su más oscuro y vengativo coraje, su más inocente aspiración de luz" (Krauze, 1997a:157). Es un trasgresor que desprecia la ley, para probarlo se casa formalmente en el registro civil y luego destruye los libros de actas.

Una vez suprimidos los caudillos, el gobierno intenta culpar a la Iglesia y a los acaparadores, del caos económico, mientras el pueblo señala a Carranza: "El viejo no roba, pero deja robar". El pueblo los denomina *consusuñaslistas* en lugar de constitucionalistas y se inventa el verbo *carrancear,* como sinónimo de corrupción. En este caso la peste, el mal contagioso, es representada por la corrupción. La palabra corrupción, en sentido literal alude al proceso de putrefacción y se vincula en su campo asociativo directamente con la peste y el mal. El desprestigio moral acompaña la selección de Carranza como víctima. "Buscando el poder y la riqueza, los caudillos del partido liberal se habían vuelto vehículos de la reacción […] nuevos intereses materiales bloquearon los principios avanzados de lucha, sobre todo el Sufragio efectivo. No reelección", acusa Obregón (1919) en su manifiesto a la nación y se propone una misión críptica "Permitir al país liberarse de sus libertadores".

En la lucha por el poder entre caudillos, la violencia se desata con sus efectos contagiosos, se trata de muertes que involucran a amigos, hermanos, camaradas, fueron asesinatos que violaban las normas más sagradas.

A raíz de las sublevaciones de Lucio Blanco, Francisco Murguía y Adolfo de la Huerta, se produce un verdadero exterminio de militares. La peste de la violencia cobró como víctimas a 178 generales y 3296 jefes en 1922, y 355 generales y jefes en 1923. El conflicto con la Iglesia costó la vida a 223 maestros asesinados y a miles de víctimas de los enfrentamientos.

La reiteración de los asesinatos como aparente precio para la restauración del orden y la institucionalización, concede la razón a Girard (1984:220) en cuanto a que "hasta él más trivial efecto de víctima propiciatoria es un proceso inconsciente de estructuración". Cada etapa cuenta con su víctima, muerta en manos de masas no controladas, por asesinos solitarios o como producto de la traición. En ninguno de los casos medio un juicio o una orden expresa que implicara el ejercicio de la ley. Ni la muerte, ni la salvación de la muerte mediante la exclusión, son producto de una decisión, se trata de actos fortuitos. Los personajes desaparecen de la escena, huyen si se quiere, sin la aplicación de la ley. Porfirio Díaz abandona el país, sin ser depuesto. A Madero lo fusilan sin juicio previo. Huerta huye sin entregar su renuncia. Carranza muere como consecuencia de un *fuego cruzado*, nadie asume la orden, por el contrario se *pretendía* juzgarlo. Villa cae víctima de una emboscada y Zapata por una traición. A Obregón lo mata un asesino solitario, que actuó por venganza personal. Deliberadamente utilizo alusiones ambiguas, *cae*, *es muerto*, *sin ser*, porque aparentemente no existen responsables de los hechos, los personajes son víctimas del destino, del *hades*, no de personas concretas. "El personaje del héroe cultural ambiguo —dice Augé (1982:188)— no se aleja demasiado del de la víctima propiciatoria, cuyo sacrificio, a juicio de Girard, es necesario para poner fin a la violencia y para la instauración de la sociedad."

A pesar de su carácter fortuito, no se trata de muertes casuales, todas fueron muertes anunciadas. "Los héroes trágicos escogen el querer aquello que deben sufrir […] se inscriben en ese código de honor del que él no puede escapar" (Augé, 1982:188). Son muertes autoanunciadas, pues los héroes asumen su destino trágico. Madero contempla la muerte como posibilidad y la desprecia: "Cumplo con un deber sagrado, de acuerdo con el plan divino, la muerte no existe". Zapata la observa con fatalismo, como inevitable: "no veré terminar esta Revolución, porque las grandes causas no las ve terminar quién las inicia". Villa propone a Carranza suicidarse ambos. Carranza la identifica con su papel; "Desde 1913, tengo prestada la vida", de allí que Martín Luis Guzmán (1936) la defina como muerte ineluctable. Obre-

gón la vaticina: "Viviré hasta que haya alguien que cambie su vida por la mía". Resaltan el aspecto fatal, predestinado característico de los héroes míticos.[42]

Independientemente de las circunstancias reales de cada caso, cada muerte reitera los rasgos característicos de las víctimas habituales, aquellas que condensan como parte de sus atributos características de excepción que los convierten elegibles (Girard, 1986:40). Se trata de los jefes máximos de la Revolución o de alguna de sus facciones, adicionalmente, Madero es rico y místico; Villa es un trasgresor, bandido, asesino, mujeriego, pero también un guerrero excepcional, un gran estratega, un genio militar, el típico héroe mexicano que roba a los ricos en beneficio de los pobres; Zapata es el héroe indiscutido, el prototipo del mexicano, mujeriego, charro, desconfiado, ídolo de las masas, un mito viviente.

Carranza era la representación misma de la autoridad, un viejo *corpulento e imperioso*, el hombre que dotó a la Nación de una nueva Constitución. Obregón aparece como el héroe indiscutido, el vencedor de Villa, el "hombre más popular y temido" según Blasco Ibáñez. Todos pueden ser comparados con el rey y al igual que él considerarse desclasados, en el sentido de estar por fuera de las clases, al margen de las leyes aplicables al resto de los mortales (Augé, 1982:215).

Al igual que los héroes culturales de los mitos fundacionales o de origen, las víctimas del mito de la Revolución Mexicana trasgreden alguna ley u orden por ellos aportado. La *trasgresión* se encuentra como explicación, como causa suficiente de los mitos que incluyen el sacrificio humano. La víctima debe espiar una culpa para recuperar el paraíso perdido (Graulich, 1999). Madero, después de asumir como héroe, traiciona la confianza del pueblo al no lograr liberarse del sistema anterior, al permitir la permanencia del aparato *porfirista* en su gobierno comete una especie de suicidio. Madero se muestra débil. Por su tibieza

[42] "En lo que se refiere al mito y a las antiguas formas de pensamiento religiosos, se evoca el aspecto fatal, predestinado del héroe, el *daimon* que a él se adhiere en lo que se refiere a las concepciones jurídicas nuevas y a las prácticas políticas, se afirma el carácter voluntario, intencional de su actuación, de la que se lo considera responsable, a*itos*" (Augé, 1982:198).

Zapata se levanta en armas y sus nuevos aliados terminan asesinándolo.[43] Zapata y Villa se convierten en trasgresores cuando se niegan a aceptar la paz, se mantienen en lucha permanente y permiten el ejercicio de la violencia indiferenciada de sus seguidores entre sí después del triunfo revolucionario.

Carranza viola la ley impuesta por Madero, el Sufragio efectivo. No reelección, en su primer término cuando se opone a la candidatura de su heredero natural, aquel que había sido su cómplice en la tarea de desembarazarse de sus enemigos, e intenta imponer la candidatura de un desconocido al que pudiera controlar. La exclusión y el sacrificio de Carranza quedan justificados cuando decide poner fuera de la ley la candidatura de Obregón, héroe popular y el seguro triunfador del ejercicio del *sufragio efectivo*. Por su codicia, por no querer compartir el poder (eliminación de Zapata e intento de eliminar a Obregón), es asesinado cuando intentaba huir.[44]

Obregón termina su período, pero cuando al concluir el mandato de Calles infringe el segundo término de la ley del sufragio efectivo, la *no reelección* y modifica la Constitución para reelegirse, es asesinado. Se sume en un proceso de decadencia moral, ingresa en el círculo de la violencia por la violencia, asesina a sus oponentes y reprime a sus antes aliados. El ciclo se cierra con Calles. Con el *maximato*[45] viola el precepto del sufragio efectivo a través de terceros, por cometer una falta menor la expía con la expulsión, esta vez por la frontera norte.

[43] Durante el interinato de De la Barra y posteriormente en la presidencia de Madero, se presentan varios indicios de la deslealtad de Huerta, a las que se suman los intentos de asonada militar de Reyes, Félix Díaz y Pascual Orozco. La propia madre de Madero le recomienda alejarlo y actuar con energía. Madero como apóstol, responde a la intriga con el perdón. A Huerta lo asciende a general de división.

[44] El análisis *racional* adjudica a Carranza el deseo de tránsito hacia los gobiernos civiles y el fin del militarismo. Su preferencia por Padilla derivaría de su posición civil. La lectura popular o de los caudillos que se alzaron en apoyo a Obregón, fue diferente al adjudicar a Carranza una traición contra su aliado.

[45] Se denomina el *maximato*, al período en el que se supone que Calles siguió gobernando a través de presidentes títeres. La imaginería popular acuñó la frase "El presidente esta acá, pero el que manda vive enfrente", para reflejar la situación.

En la construcción del orden revolucionario, el sacrificio de víctimas aparece como el mecanismo generador de todas las instituciones culturales, como propone Girard, pues es a través de la expiación mediante el sacrificio, que se restituye la paz, aunque sea de manera momentánea. El sacrificio de la víctima se convierte así en la:

> Sagrada Epifanía del antepasado fundador o de la divinidad fundadora que fue la primera en transgredir las leyes que también aportó a la comunidad. Primero se presentó para castigar y corregir, después para educar y recompensar mostrando como debe practicarse el rito (Girard, 1984:205).

Los héroes-víctimas con su sacrificio generan un doble efecto, por una parte la trasgresión provoca su exilio de la tierra, visualizado como castigo o expiación, pero al mismo tiempo, al igual que en el mito prehispánico (Graulich, 1999), les permite renacer como dioses e integrarse al panteón sagrado.

Desde Calles el sistema aprendió a sustituir el sacrificio real por el simbólico. Ya ningún presidente intentará la reelección, algunos pretenden controlar a su sucesor, pero el ritual sucesorio incluye el sacrificio ritual del antecesor, como se explica en otra parte del texto. La instauración del mecanismo del chivo expiatorio y de la muerte simbólica al fin de cada sexenio, reitera crisis simuladas sin necesidad de recurrir a la muerte real.

***El* don**

Cada uno de los personajes, en tanto héroes culturales, protagonizó una gesta, superó obstáculos, ganó batallas pero por su propio error murió antes de gozar del triunfo. El bien por el que luchaban, fue obtenido como *don* e incorporado como parte del código simbólico, cuya "fuerza peculiar procede de su presunta capacidad para identificar hecho con valor en el plano más fundamental" (Geertz, 1987:119). Los bienes recibidos como *dones* incorporaron la noción de *deuda*, con respecto al dador. Los revolucionarios, héroes culturales deificados e incorporados al panteón revolucionario, legaron como heredera universal a la *Revolución,* trans-

formada en Institución y concentradora de toda reciprocidad y deuda. La noción de *don* y el *don* mismo participan en la constitución de un orden cultural, por ser

> un acto que al mismo tiempo instaura una relación doble entre el donador y el receptor […] que implica tres obligaciones, la de dar, la de aceptar el d*on* y la de volver a dar cuando se recibió" (Godelier, 1997:4).

Cada uno de los héroes, se vincula con alguna institución producto de la Revolución ya sea porque se les atribuye su creación o porque fue el motivo de su lucha. Al igual que los héroes del mito, para triunfar debieron enfrentarse a un enemigo y contaron con un aliado. Cada una de las gestas puede considerarse una etapa o episodio, y en cada una aparece una víctima.

Cuadro 5. Héroes, víctimas y dones

Héroe	**Oponente**
Madero	Dictadura
Zapata, Villa y Carranza	Ejército Federal
Carranza	Líderes
Obregón	Caudillos
Calles	Iglesia
Héroe	**Oponente**
Madero	Dictadura
Zapata, Villa y Carranza	Ejército Federal
Carranza	Líderes
Obregón	Caudillos

Madero cae asesinado, pero deja instaurado el Sufragio efectivo. No reelección, como lema de la Revolución, que hasta el día de hoy acompaña todos los escritos, oficios y memoranda institucionales. En adelante, quien ose violar el precepto se convertirá en infractor. El artículo 83 de la Constitución, desde su versión original, limita el ejercicio de la primera magistratura pues el presidente "*nunca podrá ser reelecto*". Madero intentó revivir los ideales liberales, anteponer los derechos cívicos al orden y el progreso. Quiso mostrar la forma de ejercer la democracia con respeto al enemigo, en un intento de pluralidad. Esta parte de

su lucha quedará trunca y no fue incorporada a los preceptos revolucionarios. El carácter jacobino de la Revolución mantiene la frontera entre los revolucionarios y la *reacción*. El sistema de exclusiones del mito no puede ser plural, es exclusivo y excluyente. Al considerar como *reaccionarios* a los críticos y detractores impide la pluralidad.

Zapata muere asesinado luchando por la tierra y su sacrificio permite la instauración de la reforma agraria. El plan de Ayala, por él enarbolado, fue sustituido por la ley redactada por Cabrera e inspirada por Andrés Molina Enríquez. En opinión de Krauze (1997a:218), Carranza en persona elige el día 6 de enero para proclamarla, pues "pretendía dar un nuevo contenido social al día de Reyes". La elección de ese día y su asociación con personajes vinculados a la noción de *don* en la mitología cristiana, refuerza el carácter como *don sobrenatural* de la concesión agraria. Con la ley de ejidos proclamada por Obregón, la concreción del *don* a través de la dotación, se centra en la persona del jefe del ejecutivo, único ser con facultad plena para realizar dotaciones provisionales a los pueblos. De esta manera se logra convertir al presidente, en el principal retribuyente de las necesidades de tierra de los campesinos revolucionarios. A partir de ese momento: "El reparto dejaría de ser una compensación que los señores de la guerra otorgaban a sus bases sociales, para convertirse en un acto legal y de justicia donde el presidente era el inapelable juez" (Pozas, 1982:70).

Carranza promulgó la Constitución y dotó al mito del texto como fundamento escrito de todo acto discursivo (Legendrè, 1979:93). La Constitución sustrajo del conflicto mimético al objeto de la disputa al declarar propiedad de la nación a los bienes que propiciaron el enriquecimiento de los hacendados y de las compañías extranjeras, la tierra y los bienes del subsuelo, la minería y el petróleo. Carranza donó a la Revolución su afán nacionalista, el sentido de soberanía nacional y de dignidad y lejanía en el trato con el extranjero, sobre todo con los vecinos del otro lado del Río Bravo.

Incluso Villa, que se incorpora a la lucha por vengar a Madero, sin otro fin que "pelear por pelear", deja a los suyos el camino de la superación. Su preocupación por la instrucción del pueblo,

ante su propia y reconocida ignorancia, es retomada por Obregón, el hombre que logró derrotarlo en batalla, cuando instaura el instrumento para la redención del indio y el campesino: la escuela rural mexicana.

Por último, el ciclo de la violencia y asesinatos en que se enfrascan Obregón y los generales, otorga como precio a la sangre derramada, la despersonalización de los liderazgos y el *don* de la institucionalización de la Revolución.

El Sufragio Efectivo, la Reforma Agraria, la Constitución, los Bienes Propiedad de la Nación, la Escuela Rural, las Instituciones y la Noción de Justicia Social[46] "alimentan permanentemente obligaciones reciprocas que engendran flujos de servicios, de ayudas, de solidaridades reciprocas" (Godelier, 1997:8) en una relación asimétrica, donde los receptores de los beneficios, deben lealtad y agradecimiento a la Revolución Institucionalizada y el compromiso tácito de su adhesión. Una nueva relación entre gobernantes y gobernados que lleva implícito el consentimiento.

La identidad

Pero también cada una de las etapas contiene una indiferenciación que se resuelve con la eliminación de uno o más agentes, en tanto representantes de un sector y parte de un sistema de oposiciones. Cada etapa al definir a amigos y enemigos, establece un orden jerárquico que incluye a vencedores y vencidos, por asociación a buenos y malos, en un caso, fuertes y débiles en el otro. La diferenciación, el proceso esencial del ser humano, para representarse requiere de un espaciamiento y la separación de las entidades que deben ser diferenciadas. En cada caso "la discontinuidad se logró en virtud de la eliminación radical de ciertas fracciones del conjunto" (Levi Strauss, 1966:5).

[46] Utilizo las mayúsculas iniciales deliberadamente para denotar y subrayar su aceptación como instituciones y como parte del nuevo orden cultural.

Cuadro 6. Esquema de la diferenciación y exclusión de actores sociales

Etapa	DIFERENCIACIÓN		Exclusión	Carácter
	Negativo	Positivo		
1	Hacendados, ricos, científicos, criollos	Agricultores, campesinos pobres, mestizos.	Aristocracia	Revolución popular
2	Ejército de elite, intereses extranjeros	Ejército popular constitucionalista	Imperialismo	Nacionalismo
3	Liderazgos personales	Instituciones	Jefes de la guerra	Justicia social
4	Iglesia católica	Agraristas	Iglesia	Laica

En cada etapa se elimina a un actor o sector, en adelante excluido del poder. En la primera etapa, salen de la escena los hacendados, las clases acaudaladas, identificadas con los criollos, los ricos en general. La clase alta es sustituida por la alianza entre los agricultores norteños como Carranza y Obregón, los campesinos indios de Zapata y los peones de Villa. La Revolución se identifica con el mestizo.

En la segunda, el mismo grupo se desembaraza de lo que queda del grupo inicial representado por el ejército elitista, al que se agrega al imperialismo representado por los EE.UU.

Con estas supresiones el grupo vencedor se muestra compacto y constituye una nueva unidad, sin embargo, en su seno persisten las contradicciones. Uno de los grupos deberá eliminar a los otros para la reaparición del orden. En un primer momento serán eliminados Villa y Zapata, representantes de los desposeídos, con el apoyo para su desaparición de otros desposeídos, los obreros. Su sacrificio no será en vano pues, como compensación, a los campesinos se les concederá la tierra o al menos la esperanza de obtenerla y la escuela como medio de redención.[47]

[47] Según Ravy (1974:29), "Los gobiernos respondieron al predicamento de los indígenas con paliativos y el principal fue la educación [...] no tendrían tierras pero al menos tendrían escuelas".

La exclusión de los líderes populares no logra frenar el círculo de la violencia desatada. Se requiere la caída de cada uno de los líderes, la desaparición uno a uno de los héroes en justas personales, para el triunfo de las instituciones. A estas eliminaciones personales, a veces oscuras en sus motivos en esta etapa fratricida, se suma la exclusión de un elemento rémora del pasado, la Iglesia, que desde una perspectiva lógica debería haber desaparecido en la primera etapa junto con los hacendados y a los criollos a quienes se asocia. Con estas exclusiones finales se logra la completa diferenciación y el triunfo de una nueva totalidad que ubica a las instituciones por encima de los hombres.

Cada una de estas supresiones refiere a un grupo excluido del poder (hacendados, ricos, imperialismo, Iglesia) como a ciertas restricciones a su vida pública. Girard (1984:205) explica las prohibiciones y ritos de la religión primitiva como procedentes de "una extraña resolución de la crisis. El objeto de las prohibiciones es siempre algún probable objeto de contienda mimética o la contienda mimética misma". En el caso de la Revolución Mexicana la contienda mimética incluía dos referentes, el ejercicio del poder presidencial y la apropiación de los bienes de la nación. El *sufragio efectivo y la no reelección* actúan como límite que impide la apropiación personalizada y continua de la primera magistratura, mientras que la tutela de un Estado que "aparecía ideológicamente, por encima de los intereses de clases" (Pozas, 1982:25), sobre los bienes de la nación los sustrae de la disputa de los grupos por su posesión. En adelante ningún mexicano o extranjero tendrá la posibilidad legal de enriquecerse por la propiedad exclusiva de un bien nacional. La lógica implícita en las nacionalizaciones y que aún priva en la conciencia de muchos mexicanos a pesar de los múltiples actos de corrupción en su administración, es que los beneficios derivados de la explotación de los bienes pertenecen a la nación y se reparten al pueblo.

Algunas de las exclusiones quedan formalizadas en la Constitución, como la negación de los derechos políticos a los miembros del clero (art. 130), las limitaciones a la inversión extranjera y la imposibilidad del ejercicio del poder ejecutivo a los hijos de extranjeros (art. 92). Otras, como la exclusión de los criollos,

permanecen implícitas o son simbolizadas posteriormente al excluir a la burguesía[48] y a los terratenientes de los sectores que componen el *partido de oficial*. La posterior apertura de algunos espacios reiteró la limitación por medio de la nominación, el eufemismo de *pequeños propietarios,* aplicado para diferenciar a la propiedad privada,[49] resalta la exclusión o la pretendida inexistencia de grandes propietarios o terratenientes, en el México posrrevolucionario y reitera que "La demostración jurídica vuelve a trazar fríamente, en el corazón mismo de la contestación llamada revolucionaria, pero también piadosamente nacionalista [...] la búsqueda siempre retomada de los culpables" (Legendrè, 1997:46) y por tanto peligrosos enemigos de la nación. La noción de *eliminación radical* como punto decisivo en el establecimiento de un orden cultural, propuesta por Girard, pareciera el libreto para cada vuelta de hoja.

En cada etapa, actos malignos, codiciosos o indiscretos provocan la eliminación de un actor que simboliza a un grupo y la eliminación se constituye en la causa suficiente de la diferenciación social. Levi Strauss propone que el fragmento eliminado debe pertenecer a la llamada *totalité originaire*. En la Revolución Mexicana se observan dos grandes *totalités originaires*. La primera constituida por el universo porfirista: los hacendados, la Iglesia, el ejército, los extranjeros y el pueblo como subordinado, suprimidos uno a uno, en cada una de las etapas, junto con un sacrificio o la expulsión de una víctima. Los hacendados que emigran al extranjero o a las ciudades en el transcurso de la conflagración armada a consecuencia de las invasiones de las haciendas, los extranjeros como subproducto de la nacionalización de bienes y los sucesivos intentos de hacer efectiva la ley hasta la ampulosa nacionalización del petróleo; el ejército fede-

[48] La airada respuesta de un destacado priísta, rechazando cualquier similitud entre PNR-PRI con los partidos corporativos europeos, "pues en el corporativismo a la mexicana no incluye a los capitalistas, refiere a esta representación de la exclusión simbólica.

[49] Al integrarse la CNPP, Confederación Nacional de Pequeños Propietarios, a la CNC (Confederación Nacional Campesina), se asocian en el imaginario colectivo los intereses de los pequeños propietarios y los campesinos.

ral como resultado de su participación en el asesinato de Madero y por último, el clero después de la Guerra Cristera. En la década 1910-1920 se produce el "relevo en la conducción del estado, de la oligarquía, constituida en el siglo XIX, por los caudillos y dirigentes revolucionarios" (Pozas, 1982:30). De la primera totalidad se separa *el pueblo*, como adjetivo que agrupa a diversos grupos y sectores, una masa informe que posteriormente también se diferenciará.

Se trata de una exclusión simbólica. No supone que en México ya no haya hacendados, la Iglesia no influya en política y los extranjeros no inviertan. Todos siguen presentes bajo el manto protector de la invisibilidad. No aparecen, no se ven, se les denosta públicamente y son negados por la ley. Actúan en las sombras, al amparo de la simulación.[50]

A la desaparición de este conglomerado, surge otra *totalité* compuesta por el grupo insurgente que incluye actores tan disímiles como los agraristas-indios de Zapata, con su mirada puesta en el pasado comunal, a los bandoleros sociales de Villa y a la dinastía Norteña, compuesta por agricultores y comerciantes modernos y orientados al futuro, todos agrupados bajo la bandera del ejército constitucionalista. Con posterioridad, en el transcurso de las luchas faccionales, se agregan las *brigadas rojas* de los obreros, sucesivamente aliadas de Obregón y Calles, con una oscura participación en el combate contra el movimiento campesino.

Esta segunda totalidad, la de la unidad del pueblo, también se va desgajando, esta vez con características transformativas, pues la diferenciación entre bien y mal es sustituida por la oposición débil-fuerte. Madero, en su afán de protagonismo místico, no se atreve a ejercer el poder y reprimir, peca entonces por defecto, *cae víctima de su propia congruencia mística, ideológica y moral* pues su plan era liberar del poder, no ejercerlo, "Es un apóstol a quien la clase alta desprecia y de quien las clases bajas recelan. Nos ha engañado a todos. No tiene ni un átomo de energía. No fusila, no castiga" comenta un político de la época

[50] "Las relaciones ilícitas entre una Iglesia clandestina y un gobierno excomulgado", las denomina irónicamente Álvarez Icaza (1998).

al embajador de Cuba (Krauze, 1997:63), se trata de un débil. La exclusión de Madero simboliza la del sector al que representa, el grupo ilustrado, culto y urbano, con estudios en el extranjero que intenta permanecer a través de Vasconcelos[51] pero como Sísifo nunca alcanza la posibilidad del ejercicio del poder.[52] Madero, al no atreverse a usar la autoridad, crea las condiciones y el motivo para que el ejército constitucionalista se desembarace del ejército federal de carácter elitista, se produzca la diferenciación y quede solo en escena el ejército de los caudillos regionales. Es preciso recordar que el principal error adjudicado a Madero, al triunfo de su movimiento, fue el intento de licenciar a las tropas irregulares levantadas a su favor.

Zapata y Villa también pecan por defecto, pues si bien reprimen y ejercen la violencia, componentes del poder, dudan cuando se les plantea la posibilidad de su ejercicio como autoridad nacional. El primero no logra superar su visión localista, sus confines no van más allá de Anenecuilco, los de Villa de los límites de su tropa.

La alianza de la dinastía norteña con los desposeídos se escinde con la exclusión de Zapata y Villa, asesinados como forma simbólica de la subordinación del sector agrario. Ambos llegan al centro, se abrazan, Villa se sienta en la silla, Zapata la observa desconfiado, cuando Villa le sugiere "te toca" responde: "[…] no *pelié* por eso, *pelié* por las tierras […] a mí no me importa la política". Definitivamente no saben que hacer con la silla. "Deberíamos quemarla para acabar con las ambiciones", propone Zapata a Villa. Ambos reniegan del poder. Zapata siente repugnancia por el poder, una incapacidad para conquistarlo similar a la de Hidalgo. Él mismo amenazaba: "Al que venga a tentarme con la presidencia de la República […] los voy a quebrar".

[51] Vasconcelos ocupó un papel destacado como secretario de Educación en el Gobierno de Obregón y posteriormente se presentó como candidato a la presidencia de la Nación y supuesta víctima del fraude electoral. El apoyo a su candidatura provino de los sectores de clase media, ilustrada y urbana.

[52] Finalmente, este grupo, apegado a la libertad individual más que a los derechos colectivos, optará por formar su propio partido, el PAN (Partido Acción Nacional), creado bajo el impulso de Gómez Morín, que había sido coordinador de la fallida campaña de Vasconcelos.

Zapata quería las tierras, el reparto según los usos y costumbres, el respeto de los títulos virreinales, la recuperación del mapa ancestral y las tierras se le conceden en los términos revivalistas por él solicitados: El texto de la reforma agraria, resulta incomprensible sin entender el afán restitutorio de derechos coloniales, motivo de la lucha *zapatista*. Con su muerte anunciada, los indios, los campesinos, desaparecen de la coalición. Zapata intuía su destino trágico cuando se compara con el cura Hidalgo, piensa que como él no verá terminar la gesta iniciada y muere a causa de una traición, el motivo de su obsesión personal. Se cumple el vaticinio de los cuentos infantiles. "Si tú lo dices, así será", "No quieres el poder, quieres tierras, tierras se te darán". Su imagen revalorada por Obregón lo instituye como símbolo del reparto agrario.

Es curioso como a éste líder étnico que realiza sus proclamas en náhuatl, se lo describe como el prototipo del mestizo, el intento sustitutivo de su identidad se entiende por la necesidad de incorporarlo al panteón de héroes mestizos conductores de la Revolución. El tiempo de las revoluciones indias había pasado o esta aún por venir. Zapata como símbolo, como héroe de la Revolución, debía ser un mestizo.

Villa se sienta en la silla, pero tampoco aspira al poder. Sus motivos son otros, no es que le repugne el poder, lo ejerció cuando fue necesario. Fue gobernador de su estado, pero reconoce como su limitación, su falta de instrucción: "Sería malo para México que un hombre sin instrucción fuera su presidente [...] Yo no necesito puestos públicos, porque no los sé lidiar. Yo muy bien comprendo que la guerra la hacemos nosotros, los hombres ignorantes y la tienen que aprovechar los gabinetes —por eso— entre carcajadas, juega la broma de su vida, se sienta en la silla, todos ríen, saben que es de *oquis*, para los fotógrafos" (Krauze, 1997a:168). Como gobernador su obsesión fue la educación de los niños y la *escuela rural mexicana* se le concede.

La foto justifica su exclusión. Ellos mismos al autoexcluirse justifican su eliminación. Carranza, responsable de la muerte de Zapata, concede la reforma agraria. Obregón que derrotó a Villa y cuya participación en su asesinato sigue en duda, otorga la escuela rural y la alfabetización. La paradoja del mal com-

portamiento divino y de la eliminación radical alcanza "no sólo a los héroes sobrenaturales de los mitos estudiados en totemismo sino que alcanza a otros incontables héroes de incontables mitos de todo el mundo" (Girard, 1984:186). Con la exclusión de los desposeídos se produce el fenómeno contrario a la exclusión de los miembros del primer grupo. Mientras los primeros desaparecen, sin desaparecer, los indios y los campesinos desaparecen apareciendo. En adelante se convertirán en el *leit motiv* de la Revolución. Carente de ideología en su inicio, logrará una bandera social en la reivindicación del indio y el campesino. Creará la mística de una cruzada redentora, un ideario revolucionario de salvación. Proporcional al incremento de la mención de indios y campesinos en discursos, programas y proyectos, es la disminución de su participación en las decisiones, o de manera inversa, cuanto más avanza su subordinación, mayor es la mención y la atención formal que se les dispensa. Para transformarse en los hijos predilectos del sistema, para recibir el *don* de la Reforma Agraria, para que surgiera el *indigenismo*, Zapata y Villa derramaron su sangre. Se les concede lo anhelado, unos derechos locales, se le excluye de los rechazado, la contaminación con el poder. La reforma agraria y la escuela rural mexicana constituyen los dones a los indios y campesinos como compensación de su exclusión.

> El movimiento innovador conducido por la escuela rural mexicana tuvo un curso paralelo al de la reforma agraria, igual lucha de fuerzas entre corrientes de opinión opuestas y un clímax semejante, que puso al indio y a lo indio como diseño optimo de la nacionalidad (Aguirre Beltrán, 1976:148).

Vasconcelos, con su ímpetu apostólico herencia del *maderismo* y por su participación en la convención, habrá de conformar la mística de redención a la patria que, como sostiene José Joaquín Blanco (1977), habrá de permanecer en lo esencial durante los siguientes cincuenta años.

Retomando los argumentos *porfiristas*, se evidencia el consenso de los revolucionarios en cuanto a la falta de madurez de los indios y los campesinos para asumir la mayoría de edad. Al-

gunos, como Molina Enríquez, en consonancia con las nuevas modas teóricas, toman distancia de las argumentaciones raciales propias del siglo XIX al adjudicar la "miseria y la servidumbre" a su posición como "elemento inferior en la condición social" (Villoro, 1979:163). Menos preocupado por las posiciones académicas en boga o por su racismo, Vasconcelos (1926:25) no duda en descalificarlos: "Los rojos, los ilustres atlantes de quienes vienen los indios, se durmieron hace millares de años para no despertar". Moisés Sáenz (1929:38) enfoca el problema desde una perspectiva evolutiva, pues en su opinión

> México era y en gran parte aún es, una tierra de peones, no de campesinos. Hacer del peón un campesino es el propósito de nuestra escuela rural. Las masas en México deben ser despertadas, rehabilitadas, habrá que decir redimidas, tal es el extremo en que viven y luego habrá que proceder a su organización.[53]

Moisés Sáenz al igual que Vasconcelos y muchos otros en su generación veían a la escuela como *hija de la Revolución y avanzada de la patria*. El sector excluido, autoexcluido con la declinación de Zapata y Villa, no podía integrarse a la nueva totalidad por estar incapacitado por su primitivismo, por su minoría de edad. En el concepto de Sáenz (1970:39) el problema de la heterogeneidad de origen impide a México considerarse una verdadera nación:

> El pensamiento que campea en estos artículos podría resumirse así: México cuenta con elementos de nacionalidad de primer orden. A través de su historia tales elementos han sufrido choques y entablado luchas: el proceso de unificación material y espiritual, que yo llamo integración, debe abarcar, tanto la suma de las unidades constituyentes como la compenetración de sus cualidades esenciales, para crear un todo armónico, mientras esa cosa no suceda, no se puede con justeza, afirmar que México sea en verdad una Nación.

[53] Posteriormente Sáenz (1936:199) modifica su posición y tomando distancia de la mística *vasconcelista* sostiene: "Al indio hay que reivindicarlo, rehabilitarlo, capacitarlo, estimularlo, pero no es el caso de redimirlo".

Posiciones similares se encuentran en la obra de Molina Enríquez, y muchos otros autores de la época. La unificación se intuía como un imperativo y asumía la forma de una política de estado: "En México estamos pugnando por conseguir la unidad nacional por medio de la escuela". En una conferencia pronunciada en 1928, propone que

> en una sociedad de vida suficientemente primitiva, la escuela asume muchas de las funciones y respuestas que en grupos sociales más diferenciados descargan otras agencias. Si los hogares no tienen el grado de cultura para cuidar de los niños la escuela tendrá que hacerlo […] proporcionar las bases de la civilización, conocimiento y dominio de los factores que conservan la vida y promueven la buena salud, el conocimiento y dominio del medio físico, agrícola, el conocimiento práctico de todo aquello que eleva y dignifica la vida doméstica y promueve la recreación material y espiritual —posteriormente reconoce que— […] la escuela rural por si sola será incapaz de resolver nuestro problema […] será como un puesto de avanzada" (*apud* Comas, 1964:64).

Los obreros, incorporados tardíamente a la Revolución en un papel ambiguo y cuestionable por su participación en la lucha contra los *zapatistas* y en las disputas entre facciones, logran una presencia sustantiva en los gobiernos de Huerta, Obregón y Calles. Su recompensa incluye el sistema de cuotas y el arbitraje del estado en la conciliación con los patrones. Al movimiento obrero, en la persona de sus líderes, se le concedieron diputaciones, gobernaciones y la posibilidad del enriquecimiento a través de puestos, como la jefatura de las Fábricas Nacionales que convirtió a Morones, el más importante líder obrero del momento, en el jefe de Compras de la Nación. La deuda mayor se pagó rápidamente. Poco tiempo después, con la excusa de su supuesta participación en el asesinato de Obregón, se les redujo la cuota de cargos de gobierno y se mantuvo en un nivel proporcional al de los restantes sectores del partido. Desde el inicio, la participación obrera ocupó un lugar subordinado, sin banderas o ideales propios por los cuales luchar.[54] Al igual que los campe-

[54] En su momento los lideres revolucionarios parecieron advertir que como señala Pozas (1982:77): "Ni la CROM (Confederación Regional

sinos, quedaron bajo la tutela de la figura presidencial, con la centralización en el ejecutivo federal del arbitraje. La mistificación de su participación se hace efectiva cuando Obregón organiza un homenaje en las cámaras a Ricardo Flores Magón, "protagonizado por los mismos líderes obreros que en su momento combatieron al anarquismo" (Pozas, 1982:86). La mistificación póstuma de Villa, Zapata y Flores Magón, considerados en su momento como bandoleros y asesinos, es propia del proceso de construcción de los héroes culturales:

> Las causas políticas, regímenes y las revoluciones, también tienen sus héroes, muchas veces promovidos, a título póstumo o cuando por alguna razón o por otra, ya no participen la vida pública (Augé, 1982:181).

A Carranza, Obregón y posteriormente también a Calles, los pierde la avaricia, no saben compartir, desean todo el poder para sí, eternizarse en su ejercicio como, Santa Anna, Juárez y Porfirio Díaz. Su codicia los pierde ante la existencia de otros líderes regionales esperando que *les haga justicia la Revolución* y de la consiguiente oportunidad de saborear las mieles del poder. Mientras quede un elemento de la segunda totalidad parece imposible el regreso de la calma. Paralelamente al proceso de supresión de los *jefes máximos*, los jefes locales van desapareciendo por muerte o exilio, hasta la supresión del ejército como sector del partido. Por su oposición a la candidatura de Calles se da de baja a 178 generales y 3 296 jefes y en el siguiente período, por oponerse a la reelección de Obregón, 14 generales, 17 oficiales y un gobernador fueron expulsados o fusilados. A los militares también se concede la posibilidad del enriquecimiento como prebenda compensatoria de su subordinación. Una vez en retiro, la obtención de contratos de obras públicas, por la vía de las *con-*

Obrera Mexicana) ni el Partido Comunista, enfrascados en la política de conciliación de la tercera Internacional, aspiran al poder. La corrupción de los dirigentes y el doble discurso del gobierno como obrerista y la Central obrera como radical" justifican su subordinación desde el inicio. Los *obregonistas* al acusar a Calles y Morones por la muerte de Obregón, otorgan a Calles la excusa para solicitar a Morones su renuncia.

cesiones políticas, compensaba en lo económico la pérdida de poder político.

De los alzados no queda nadie. Caen, uno a uno, los cuatro más gloriosos, Zapata, Villa, Carranza y Obregón y en las regiones Pascual Orozco, Salvador Alvarado, Saturnino Cedillo, Felipe Ángeles, Felipe Carrillo Puerto y Tomás Garrido Canabal. "México se encuentra sin caudillos [...] pasó de un país de un hombre a la Nación de las Instituciones y de leyes", sostiene Calles al inaugurar el ritual de los Mensajes Políticos de los Presidentes a la Nación, al anunciar la conclusión del período militar de la Revolución y proclamar el advenimiento la era de las Instituciones. La nueva era tendría instituciones en vez de derechos civiles, pues

> la conversión de la Revolución de los caudillos en la de las instituciones no implicó el robustecimiento de los derechos civiles y ciudadanos frente a las fuerzas del clientelismo, cacicazgo político y autoritarismo estatal (Pozas, 1982:113).

Por el contrario, *el clientelismo, el cacicazgo político y el autoritarismo estatal* se convertirían en las instituciones emanadas de la Revolución.

En el proceso de supresión y exclusión de actores se confirma el reemplazo de uno de los términos por su contrario (Levi Strauss, 1977:208), mediante procesos de inversión.

> Durante los períodos revolucionarios, el desorden ritualizado y conservador se invierte, causa estragos en las convenciones y las jerarquías del antiguo régimen todavía presentes y se convierte en un instrumento de revancha social (Balandier, 1989:123).

El conjunto oligárquico fue sustituido por el del *pueblo*, *la bola*, la masa de desposeídos. Cuando el segundo grupo queda solo en escena, aparece la diferencia interna, la identidad se torna diferencia. La masa anárquica del pueblo y sus caudillos, cuya incidencia y liderazgo dependen de sus atributos personales, será sustituida por el Estado: La Escuela, La Reforma Agraria, así, con mayúsculas. Entes impersonales, donde las personas no importan, pues personifican a la Revolución.

> A partir de los veinte, los gobernantes evitarán presentarse a sí mismos como vencedores de las luchas de fracciones y tendencias que le dieron contenido y sentido al movimiento revolucionario, sino como los surgidos de un proceso único, que era *La Revolución* y donde ellos eran, *los revolucionarios* (Pozas, 1982:88).

Con la mitificación de la Revolución se provoca la supresión intencional de escenas y episodios para crear en el imaginario la noción de una gesta colectiva, tal como en los murales donde Cuauhtémoc, la *Malinche*, Juárez, Carranza, Villa y Zapata, aparecen hermanados en la construcción de la nación. El Estado se apropia de los símbolos, las lógicas, los discursos. Los héroes, con su muerte, delegan en el estado los atributos para la mitificación de la Revolución, su entronización y la Constitución de un orden cultural.[55] En el proceso se fortalece el poder central y sobre todo la figura del presidente como jefe máximo a quien se subordinan los caudillos locales. El presidente aparece como la personificación misma de la Revolución.

Fueron cerca de veinte años de violencia, con miles de muertos y emigrados al extranjero. Entre los exiliados figuraron miembros de la clase supraordinada temerosos de la afectación de sus vidas y posesiones, pero también muchos campesinos huyendo de la violencia. Años en los que la zozobra ante el miedo y la incertidumbre se sobreponían a las expectativas de cambio, En ese clima,

> podemos comprender la razón por la cual las comunidades que se salvaron de la contienda mimética mediante el sacrificio unánime de una víctima procuren evitar una recaída en la crisis, tanto prohibiendo todo aquello que pueda haber causado la contienda, como tornando a representar las acciones que le pusieron fin (Girard, 1986:36).

Para evitar la recaída en la crisis y en la violencia indiferenciada, se prohibieron o se sacaron de la contienda los bienes o posi-

[55] Utilizo el concepto de orden cultural, para reforzar el carácter normativo asociado a los ideales del deber ser, excluyo, por tanto, las referencias a elementos concretos de la estructura o sistema social.

ciones deseadas y que fueran la causa manifiesta del conflicto. La tierra y los bienes del subsuelo, base del poder de los hacendados y de las compañías extranjeras y el motivo del sentimiento de expropiación del pueblo, se declararon propiedad de todos los mexicanos al designarlos como patrimonio de la Nación, y colocarlos bajo la administración del gobierno emanado de la Revolución, en una restauración del derecho colonial, donde solo el rey tenía el derecho pleno sobre la tierra y el agua, y concedía solo su posesión temporal. Con el objeto de limitar en el tiempo el ejercicio del poder se prohibió la reelección. La prohibición es reactualizada mediante el ritual que *representa las acciones que le dieron fin*: la muerte simbólica de cada presidente al término de su ejercicio El proceso detractivo en el que se sumergen los ex presidentes, los condena al ostracismo, es decir a la muerte social, de esta manera se produce un sacrificio simbólico que sustituye a la muerte real, pero de igual manera canaliza y condensa los deseos de violencia, garantiza la exclusión de los ex presidentes de la arena política, evita su influencia y torna efectivo el principio de no reelección.

Como reiteración cíclica del fin de la disputa se instituyó el ritual agrario y la repartición progresiva de tierras. Cada acto de dotación repite la acción justiciera, reitera la posibilidad del acceso a la tierra y renueva la esperanza de los desposeídos, mientras que la centralización del *don agrario* en el presidente concentra sobre su figura la deuda de los beneficiarios de la Revolución.

A las prohibiciones y los rituales es preciso sumar el sistema de exclusiones. La exclusión no implica necesariamente una prohibición, se trata de una restricción. Ninguna ley escrita impide el acceso al poder o a los puestos públicos a los criollos, como representantes de la clase de hacendados que dominó al país en la época porfiriana. En la conformación del partido, en tanto forma de representación orgánica de la Revolución institucionalizada, la burguesía, los ricos no estuvieron representados. Los ciudadanos no comprendidos en la clase obrera o el campesinado —específicamente mencionados como aliados de la Revolución—, se agruparon indiferenciadamente como sector popular. El calificativo de popular, dejando de lado que el con-

cepto de pueblo comprende a todos los ciudadanos, se utiliza en este caso para señalar, marcar, la limitación al acceso del sector aristocrático o rico. En otros casos la restricción fue explícita, los artículos 3º y 130 constitucionales excluyeron la participación política e ideológica a la Iglesia. El artículo 82 alejó la posibilidad de la injerencia extranjera, al excluir a los nacidos en otro país o hijos de nacidos en otro país, del ejercicio de la presidencia. El carácter laico y nacionalista encuentra en estos artículos su expresión prohibitiva. En opinión de Arnaldo Córdoba, "La voluntad popular se había fijado en la Constitución y de ésta había pasado al Estado" (*apud* Krauze, 1997a:244).

En adelante "ninguna corporación religiosa, ni ministro de ningún culto, podrán establecer o dirigir escuelas de educación primaria", reza la Constitución de 1917, suprimiendo de esta manera la posibilidad de influencia sobre las conciencias de la juventud. La ley no reconoce personalidad jurídica alguna a las Iglesias, ni el derecho a asociarse con fines políticos; asimismo, prohíbe a los ministros "hacer crítica de las leyes fundamentales del país". El nacionalismo, propone Roger Bartra (1993:36):

> Es la transfiguración de las supuestas características de la identidad nacional al terreno de la ideología. El nacionalismo es una corriente política que establece una relación estructural entre la naturaleza de la cultura y las peculiaridades del Estado. En nuestro país las expresiones oficiales de nacionalismo nos dicen si eres mexicano, debes votar por la Revolución institucionalizada. Quienes no lo hacen traicionan su naturaleza profunda, o bien no son mexicanos. El nacionalismo es, pues, una ideología que se disfraza de cultura para ocultar los resortes íntimos de la dominación.

Los triunfadores de la Revolución, los actores privilegiados, fueron los mestizos. Múltiples autores, desde antes del acontecimiento, ven surgir en este sujeto social al arquetipo del nuevo mexicano. Pero ¿qué significa ser mestizo? Constituye, como se definía en la época colonial ¿un atributo de sangre? Si bien una parte puede interpretarse como herencia pues el mestizo ostenta en su color moreno la presencia de sangre india, no se trata de un problema racial. El mestizo puede ser totalmente indio

por la sangre o no tener sangre india, la clasificación como mestizo alude a un origen social, se identifica con las clases populares. El mestizo tiene orígenes humildes y si logra enriquecerse, obtener prestigio o poder, es sobre la base de su propio esfuerzo. La alusión al esfuerzo constituye un eufemismo orientado a disimular el frecuente usufructo económico del aparato del Estado; "la riqueza sigue siendo una de las posibilidades que el Estado mexicano ofrece a sus *servidores públicos*" (Pozas, 1982:13), al igual que a otros actores sociales dispuestos a colocarse bajo su manto protector. La Revolución Institucionalizada establece todo un sistema de complicidades entre la vida política y la empresarial, que posibilita a los *revolucionarios* el ascenso y el enriquecimiento, dejando de lado las connotaciones en relación con las vías de ascenso, el concepto de esfuerzo se mistifica como el atributo definitorio, en la topología de la época, del mestizo, "clase económica que aspira a la industrialización", según Molina Enríquez (*apud* Villoro, 1979:176), factor dinámico de nuestra historia para Justo Sierra.

Un indio por nacimiento puede acceder a la categoría de mestizo si adquiere el componente del esfuerzo, como lo hizo en otra época Benito Juárez. Como otra de las vías de ingreso privilegiadas, "la migración geográfica puede hacer de un indio que viene a la ciudad, sin haber cambiado ni la calidad de su sangre, ni el contenido cultural de su alma, ni la posibilidad económica de su bolsillo, un mexicano".[56] Miguel Othón de Mendizábal denomina a esta mutación "el pase de casta a clase", asumido posteriormente como concepto clave del indigenismo de integración, por Julio de la Fuente y Gonzalo Aguirre Beltrán.

Quien se mantenga en su casta de indio asume su condición de beneficiario pasivo, el *beneficiario de la caridad* con su nuevo nombre de justicia social o del afán redentor del mestizo que intentará sumarlo a su clase. "El mestizo ha sido capaz de derribar las murallas que separan al indio del recinto nacional —propone Sáenz (1936:186)—, pero no acierta todavía a enseñar la vía de ingreso". El indigenismo buscará ese camino a

[56] Conferencia pronunciada por Moisés Sáenz en 1928 (*apud* Comas, 1964:155).

través del mestizaje cultural. La mayoría de los intelectuales de la época[57] coinciden con las proclamas de Sáenz (1970:59 y 71, 1936:168): "El proceso de mestizaje corre paralelo con el desarrollo de la nacionalidad [...] nuevo indio quiere decir mestizo [y] hacer un mestizo quiere decir, en cierta manera, matar a un indio —pues— el Indio como indio no tiene futuro en México".

La obsesión por calificar a los sujetos sociales por medio de atributos raciales se venía arrastrando desde el siglo XIX. Los intentos por definir a los hombres por sus rasgos físicos y explicar las diferencias culturales por las diferencias somáticas, fueron sustituidos en las postrimerías del siglo por la objetividad científica de los positivistas y sus intentos por justificar racionalmente la superioridad del mestizo y la consecuente necesidad del mestizaje. En esta posición coinciden Ignacio Ramírez, Justo Sierra, Molina Enríquez y Vasconcelos (Aguirre Beltrán, 1978). Justo Sierra los califica como el "factor dinámico de nuestra historia", por su parte, Andrés Molina avizora el futuro al proponer a la unidad patria como resultado de la disolución de las clases criollas con la absorción de todos los grupos sociales por el mestizo, cuando éste posea plenamente el poder (*apud* Villoro, 1979). Al mestizo lo califica como "ideal y mito, impulso y fin". En plena etapa revolucionaria Sáenz (1936:186) postula al mestizo como "elemento activo, conciencia clara de los valores indígenas que se apropia". La síntesis la formula Molina Enríquez cuando ubica a *la heterogeneidad* en posición central con respecto a los grandes problemas nacionales. El mestizo, a diferencia del criollo, reniega de su filiación paterna, por su vinculación con el extranjero. Asume como propia la herencia indígena de la filiación materna. "Era al mestizo a quien le convenía, frente al criollo, afirmar una filiación que este no podía asumir, de la misma forma, el mestizo reivindica su anomalía y desplaza al criollo" (Zaid, p. 16).

La visión apologética del mestizo contrasta con la del indio. El indio es descalificado, José María Luis Mora los considera "cortos y envilecidos restos de la antigua población mexicana,

[57] Gamio, Mendizábal, Basauri, Chávez Orozco, Mendieta y Núñez, Caso.

"sufridos" según Pimentel o simplemente "menos aptos, por haber sido vencidos por los criollos en la lucha por la tierra" en la visión de Justo Sierra (*apud* Aguirre Beltrán, 1978).

El mestizaje biológico, como opción integradora "para que después de un tiempo lleguen a ser blancos", fue propuesto por Pimentel mientras que Ignacio Ramírez avizoraba que el hombre venidero "no podrá lisonjearse de la pureza de su sangre" (*apud* Báez-Jorge, 1980:4).

La descalificación del criollo, por sus vínculos con la reacción, se perfilaba en expresiones como la de Justo Sierra, quien los define como descendientes de los conquistadores españoles, grupo dominante de la guerra de la independencia pero "en retroceso, vinculados con el clero, complicados con la intervención, seudoaristocracia sin raíces en el pasado, sin tradición, sin historia, sin sangre, sin porvenir" (*apud* Aguirre Beltrán, 1978:36). Esta atribución de características de comportamiento vinculadas con la adscripción étnica se inscribe, en la obsesión por la búsqueda de una identidad, en palabras de Antonio García de León (1997:4), reflejan una "identidad en constante reinterpretación. Componen una gramática oculta de lo cultural [...] procesos de autorrepresentación, y reflejan necesariamente las nuevas búsquedas de lo político".

El problema de la unidad nacional no era el único originado en el siglo anterior. Todos los temas actualizados por la Revolución se venían arrastrando sin encontrar el punto culminante que permitiera cerrar el ciclo. El siglo XIX e incluso el pasado colonial permanecen oscuros en la memoria colectiva. Sólo algunos episodios aislados y gloriosos son recuperados aislados de su contexto generando la idea de un tiempo discontinuo, con saltos de la época prehispánica, a la independencia, la reforma y la Revolución, como si el período de los temas formativos de la Revolución quedara velado y los temas realmente surgieran con el estallido.

La época prehispánica y la colonial, ruptura de por medio, se relegan a un "estadio del mundo anterior a la aparición de la humanidad" (Augé, 1998:18), reforzando la percepción en cuanto a ubicar el comienzo de la historia a partir de la Revolución. El carácter *necesario* del orden cultural justifica la ocultación

pues “toda ciencia jurídica indica claramente que representa el mito de la necesidad” (Legendrè, 1979:41). La concepción indígena del tiempo, con las sucesivas creaciones-destrucciones cíclicas del mundo, sigue presente en el esquema temporal. Los sucesos anteriores pertenecen a otro tiempo, a otra era, mientras que el tiempo se empieza a contar nuevamente a partir de la Revolución.

El poder como coto, su ejercicio omnímodo, su atemporalidad, fue motivo de dos tipos de disputas. En relación con la forma se oponía la noción republicana a la imperial, la una asociada con los sectores liberales, la otra con los conservadores. El tema de la temporalidad se expresaba en el seno de los grupos republicanos, con la aspiración por el *Sufragio efectivo. No reelección*, lema y motivo de la Revolución de la Noria y el Plan de Tuxtepec, que condujo a Porfirio Díaz a la cúspide del poder. La oposición a los extranjeros se había retomado a partir de los reiterados conflictos fronterizos con los EE.UU., que habían costado a México la mitad de su territorio y la presencia de un gobierno imperial de origen extranjero a invitación de los sectores conservadores. El odio al extranjero, presente desde la Conquista, había resurgido con furia en el siglo XIX como resultado de las sucesivas intervenciones.

La lucha por la tierra, por la restitución de los bienes de los pueblos, motivó innumerables juicios desde la aplicación de las leyes de Reforma, y generó rebeliones campesinas (véase Reina, 1983).

La Iglesia católica, inspiración y sustento de los grupos conservadores, multiplicadora y difusora del oscurantismo medieval, sería el blanco de ataque de las Leyes de Lerdo y de Juárez. Se aducía que la Iglesia conspiraba contra la unidad nacional. A las misiones José María Luis Mora las acusa de haber segregado al indígena de la sociedad: “[…] fray Bartolomé de las Casas, Vasco de Quiroga y los que promovieron el código de las leyes de indias, nada menos eran que enemigos de los indios”. El tema es actualizado en la Revolución antes del estallido cristero. “La situación religiosa en México opera en contra de la uniformidad en vez de favorecerla” plantea Moisés Sáenz (1926:6), mientras que Francisco J. Mújica consideraba al clero como “el

más funesto, el más perverso enemigo de la patria" (*apud* Krauze, 1997a:236).

Esta recurrencia temática muestra la existencia de procesos anteriores inacabados, reactualizados y resimbolizados por la Revolución, pues "todo simbolismo se edifica sobre las ruinas de edificios simbólicos precedentes y reutilizan sus materiales" (Castoriadis, 1983:16). La Revolución reactualiza los temas, los convierte en motivo, los adiciona con la capacidad expresiva tanto del orden, como del conflicto, del mito y el ritual: "[…] un lenguaje de signos en términos de los cuales se manifiestan los alegatos a los derechos y al *status*" (Leach, 1976:300).

Por medio del mito se produce una nueva lectura de los papeles representados por los actores sociales que vuelven a presentar los viejos conflictos con nuevos sucesos. Se retoma la cuestión de los derechos, incorporándolos y actualizándolos en la gesta revolucionaria. Con la Revolución se reconstruye un orden que simboliza la exclusión del criollo y de la Iglesia, la definición del extranjero como enemigo, la subordinación temporal del indio, *mientras se logra su incorporación*, y sobre todo la supremacía del mestizo, el triunfador de la Revolución. Inversión de por medio, la Revolución no asumirá la forma republicana, sino que diseñará una presidencia imperial.

De hecho, no existe una prescripción positiva en cuanto a la preeminencia del mestizo, ni la definición del mestizo como sujeto privilegiado se tradujo en un chauvinismo extremo o en odio racial. Siempre, o casi siempre, se combinaron en los puestos públicos los genuinos tipos mexicanos con los *güeritos*. El límite de la flexibilidad lo fija la frecuencia y la extensión del fenómeno. Como la mayoría de las normas la prescripción queda implícita y se hace evidente cuando se rompe, pues las normas sólo fijan el límite de la frustración (Goodenough, 1971).

Los alegatos por derechos y *status* proclaman en el discurso la existencia de un sujeto privilegiado, el mestizo, como beneficiario de los dones producto de la Revolución que va a sustituir al criollo, triunfador en la gesta de la independencia. La postergación de los criollos se justifica porque se volvieron conservadores, se apropiaron y convirtieron en usufructuarios de los bienes de la nación. Al criollo se asocian otros dos agentes negativos, la

Iglesia católica y los extranjeros a los que el criollo admira, imita y en ocasiones se asocia. Molina Enríquez califica a los criollos como "nuevo aliado de Norteamérica y el poder". Por eso el criollo, aunque nacido en México, aparece como antinacional. Justo Sierra ubica a los criollos como los descendientes de los conquistadores españoles, vinculados al clero y complicados con la intervención. Si al mestizo lo caracteriza el esfuerzo y la vocación de progreso, el criollo es reaccionario, conservador y aferrado al pasado. La identidad étnica tiene su parte manipulable: "[…] fue relativa a cada período y no se explica como tal sino dentro de su contexto histórico" (García de León, 1997:5).

En la escala valorativa el revolucionario, beneficiario de la Revolución, se ubica en una posición privilegiada por un acto de justicia restitutorio de derechos originarios que el *mexicano* reivindica y retoma a la brava, con la lucha armada y el mítico millón y medio de muertos. El mito es un discurso de identidad y fundamentalmente de identidad con el pasado. Retoma como elemento que justifica su reclamo los derechos originales de un pueblo que fue expropiado en actos de conquista.

La Revolución Mexicana no pretendió ser una revolución moderna orientada a transformar las estructuras productivas con una visión hacia el futuro, asumió una posición revivalista. Reivindicó derechos originales, en el sentido etimológico de la palabra *re-vindicare*: "volver a poseer", retomó el derecho de la corona a la tierra, que concedía a los pueblos el uso y el sistema prehispánico de las tierras del *calpulli,* también en posesión mas no en propiedad,[58] y resucitó a la figura patriarcal y paternal del *tlatoani*, en el jefe máximo de la Revolución. En opinión de Bartra (1993:102):

> El problema es de gran complejidad, pues el mito nacionalista se inserta en la sociedad mexicana en forma paradójica. El Nacionalismo, sin duda, ha contribuido a la legitimación del sistema político, pero se estableció como una forma mítica poco coherente con el desarrollo del capitalismo occidental típico del siglo XX. En

[58] Este resultado parece haberse impuesto a la voluntad de los jefes máximos como Carranza, Obregón y Calles, que en realidad aspiraban al fortalecimiento y consolidación de la pequeña propiedad.

> otras palabras, el mito es eficaz para legitimar el poder Priísta, pero ineficaz para legitimar la racionalidad del desarrollo industrial […] esta disfuncionalidad proviene también, en gran medida, de su origen *popular* y *anticapitalista*: El mito nacionalista contiene una buena porción de disgusto, de rencor, de rechazo, de resistencia.

Estas características de la Revolución, que como dice Bartra la legitiman, se impusieron a sus protagonistas como un *Daimon* al margen de su voluntad. Persisten en la historia de este siglo y se evidencian cuando los dirigentes, independientemente de ideologías, corrientes teóricas, políticas o económicas, pretenden introducir reformas orientadas a una, también mítica, modernidad y son resistidas por la inercia nacionalista con su carga de revivalismo.

No aspira a la democracia, entendida como el máximo juego de los derechos individuales, sino a la *justicia social* que supone la primacía de los derechos colectivos, sobre los individuales. Construye un partido, como aparato disciplinador y cohesionante de personas y grupos, pero desprecia la expresión política ciudadana. Bartra (1993:196) define al PRI como “el *big brother* del sistema: control omnipresente y vigilante, gran policía, disfrazado de partido”.

El sujeto revolucionario, sin importar sus atributos de inteligencia, progresismo o habilidades especiales, reivindica sus derechos por ser descendiente de los pobladores originarios y opuesto al conquistador, llámese español, Iglesia, imperialismo norteamericano o catrín. Esta diferenciación opera en la conciencia más que en la práctica, pues puede incorporar a blancos como muchos de los líderes revolucionarios, aun a curas y extranjeros, siempre y cuando se subsuman a los intereses grupales, los asuman y se conviertan en sus defensores, como lo hicieron en su momento Vasco de Quiroga, el padre Hidalgo, o el “turco” Calles. Bartra (1993:39) subraya como ingrediente importante en la configuración nacional la existencia de heridas, no curadas:

> […] en primer lugar como una rasgadura o herida interna: la mexicanidad escindida entre el mundo antiguo autóctono des-

> truido y el mundo colonial, cristiano y moderno. En segundo lugar la gran frontera que separa a México del territorio potencialmente hostil de la cultura angloamericana [...] Sin duda la confrontación con el Otro del Norte ha estimulado la definición de la identidad mexicana.

Todavía en los ochenta, se atribuye a Manuel Bartlett por entonces secretario de Gobernación, la justificación del fraude electoral: "Porque la victoria del PAN en Chihuahua abría las puertas a tres enemigos históricos de México: la Iglesia, los Estados Unidos y los empresarios" (*apud* Krauze, 1997:412). Las heridas, todavía sangrantes, definen las marcas de la alteridad. Esta construcción del imaginario de la Revolución, no coincide ni tiene por que coincidir con la realidad.

> El pensamiento no refleja, da sentido a situaciones que nacen de causas y fuerzas cuya causa no es solamente la conciencia o el inconsciente. En este sentido lo inventa, lo produce, construyendo sistemas de interpretación que generan [...] prácticas simbólicas, las que constituyen otro modo de legitimar, y, por tanto, de producir la dominación (Godelier, 1982:272).

Se trata de una cosmovisión, como el resultado final del proceso en el que el hombre impone patrones de relación, orden y significación sobre la caótica variedad de experiencias e impresiones que lo sujetan durante la vida.

Es hora de retomar el discurso inicial. Mientras la historiografía sirve de material para analistas y estudiosos, que buscan en los motivos estructurales o personales las razones suficientes que expliquen los cambios; la narración del mito fija en las conciencias, en el sistema de representaciones, los rasgos diacríticos que permiten diferenciar, clasificar y hasta explicar un sistema de identidad que diferencia a quienes están dentro de un grupo de quienes no pertenecen a él. Separa a los revolucionarios de quienes no lo son, construye un sistema de representaciones, una comunidad de pensamiento, que permite comprender cómo los grupos sociales y los individuos pueden cooperar a la producción y reproducción de su subordinación, incluso a su explota-

ción. Las representaciones colectivas incorporan la noción de deuda, pues se entiende al ejercicio del poder: “como un *servicio* que rinden los dominantes a los dominados y que deja estos en *deuda,* con los primeros” (Godelier, 1989:31 y 32).

La narración del mito define un nosotros opuesto a los otros que se expresa tanto en símbolos visibles como en discursos, actitudes y conductas. No basta con decirse revolucionario, hay que ser revolucionario. Serlo supone tener actitudes, hablar y comportarse de determinada manera frente a la realidad y sobre todo ante los adversarios, los *enemigos de la Revolución*,[59] en este sentido es estructurante de la conducta, construye una *praxis* social. Se trata de sistemas clasificatorios referidos a las identidades relativas de los participantes que permiten a los actores sociales distinguirse entre sí. La clasificación y la calificación de las personas facilitan el entendimiento, proporcionan un sistema operable que se traduce en relaciones de conducta (Bordieu, 1995).

Los sistemas de actitudes se inscriben en un ritual que, a fuerza de reiteración recrean de manera sistemática el sistema de creencias y prácticas. Un ritual que trabaja para el orden, pues su lógica responde a la necesidad de ser eficaz,

> se inscribe en el interior de un sistema que contribuye a la integración individual en una sociedad y en una cultura (iniciación), a la gestión correspondiente de lo sagrado (culto), a la manifestación del poder (ceremonial político) o a todo otro fin social (Balandier, 1982:28).

Los no iniciados e incorporados a las filas de los revolucionarios, Nacionales o Institucionales, permanecerán al margen de la realidad nacional, “quien no vive del presupuesto vive en el error” dice un adagio muy popular. A la Revolución como entelequia o a los gobiernos de la Revolución, se integraran todos aquellos que aspiren a *ser* o *hacer* algo. Desde la izquierda radical a la

[59] Garrido (1986:221) sostiene que: “El PNR se consideraba como legítimo representante de la *Revolución* y todo lo que era juzgado como contrario a la línea oficial fue de esta manera calificado como *contrarrevolucionario*”.

derecha empresarial, católicos o protestantes, intelectuales y artistas, asumen como precio de la realización la adhesión en mayor o menor medida o al menos la participación con (o en) los sucesivos gobiernos de la Revolución. Asumirán, como consecuencia de la visibilidad social que es lo mismo que la existencia social, la participación en algún ritual de iniciación, en el culto y en el ceremonial, sin necesidad de profesar ideologías o preferencias de principios.

La vigencia del ritual reafirma las creencias. Manifiesta una serie de contenidos asumidos como imaginario colectivo, como representación de la realidad. Para los indoctrinados la Revolución es un movimiento nacional y popular, protagonizada por los desfavorecidos, campesinos, obreros y clases medias, donde resalta su carácter de mestizos, herederos de las poblaciones originarias. Sus sujetos son personas con un tipo definido mexicano, morenos, con apellidos hispanos o de raíz indígena, que si bien no necesariamente son pobres, se enriquecen basándose en su propio esfuerzo y la permisividad gubernamental, que les ayuda a superarse y emerger como progresistas, con la visión puesta en el futuro.

Este imaginario colectivo, sobre los sujetos de la Revolución, excluyó al *catrín*, personificado como el criollo, que aunque lleve generaciones viviendo en México, por su tipo físico y su aspecto, conserva los rasgos del colonizador español. El concepto incorpora a todos los inmigrantes, las personas de origen extranjero, tanto por su aspecto físico, como por sus apellidos y cuya riqueza se presume que no se funda en el esfuerzo, sino en la enajenación y la expropiación de los derechos ancestrales de los pobladores originarios. La Revolución excluye a la burguesía, a los banqueros, a los terratenientes. Es también antiimperialista. Su antiimperialismo implica una diferenciación con respecto a los intereses extranjeros y una toma de distancia expresada en la independencia de decisiones y criterios. Los intereses extranjeros se identifican con los de los extranjeros en México y con los de los catrines, pues todos comparten ese origen *extraño*.

El estado revolucionario se definió como laico pues, sin excluir al catolicismo popular u otras expresiones de religiosidad como prácticas personales, se opone a la Iglesia como institu-

ción, anexándola, por su origen e intereses, al grupo de extraños a la nación. La Iglesia, siempre aliada a los ricos y poderosos, representante de los intentos por blanquear al país e imponerle otra cultura, es calificada como extranjerizante.

El movimiento revolucionario reivindicó los derechos colectivos sobre los individuales, cuando sustrajo del conflicto por su apropiación los bienes considerados de la nación.[60] El derecho de la nación sobre el suelo, los recursos del subsuelo, el agua, fue cedido al gobierno emanado de la Revolución, junto con la obligación de velar por el bien común, asumir su vocación paternal y mediar entre los intereses de los grupos. Por asumir el compromiso de velar por los desfavorecidos, proporcionándoles los bienes, los servicios y hasta las oportunidades requeridas, devino paternalismo al presentarse como un Estado al margen de las clases. En México se reconoce que el Estado asumió una función demiúrgica pues transformó al peón en campesino y al revolucionario en industrial. Bartra (1993:111) propone definir al nacionalismo Mexicano por cuatro grandes series de actitudes o postulados:

1) Una desconfianza hacia las grandes potencias (especialmente los Estados Unidos) acompañada de dosis variables de xenofobia y antiimperialismo.
2) Una afirmación de las nacionalizaciones como forma de limitación de la propiedad de la tierra, del control de los recursos naturales y de la concentración del capital (lo que se concreta, por ejemplo, en el sistema ejidal, en el control estatal del petróleo y en las limitaciones legales a la inversión de capital extranjero).

[60] Como disertante en un acto conmemorativo de los cincuenta años de la promulgación de la Constitución de 1917, un destacado masón, Esquivel Pren (1967:8-9), señala con precisión la distinción entre una constitución política, que “hace del individuo el elemento básico en que radica su soberanía” de una como la Mexicana de carácter social “que recogen las aspiraciones o necesidades de los grupos humanos que como tales, integran la sociedad y traducen el sentimiento de la vida colectiva, al margen de los de la vida política”

3) Un amplio estado fuerte, interventor, cuya fuerza excepcional es legitimada por su origen revolucionario y por su amplia base de masas (la Revolución institucionalizada).
4) Una supervaloración de la identidad mexicana como fuente inagotable de energía política.

Se personifica en el presidente que, como caudillo y líder de la Revolución, tendrá la obligación y el compromiso de velar por sus hijos. Un presidente con poderes omnímodos, acotados en el tiempo, limitados por el ritual del Sufragio efectivo. No reelección y la muerte simbólica o sacrificio al término del mandato.

La Revolución Mexicana adoptó la forma de mito, retomó los elementos formales de una narración que dota de sentido a la realidad.[61] Un sentido que no depende tanto de los temas y argumentos —reiteración de los del siglo XIX—, que pueden ser considerados como *elementos aislados*, sino en la manera como estos se combinan y resimbolizan. Como mito pertenece al orden del lenguaje y del discurso. De carácter más complejo que la expresión lingüística, tiene la capacidad de construir un lenguaje estructurante de la realidad, al distinguir categorías y constituir conjuntos clasificatorios, que permiten distinguir identidades y alteridades.

Como discurso contiene una capacidad de actualización que depende del "narrador al momento de contarla",[62] una posibilidad de manipular el texto en función de objetivos personales o relativos al momento histórico. El énfasis sobre algún elemento superpuesto a un texto o argumento conocido que evoque o aluda al mito reafirma el valor organizante del mensaje, deifica la Revolución y ubica como revolucionario a quien la cita. La alu-

[61] Para definir la Revolución como mito, retomo en este punto las características enunciadas por Levi Strauss y citadas al inicio del texto: 1) Si los mitos tienen un sentido, este no puede depender de los elementos aislados que entran en su composición, sino de la manera en que estos elementos se hallan combinados, 2) El mito pertenece al orden del lenguaje, del cual forma parte integrante… 3) Estas propiedades sólo pueden ser buscadas por encima del nivel habitual de la expresión lingüística; dicho de otra manera son de naturaleza más compleja que aquellas que se encuentran en una expresión lingüística cualquiera" (Levi Strauss, 1977:190).

[62] Reitero la posición de Leach, también citada al inicio del capítulo.

sión avala el planteamiento contemporáneo al identificarlo como el mito.

La capacidad de manipular el discurso parte de la *glosa justificatoria que interpreta libremente* (Legendrè, 1979), de allí que el discurso político pueda recurrir a la Revolución como argumento que justifica actos dispares, políticas o propuestas diversas, mientras no atenten contra los principios fundamentales como el agrarismo, el nacionalismo, la separación de la Iglesia y el Estado y la exclusión de las clases antinacionales del usufructo del poder.

El dogma articula un complejo ritual cargado de símbolos que denotan y aluden al mito y al carácter sacro e iniciático del conocimiento. En esta construcción ritual se intuye la mano de los maestros del símbolo, los masones que arrastraron hasta nuestro siglo la tradición hermenéutica de los templarios y el logicismo jesuita y al que, como en un alambique, se suma la visión redencionista del espiritismo kardesiano, la ancestral visión mítica del mundo propia de las culturas indígenas preexistentes y su derivado el catolicismo popular. Lógico era el surgimiento de una *praxis* altamente ritualizada y un simbolismo exacerbado o excesivo como señala Bartra.

La Revolución convertida en Estado transforma actos presentes en el mito en instituciones[63]. Son las instituciones de la institución. La Revolución con mayúsculas, constituye el Orden de los Órdenes, sustentado en las instituciones. Mitificada, la historia produce un imaginario simbólico que es guía de acción, mas *praxis* política en las instituciones. La Revolución al institucionalizarse ha sabido "Interpretar el saber dogmático del manejo y la dirección del hombre por la institución […] ese medio, el único, consiste en retornar al texto" (Legenedrè, 1997:8), y por tanto al mito.

La lógica de la secularización de la Revolución impregnó de sentido al orden de la jerarquía mediante el mecanismo de la delegación. Como un sistema fundado en lo trascendente cons-

[63] Villoro (1983:407) reconoce que "La sociedad civil compartió en gran medida los mitos y perspectivas oficiales […] La hegemonía del estado, la influencia entre las masas de su interpretación del pasado, la actualidad y el futuro del país."

truyó una doctrina, el nacionalismo revolucionario, un culto expresado en el ritual y una organización, el partido de estado, que en la lógica popular supone la fusión entre los poderes públicos, las organizaciones corporativas y el PRI. El orden de los poderes públicos funciona en tanto se sumen como representantes, oficiantes del poder trascendente de la Revolución. Los funcionarios y los políticos se asumen como servidores, al fin de cuenta siervos de la nación. Siervos de un orden supremo que los faculta como oficiantes e interpretes de la Revolución, al fin y al cabo "todos los sistemas institucionales exponen su teología, aunque sea secular y radicalmente laica" (Legendrè, 1997:29).

Al referir el origen de las instituciones y del orden cultural al mito, se sacraliza a la Revolución. El mito con su parte preformativa propone como hacer las cosas con palabras. Construye una cosmovisión cómo el resultado final en el cual el hombre impone patrones de relación, orden y significado sobre la caótica realidad de experiencias y sensaciones. Inscribe a la Revolución en el campo de lo religioso, en tanto un sistema conceptual, simbólico y ritual que se plantea en términos de valores absolutos que opera sin necesidad de verificación o aporta una verificación que se verifica a sí misma, una tautología, traducida en creencias y fe e instituye un incuestionado.

Toda sacralización recurre a un imaginario simbólico, condensado en elementos visibles para representar y poner en acto. Por su sentido opuesto a lo profano, establece elementos que permiten diferenciar categorías de seres con atributos y normas, expresados en símbolos y representaciones materiales, en actos y conductas.

La función representativa, de *perfomance*, retomada por el imaginario colectivo se reproduce a sí misma en el discurso, el chiste, las anécdotas, las narraciones, el refrán y en el caso de México en el albur. Construye *praxis* sociales. De esas praxis, del consumo teológico, tratan los siguientes capítulos.

II. EL MISTERIO DE LA SUCESIÓN: *EL TAPADO*

EL TRASCENDENTE y la doctrina cumplen su papel fundacional en la transferencia de las potestades de la Revolución a las instituciones. Constituye el Orden de los Órdenes. Sin embargo,

> Para llegar al punto donde el señor es creído, cuando enuncia *la ley lo ha dicho*, es necesario el prodigio de una liturgia. Sin los ritos fijos al método, que pueden dar valor al texto, este permanecería como una reunión de letras, sin llegar a ser el objeto manejado de una doctrina (Legendrè, 1997:98).

Para que este orden se ejerza, para el ejercicio del ritual, que es la puesta en escena del discurso del mito, se requiere de oficiantes y, entre estos, para evitar el conflicto entre pares tan dañino en los orígenes, de una estructura de autoridad. Es allí donde emerge el iluminado como jefe máximo a partir del cual se estructura el ejercicio del poder, en la forma del *Titular del Poder Ejecutivo Federal* o *el Presidente*. Nombres indicativos, por encima del señalamiento de una función republicana, de una investidura cercana a una monarquía sagrada de carácter temporal. "El derecho divino de los reyes es el fundamento de la autocracia de los presidentes" (Cepeda Neri, 1988), en un México donde la vinculación con lo sagrado impregna las formas del ejercicio del poder.[64]

[64] Fernando Gutiérrez Barrios (*apud* Ortega, 1995:36) admite esta característica distintiva del sistema mexicano: "De ahí que el régimen

Con la muerte de los caudillos, México y la Revolución enfrentaban un dilema, aparentemente difícil de resolver: cómo conseguir una estructura de autoridad suficiente, sin caer en el caudillismo. El poder, en sí mismo, no podía sustraerse de la disputa pues para manejar a un país bronco y con tendencias autárquicas, casi anárquicas, dominado por caciques, se requería de su ejercicio. México demandaba la existencia de un poder fuerte, centralizado en alguien que no fuera un caudillo y cuya fuerza no emanara del manejo de seguidores susceptibles de ser manipulados con el fin de obtener el poder por medio de la violencia. Para evitar la recaída en la crisis violenta[65] y ante la imposibilidad de sacar de la contienda al *ejercicio del poder*, como el *bien deseado* y motivo de la disputa, la solución apuntaba a sustraer del control de los hombres y sus seguidores la base de sustentación del poder, al colocar la potestad de su ejercicio por encima de las personas. Se requería convertir al ejercicio del poder en un misterio fuera de la comprensión de los hombres y los grupos.

Surge así la figura del elegido, ungido por la Revolución para ser el oficiante. De esta manera se sustrae de la voluntad popular y de la de los grupos la capacidad de decisión y se delega en quien momentáneamente oficia como su representante, único facultado por la Revolución para decidir quien habrá de sucederlo. Con esta transposición se instaura el misterio de la sucesión. Según José López Portillo (1988:405): "La forma de la toma de decisiones se ha fijado como acuerdo consensual y ello es democrático, porque opera con eficiencia, después suscrita por el voto mayoritario.

En un esquema *rousseauniano* de contrato social, el ex presidente sostiene que fue el cónclave de revolucionarios —en tanto representantes del pueblo— quien delegó en el *Jefe Máximo*

presidencialista mexicano sea muy distinto al de Estados Unidos o al de Francia, por ello no debe renunciar a los rituales patrióticos de su investidura, al poder simbólico que representa su autoridad por encima de las banderías y las facciones".

[65] Garrido (1986:296) reconoce que "la existencia de múltiples núcleos de poder, por lo general armados, constituía el obstáculo mayor para la construcción del Estado posrrevolucionario".

la potestad de la selección en función de evitar la lucha entre caudillos, los levantamientos, la perpetuación de la violencia y del México bronco.

Al establecer, instituir y asumir la no reelección sucesiva o posterior[66] se sustrajo de la disputa el uso de los atributos de un poder concentrado, casi absoluto en la figura presidencial, para manipular la permanencia de quien, mientras ostenta el poder, se visualiza como omnímodo y omnipotente.

Se trata de una contradicción, evidente en su momento para quienes sufrieron las luchas intestinas, entre la necesidad de concentrar y fortalecer el poder en una sola persona, que pudiera ejercer un mando unívoco sobre una población demandante de autoridad y la de limitarlo para que su perpetuación no degenerarse en desgaste. La opción supuso una decisión espacio-temporal, al definir un poder aparentemente total e indiscutido, pero limitado en el tiempo.

Por eso, en México, el hierofante solamente dura seis años. Se trata de una sacralización temporal. Al cumplirse el período debe ceder el poder y todos los atributos que le fueron conferidos para brindárselos al nuevo oficiante. No se espera su muerte para sucederlo, como en el caso del mandato vitalicio del Papa y a cambio se le otorga el poder de elegir a su sucesor. En la sucesión opera una muerte simbólica mediante la cual el presidente desaparece de la escena política en el momento de ceder el poder. El estilo, la forma, reproduce la estructura indígena de *los pasados*, de las antiguas autoridades que ya no ejercen el poder, aunque sí influencia; una forma que expresa su conversión en *antepasados*, antes de su muerte real.

A su muerte le acompañará un proceso detractivo, será objeto de bromas,[67] burlas y repudio, hasta llegar a la satanización de su persona y de sus ideas, un proceso similar al descrito por

[66] Aunque fuera teóricamente, pues no puede negarse que muchos cayeron en la tentación, evitada sabiamente por las inercias institucionales, de perpetuarse en el poder.

[67] La función de la burla como desarticuladora del desorden es señalada por Balandier (1989:112): "Desarticular el desorden es en primer lugar abordado por el juego, someterlo a la prueba de la burla y la risa, introducirlo en una ficción narrada o dramatizada que produzca ese efecto.

Evans Pritchard (1980) al analizar la monarquía sagrada de los *shiluk*. Esta temporalización tiene su razón, su lógica. Al canalizar la violencia a través del mecanismo del *chivo expiatorio*, como propone Girard (1986), se logra renovar la fe y la esperanza, marcar el tránsito temporal y mantener viva la expectativa del acceso al poder por medio de la renovación de cuadros y grupos. Los actos detractivos del presidente saliente, acompañaron toda la historia de la institucionalización de la Revolución. Según González (1981:42), al día siguiente de la expulsión de Calles:

> Los poderosos de la política que llamaban a Calles patriota sin límites, fiel guardián de la Revolución, puro, honesto, sincero y perfecto, de la noche a la mañana dieron en llamarle traidor a México, desleal a los principios revolucionarios, enemigo de las instituciones, impostor, bandido, cobarde, malo y feo. Mientras unos exigían que se investigara la fortuna de Calles para confiscarla, otros pedían la horca inminente aparte de la confiscación.

Cárdenas, que termina su mandato con un sensible descrédito, fue respetado por su sucesor pero, cuando en 1954 pretende reaparecer en política, se inicia una campaña en su contra acusándolo de haber convertido en un "barril sin fondo" a la comisión del Tepacaltepec. Con el cambio de rumbo de Ruiz Cortines, algunos órganos de la prensa se lanzaron contra el ex presidente con saña. Los chistes sobre Luis Echeverría y sus exageraciones populistas pueden llenar volúmenes enteros. A López Portillo le ladraban en la calle, en alusión a su pronunciamiento fallido de "defender el peso como perro", más recientemente aparecieron en las calles de la Ciudad de México niños portando máscaras demoníacas con la cara de Salinas de Gortari. El presidente saliente, condensación máxima del poder pasado, tiene los atributos suficientes para convertirse en víctima propiciatoria. Con la burla y la satanización se vuelca hacia su persona la violencia social, se le transforma en fantoche que canaliza y neutraliza el descontento y el resentimiento.

Adicionalmente se recurre al sacrificio de víctimas sustitutas. Parte del proceso detractivo y demostrativo de la pérdida de

poder del presidente saliente son los ataques y frecuentes encarcelamientos, de quienes fueran visualizados como sus favoritos. El sistema de víctimas sustitutas es tan reconocido como mecanismo habitual que anticipadamente se especula sobre a quien habrá de ser el seleccionado. Algunos presidentes, antes de perder el poder, intentan proteger a sus allegados, alejándolos anticipadamente de posiciones de poder e influencia o dotándolos de fuero legislativo o judicial. Los cercanos al presidente saliente ante la incertidumbre sobre la identidad de la víctima elegida se preparan para su *caída en desgracia*.

El cambio de persona representaba, la renovación de la esperanza,[68] por corregir *los errores del pasado* y reorientar rumbos, así como la reiteración de votos en favor de continuar con el proceso revolucionario. La transformación de *estilos* de administración y gobierno operaba como una fe renovada, siempre en espera de los nuevos milagros. Al mismo tiempo, fortalecía la idea de permeabilidad del proceso revolucionario. Gente nueva, caras nuevas, la mayoría de las veces los mismos, pero en diferentes posiciones, un simulacro que obraba con efectividad. Para los nuevos oficiantes, incorporados a una posición en la administración, en las cámaras o en otra posición, la Revolución *les hizo justicia*,[69] para la población significaba una nueva esperanza de cambio. En realidad los procesos electorales implican la movilidad de los grupos y la manipulación de las expectativas en vez de una contienda política o programática.

El mecanismo de la no reelección no evitaba todos los conflictos, faltaba definir los mecanismos de selección. Una selección abierta, clara y transparente, se intuye como posibilidad y causa suficiente del conflicto y el enfrentamiento. La opción, nunca formalizada por atentar contra el concepto occidental de la democracia, fue la institución del *misterio de la sucesión*. "El

[68] José López Portillo señala como características del presidencialismo mexicano que "transcurridos (los seis años) llega otro poder y es la renovación lo que le da esperanzas al país, lo que desahoga. Lo lógico es que se renueven los cuadros" (*apud* Castañeda, 1999:149).

[69] La frase: "La Revolución me hizo justicia" está incorporada al lenguaje popular siempre aduciendo a la obtención de alguna prebenda o posición.

presidente que concurre a la decisión, cuando deja el cargo, deja el poder en forma total. Esto confirma que es un sistema de toma de decisiones y no de conservar el poder", justifica un ex presidente, profesor de teoría del Estado (López Portillo, 1988:406). Muchos analistas subrayan este aspecto misterioso. El misterio supone la inexistencia de reglas escritas y la presencia de códigos hermenéuticos por descifrar o intuir. El sistema se fue perfeccionando a través del tiempo hasta constituir el modelo del *tapadismo*. López Portillo (1988:384) atribuye su origen al comportamiento de Ruiz Cortines, quien alentó las expectativas de varios prospectos para disimular o esconder a su sucesor y preferido: Adolfo López Mateos.

EL *BUENO*

La pregunta es quién selecciona al candidato y la respuesta casi generalizada es que la decisión compete al presidente saliente. Se trata quizás, de su último acto de poder supremo:

> Nunca, hasta que llega el momento de producir el nombre de su sucesor, alcanza el poder presidencial tal plenitud. Nunca, tampoco, es el presidente más dueño del destino que en minuto previo a la revelación (Spota, 1975:33).

El halo de misterio es un componente construido y perfeccionado a través del tiempo. El presidente Miguel Alemán cometió el error de mostrar inclinación por su primo, Fernando Casas Alemán, que presentaba sus mismas tendencias al despilfarro. Con ello provocó la reacción de los generales y la sustitución del favorito por el austero Adolfo Ruiz Cortines. Éste aprendió la lección. Su estrategia incluyó el disimulo y la ocultación. Para proteger a su candidato levantó cortinas de humo y dejó crecer a otros tres de los posibles. Ruiz Cortines emitía mensajes equívocos, propios del oráculo de Delfos —por la posibilidad de la doble lectura—, al Secretario de Gobernación le sugiere nombres para integrar el gabinete, a Morones le aconseja que no se vaya a envanecer. A todos los confunde con pistas falsas.

El estilo inaugurado por Ruiz Cortines sentó el precedente e instituyó una moda, aderezada y perfeccionada en las siguientes administraciones. Los mensajes emitidos para confundir a la opinión pública pero sobre todo a la llamada clase política, tienden a ser crípticos y a través de terceros, de manera tal que mantengan la duda y la incertidumbre en los implicados. El halo de misterio mantiene ocupada a la llamada clase política durante el prolongado espacio de la decisión, en análisis, cálculos y especulaciones; orientados a descifrar los códigos e interpretar su sentido. Con esta artimaña se evita la formación de grupos. Se trata de una verdadera quiromancia colectiva orientada a la adivinación del futuro. Las posibilidades no son infinitas, existen ciertas reglas que hacen previsible y acotable, el proceso, al menos a un número limitado de elegibles.

Diversas corrientes en el interior del partido,[70] intentaron acotar la facultad discrecional e inclusive las características a poseer por el elegido. Recientemente se pugna por la posesión de militancia previa en la institución partidista y la participación en puestos de elección popular. Estos intentos por asumir un estilo democrático, con la presencia de precandidatos que disputen en elecciones internas la posibilidad de su selección, estaban llamados al fracaso por atentar contra el misterio de la sucesión. Sobre todo por asociarse con la posibilidad de la fractura interna, la constitución de facciones y la recaída en el caudillismo que se pretendía evitar.

Si bien ningún artículo constitucional lo explicita, el candidato emerge del gabinete, especie de cuerpo cardenalicio formado por meritorios y, por tanto, del poder ejecutivo federal. “Los

[70] Como presidentes del partido, Sánchez Taboada pretendió instituir elecciones primarias, posteriormente Madrazo (padre), intentó, no sin enfrentar fuertes resistencias internas, la democratización de la forma de selección mediante elecciones internas y el ejercicio de la crítica y autocrítica, le siguió el experimento de la *democracia transparente* de Sansores Pérez, quien al abrir a la consulta las candidaturas locales, causó caos y división. El último intento aún vigente salió de la XIV asamblea convocada por Luis Donaldo Colosio, como presidente del PRI. Mientras los anteriores intentos incorporaron a jóvenes con aspiraciones liberales, urbanos y de clase media, la última fue la reacción del priísmo histórico ante la preeminencia de los tecnócratas.

precandidatos se van, naturalmente formando de las figuras que tienen nivel nacional y que son miembros del gabinete", reconoce José López Portillo (1988:406). A su juicio este mecanismo evita las improvisaciones; y en una clara alusión a la necesidad de evitar la recaída en la crisis de violencia considera que la auscultación a otras y más amplias áreas causaría más turbulencias que ventajas.

El tipo de secretaría de la que emerge el candidato se convierte en motivo de análisis y especulación. La selección del secretario de Gobernación se interpreta como la preeminencia de los factores políticos, mientras que el desplazamiento hacia las de tipo financiero indica un énfasis sobre los aspectos económicos, identificadas en la jerga política como la oposición entre políticos y tecnócratas.

La pugna por acotar las características del elegido alude a la existencia de dos carreras paralelas en la adquisición de poder. Una en el interior de las estructuras del partido y de las corporaciones, CNC,[71] Confederación de Trabajadores de México, el magisterio, el sector popular, entre otras, donde existe una lógica de ascenso en función de los liderazgos y el control sobre las bases. En los casos de los dirigentes partidarios es factible hablar de un *status* adquirido, en tanto los liderazgos se adquieren por la capacidad de control sobre grupos. Los líderes van ascendiendo por la estructura de cargos electivos, definidos por un sistema de cuotas, desde las regidurías en el ámbito municipal, diputaciones locales y cargos electivos federales, alternados con carteras y posiciones en el interior de sus cuerpos de origen.

Por su vinculación con los espacios territoriales, las instancias del partido se asemejan al clero seglar de la Iglesia católica, mientras que la militancia proveniente de las corporaciones campesinas u obreras, magisteriales o populares, corresponden al clero regular, estructurado en órdenes, cada una con un carisma particular. Estas órdenes aparentan la existencia de reglas, normas no exentas de arbitrariedad que definen las vías de ascenso:

[71] Confederación Nacional Campesina.

> Con frecuencia la voz popular distingue el *político* del *licenciado*. Por un lado se ha consolidado la imagen de la hombría del cacique, del fogoso ganador de concursos de oratoria, domador de la flor más bella del bronco ejido y charro dominguero o de sindicato. En el otro extremo tenemos al asesor, técnico o abogado de cualquier causa sexenal, al eterno oficial mayor de ceremonias ajenas o al secretario particular de vocación conciliadora, traje exquisito y adoración infinita a su jefe en turno. De un lado el político que sabe manejar al pueblo con pasión machista e ímpetu masculino; y del otro al frustrado que funciona como eficiente celestina en la tormentosa relación entre el político y la masa (Bartra, 1993:83).

Algunos militantes, provenientes de las órdenes partidistas, logran incorporarse a la administración pública. Existen posiciones en la administración concedidas tradicionalmente a sus miembros. Quienes llegan a la administración provenientes de los sectores, difícilmente llegarán a participar en la carrera sucesoria. Su inclusión puede resultar peligrosa, pues al cimentarse su liderazgo en los grupos que controlan pueden constituir facciones y promover el enfrentamiento de grupos que se requiere evitar en función de mantener la paz social. Es en respuesta a esta exclusión que las corporaciones y sectores, siempre convocados para brindar su aval a uno que nunca es de sus miembros, pretenden presionar para un cambio de reglas que les permita entrar en la contienda, o para excluir a quienes hasta el momento han sido los beneficiarios del sistema de selección.

La otra carrera, con reglas menos claras o explícitas, resulta la efectiva y se realiza en el interior del aparato administrativo del gobierno, en la administración pública. La lógica oculta que no secreta, sigue el cauce de la formación y el movimiento de los grupos. Se trata de *cuasi* linajes[72], con normas de filiación y exclusión, que se mueven en el interior de la administración. Los grupos y sus miembros ocupan posiciones en secretarías y paraestatales de manera casi ininterrumpida o con breves o prolongados períodos de *banca*. El concepto "estar en la banca"

[72] Antropológicamente hablando el linaje refiere a un grupo unilineal de parentesco no localizado.

hace alusión al deporte, cuando un jugador espera ser llamado nuevamente al juego. En la política cuando un grupo o una cabeza de grupo cae en desgracia o simplemente no es convocado, espera en la banca el surgimiento de otra posibilidad.

Se trata de una nobleza ya muchas veces hereditaria, mayoritariamente endógama y cuyo rango ostentan ampulosamente con el prefijo *Lic.*, utilizado como título nobiliario. En la administración se dice que “todos los hombres son licenciados y las mujeres señoritas”. La escala se depuró recientemente con la inclusión de una nueva jerarquía, la de los Doctores. En cierta medida se cumplió la profecía de Vasconcelos en cuanto a que cuando desaparecieran, aniquilados entre sí, los *huchilobos*[73], los intelectuales serían llamados a gobernar. A despecho de su sueño, cuando los intelectuales ocuparon los puestos de gobierno no representaron a los intereses de la clase urbana ilustrada, los ideales del individuo como sujeto, sino a sus propios intereses. Del gobierno de Cárdenas donde solo el 48% de los puestos directivos fueron ocupados por de universitarios, en el de Miguel Alemán ascendieron a un 75%, en su mayoría abogados. “Aquí se estudia para ser presidente”, decían en la Facultad de Derecho, de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Los miembros de la clase política son intelectuales por su formación, aunque no siempre por su práctica y tampoco pueden ser considerados pobres, ya sea por su origen o herencia o por haber conseguido un ascenso social y económico en la propia burocracia o mediante el peculado, y en general provienen del medio urbano. Formalmente se los encuadra en el sector popular, aunque muchos iniciaron y mantuvieron su carrera sin necesidad de militancia partidista o de su afiliación. Sin embargo, para llegar, para obtener un cargo de elección popular, deben aparentar la postulación por un sector, constituirse en los abanderados de los campesinos o de los obreros.

La emergencia de los candidatos de la estructura burocrática y no de la política resalta, parafraseando a López Portillo

[73] El neologismo combina a la palabra lobo, frecuentemente asociada a la violencia, con la mención del dios prehispánico de la guerra, Huitzilopochtli, a quien se ofrendaban sacrificios humanos.

(1988:303), una distinción simbólica: “[…] el ejercicio del poder no es cuestión de liderazgos, personales, de hombres que conducen hombres, sino de toma de decisiones, se trata del poder de la administración, pues México ya no es el país de caudillos armados, sino de las *instituciones*.”

Cuadro 7. Antecedentes de los Elegidos

Presidente	Profesión	Otros cargos	Cargo anterior	Cargos políticos
Plutarco Elías Calles	Maestro	Jefe de operaciones militares, secretario de Industria y comercio, secretario de Gobernación, secretario de Guerra y Marina	Secretario de Gobernación	
Lázaro Cárdenas	Militar	Jefe de operaciones en Michoacán, el Bajío, las Huastecas, Puebla y el Istmo. Gobernador de Michoacán, Secretario de Gobernación	Secretario de Guerra	Presidente Partido Nacional Revolucionario
Manuel Ávila Camacho	Militar, administrativo	Oficial mayor, subsecretario de Guerra, secretario de la Defensa	Secretario de Guerra	
Miguel Alemán	Abogado (UNAM)	Senador y gobernador de Veracruz	Secretario de Gobernación	En la campaña de Ávila Camacho
Adolfo Ruiz Cortines	Tenedor de libros	Oficial mayor del DDF, Diputado, secretario de Gobierno en Veracruz, Oficial mayor de Gobernación, Gobernador de Veracruz	Secretario de Gobernación	Administrador de campaña con Alemán

Cuadro 7. Antecedentes de los Elegidos
(*continuación*)

Presidente	Profesión	Otros cargos	Cargo anterior	Cargos políticos
Adolfo López Mateos	Abogado (UAEM)	Secretario particular del gobernador del Estado de México, director en la Secretaría de Educación Pública, director del Instituto, Literario, senador	Secretario de Trabajo	Partido Nacional Revolucionario
Gustavo Díaz Ordaz	Abogado (UAP).	Presidente de la Junta de Conciliación y Arbitraje, vicerrector UAP, magistrado, presidente del Tribunal de Justicia, secretario de Gobierno en Puebla, diputado, senador, director jurídico y oficial mayor de Gobernación	Secretario de Gobernación	Orador en la Campaña de Ávila Camacho, y en la campaña de Adolfo Ruiz Cortines
Luis Echeverría Álvarez	Abogado (UNAM)	Oficial mayor en la Secretaría de Educación Pública, subsecretario Gobernación	Secretario de Gobernación	Secretario particular del presidente del PRI.
José López Portillo	Abogado (UNAM)	Asesor técnico, director y secretario de Patrimonio Nacional, jefe del Consejo Jurídico y subsecretario de la Presidencia, director de Comisión Federal de Electricidad	Secretario de Hacienda	
Miguel de la Madrid	Abogado	Banco de México, Pemex, secretario de Hacienda	Secretario de Programación y Presupuesto	

Del gabinete se excluyen quienes no mantienen una relación próxima, amistosa con el presidente, expresada en relaciones de subordinación anterior o camaradería en los años jóvenes, reforzada por lazos de amistad, familiares o parentesco ficticio.

La mayoría de los elegidos, en un análisis de su historia personal, presentan una, dos o todas estas condiciones, se trata de amigos, subordinados leales o tan próximos que pueden ser considerados sus parientes ficticios y herederos. Calles no eligió a Cárdenas, "lo heredó". La declaración se basa en una confesión de Pascual Ortiz Rubio, quien había oído decir al Jefe Máximo "quiero a Cárdenas como a un hijo". Como el que le sacó el sí a Calles fue Rodolfo Elías Calles,[74] posteriormente incorporado en el gabinete de Cárdenas, se trató de un *cónclave de hijos reales y simbólicos*. Otro factor de parentesco interviene en su designación, el odio que Abelardo Rodríguez profesaba hacia Pérez Treviño,[75] ex novio de su esposa.

Manuel Ávila Camacho fue el hermano que Cárdenas no tuvo, su hombre de confianza desde que fungiera como su jefe de Estado Mayor. Y que lo siguió por donde lo llevó el azar de la guerra, por las Huastecas, Michoacán, el istmo de Tehuantepec, Jalisco y El Bajío.

Miguel Alemán había sido la cabeza visible del *avilacamachismo*.[76] Su candidatura fue apoyada por los generales, amigos de su padre, por eso se lo denomina el "cachorro de la Revolución". Su padre, general revolucionario y precursor de la Revolución, había sido subordinado de Cándido Aguilar que es quien, inclina la balanza a su favor al momento de la decisión.[77]

[74] Hijo de Plutarco Elías Calles.

[75] Pérez Treviño era el oponente más fuerte de Cárdenas en la carrera sucesoria.

[76] "La candidatura de Ávila Camacho fue manejada por grupos de políticos y militares: el bloque mayoritario de senadores, una coalición de diputados, un comité de militares y sobre todo, varios gobernadores encabezados por Miguel Alemán, que en sentido estricto constituyeron el *avilacamachismo* (Loyo, 1983:24).

[77] "En la apacible ciudad de Tehuacán [...] tres generales hablaban de la sucesión presidencial. Eran el presidente Ávila Camacho, el General Cárdenas y Cándido Aguilar. Cárdenas se oponía en principio a la candidatura de Alemán. Aguilar argumentaba a su favor, arguyendo que con

Ruiz Cortines era concuño de Jacinto V. Treviño que es quien lo promociona y vincula en el medio político. Como oficial mayor en el gobierno del Distrito Federal conoce y se hace amigo de Miguel Alemán, por entonces magistrado en el Tribunal Superior de Justicia. Cuando Alemán coordina la campaña de Ávila Camacho lo invita a administrar los recursos.

A Adolfo López Mateos es su suegro quien lo vincula con el gobernador del Estado de México. Por sus dotes de oratoria es *adoptado políticamente* por Isidro Fabela, quien le enseña todos los secretos de la política.

Se dice que Díaz Ordaz "no fue destapado, siguió gobernando. Desde la Secretaría de Gobernación se encargaba de todo ante la fragilidad de la salud del presidente, su amigo y compañero en la Cámara de Senadores". Esta afirmación de Krauze (1997b:215) no es del todo cierta, la diferencia de orientación política y económica entre ambas administraciones, la desmiente. Díaz Ordaz había consolidado su amistad con su antecesor cuando ambos eran senadores y viajaron frecuentemente juntos. Su promoción en la administración la debe a otro vínculo de parentesco, Maximino Ávila Camacho, el turbulento hermano del presidente, lo movía como su ficha política.

Durante doce años, Luis Echeverría Álvarez se comportó como el más leal y disciplinado subsecretario de Gobernación, bajo el mando de Díaz Ordaz. José López Portillo y Luis Echeverría Álvarez eran amigos desde su juventud, camaradas y compañeros. Juntos recorrieron a pie México y juntos vivieron en Chile como becarios.[78]

ella se cumplía el designio civilista que le costó la vida a Carranza y, por otro lado [...] *es hijo del general Miguel Alemán que peleó en la Revolución por una causa noble" (*Krauze, 1997b:95).

[78] José López Portillo rememora: "Para entonces había consolidado mi amistad con Luis Echeverría. Lo conocí, claro, muchos años antes. Tal vez durante los años de 1935 o 1936, pero empecé a intimar con él tiempo después [...] No fuimos, pues compañeros de escuela ni de banca, sino de colonia". En su libro relata que fueron compañeros de palomilla, los *WIKALI*... "Para identificarnos místicamente con México, decidimos recorrer su superficie a pie". Su primer viaje lo realizan en 1939, en 1940 juntos aspiran a una beca para cursos de verano en Chile, donde viven otras aventuras y comparten sus carencias económicas (López Portillo, 1988:155).

Cuadro 8. Vínculos del elegido con el presidente anterior

Presidente	**Subordinación**	**Amistad**	**Estado de origen**
Lázaro Cárdenas	En el 22º regimiento de caballería. Lugarteniente de Calles en Agua Prieta	Vínculo paternal de Calles, *su chamaco*	Michoacán
Manuel Ávila Camacho	Jefe de Estado mayor en la Huasteca, lo acompaña en todas sus campañas	Vínculo fraternal. Hombre de confianza, antiguo y leal lugarteniente	Puebla
Miguel Alemán	Coordinador de campaña de Ávila Camacho	Lo impulsan los amigos de su padre	Veracruz
Adolfo Ruiz Cortines	Administra la campaña de Ávila Camacho, coordinada por Miguel Alemán	Compañeros y amigos cuando Alemán era litigante	Veracruz
Adolfo López Mateos	Secretario de trabajo	Protección de Isidro Fabela, su madre era amiga de Miguel Alemán	Estado de México
Gustavo Díaz Ordaz	Secretario de Gobernación.	Amigos en el senado	Puebla
Luis Echeverría	Subsecretario de Gobernación, 12 años subordinado leal de Díaz Ordaz	Servilismo	Distrito Federal
José López Portillo		Amigos, y camaradas, recorren América juntos	Distrito Federal
Miguel de la Madrid	Subsecretario en Hacienda	Alumno de López Portillo	Colima

Referencia: En gris, el aspecto que aparentemente predomina para la selección.

En el análisis de los presidentes emerge un perfil nunca explicitado, aparentemente fortuito, mas no exento de lógica. Se vincula con el mito del mestizo progresista y como elementos de su identidad la inexistencia de figura paterna —señalados por Octavio Paz (1960), Bartra (1993), y Zaid—, una figura materna fuerte, la consecuente necesidad de trabajar desde muy jóvenes y el ascenso por su esfuerzo y tesón.

De los diez presidentes considerados,[79] seis perdieron a su padre, fueron criados por su madre, de la cual se hicieron cargo posteriormente. La carencia de padre o su ausencia, y la fuerte presencia femenina-materna en estos prototipos de políticos mexicanos o políticos mexicanos prototípicos, curiosamente coincide con el perfil del mestizo *matriotero*. En palabras de Zaid (s/f:15), "implica una especie de nacimiento de la nada, una orfandad paterna [...] La cultura mexicana no tuvo padre, como el Niño Dios [...] Tiene por eso una doble *fijación*: El padre ausente y la teta materna". La ausencia de padre en los presidentes, que remonta sus orígenes al inicio del mito de la Revolución,[80] implica simbólicamente una negación de

> los padres carnales y sobre todo al padre, para asumir una filiación mítica, enaltecida por la vía materna (la mismísima virgen María, como no lo hizo en ninguna otra nación aparece ante un mestizo) la noble figura de Cuauhtémoc, de Nezahualcóyotl, de todo el sacrosanto panteón indígena (Zaid:12).

Significativamente, los héroes representativos de los afanes liberales, identificados con la parte blanca de México, herederos de los criollos, partidarios de la libertad y los intereses individuales, son quienes tienen padre, al menos durante su infancia (Madero y Carranza, para la etapa de la construcción del mito) y en los prototipos Calles (sin madre) y los recientes liberales cismáticos Carlos Salinas de Gortari y Zedillo. Luis Echeverría Álvarez, patrimonial y redistributivo, que tiene padre y Miguel

[79] Se excluyen a los tres presidentes calificados como títeres, en la época del *maximato*.

[80] Juárez, Díaz, Obregón, Villa y Zapata carecen de padre.

de la Madrid liberal e individualista, sin padre constituyen las excepciones.

En realidad ninguno manifiesta un origen demasiado humilde, aunque tampoco pueden reputarse como ricos. Se evidencia una cierta transición, pues con excepción de Calles, cuya familia había pertenecido al sector supraordinado, los cuatro primeros presidentes tenían un origen medio. Antes de su muerte prematura, el padre de Lázaro Cárdenas tenía una tienda; el de Manuel Ávila Camacho había sido capataz y administrador de hacienda; el de Miguel Alemán pertenencia a una familia de ganaderos, fue dueño de una tienda, que abandonó para lanzarse a la aventura revolucionaria.

Cinco de los seis siguientes presidentes descienden de familias de prosapia, arruinadas por la Revolución o simplemente en decadencia. La familia de la madre de Adolfo López Mateos, de *insigne genealogía*, contaba entre sus antepasados a Ignacio Ramírez, Francisco Zarco y el escritor Juan Mateos; el apellido Díaz Ordaz remonta sus orígenes a los conquistadores; mientras que López Portillo (1988:20) asume como propio "el gen de hidalgos".

Casi todos deben trabajar desde jóvenes, Lázaro Cárdenas en una imprenta y como meritorio en una oficina de rentas, hasta que se incorpora a la Revolución, a la que suma a sus hermanos y de la que con frecuencia *se sale* para reunirse con su madre. Los hermanos Ávila Camacho trabajan desde el accidente de su padre, ambos optan también por la Revolución como medio de vida, mientras su madre los sigue en sus respectivos destinos militares, emprendiendo negocios para subsistir. Durante la azarosa vida del padre, siempre a salto de mata y hasta su suicidio, Miguel y su hermano ayudan a su madre, a repartir leche y como ayudantes en un estanquillo. Alemán varias veces debe abandonar sus estudios por la inestabilidad económica. Ruiz Cortines, como hijo póstumo, trabaja desde muy joven especializándose en la teneduría de libros. Díaz Ordaz pasa su infancia con terribles penurias económicas, su madre instala una casa de estudiantes para ganarse la vida y su hijo trabaja como *office boy*, escribiente en juzgados menores y *diligenciario* de juzgado para costear sus estudios.

Cuadro 9. Antecedentes familiares

Presidente	Familia	Situación económica	Forma de ascenso
Plutarco Elías Calles	Hijo ilegítimo, muere su madre, lo crían unos tíos	Familia de terratenientes empobrecida	Carrera militar y administrativa. Intenta negocios, no exitosos
Lázaro Cárdenas	Trabaja para mantener a su madre	Tienda de abarrotes. Pobres a la muerte de su padre	Por carrera militar y política
Manuel Ávila Camacho	Madre mantiene la familia a la muerte de su padre (1916)	Clase media, tienda	Carrera administrativa en el ejército
Miguel Alemán	Padre ausente, se suicida. Miguel ayuda a su madre	Clase media, tienda	Proyectos de urbanización.
Adolfo Ruiz Cortines	Hijo póstumo, trabaja desde los 15 años, bajo la protección de su madre	Pobres, educados	Carrera militar y administrativa. Promovido por su concuño
Adolfo López Mateos	Madre directora de asilo para mantener a su hijo, a la muerte del padre	Clase media, con prosapia, padre dentista	Carrera política por su suegro
Gustavo Díaz Ordaz	Tiene que trabajar para estudiar	Familia de prosapia en decadencia, penosa situación económica	Carrera administrativa, protegido por Maximino Ávila Camacho
Luis Echeverría Álvarez		Clase media	Apoyo de su suegro, cacique y ex gobernador de Jalisco
José López Portillo	Muy unido a su madre y hermanas	Educado en la hidalguía, Familia de prosapia, arruinada en la Revolución	Ejercicio profesional como abogado, entra a la administración a los 40

Son estos mismos presidentes, de origen ilustre pero arrastrados a la pobreza, los que contraen matrimonios hipérgamos por intermedio de los cuales se vinculan o establecen relaciones políticas. La esposa de Miguel Alemán, aunque aparentemente no incide en su carrera, pertenece a una familia acomodada de Celaya. Adolfo Ruiz Cortines es apoyado por su concuño por parte de su primera esposa, el general y frustrado candidato a la presidencia, Jacinto V. Treviño. Adolfo López Mateos ingresa a la política por los contactos de su suegro. Gustavo Díaz Ordaz se casa con una Borja; es en el domicilio de su suegro, respetable abogado, donde consulta bibliografía y conoce a personas que apoyarán su promoción. El impulso de Zuno, ex gobernador y poderoso cacique de Jalisco, suegro de Echeverría, le facilitó el acceso a la presidencia.

Como parte de las representaciones colectivas se cree y en ocasiones se asegura, que para la toma de la decisión el presidente realiza consultas, auscultaciones, inclusive con sectores excluidos como la jerarquía católica, la empresarial y hasta el *archienemigo* de la Nación, el gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica. Consultas disimuladas y ocultas por su carácter subversivo de los principios revolucionarios. Resulta significativo que en las memorias de los presidentes, no se mencione o se omita la existencia de dichas consultas. En las entrevistas realizadas por Castañeda (1999), Luis Echeverría admite haber consultado *a todos los sectores*, José López Portillo se asume como el único elector y admite una auscultación muy velada de la que excluye a la Iglesia y a los Estados Unidos, "[…] se me hubiera caído la cara", sostiene enfáticamente. Admite, sin embargo que "el candidato debe contar con la simpatía del vecino del norte". Cosío Villegas (1973:60) resalta el carácter misterioso de estas consultas:

> La última fase del largo proceso del destapamiento es —según se ha creído siempre— el sondeo que hace el presidente saliente acerca de su elegido, sobre todo —se asegura— con los ex presidentes. Nadie ha probado hasta ahora si se hace de verdad o no semejante sondeo, si se limita a los ex presidentes o si se amplía a otros círculos y cuáles son ellos.

La existencia real de las consultas permanece en el misterio y sólo en las versiones noveladas se afirma su existencia:

> Hacia el fin de la administración, digamos: un año antes del día, el presidente empieza a consultar otras opiniones no porque le importen, sino porque desea comparar su juicio con el que los consultados pudieran tener sobre éste o aquél. Ésta es, me ha parecido siempre así, la parte más barroca, más confusa, siempre más apasionante y oscura del juego [...] El industrial interrogado, el líder obrero o campesino preguntado, los jerarcas del partido, el banquero de confianza, el general con influencia, los embajadores, conocen muy bien el juego y no desconocen porqué el mandatario lleva a cabo, con rodeos y deliberada vaguedad, sus pesquisas. Las respuestas que le dan coinciden, muchas veces, con las que él quiere escuchar (Spota, 1975:32).

La verdad novelesca[81] arroja luz sobre muchos indicadores simbólicos, el banquero de *confianza*, el general con i*nfluencia* son los únicos que necesitan una adjetivación. Los adjetivos muestran la existencia de una *desconfianza* primordial hacia los banqueros y la disminución creciente de la *influencia* de los militares, contrariamente, los otros dos enemigos de la Revolución, los industriales y los embajadores, no requieren adjetivación; para esas fechas estaban ya plenamente integrados a los procesos de toma de decisión, amparados en el disimulo.

El peso de la decisión del presidente, si bien con un cierto dejo de arbitrariedad, ha de seguir un proceso de *toma de decisiones*. Se trata de un modelo de decisión[82] caracterizado por una serie de *imputs*, las características del seleccionado, los compromisos hacia él y hacia otros grupos, sus habilidades, la imagen que proyecta hacia los diferentes segmentos sociales y grupos de poder. Los elementos a considerar se orientan a con-

[81] Girard (1984), quien acuña el término verdad novelesca, defiende y justifica el uso de la literatura, como fuente etnográfica de los estudios antropológicos.

[82] Sobre los modelos de decisión, véanse Colby (1981:266) y Geoghengan (1970).

trolar los *outputs*, los resultados de su selección. El proceso de toma de decisiones intenta controlar el futuro.[83]

Cuáles son los aspectos de peso, los temas prioritarios como *inputs* y *outputs*, serán los interrogantes que forman parte de la adivinatoria sexenal. Entre los efectos externos a controlar se menciona la necesidad de contrapesos y de equilibrio entre estilos, contradictorio generalmente, con el deseo de continuidad. Entre los *inputs,* que refieren a fines privados, nunca exentos de relevancia en un proceso de decisión,[84] ha de pesar la necesidad de cubrir sus errores, sus abusos y garantizarle el disfrute de sus bienes. La aparente preeminencia de las relaciones de parentesco ficticio,[85] la amistad y la camaradería como componentes de un sistema de lealtad más íntimo, se relaciona con esta necesidad de protección, por parte del saliente. Existe otro factor de la toma de decisiones que tal vez nunca se conocerá cabalmente: ¿Cómo interviene el ego, de quién toma la decisión y el deseo nunca suprimido, a pesar de saber que pasará por un proceso detractivo, de fama e inmortalidad? Un sucesor más brillante puede opacar la propia figura. En la administración, la frase hay que "mantener perfil bajo", alude a este hecho. Nunca se puede brillar más que el jefe.

[83] Castañeda (1999:341) atribuye a don Fernando Gutiérrez Barrios el sintetizar este afán adivinatorio: "El saliente juzga a los candidatos tratando de adivinar como serán cuando conquisten el poder. Pero solo el Presidente tiene el poder. El poder cambia a los hombres, y el triunfador está llamado a pasar de un poder raquítico o nulo al poder absoluto"

[84] Cosío Villegas (1973: 63) advierte "un verdadero peligro en el tapadismo, en síntesis podría llamarse el de la complicidad, que antes pareciera remoto [...] los intentos por [...] forzar la mano del Presidente (que ejemplifica con conflictos sociales, que generaron serias crisis, manejadas por un Secretario de Estado que aspiraba a la presidencia evidentemente se refiere a la represión de maestros y médicos de Díaz Ordaz, y al trágico 68 adjudicado a Luis Echeverría Álvarez) —y prosigue. el hecho de prestar servicios tan *eminentes* como ésos tienen que crear en un ministro la noción de que ha fincado un derecho a la sucesión, con el deber correlativo del presidente de reconocerlo [...] una obligación casi contractual, un *gentlemen´s agreement*".

[85] "Complicidad y filiación" las denomina Porfirio Muñoz Ledo (*apud* Castañeda 1999:349).

Como se trata de un misterio, es a partir de los efectos como se pueden conocer los elementos integrantes de un proceso de decisión, es decir, *a posteriori*. La quiromancia política durante el año anterior al destape, se dedica con denuedo a identificar los elementos que pesarán en la decisión, tomando en consideración las características de los precandidatos y del análisis de la personalidad del jefe máximo, que es quien toma, en última instancia, la decisión.[86]

Con el análisis de las coyunturas correspondientes a los presidentes con vida, Castañeda extrae patrones de conducta, reglas y variaciones que le permiten construir un modelo donde opone a las sucesiones por *elección*, de las por descarte.[87] Las primeras incluyen aquellas en las que el presidente prepara y forma a su sucesor. Ubica en esta categoría[88] a José López Portillo, a Carlos Salinas y Luis Donaldo Colosio. El descarte benefició a Luis Echeverría y a Miguel de la Madrid. Las características de la selección *elección-descarte* impactan sobre las relaciones posteriores entre el ex presidente y el que ejerce. Como uno de los factores que operan en la selección, sea por vía de elección o de descarte, Castañeda (1999:354) atribuye a Mario Moya Palencia, influido por Ortega y Gasset, el desarrollo de un esquema generacional de las sucesiones:

> Desde Cárdenas, la transmisión del poder presidencial en México ocurría dos generaciones de por medio, o en todo caso hacia una generación anterior, pero jamás pasando de una generación a otra más joven en un solo sexenio.

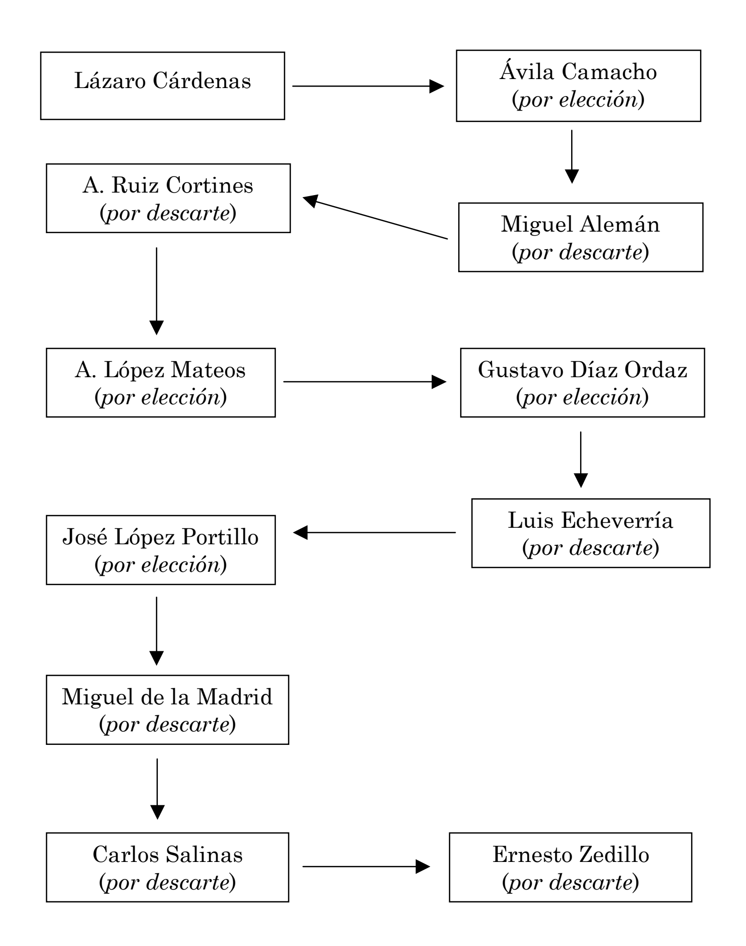
El modelo generacional de Moya, donde se alternan la sucesión entre coetáneos o generaciones sucesivas puede presentarse en forma gráfica con el siguiente esquema:

[86] Juan María Alponte (1988) adjudica a Muñoz Ledo haber previsto que De la Madrid no elegiría a un abogado.

[87] Castañeda (1999:323) reconoce que: "Como en cualquier taxonomía propia de las ciencias no exactas, ninguna de las sucesiones es pura: todas han sido en parte por eliminación, en parte por elección".

[88] Castañeda sólo analiza las sucesiones correspondientes a los presidentes por él entrevistados.

Esquema 1. Modelo generacional[89]



[89] Se construyó el esquema sobre la base del modelo propuesto por Moya Palencia, en la obra de Castañeda (1999). Al diseñar el esquema, pareciera emerger otra constante. Cuando la selección se realiza dentro de la generación del presidente predomina la elección. Cuando se produce el relevo generacional predomina el descarte.

La mayoría de los presidentes se comportaron como verdaderos oficiantes, ateniéndose a los códigos implícitos. Las reglas parecen operar con efectividad hasta su alteración, producto de la ignorancia y el desprecio por el ritual mostrado por Miguel de la Madrid, de fatales consecuencias sobre el Sistema Político Mexicano. El esquema generacional permitía la participación de los grupos y su relevo oportuno a edades convenientes. Su alteración provocó la eliminación de una generación completa. Como en todos los sistemas iniciáticos, con códigos hermenéuticos, los conocimientos se encuentran desigualmente distribuidos, sólo los iniciados manejan los conocimientos *discretos*.[90] Las reglas de sucesión, incluyendo las características del sucesor en cuanto a edad, estilo y orientación, se encuentran entre los *saberes* que se espera posea y respete el gobernante. En palabras de José Ramón López Portillo (*apud* Castañeda 1999:382):

> La complicidad entre los presidentes consiste en aceptar que las reglas del sistema y, por lo tanto, su reproducción, se van a garantizar, y el presidente siguiente no va a romper con esas reglas porque depende de ellas y tarde o temprano se va a encontrar con ellas.

Se trata, como diría Levi Strauss, de un *bricolaje*. El presidente condensa al momento de la decisión el mayor de los poderes.[91] Su poder, si bien es en parte arbitrario, debe ajustarse a un modelo que incluye *variables de edad*, como las consignadas en el modelo generacional de Moya Palencia; *de alternancia*, en tanto alguien que continué y profundicé su modelo, no ejercería el simulacro de la ruptura y la renovación de la esperanza; *de neutralidad* y *dependencia*, para que el candidato no tenga demasiada presencia propia, ni el apoyo de demasiados grupos, y mantenga una posición institucional y no de grupo.

El Presidente debe armar el rompecabezas con las piezas disponibles y en un orden más o menos determinado. Entre los

[90] Sobre los diferentes grados de conocimientos y saberes entre tipos de iniciados véase Brandao (1986).

[91] "El instante de mayor poder del presidente es también el de su ceguera máxima", sostiene Castañeda (1999:399).

motivos del descarte más frecuentes[92] se incluyen: *1*) vínculos estrechos con sectores excluidos por el mito de la Revolución Mexicana, con los más ricos de México y el *Chase Manhattan Bank* en el caso de Ortiz Mena y de Pedro Aspe; por llevarse bien con la oposición de izquierda como Emilio Martínez Manatou y Manuel Camacho; *2*) por asumir posiciones demasiado a la izquierda, Mújica y Augusto Gómez Villanueva; *3*) por ostentar demasiada fuerza, demasiado poder, Almazán, Moya Palencia y Jesús Silva Herzog, mientras a David Ibarra lo pierde su arrogancia y el intento de adelantarse; *4*) por edad, Alfonso Corona del Rosal, y *5*) por no pertenecer a "la familia feliz", Manuel Bartlett.

Entre los motivos de la elección predominan los relacionados con la *lealtad*[93] y la *deuda* de su carrera al presidente (Castañeda, 1999:470). Ambos motivos se relacionan con la necesidad del saliente de conservar su obra, pero sobre todo la de minimizar el daño a su persona, familia y allegados cuando llegue el momento inevitable de la ruptura y el consecuente proceso detractivo.

Para que el misterio de la sucesión opere es precisa la existencia de un cierto número de posibles candidatos. Desde dos años antes y a veces con anterioridad a esa fecha, los analistas políticos, la familia revolucionaria y los aspirantes a políticos comienzan a barajar nombres, de acuerdo con las características esperadas en un candidato, en cuanto a proximidad, posición o atributos. Pero también, quienes creen reunir las condiciones comienzan a sentir la presión:

> No puede caber duda de que dentro del gabinete de cada presidente hay siempre tres o cuatro Secretarios de Estado que aspiran a sucederlo. Para lograrlo, cada uno de ellos extrema sus atenciones y proclama su fidelidad con la esperanza de ser el vencedor final (Cosío Villegas, 1973:63).

[92] Mencionados por los presidentes y testigos en la entrevistas formuladas por Castañeda (1999).

[93] Según Castañeda (1999:472): "Únicamente una virtud personal cuenta: la lealtad [...] todos los enemigos del mandatario son propios; ninguna de sus amistades lo es".

En este lapso, algunos dejan de aparecer y otros nuevos se anexan a la lista de posibles. Pero ninguno será realmente un precandidato hasta que algún signo lo indique. Se le atribuye al propio Ruiz Cortines, sumamente afecto a los juegos, el haber pronunciado: "[…] en el dominó, como en la presidencia, no hay que hablar, es un juego de mudos. Las señas son recomendables si se hacen con discreción y elegancia" (Krauze, 1997b:210).

Algunos signos se dirigen directamente a los implicados y pueden llegar a situaciones de malignidad, otros se dirigen a los miembros de los grupos, para que los difundan y provoquen acercamientos al señalado. Echeverría indica a Fausto Zapata ponerse a las órdenes de López Portillo.[94] De esta manera envía un signo, casi inequívoco al interesado, establece un vínculo de complicidad y logra colocar bajo su protección al enviado. Aun así, el futuro presidente confiesa en sus memorias que "después de todo, no sabía si lo mismo les había ocurrido a otros compañeros coprecandidatos". Su desconfianza tenía motivos, entre ellos los mensajes equívocos, antes mencionados, de Adolfo Ruiz Cortines.

Otros mensajes tienen por depositarios a los medios que difunden las *listas,* que proporcionan las pistas a la población sobre quienes pueden ser considerados como posibles candidatos. Las más de las veces se trata de mensajes crípticos, ambiguos, pues no es una función explícita del presidente la definición de los candidatos y se debe simular la postulación por parte del partido. Luis Echeverría, en privado y antes de la postulación oficial, comunicó sus intenciones a José López Portillo, a nombre del partido.[95]

[94] "Se presentó muy confidencialmente a mi privado, Fausto Zapata, responsable de la información y Relaciones Públicas de la Presidencia, y me dijo, que por orden de Echeverría, venía a ponerse a las mías, para considerar los procesos de comunicación de la Secretaría. El mensaje parecía claro […] recibía el primer campanazo claro que me puso en alerta total" (López Portillo, 1988:398).

[95] En sus memorias, López Portillo (1988:399) consigna en boca del entonces presidente la siguiente frase: "Señor licenciado López Portillo, el Partido me ha encomendado preguntarle si aceptaría usted la responsabilidad de todo esto".

En algunos casos los mensajes pueden ser explícitos. En la sucesión De la Madrid-Salinas circuló un libro con las biografías de los precandidatos, los *Seis en Punto*, sin pie de imprenta, pero con el sello de la presidencia, que proporciona la posibilidad de la duda sobre si se trataba de mala fe del editor, intento de verosimilitud o simple reconocimiento de la autoría.[96] Para la sucesión de Salinas se incrementó el número de libros en torno a los precandidatos[97] que alimentó los afanes especulativos de toda la clase política con los datos biográficos, necesarios para intentar *prever* la decisión.

Otros gestos se dirigen al público, como las invitaciones frecuentes a las giras o la alteración de las normas de protocolo ubicando al indicado al lado del presidente. En este acto final entra en escena la esposa del presidente. Krauze consigna la pista falsa lanzada por la esposa de Ruiz Cortines, al llamar en público a la esposa de uno de los posibles la "futura primera dama", también novelada por Spota. La exhibición de la familia presidencial con la familia de un precandidato o de miembros de ambas, es uno de los signos considerado por los analistas como significativo.

Estas muestras de proximidad evidencian la existencia de fronteras, una situación liminar entre quienes están adentro y quienes afuera. No se trata de un límite claramente definido. De hecho, en un organigrama formal, todos los secretarios de Estado ocupan el mismo grado de proximidad con respecto al presidente, matizado por la importancia económica o política de la secretaría en cuestión. En el caso de la proximidad emocional o afectiva se trata de un límite menos formalizable, no por ello menos visible, delimita el segundo círculo, compuesto por quienes han sido definidos como *la familia*.

[96] Miguel de la Madrid, en la entrevista concedida a Castañeda (1999:167), recuerda el hecho: "[…] me acuerdo [de] que un periodista, Javier Lozada, había sacado un libro", como algo externo, sin su participación. El solo hecho de la mención implica un cierto reconocimiento de la autoría.

[97] *Siete por la Silla* de la Editorial Quehacer Político; *Sucesión pactada*; *La ingeniería política del salinismo*; *Camacho o Colosio* entre otros.

Una vez integrada la lista de precandidatos y aun antes, los posibles entran en período de observación. Cualquiera podría ser, parece el mensaje, depende de su actuación. Representa el tramo más duro, el *ser o no ser shakespeareano* puede entenderse como *aparecer o no aparecer*. José López Portillo (1988:384) reconoce que "desconcertaba a todos porque no me movía". La presencia debe ser suficiente pero no sobrada. Según Cosío Villegas (1973:59), la inmovilidad se inicia antes del momento de su aparición como posibles:

> Desde el mismo día en que reciben sus nombramientos, los secretarios de estado comienzan a taparse, a cerrarse, a ocultarse, a disimular y callar […] pero no totalmente, porque entonces serían olvidados, inclusive por el Presidente de la República, que es quien al final de juego, rasga el velo que cubre al Tapado. Este juego resulta endemoniadamente difícil, si bien su esencia consiste en hacerse presente pero de ninguna manera omnipresente. El personaje debe situarse en el fondo del escenario político, pero jamás al pie de las candilejas, y caer allí como ángel alado tan leve, tan suavemente, que incluso pueda dudarse de su presencia. No es, después de todo mera ilusión óptica. El juego consiste en musitar, en hablar entre dientes y a medias palabras.

A cualquiera que supiera que Luis Donaldo Colosio había sido locutor de radio y campeón de oratoria, seguramente le sorprendía su forma vacilante de hablar, una tendencia a la reiteración de palabras como si tartamudeara, como si reflexionara para sí, o en palabras de Cosío Villegas "como si musitara". No es que las ideas no fueran coherentes e inclusive brillantes, pero en su forma había algo que hacía dudar de su coherencia. Más sorprendente fue su mutación el día del destape. De un día para otro reapareció el orador elocuente, de voz firme, que seducía a las masas con su discurso, independientemente del contenido, por su forma de expresión verbal y gestual. No cabe duda que Colosio estaba finteando, disimulando, no mostraba las garras. Se atenía a los consejos del Arte de la Guerra, uno de sus libros favoritos. Se trataba de una inmovilidad a medias acompañada del arte de seducción, engaño y disimulo, ante la trascendencia de la mirada del *factotum*, que:

> Se torna en el objeto de todas las seducciones, de todas las ilusiones, de todas las actuaciones […] El aspirante a elegido —el seductor— sabe que no todas las trampas y trucos funcionan; Entre otros resbalones fatales figuran ser descubierto en una treta, exhibir en exceso las ansias de engañar, las ganas de ganar (Castañeda, 1999:399).

El juego consiste en esconder las intenciones pero también las propias ideas. Si el pensamiento y la orientación del aspirante difiere demasiado del ideario del Presidente puede resultar fatal. Conlleva el riesgo de la contradicción desmedida y de un enfrentamiento personal, mientras la palabra presidencial es incuestionada. En el extremo contrario, el exceso de complacencia puede hacer evidente el intento manipulador. Se trata de un juego de engaños mutuos:

> El mecanismo sucesorio obliga a engañar al gran elector, ya que la verdad es inaceptable para él; el elector a su vez, se ve forzado a engañar al elegido y a los elegibles: la verdad revelada antes de tiempo se vuelve mentira (Castañeda, 1999:408).

El juego de la simulación y el disimulo, diría Baudrillard (1983), en donde la verdad se convierte en la más peligrosa de las armas y el ocultamiento la más sutil de las artes. Pero sobre todo es importante evitar los compromisos. La falta de compromisos y aspiraciones viene desde lejos. Abelardo Rodríguez envía un detallado memorando a Calles en el que aboga por Cárdenas en estos términos:

> Considero que el General Cárdenas no tiene ambiciones personales, pues en reiteradas ocasiones me ha manifestado que no tiene aspiraciones de llegar a la presidencia de la República […] un elemento disciplinado no solamente dentro de la Revolución sino dentro de su organismo político que es el PNR" (*apud* Krauze, 1997b:430).

A Cárdenas le reconoce exclusivamente dos defectos: "[…] dejarse adular y escuchar chismes". Para Ortiz Mena el motivo de

la decisión de Adolfo Ruiz Cortines por Adolfo López Mateos, fue que "no tenía compromisos políticos, tenía un conocimiento del país muy vasto, era un hombre muy culto y simpático, carismático y que no se dedicó a hacer política personalista".[98] Por su parte, José López Portillo (1988:424) reconoce que:

> Por mis propias características y circunstancias, fui un candidato sui generis. Hacia afuera del partido, porque yo era candidato único; hacia adentro porque sin duda por mi forma de acceder, primero, a la política, a los cuarenta años, y con ascensos rápidos en muy diversas posiciones y, segundo, porque mi participación en la precampaña fue tardía y desde la considerada imposible expectativa de la Secretaría de Hacienda, no tuve ocasión ni de pertenecer ni de formar grupo o alianzas dentro del partido. Fui por ello un candidato libre de compromisos, lo que me ponía en una también posición sui generis en la selección de los candidatos del partido para diputados y senadores.[99]

La evitación es doble. Los grupos que controlan o dicen controlar adherentes y el voto de sus seguidores se acercan a uno o más de los precandidatos, evitando *poner todos los huevos en la misma canasta*. De fallar su selección se cerrarían las puertas por todo un sexenio, si *el bueno* resulta ser rencoroso y vengativo.[100] Algunos líderes y sus grupos se atreven a comprometerse, pero por lo general, el apoyo es ambiguo o a través de terceros, sin la presencia de la cabeza del grupo. Algunos arriesgados asumen compromisos, mientras de manera inversa sus segundos tienden puentes o coquetean con otros *pre*. Si se trata de un grupo muy disciplinado pueden sumarse en grupo. Experien-

[98] Entrevista con Ortiz Mena (*apud* Krauze, 1997b:214).

[99] Si se recuerda que una de las principales imprecaciones contra la administración *lopezportillista*, fue la de favoritismo y nepotismo, la independencia de compromisos, no garantiza los *outputs* esperados, al momento de la selección.

[100] Ejemplos de venganzas y exclusiones por haber apoyado al precandidato no favorecido, pululan en la historia reciente: la caída de García Barragán como gobernador de Jalisco por haber sido franco partidario del general Miguel Enríquez Guzmán, la venganza contra La Quina, consignada en otra parte del texto, entre otras.

cias audaces como la de *La Quina* que apoyó a un candidato fuera del partido, le valieron su posterior encarcelamiento. Por su parte, los precandidatos evitan demasiados contactos con grupos, para no dejar traslucir sus intenciones.

Algunos de los precandidatos saben, de entrada, que figurarán como relleno y pueden dedicarse a disfrutar el espectáculo humano del halago y la adulación. Agradecerán la distinción, de al menos, haber figurado, como en el caso de Ramón Aguirre, en la sucesión de De la Madrid, Lozoya en la de Salinas o el general Amaro en el pasado lejano.

Inamovilidad, manifestar y no manifestar, disimular el interés o simular desinterés es un mensaje para el Presidente, pero también para los otros precandidatos. Los propios precandidatos no quieren cancelar su vida política, en caso de no resultar *el bueno* y saben que una competencia muy abierta supone la muerte política posterior o al menos por un sexenio.

Tiene otro sentido, evitar hasta donde sea posible, los ataques y la descalificación anticipada. Si bien todo el sistema del tapadismo se orienta a evitar la confrontación violenta entre grupos, no implica la anulación de la competencia. Los golpes bajos existen, se atribuyen a los subordinados en un intento por exculpar a los jefes. "El ejercicio sucio, no corresponde a los prospectos, sino a sus coros", sostiene, magnánimamente, José López Portillo (1988:324).

La lucha puede ser sangrienta, puede recurrir a las armas más bajas, sobre todo a las de carácter íntimo o personal. La información descalificatoria circula en forma de rumores, nadie los avala, se filtra a la prensa y puede dañar en lo íntimo a los implicados. En otros casos se trata de zancadillas, como movilizar a grupos demandantes de atención por parte del área de competencia del otro precandidato, generar, estimular o financiar un conflicto, cuya resolución le competa. Esta arma suele ser difícil de manipular y peligrosa, pues de lograr el afectado resolver la situación favorablemente, en vez de perjudicarlo pueden subir notoriamente sus puntos y constituir el motivo fundamental de su selección.

Por lo tenebroso del asunto y su manejo totalmente clandestino no existen datos consignados por la historia (o al menos

no los encontré), su relato figura en las novelas y circula en la memoria colectiva. Las marchas de tabasqueños que reiteradamente *tomaron* el Zócalo a finales de la administración *salinista* en demanda de indemnización por los efectos contaminantes de la actividad petrolera, así como otras manifestaciones de demandantes de vivienda, ambas competencia de Sedesol eran, maliciosamente, atribuidas a Camacho, en su intento por descalificar a Colosio. Por el contrario, a éste le permitieron demostrar que también podía concertar con la oposición.[101]

La ambigüedad en el apoyo a los precandidatos propicia al momento del destape que *cargue la bufalada*, la confluencia de todos los grupos y sectores en apoyo y adhesión al elegido, sin traicionar compromisos previos. El coqueteo con todos o varios, permite a su vez reclamar derechos de antigüedad en la adhesión, *Estamos con usted desde el principio*, aunque el ahora candidato entienda: "Estuve con usted y con el otro".

Pocas versiones escritas lo confirman, pero se menciona la existencia de pruebas impuestas por los presidentes a los precandidatos. Al igual que en los mitos y en los cuentos populares, los héroes deben pasar por una serie de desafíos antes de poder cumplir con su papel. Adolfo López Mateos reconoce que se decidió por Gustavo Díaz Ordaz cuando le pidió que mantuviera en calma al país y cumplió a cabalidad: "En menos de 24 horas encerró a todos los líderes de izquierda. No se movió un alma. Entonces me dije: Éste es el Hombre".[102]

Echeverría decide hacer efectiva la práctica prevista en la Constitución de las comparecencias de los secretarios (López Portillo, 1988:395), establece un foro para que se presenten ante los espectadores, pero también para poder observarlos. En el contexto de las comparecencias corresponde al precandidato la especulación sobre cuáles son los signos que el presidente como observador, apuntará como positivos y cuáles como negativos para montar su espectáculo resaltando los indicadores a ser va-

[101] En la obra de Castañeda (1999:475) se admite este hecho: "Camacho o su colaborador Marcelo Ebrard, por ejemplo, organizaban manifestaciones ante la Secretaría a Cargo de Colosio".

[102] Entrevista con Juan Sánchez Navarro (Krauze, 1997b:291).

luados como positivos. El envío de un mensaje equivocado puede resultar fatal. José López Portillo asume haber cubierto otra prueba privada, negociar la negativa de Echeverría a portar *smoking* ante los responsables del complejísimo ceremonial imperial japonés.

Miguel de la Madrid, encargó a cada uno de los seis aspirantes la organización de un acto público en su ramo. En la prueba quedó descartado quién era mencionado como "el hermano que nunca tuvo". Alfredo del Mazo organizó la reunión de Guadalajara con tal fausto y dispendio de recursos que escandalizó al presidente partidario de la "renovación moral y la austeridad republicana". Del Mazo sin duda se equivocó en el gesto. De la Madrid también inauguró el estilo de *la pasarela*, al aplicar encuestas de opinión en torno a los candidatos después de las comparecencias. La opinión pública no fue decisoria en la selección, Salinas, elegido al poco tiempo como sucesor, ocupó un cuarto o quinto lugar.[103] Se trate de versiones reales o parte del imaginario colectivo, la alusión a la existencia de las pruebas míticas como parte del proceso que permite transformarse en héroe cultural y semidiós, al ser narradas y trasmitidas como un hecho real, se constituye en una metáfora estructural,[104] que orienta la conducta de los aspirantes y se preparan para salir airosos de las mismas.

El aspirante a presidente supone de antemano que habrá de someterse a pruebas y presiente la necesidad de demostrar competencia en campos ajenos a su quehacer profesional donde no ha tenido la oportunidad de demostrar sus capacidades. El temor de ante las pruebas se transforma en realidad ya sean impuestas por el presidente o autoimpuestas por los aspirantes en su afán de demostrar sus talentos. Las autogeneradas necesitan contemplar dos características difíciles de equilibrar: ser visibles para convertirse en un mensaje efectivo hacia quien

[103] Salinas, en su entrevista (*Apud*: Castañeda, 1999:435), evidentemente resentido por los resultados poco favorecedores de su imagen personal, formula una critica acérrima al sistema de pasarela por el "desgaste que implica".

[104] Para el concepto de metáfora estructural véase Sahlins (1988).

toma la decisión, pero lo suficientemente discretas como para no alertar a nadie y menos al presidente sobre las intenciones del precandidato; aparecerán como producto de la casualidad o de lo inesperado, otras serán mucho más visibles, siempre y cuando por su naturaleza puedan inscribirse dentro de las tareas del ramo. En todos los casos la regla implica evitar por todos los medios manifestar un protagonismo exacerbado. El aspecto álgido de la cuestión involucra el trato con grupos y sectores no frecuentados, un secretario de Hacienda que mantiene contacto con empresarios habrá de demostrar competencia en la vinculación con sectores populares, mientras los políticos acostumbrados a tratar con las masas deberán expresar comportamiento *en sociedad*, sin mostrar un afán protagónico, ni excesivo lucimiento.

En la medida que los hombres aprenden el arte de la política por imitación, los gestos innovadores en su momento, como el engaño a los aspirantes, las comparecencias o la publicación de las listas, se convierten al siguiente período en rito, una actitud necesaria, no fortuita, las pruebas ocupan un sitio en el ritual transexenal, en sus dos modalidades las impuestas y las autoimpuestas.

El tiempo sucesorio

La fecha del destape se suma a los elementos que refuerzan el misterio, se hacen apuestas, pronósticos dentro de un margen, "tiene que ser antes de" o inversamente "no será hasta". Sin embargo, los más concienzudos análisis pueden fallar ante la arbitrariedad del acto y el deseo de *sorpresa*. Como sugiere Bordieu (1987), el manejo de la demora se convierte en estrategia de manejo del tiempo para ganar ventajas, su manipulación permite reintroducir la incertidumbre. La arbitrariedad tiene un sentido, se orienta a evitar los albazos, que alguien se adelante, pero sobre todo, limita las posibilidades de consolidar una clientela o partidarios capaces de impugnar la selección. La demora complementa el mecanismo de la evitación.

Los presidentes no siempre logran decidir libremente la fecha del destape como desearían. Factores ajenos a su voluntad pue-

den alterar su anhelo de postergar el transe: "En la lógica sucesoria impera una comprensible tendencia innata a parar la marcha inmisericorde del tiempo, retrasando al máximo el principio del fin. Nunca se logra", apunta Castañeda (1999:405). Dicen que Luis Echeverría generó un clima que presionó su destape al tapizar las bardas de la ciudad con sus siglas. En otros casos se trata de eventos fuera del control del poder local como sucesos internacionales, entre los que se mencionan las elecciones del vecino del norte o convenciones internacionales como significativas. Entre los nacionales la necesidad de controlar el posible desborde de los grupos, movimientos en la economía o de los otros partidos puede establecer un clima tal que solo la anticipación de la decisión pueda aplacar. En sentido coincidente opera la necesidad simbólica de mantener el carácter misterioso y arbitrario de la fecha del destape, como manifestación del poder omnímodo del presidente que puede inclusive alterar sus propios pronunciamientos.

Aun cuando el partido fije fechas y el calendario electoral así lo indique, el día exacto permanece en la penumbra y logra sorprender a todos. La sorpresa no evita que en el transcurso de unas horas *la cargada o la bufalada,* se presente con contingentes movilizados de sitios lejanos, portando mantas, pancartas, gallardetes, toda la parafernalia electoral con el nombre del candidato como si supieran de antemano quién sería el elegido. Sin embargo no es así, el propio seleccionado desconoce su designación hasta pocas horas o días antes.

La manipulación del tiempo mantiene en constante alerta a la clase política, a los grupos y organizaciones. Durante el ínter de los tiempos supuestos, se mantendrá movilizadas a las huestes, organizada la logística de la movilización y de la producción de material impreso, para reaccionar de manera automática y figurar en la primera línea. La necesidad de figurar a la primera hora y en la primera línea puede generar *aceleres* involuntarios o maquiavélicamente manipulados, como el de Alfredo del Mazo, a quien le dijeron que el elegido era "SG", entendió Sergio García Ramírez, en vez de Salinas de Gortari y acudió presurosamente a felicitarlo. Versiones maliciosas interpretan el error en la comunicación como un ardid para *quemarlo* y alejarlo de la polí-

tica por un tiempo. La situación de alerta permanente constituye un freno a la conspiración.

La manipulación del tiempo no se limita a aspectos simbólicos como la fecha del destape, incluye también elementos concretos como el gasto público:

> Uno de los más elevados costos del mecanismo sucesorio mexicano ha residido en la proclividad a imponerle su propio ritmo al ciclo económico. La dinámica de gasto público, desbordado al final de un sexenio y de austeridad presupuestal al inicio del siguiente (Castañeda, 1999:397).

La ilusión de la prosperidad provocada por el incremento del gasto opera eficientemente sobre las conciencias, contrariamente la alteración de esta norma puede repercutir en debacles electorales como la de 1988.[105]

La falta de definición en cuanto a la fecha en que el partido proclama el candidato resalta el hecho del *destape* y la existencia del *dedo* que designa. Por un lado se disimula la designación presidencial simulando la postulación por el partido, por el otro se evidencia el *dedazo* mediante la ostentación de los signos de arbitrariedad.

El candidato, se dice a *soto voce*, se hace; su personalidad, sus características propias, sus preferencias, han de ser moldeadas, transformadas, en el transcurso de la campaña, rito de la liturgia política y la práctica de los *sacramentos* de manera tal que al momento de la protesta, emerja *el otro*. Al igual que en la jerarquía católica, el pontífice vicario, desposeído de su carácter humano, elevado a pastor, encuentra en esta renunciación su propia victoria. Algunos ex presidentes reconocen que esta transmutación se produce en el transcurso de la campaña.

Forma de rito iniciático, la campaña supone una situación de pase preparatoria al tránsito entre una vida común, profana y la asunción de un lugar, un papel fuera de lo común. Como

[105] Muchos analistas sobre todo del PRI, atribuyeron la debacle electoral a la recesión durante el sexenio de Miguel de la Madrid. Véase el capítulo VII.

presidente habrá de estar por arriba y excluido del resto de los gobernados. Un papel extraordinario donde no operan las normas, los hábitos y las conductas aprendidas en el transcurso de su vida. No importa cuánto ni cómo haya ejercido el poder en sus experiencias previas en la carrera política o administrativa. El salto a la presidencia no implica una evolución sino una mutación. De allí la necesidad de un ciclo de pasaje en el cual transmutarse y asumirse por encima de los mortales. Aprender a creerse Dios, según López Portillo (1988:422):

> Y en todos lados vi padres que me acercaban a sus hijos para que les pusiera encima una mano, como si fuera la sagrada figura del *tlatoani*. Y no pude negarme porque era como defraudar su fe. Aunque sabía que yo no era digno de ello. Y eso me siguió sucediendo todo el tiempo.

En la campaña recorrerá todo el país, de norte a sur, de este a oeste. "Simula denodadamente que va en busca de votos, pero en realidad busca convalidar simbólicamente la legitimidad del destape, hacer como si el voto popular fuera el que cuenta" (Krauze, 1997b:108). El recorrido se supone formativo, de aprendizaje, en cuanto a los problemas nacionales. En realidad no es así, poco se puede aprender recorriendo casi exclusivamente capitales o grandes ciudades siempre a la vera de la carretera. El sentido de la vista no sirve en este caso más que para percibir la variación del paisaje geográfico. Tampoco aprenderá de los contactos establecidos en el recorrido. Ciertamente, asistirán a los mítines y concentraciones grupos sociales variados, el candidato se entrevistará con líderes diversos, tendrá

> conversación con personalidades, desayunos con grupos políticos, asambleas, mítines, saludos de camino, pláticas a bordo con intereses representativos, discursos, más discursos, reuniones de programación, tránsito siempre ocupado en algo o con alguien […] En fin actividad constante, continua y renovada (López Portillo, 1988:417).

Pero la variedad de personas no se traducirá en variedad de opiniones, por eso los oídos tampoco le servirán. Los discursos,

los mensajes y las salutaciones, pasan antes de ser pronunciados ante él por una serie de filtros. Nada en una campaña es espontáneo y natural. Todo parte de una escenificación, un teatro de la realidad. Las organizaciones son convocadas por su probada lealtad. Los oradores propuestos por las organizaciones, por el partido, por las autoridades locales, seleccionados por el equipo de campaña o mediante la combinación de uno o más filtros. Los mensajes, antes de su lectura, deben pasar por la censura o adiciones de casi todos los niveles.

Los discursos son formulados por los equipos de campaña y de existir un audaz que se atreva a presentar uno de su propia autoría, deberá hacerlo por escrito para que *pase* todas las instancias correctoras antes de ser pronunciado. Las improvisaciones son en realidad memorizaciones de un texto *hecho*. En todos los casos, se incorporan como demandas las ofertas manifestadas por el candidato como parte de su ideario o producto de la política vigente en ese momento. En las *consultas populares* se pide exclusivamente lo posible. Se evita que alguien cometa el desatino de solicitar algo que no pueda ser concedido, suprimiendo la demanda y la situación embarazosa o la molestia del candidato. Para evitar el acto autoritario de la supresión opera con eficacia la auto-censura, y la disposición de los oradores a ser *revisados*. Los *legos*, por mas líderes que sean, pueden desconocer las nuevas ofertas y colarse la solicitud de un bien o servicio antes plausible y presumiblemente suprimido del nuevo ideario. Es allí donde opera la censura. Los oradores ante el candidato son interlocutores construidos, ventrilocuismo vano en vez de diálogo, solipsismo donde el candidato habla consigo mismo.

Eso sí, el candidato entrará en contacto físico con todos los tipos de protagonistas, desde los más encumbrados hasta los más miserables. Vivenciará la devoción, la esperanza, el deseo de ser vistos, reconocidos, percibirá en la demanda la omnipotencia que se le confiere como potestad y la hará suya como atributo.

Pero más que un aprendizaje y la hipotética búsqueda de votos, hasta hace un tiempo una mera simulación ante la aplanadora priísta conformada por el voto corporativo, el fraude y la inercia revolucionaria que identifica partido, gobierno y nación,

y donde el voto contra el PRI es un voto contra México, el recorrido por el territorio nacional supone una marcación territorial. Al igual que los recorridos de los héroes del mito fija en la memoria un espacio y construye un mapa cognitivo. Si bien todos los estados deben ser visitados, el orden y la frecuencia no resultan aleatorios, implican un mensaje, un discurso decodificable por los espectadores, se establece el orden de prioridades, la vocación del gobierno por iniciar.

El teatro de la campaña será organizado por el equipo o los equipos de campaña. El candidato compone un equipo con sus propios allegados, amigos y camaradas, con sus respectivos amigos y seguidores. Algunos de los amigos operan en la superficie, ocupan carteras en el partido o en la propia coordinación de la campaña, reciben un salario, cuentan con identificación. Otros lo harán en la sombra o al menos en la penumbra y serán financiados por donantes voluntarios con la pretensión de mantener a alguien cerca del candidato y tender un puente con él.

Otros colaborarán de manera voluntaria por el solo deseo de ser vistos, necesidad de sentir que aportan a la transformación de México o la expectativa de ser vistos y escuchados por el candidato —cosa bastante difícil— o ser útil a alguno de sus allegados, que pueda incorporarlo a la próxima administración. El *solo deseo* es un eufemismo: todos, hasta los amigos, están allí con una expectativa de futuro, para estar en *la grande*.

El equipo de los cercanos al candidato no será el único presente en el juego político. Desde el momento de la designación, el presidente compartirá con el futuro la potestad de *palomear*; el nombre indica la capacidad de ser *el supremo elector*. Las listas de candidatos a los puestos de representación popular, diputaciones, senadurías, gobernaciones y algunas presidencias municipales, las más importantes, así como los principales cargos del partido, requieren el visto bueno del presidente, facultad compartida, en el último año de su mandato, con el candidato. De esta manera, al momento de la campaña, tanto el presidente como el candidato contarán con personas de su entera confianza en posiciones claves.

El gesto contiene un doble mensaje, el saliente permite la designación de personas de la confianza del futuro presidente

garantizando el equilibrio de lealtades de la siguiente administración y evitando las cacerías políticas contra sus partidarios. Si el nuevo presidente se encontrase sin posiciones para cubrir se vería obligado a obtenerlas por la fuerza.[106] El presidente saliente realiza de esta manera sus últimos intentos por proteger a sus allegados y mantener canales de comunicación entre ambas administraciones. En la búsqueda de un equilibrio previo colocará a sus propios hombres en posiciones claves, desde dónde influir con ideas, acercarse al futuro presidente y garantizar su continuidad en la carrera de la política. A José López Portillo (1988:430), Echeverría le marcaba su consideración a tres colaboradores:

> Según la tradición, el partido cambió de cuadros, para hacer frente a la campaña. Y Reyes Heroles fue sustituido por Porfirio Muñoz Ledo, en la presidencia del Comité Ejecutivo. En la del Distrito Federal, Hugo Cervantes del Río y en la Secretaría General del Comité Central, Augusto Gómez Villanueva. Me marcaba así el Presidente Echeverría su consideración a tres colaboradores y amigos que habían sido, conmigo, coprecandidatos.[107]

Por último se encuentra el equipo del partido, toda una escala de puestos en el ámbito central, estatal, municipal y seccional que participan por su ubicación, estén o no relacionados con los grupos cercanos al presidente entrante o saliente:

> El PRI a partir de Alemán, si bien conservaba el diseño corporativo lo ponía al servicio de su maquinaria electoral. En los meses anteriores a la grande, recuerda Mena Brito, el PRI era el consentido. Tenía todo el apoyo en especie y a veces en efectivo del gobierno […] Pero al concluir el período de las elecciones, el PRI se convertía en una especie de mendigo del poder Público (Krauze, 1997b:119).

[106] La experiencia parte de las limpias inauguradas por Cárdenas contra los callistas, insertados en su gabinete y en la mayoría de las gobernaciones. Para evitar la dimisión de todo el gabinete y de 14 gobernadores, como sucedió en aquella situación, es que los presidentes salientes procuran buscar de antemano el preciado equilibrio.

[107] Para algunos analistas, lo que hace Echeverría es colocar tres posibles sustitutos.

Cierta es la posibilidad de realizar cambios en la estructura del partido, pero también es cierta la imposibilidad material para el candidato y sus amigos de cubrir todas las posiciones. Por eso un buen número de los cuadros que participa en una campaña emerge de la base partidista. Si alguno de esos militantes del partido tiene la fortuna de ser visto, oído o resultar útil, puede dar el brinco hacia uno de los equipos próximos del candidato. Es el caso de los llamados *jilgueros*, los maestros de ceremonias, encargados de azuzar a las bases antes del arribo de la comitiva, pronunciar la bienvenida y conducir el acto. Si en la realización de esta tarea, eminentemente formal, logran impactar, pueden iniciar una brillante carrera. Muchos así comenzaron.[108] La división del trabajo entre el equipo de campaña, el del PRI y sus respectivos cuadros en el ámbito local intenta "aprovechar al máximo la capacidad de convocatoria —del partido— que es extremadamente eficaz [...] los líderes locales cumplen una función política por su capacidad para convocar, reunir, dirigir" (López Portillo, 1988:416).

La distinción por tipo de participantes supone una separación de clases, reflejada en el *status* respectivo. Con frecuencia el equipo cercano, por la inmanencia de su proximidad, asume actitudes prepotentes con los organizadores locales. Éstos, sin embargo, conocen la importancia de su papel y saben que en cierto sentido resultan imprescindibles.

La seguridad del candidato quedará en manos del Estado Mayor Presidencial, un ejército dentro del ejército, cuyo nombre indica su lealtad al Presidente. En casi todos los ejércitos conocidos, el presidente es, por su investidura, comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas. En México también, adicionalmente el primer magistrado cuenta con ese cuerpo a su servicio. No constituye de un regimiento, como los guardias presidenciales de otros países, al cual se puede ser destinado en algún momento de la carrera militar, aquí conforma todo un estamento con normas internas.

[108] Tanto Adolfo López Mateos como Díaz Ordaz iniciaron su carrera en la política al destacar como oradores en campañas, lo mismo se dice de Fidel Herrera Beltrán.

El presidente en funciones asigna de su propia guardia, de su propio cuerpo, al responsable de la seguridad del candidato. Se trata de un acto evidentemente irregular. Los guardias no son servidores personales, lo son de una función, la presidencial y en un país democrático, con competencia electoral, los candidatos son exclusivamente candidatos, no presidentes en potencia Para que la totalidad de los contendientes contaran con protección —situación razonable— bastaría con un acto legislativo o administrativo y la protección obraría como derecho, como prestación de un servicio público.

La forma arbitraria del manejo de la guardia presidencial asignada al candidato contiene un doble mensaje. Se trata de una investidura previa, un traslado paulatino de la inmanencia. El candidato del PRI, que es a su vez el candidato del presidente, comienza a ser un poco presidente. El acto encierra otro mensaje, mucho más privado, con un solo destinatario, el propio candidato: *Estás bajo mi protección, pero también bajo mi control, eres mi prisionero*. Se trata de una prisión temporal, pues una vez en el poder llegará el momento inevitable de la ruptura.

El presidente, aun cediendo poco a poco los atributos del poder, continúa ejerciéndolo hasta el momento de la unción, cuando traspase la inmanencia. El candidato no puede adelantar tiempos, debe esperar y esperar, supone en gran medida la aceptación de su situación de dependencia ante el Primer Magistrado; depende de él para que lo cuiden pero también depende de sus ideas.

Las campañas del PRI se fundan en la entronización de la imagen del candidato, su rostro, sus atributos, sus palabras y su historial importan más que el programa. Se espera que los votantes *crean* en una persona superior al resto de los mortales. Para lograr la entronización y elevación del candidato por encima de los mortales, en la campaña al igual que en todo acto político, se mantiene un cuidadoso ritual que refuerza y reactualiza la distinción sagrado-profano. Los actos políticos repiten ortodoxamente sus elementos[109] simbólicos que definen un espacio

[109] Las alteraciones al ritual, producto de los afanes modernizadores, serán tratadas más adelante.

ceremonial. Para la organización de un acto de campaña se acondiciona un altar elevado, curiosamente llamado *templete* (diminutivo de templo); y sobre el templete el *presidium,* especie de ara donde los iniciados, los jerarcas se separan de los *acarreados*. El candidato y los oradores hablan desde un *podium*, y el proscenio, además de los símbolos o logotipos, lleva siempre la imagen o imágenes del candidato.

El templete, tanto en un espacio al aire libre o en un recinto cerrado, casi invariablemente se alza sobre la cabeza de los asistentes, es decir, a más de 1.80 metros. En los recintos cerrados como auditorios o teatros, donde existe un escenario, si no es lo suficientemente alto, se sobre eleva hasta alcanzar la altura deseada. Sobre el templete se ubica el *presidium*, compuesto de una estructura cubierta tras la cual se ubican las sillas a ocupar por los *invitados especiales*. Si los invitados superan el número de sillas posibles, se ubican en una segunda hilera posterior a la primera. De acuerdo con el rango de importancia, la segunda queda a la altura de la primera o se sobre eleva para señalar que su ubicación posterior no indica postergación. *Presidium*, término incorporado al lenguaje popular, forma parte del campo semántico de la palabra presidente e implica la jerarquía —presidir— y su ubicación por encima de los demás. El orden de ubicación en el *presidium* es indicativo del orden de la jerarquía. En la posición central se ubica el propio candidato, a sus lados, alternando entre izquierda y derecha, los personajes se colocan en orden descendiente de acuerdo con su importancia o proximidad. A la izquierda del *presidium* se alza el *podium*, una estructura vertical con acceso posterior después de subir uno o dos escalones, con suficiente altura para cubrir el cuerpo del orador y dejar al descubierto hombros, brazos y cabeza. Sobre el *podium,* un atril semicubierto para ubicar el texto a leer, en forma disimulada.

Adelante del *presidium* y sobre el templete los arreglos florales separan el espacio de la jerarquía y de la masa. Sobre las paredes del templete se coloca el logotipo del PRI con los colores de la bandera nacional. En posición central, por encima del *presidium*, sobre el telón de fondo, la foto monumental del candidato, imagen que también engalana las paredes laterales del recinto.

En caso de tratarse de espacios abiertos, tras el *presidium* se erige el proscenio, construcción lo suficientemente alta para separar el recinto, del fondo. En ausencia de las paredes laterales, las imágenes se instalan en postes de alumbrado o árboles de acuerdo con el escenario elegido.

La decoración se completa con las mantas de adhesión al candidato, aportadas por las diferentes organizaciones invitadas. En ellas el nombre y la imagen del candidato son evocados con la cita de alguna de sus *promesas de campaña*. La imagen aparece en los proscenios, en los recorridos se portan pancartas con el rostro del candidato, los postes ostentan gallardetes, las bardas expresan promesas o adhesiones glorificando el nombre del candidato. Como modernos escapularios los fieles llevan banderitas, gorras y baberos con su imagen. Para recibirlo, antes de ingresar al lugar del magno acto, se adorna el sitio de su tránsito con imágenes suyas y mantas ratificando el compromiso y la adhesión. Los objetos de la propaganda política se codician más allá de su valor real, por su valor simbólico y posteriormente se portan y se guardan como símbolo de identidad y testimonio de participación.

Esta cuidadosa estructuración formalizada del escenario, la parafernalia que enmarca el desarrollo de un acto político, supera el valor estético de conferir un marco lucidor. Se trata de una ordenación del espacio expresiva y significativa, que genera un mensaje recibido y entendido por los participantes:

> Los símbolos, por sí mismos, no son simples signos; son también medios de actuar directamente sobre esas realidades profundas, pero invisibles. Sus prácticas simbólicas son mucho más que puestas en escena, ya que poner en escena realidades invisibles es ponerlas a la vez al servicio del orden social […] es actuar y producir resultados que cotidianamente son verificables y quedan verificados en los múltiples signos visibles (Godelier, 1982:269).

La decoración delimita un espacio circunscrito, un espacio cerrado. De ubicarse al aire libre se cierra artificialmente con las fronteras demarcadas por el proscenio, en la parte frontal y de manera no tan definida por las imágenes y las mantas en los

espacios laterales. El recinto cerrado denota la separación, la exclusión de ese espacio con respecto al resto del territorio. El espacio de la adhesión, separado del cotidiano, permite y facilita la consecución de estados extáticos donde la identificación entre los asistentes y el candidato debe traducirse en fe y representarse en el voto, define un espacio festivo, sagrado.

Se diseña un espacio construido, donde las imágenes de forma y tamaño emiten un mensaje a la percepción sensorial de los participantes. Se manejan las categorías de alto-bajo, centro-periferia, grande-pequeño, que suponen una escala valorativa donde lo *alto, central y grande* se ubica como diferente, superior y distante en relación con sus contrarios. "Reproduce el orden hierático y jerárquico que distingue lo alto de lo bajo [...] en el que los seres humanos quedarán ubicados en dos clases: arriba, el clero; abajo los laicos. Esta sustracción del clérigo respecto al otro mundo, el de los laicos, está en el centro de la sacralización del poder" (Legendrè, 1997:144). En analogía con la estructura corporal, la cabeza implica el mando, el lugar de las decisiones. De manera similar los jefes, los dirigentes, los líderes se ubican en el *presidium* por encima de las cabezas de los demás o en sentido inverso las masas, los gobernados, se encuentran a sus pies.

Pero también entre *los de arriba* existen diferencias y éstas se simbolizan a través de la relación centro-periferia. El espacio central es ocupado por la figura a entronizar, mientras a sus lados se ubican los oficiantes, con una posición en la jerarquía, junto a los líderes que por la magnitud de sus representados merecen un espacio próximo al poder.

El tamaño también alude a la escala de la jerarquía, la imagen del candidato dominará sobre cualquier otra expresión visual, mientras el tamaño de las mantas de adhesión expresa la jerarquía entre los adherentes. Las organizaciones más fuertes y numerosas portarán las mantas mayores y serán ubicadas en los sitios privilegiados del recinto.

Los mensajes operan por asociación con esquemas relativamente simples, en que se vincula el centro, lo alto, lo grande, con el poder. Se inviste con los atributos del poder a quien se espera lo ejerza. Contrariamente, se refuerza la noción de desva-

lidez y necesidad de conducción de aquellos ubicados en lo bajo, periférico y pequeño. O como propone Aurore Monod (1994:265): "*C´est bien dans l´étude pragmatique des rituels que se confondent momentanément les usages du dire et du faire pour un discours commun efficace*".

Elemento adicional a considerar, el cierre de campaña se apropia de un espacio público. La concentración humana y los problemas de cupo no constituyen la razón suficiente para explicar la apropiación. Simboliza el tránsito de la figura del candidato hacia una esfera social general, mas allá de la esfera de incidencia partidista. El candidato se presenta como el futuro gobernante todos los mexicanos y no puede limitar su mensaje a los miembros de su partido. Debe hacerlo en un espacio social global, indicativo de la universalidad de su mandato.

Los discursos de campaña del candidato estarán, como los de cualquier otro político partidista, plagados de citas y referencias a la gestión del presidente en turno, componen una glosa del discurso presidencial. Los diagnósticos y las propuestas surgen como proyecciones de la política vigente y nunca como la nueva era que se avecina. El discurso discreto del candidato, que apela a los valores nacionales y revolucionarios, solo deja traslucir, intuir, elementos de cambio que provoquen la esperanza. Es todavía un discurso críptico, pues aún no es el tiempo de mostrar independencia y menos de provocar una ruptura con el Presidente en funciones, quien conserva los suficientes hilos de poder como para generar *problemas* a quien pretende sucederlo.[110] Además, el privilegio de la glosa, "como conquista de la palabra del texto" (Legendrè, 1997:100), de la interpretación de los mensajes de la Revolución, sólo compete al ungido. El candidato en su posición de tránsito, de pasaje, carece de la potestad para modificar el texto.

Ante el riesgo de irritar a quien aun ostenta el poder, ningún cambio de fondo es anunciado durante la campaña. La autoli-

[110] El fantasma de la posible sustitución del candidato se encuentra presente en el imaginario, al menos en forma de rumores. Echeverría reconoce que por saltarse las trancas, al incorporar a su campaña a personas no gratas al presidente, se desataron rumores de sustitución (véase Castañeda, 1999:64 y 65).

mitación discursiva se antepone a la necesidad de la ilusión del cambio que requiere hacerse presente para que el rito de tránsito opere con efectividad.[111] Ambos lo saben, de allí que para evitar una ruptura anticipada, al anunciar cambios en la política o en la economía, los candidatos recurran a cambios de estilo. El *estilo* se relaciona con la personalidad y si bien puede tener consecuencias en la política, no necesariamente implica un cambio de política. El estilo tiene que ver con la forma de vestirse. La *guayabera* de Echeverría; las *chamarras* de piel de José López Portillo, menos famosas que los atuendos indios que aceptaba; la elegancia de Adolfo López Mateos, fueron formas que sentaron moda. El candidato, posteriormente el presidente, se convierte en el *Petronius Arbiter* de la moda. Sus colaboradores la asumirán y se distinguirán de otros grupos generacionales o de poder, por la nueva forma de vestirse. Quienes carecen de contacto previo con el candidato aprenderán de sus imitadores y al poco tiempo, todos o casi todos adoptarán el nuevo atuendo. Se trata de un signo de identidad, una forma de presentarse ante los demás, resaltando su pertenencia a la nueva generación. Ningún político podía prescindir de una o más guayaberas en la época de Echeverría, chamarras en la de López Portillo, o la posibilidad de prescindir de ella y andar en mangas de camisa en la de Salinas de Gortari.

El reír o no reír así como las bromas que aceptan o proponen, van tejiendo un estilo de expresarse y hablar. El estilo perfilado en la campaña habrá de ser la base sobre la que con posterioridad a la unción, se delinee lo que Cosío Villegas adjetivara como: *El estilo personal de gobernar*.

El momento del cierre, con su escenario grandilocuente, con su carga energética y motivante de una actitud extática, guarda como lógica implícita sentar la marca del tránsito, el cierre de un ciclo y el inicio de uno nuevo; supone un espacio que denota y señala la detención del tiempo. A partir de ese momento la autoridad a sustituir por *el candidato*, queda prácticamente privada de poder.

[111] "Porque lo imaginario forma parte de lo real y es socialmente tan real como los restantes elementos de la vida social" (Godelier, 1982:270).

Construcción social contextualizada que recurre a códigos preexistentes, aplicados a una práctica concreta del ritual político, el cierre de campaña maneja un andamiaje simbólico que expresa un mensaje al margen de las palabras. En este sentido se convierte en un lenguaje en el que hablante y oyente disponen más o menos del mismo fichero de representaciones prefabricadas, como propone Jakobson, para el lenguaje hablado.

Un espacio estructurado, corresponde a un tiempo estructurado y el acto de cierre de campaña se inscribe en un calendario ritual del cual es parte.[112] El espacio del cierre es un proceso culminante. Como su nombre lo indica supone un cierre, pero al mismo tiempo implica un proceso reversible pues es la marca de un ciclo que se renueva. Se trata de estados espaciales sucesivos, procesos en parte finales y al mismo tiempo de renovación y reiteración. Entendiendo el tiempo como un sistema de coordinación de estados espaciales sucesivos de movimientos, o como propone Gurvitch (1964:18): "*As convergent and divergent movements which persist in a discontinuous succession and change in a continuity of heterogeneous moments*", habrá que entender que el acto de cierre de campaña, con su construcción artificial del espacio, también cumple una función en la marcación del tiempo, pues:

> Así como hay un oficio divino con rezos, salmos y cantos marca las horas canónigas, hay también un oficio mexicano que acota el tiempo nacional de acuerdo con los cánones oficiales establecidos (Bartra, 1993:32).

Formalmente, desde el cierre de la campaña hasta el cambio de autoridades, transcurrirán por lo menos cinco meses. Las cam-

[112] En política hay dos tiempos diferenciados, el común y el tiempo *político* que se repite cíclicamente. El ciclo comprende: la postulación a los cargos de elección; la organización de la campaña, de enorme similitud con las fiestas religiosas; las elecciones; la repartición de puestos por designación y la toma de protesta, acto de unción y al mismo tiempo rito de pasaje, donde él hasta entonces candidato, modifica substancialmente su papel social, y una vez en el poder, la reiteración anual de los informes de gobierno.

pañas se cierran dos semanas antes de la elección, le sucede el día de la votación, posteriormente el conteo, luego las calificaciones y aun después de entregado el reconocimiento como candidato electo, faltará un tiempo antes de la transmisión del poder. En este lapso el Presidente queda aislado. Los grupos, las personas que participan en política, inclusive sus propios colaboradores, comienzan a merodear los espacios del electo, a tratar de hacerse ver, preparar la transición y su posición en la misma. El saliente se queda solo, en el ostracismo en segundo plano, ya no puede tomar las decisiones que competen al futuro. Para la autoridad saliente el espacio se halla detenido, mientras que para la entrante comienza a moverse. Se trata de un movimiento fetal, en potencia. Se le acercan grupos, personas, le presentan ideas, le solicitan, demandan; el elegido puede proyectar programas, acciones, pero no decidir.

Sucesión, secuencia de un tiempo que sucede a otro, pero en el ínter se establece un plazo de simultaneidad, de transición, en que se opacan los poderes y las acciones del anterior mientras se van iluminando las del sucesor.

La unción

El rito de pasaje concluye con el acto de toma de posesión, verdadera transmutación de crisálida en mariposa. Después del paso de las pruebas que permiten al aspirante convertirse en héroe y contender en la justa —en gran parte ficticia— por la presidencia, después de realizar un periplo por el territorio nacional que fija los mojones territoriales del mapa conceptual asociado con el mito y la historia, el héroe se convierte en semidiós. Es investido con los atributos del poder.

En adelante, al igual que en la figura romana de esclavo-vicario, *el ungido* obtiene las funciones de administrador. El presidente en México, representante de lo divino ante los humanos, queda facultado para conducir la Revolución hacia el logro de sus *nobles postulados*. Ungido por unos —su antecesor, en nombre del *Partido*— para administrar en la esfera de los otros —el gobierno— se entiende que poder, gobierno y partido recaen

en una sola persona.[113] En este proceso adquiere su dimensión fundamental la figura del primer magistrado, pontífice máximo de la hierofanía. Como representante de lo sagrado, de la Revolución recibe su inmanencia y se convierte, igualmente en incuestionado, respetado, sacralizado. Al momento de la unción se produce la transmutación aflora *un otro* en la persona. Se atribuye a López Mateos la siguiente reflexión:

> Durante el primer año la gente te trata como Dios y la rechazas con desprecio: en el segundo te tratan como Dios y no les haces caso: en el tercero te tratan como Dios y lo toleras con incredulidad, en el cuarto te tratan como Dios y comienzas a tomarlo en serio: en el quinto te tratan como Dios y no sólo lo crees: lo eres (*apud* Krauze, 1997b:272).

El manejo del humor testimonia la transmutación. El hombre figurará como personaje de múltiples chistes producto de la imaginería colectiva en el período entre su postulación y la asunción, cesarán cuando se convierta en dios para reiterarse con posterioridad a su muerte simbólica, después de la entrega del poder. Durante seis años el presidente será tratado como Dios, ejercerá un poder supremo, sufrirá la soledad del palacio, será el Hierofante.

La ruptura con el anterior

"Después viene fatalmente, un rompimiento entre el presidente en turno y el ex presidente, lo que concurre a la estabilización del sistema", sostiene López Portillo (1988:406). La palabra fatalidad se asocia con el drama, pero también con el mito y sobre todo con la dramatización del mito reiterado. Quien se va en el fondo lo sabe, serán inútiles todos los exorcismos, todos los obstáculos, todos los candados. De nada vale haber elegido al hijo,

[113] Para Gilly (1988:3) se trata de "Un régimen extraconstitucional de partido de estado, es decir, un régimen político que no acepta la separación entre partido y poder".

al hermano, al compadre del alma. El parricidio, el fratricidio será inevitable, al margen de la voluntad de ambos actores y aunque ninguno lo desee. Sólo "a partir de entonces el presidente de la República sería de facto, ya no sólo de jure, el patriarca sexenal" (González, 1981:44).

El ritual lo inauguró Cárdenas cuando a pesar de sus gestos conciliatorios, como el nombramiento de un "ministerio callista, de individuos con, *antecedentes revolucionarios* y con ferocidad anticatólica" (González, 1981:10), se enfrentó a un clima de agitación y violencia orientado a debilitar su mandato. Para contrarrestar el ataque y afianzar su autoridad solicitó la renuncia del gabinete en pleno. Calles primero optó y luego fue conminado a salir del país.

> Cárdenas había depuesto para siempre el poder tras la silla. Lo había hecho, además, no a la manera sonorense —por y con sus pistolas—, sino a la suave manera michoacana: nada contra la vida, algo, esos sí contra la libertad de residencia, que es un poco distinto (Krauze, 1997b: 441).

Pero independientemente de la cuestión de maneras, Cárdenas había instituido un ritual. Un doble ritual, el del presidente entrante que sacrifica ritualmente a su predecesor en el momento en que a través del discurso deja entrever que no continuará con su política,[114] y lo reafirma mediante la destitución o el encarcelamiento de alguno de los favoritos del presidente saliente como sacrificio sustituto, y el de las masas que en un acto de canibalismo verbal comienzan a hacer escarnio del ex presidente.

Se trata de un acto necesario, implica la renovación de la esperanza, la esperanza del cambio. "La sabiduría del sistema reposó cada seis años en su capacidad de renovar las esperan-

[114] Ávila Camacho decreta el parcelamiento de los ejidos a diez días de su toma de protesta (Loyo 1983:64), Echeverría, rompe con su predecesor durante la campaña ¯y se adelanta¯ cuando pide un minuto de silencio por los muertos en Tlaltelolco; Miguel de la Madrid al postular la renovación moral; Carlos Salinas, dice habérselo propuesto a Colosio (Castañeda, 1999).

zas con el señuelo del cambio" (Garrido 1988:5). Todos los presidentes, de manera independiente a lo acertado de su conducción, acumulan en los seis años de ejercicio, descrédito y rencores. La transformación, el cambio, se presenta entonces como necesaria. Por otra parte, al emerger el nuevo presidente de la administración anterior, requiere desembarazarse del pecado de complicidad:

> Echeverría fue cómplice de Tlaltelolco con el presidente Díaz Ordaz pero marcó su desprendimiento con bastante precisión. López Portillo fue cómplice del presidente Echeverría en el principio de la crisis económica pero se alejó durante la campaña. De la Madrid fue cómplice del presidente López Portillo en el colapso financiero de 1981-1982 pero agarró su propio camino. Salinas fue cómplice del presidente de la Madrid en la austeridad tecnocrática pero su discurso político lo separó casi al final de la campaña (Ramírez, 1994:43).

Al matar a su jefe, a su amigo, al cumplir con el parricidio, el nuevo hierofante se desprende del poder, de la autoridad del antecesor y de su propio pasado. Él mismo sufre una muerte simbólica que le permite renacer como un nuevo ser, ya no humano sino divino; como los monarcas *fijianos*, descritos por Dumézil, que sufren una muerte simbólica para renacer como dioses locales.[115] El sacrificio ritual, *fatalmente,* como lo proclama José López Portillo, implica también la muerte como humano de quien ejecuta el sacrificio. Ya no se trata del amigo, el hermano o el hijo, sino de un dios despótico y cruel que puede abstenerse de las normas fijadas al resto de los mortales. "Lo divino, al que sólo se puede acceder a través de lo prohibido, se afirma únicamente en la ambivalencia y se explicita exclusivamente en la trasgresión" (Augé, 1982:175). El sacrificio ritual resulta efecti-

[115] Dumézil, señala que "cuando el gobernante bebe la ofrenda sagrada, se encuentra en el estado de intoxicación que los *fijianos* llaman *mateni* o *muerto por la Kava*; Recobrarse de ese estado es explícitamente vivir. El dios revive inmediatamente, vuelve a la vida, en un estado transformado" (*apud S*ahlins, 1988:99).

vo para desincentivar los conatos de violencia, presentes prácticamente en todos los tránsitos sexenales.[116]

Las víctimas sustitutas, sobre las que se aplica un mayor grado de violencia, además de tener como características su proximidad con el pasado, son también parte de la familia. "Judas tuvo valor para los enemigos de Jesús, porque era discípulo del maestro", argumenta Graco Ramírez (1989) para explicar la muerte de José Francisco Ruiz Massieu por su cercanía al clan Salinas, "por su ambición e inteligencia era el factor clave para que se tejiera el rompimiento ritual entre el presente, que ya era pasado y el futuro que ya era presente".[117] Otros favoritos, *hermanos* no carnales de los presidentes, sufrieron la ley de hierro: *encierro, destierro, o entierro*. A Garrido Canabal le tocó destierro, a Félix Barra, Díaz Serrano y Durazo, el encierro.

El ritual opera con efectividad. Si el cambio de estilo estimula la esperanza, la ruptura con el anterior manifiesta el inicio de una nueva época. La forma de la alternancia, sin necesidad de un cambio de partido. La democracia a la mexicana, capaz de cambiar sin necesidad de cambiar del todo. En cada mandato se produce una destrucción y resurrección que garantiza la pervivencia del orden.

El misterio de la sucesión

El secreto, en realidad conocido por todos, del misterio de la sucesión es haber instituido un ritual, "el método que acarrea el mito implica un ceremonial en estrecha relación con los fines fundamentales de la cultura, con su modulación particular de los sig-

[116] "En los dos dramáticos fines de los sexenios de Luis Echeverría y José López Portillo, signados por el claro enfrentamiento entre el sistema y la iniciativa privada, no eran escasos los rumores de violencia que habrían podido impedir la transmisión pacífica del poder" (Del Buen, 1988:19). De las transiciones anteriores, sólo el ascenso de Alemán aparentemente no reflejó conflictos que amenazaran con desatar la violencia.

[117] Utilizo la cita sólo por su alusión al parentesco como elemento explicativo. La interpretación del autor me parece incorrecta, propongo la noción de cisma. Véase el capítulo VII.

nos, con su idea sobre el origen del poder" (Legendrè, 1997:98). Las personas orientan su conducta en función de rituales, mas que por ideologías políticas. Son las prácticas rituales y simbólicas, sistemas culturales de configuración que permiten clasificar, entender y ordenar al mundo. Los sistemas culturales o el orden cultural, al sentar las bases de la conducta humana la ordenan, controlan a los grupos, regulan sus movimientos en el tiempo y el espacio. Los grupos utilizan para relacionarse el lenguaje de los ritos y los símbolos, con su doble dimensión morfológica y funcional, y desde la perspectiva morfológica la acción simbólica puede significar algo distinto de cuanto manifiesta en forma directa (Giménez, 1978:153).

En este sentido, la eficacia de cualquier sistema de control y dominación radica en la implantación de un ritual exhaustivo, más que en las creencias compartidas. Coincido en este aspecto con Castoriadis (s/f:10) en cuanto a que el ritual "no es un asunto racional", pues si bien afecta la esfera cognitiva de la gente, no necesariamente lo hace de manera consciente. El rito trabaja para el orden, según Balandier (1989:15):

> […] tiene su lógica propia determinada por su finalidad y la exigencia de ser eficaz […] se inscribe en el interior de un sistema que contribuye a la integración individual en una sociedad y en una cultura (iniciación), a la gestión correspondiente de lo sagrado (culto), a la manifestación del poder (ceremonial político) o a todo otro fin social. El rito penetra en el *bosque de los símbolos*.

El ritual, como ordenador de las prácticas, incide sobre las nociones de tiempo y espacio y su asociación con lo sagrado en la práctica de la fe política. El tiempo del ritual maneja la lógica de la expectativa y de la realización de los fines. Estructura todo un orden de la participación personal y de la ubicación de cada uno de los actores en su papel.

III. EL HIEROFANTE: JEFE MÁXIMO DE LA REVOLUCIÓN

Creer es crear. De la misma forma que creer en es crear poder y no creer en es ahuyentar la creencia en ese mismo poder o, si se quiere, no crear poder (José Antonio Nieto, 1993:5).

CON POSTERIORIDAD a la unción, el presidente asume los atributos del poder, aquellos que otorgan dignidad. Para que opere la sublimación se requiere la identificación del *hombre* con lo sagrado, un proceso de transmutación que culmina en una "sustitución de la identidad".[118] El cambio en la persona, aquel que lo vuelve deseable o amable, deviene de su mimesis. El hierofante habla en nombre de otro, en nombre de la Revolución. De esta manera el presidente asume su doble identidad, la de hombre falible y la de sagrado, texto vivo de la Revolución y líder máximo de las instituciones. La figura presidencial al recibir la inmanencia de la Revolución se convierte en igualmente incuestionada, respetada, sacralizada:

> La sacralización del orden mantiene cerca la cristología tradicional, es decir la Teología del jefe (que se apoderó del discurso político) que figura allí para despojar a los humanos en beneficio del Poder intocable al que es ofrecido el deseo (Legendrè, 1979:30).

[118] Augé (1982: 172) propone que existe una "Línea divisoria entre iniciación y posesión. La posesión es propia de la iniciativa de los dioses [...] y culmina en verdaderas sustituciones de la identidad".

Si en el caso de la figura romana de esclavo-vicario, donde el *ungido* habla en nombre de Dios, opera una posesión[119], En el caso del presidente se produce una transmutación, pues muere y vuelve a nacer. El iluminado participa de lo sagrado, es un Dios vivo en sus características de "omnisapiencia y omnipresencia" (Bartra, 1993:34). Obviamente, refiero al plano de los esquemas imaginarios, el plano de las representaciones simbólicas que operan en el inconsciente colectivo y de manera eficiente en la conducta real de las personas, las ideas expresadas a través de alusiones, de bromas, no aquellas que se plasman en documentos jurídicos, o en general escritos, son las ideas silenciadas en el plano racional del *deber ser*, pero que operan en el del *ser*.

La posibilidad de personificar lo sagrado sigue vigente en el imaginario colectivo mexicano. En ocasión de la segunda visita del Papa, un buen número de personas, despechando las alambicadas explicaciones teológicas que intentan diferenciar la parte humana de la divina, consideraban, que verían a un Santo viviente[120], con capacidad para hacer milagros. Se pueden incorporar a este campo de representaciones las creencias en curanderos, c*hamanes* y otras formas de manipulación de lo sobrenatural como producto de la encarnación de lo sagrado. En un nivel menos *popular*[121] y con visos de cientificidad, vale la pena recordar el buen número de revolucionarios que adhirieron y practica-

[119] El Papa, dice Legendrè (1997:70), "se muestra allí en el lugar de un otro; esta allí auténticamente enunciado para representar al Ausente".

[120] El proyecto de investigación realizado por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en ocasión de la recepción papal, aplicó una encuesta en la que el 25% consideraba al Papa un hombre sagrado, un 20% como un enviado de Dios, 20% consideraba se trataba de un santo y otro 8% le atribuía la capacidad de realizar milagros. Se debe tener en cuenta, que se trata de respuestas públicas y mediadas por el conocimiento, por lo que como representación no verbalizada el fenómeno puede ser aún más extenso (Masferrer, 1993).

[121] Si bien las practicas adivinatorias, las limpias, las *sanacione*s son consideradas, como populares, el público que recurre a ellas, no necesariamente pertenece al *sector popular*, por el contrario, muchas veces se trata de sectores ilustrados y con poder económico. Solo que estos, frecuentemente lo silencian u ocultan.

ron el espiritualismo, doctrina que asume y propicia la posesión y la transmutación.[122]

El presidente, una vez ungido, poseído por la Revolución, representa una dimensión sagrada entre cuyos atributos se encuentra: la *omnisapiencia*. Su palabra es por tanto infalible. Nadie se atreverá a cuestionar ni siquiera una opinión del que detenta el poder, transformada en el lenguaje político en una instrucción presidencial, pues "enuncia la palabra recibida desde lo alto y la traduce en regla" (Legendrè, 1997:119). La palabra presidencial adquiere una dimensión mágica, abre puertas pero también anula opiniones. Al presidente se le otorga el don de la *omnipotencia* y en un acto de fe y esperanza, se espera de él la posibilidad de transformar y resolverlo todo, de allí la renovación de la fe en cada transito sexenal, a pesar de los fracasos anteriores. Su calidad sagrada le permite la *omnipresencia*, estar en todas partes. Su imagen presidiendo todos los actos del ritual político sacraliza el espacio de oficinas, instituciones, obras o sitios públicos. Su nombre se invoca para otorgar veracidad, legalidad, crédito y significado al discurso de los otros. Entre las reglas no escritas de la oratoria, la *cita presidencial* garantiza su representación en la figura de cualquier otro miembro de la jerarquía portador de la palabra y la inmanencia del ausente.

Al momento de la unción, el candidato pierde su identidad para mimetizarse con la imagen del presidente. La imagen del presidente es un *constructo* a partir de la imitación de gestos y actos de los diferentes presidentes. Cada Presidente, en el ejercicio de la primera magistratura, manifestó rasgos distintivos, personales y gestos que se suman a la imagen como capas superpuestas, con su parte adherida al modelo (los actos y gestos, cuya reiteración se espera) y su parte dinámica, etérea que puede permanecer o diluirse. Manuel Ávila Camacho impregnó de solemnidad a los actos protocolarios, según Loyo, esa parte quedo, se adhirió. Su gusto por el turf y los caballos fue retomado por

[122] No se trataba precisamente, de aquellos revolucionarios vinculados a la herencia indígena, sino de Madero, el primer presidente educado en el extranjero, Calles, Treviño, Miguel Alemán, entre otros pertenecientes al sector supraordinante.

Miguel Alemán y luego se diluye, no constituyó un atributo, sólo un detalle.

El nuevo presidente, como en los sueños, es un personaje con varias identidades. Representa la suma de las identidades de sus antecesores, toma prestado el valor mas alto de lo anterior, el valor de la autoridad del pasado, de allí su mimesis. Al mismo tiempo, como personificación de lo sagrado, debe asumir una dimensión demiúrgica, ser un dios creador, un *demos* de sí mismo y de la realidad. "El poder desenmascara, libera y transforma, mas lo hace a partir del material existente, del código genético de una clase política marcada por decenios completos de inercia sistémica" (Castañeda, 1999:325).

El presidente es en parte un icono, una imagen representando a otra, el poder presidencial; pero también es un *demos* que genera signos y estos signos se convierten en índice. Son estos signos los que permiten a los observadores entender la realidad o el suceso, el momento, aunque sea por contradicción. Si el presidente enuncia la no devaluación del peso, se interpreta su inminencia, de manera similar, declaraciones en torno a la postergación del destape, presuponen que habrá de adelantarse. Los índices implican relaciones de causalidad y se emiten como signos a ser interpretados. Pueden ser ambiguos y contradictorios, pero no carecen de sentido, denotan y remarcan la arbitrariedad del poder creador.

El ejercicio del poder presidencial incluye la capacidad de trasmutar arbitrariamente cualquiera de los sistemas clasificatorios, supuestamente basadas en las relaciones funcionales y de asociación derivadas de las propiedades concretas de las cosas o personas, que operan en la vida cotidiana, por nuevas reglas de juego. El poder se ejerce y parte del ejercicio del poder es la arbitrariedad modificadora de las propiedades *apropiadas*, para introducir otras. Esta facultad opera como necesidad. El presidente debe engañar, mantener el misterio por eso muchos de los indicadores, de los signos deben ser falsos o ambiguos. Colaboran a sustentar el misterio de la sucesión, a mantener las expectativas simultaneas, a evitar el conflicto entre grupos y a recrear la realidad en cada tránsito sexenal.

Como supremo se le atribuye el poder de juzgar, castigar y perdonar; ratificar, rectificar o derogar leyes; crear, modificar o desaparecer instituciones. Durante su mandato podrá revisar el panteón de héroes, sacralizando o desacralizando personajes a su libre albedrío. De la misma forma como el Papa elige un santo para transformar su nombre, el Presidente escoge entre los héroes aquel que habrá de constituir su referencia durante el mandato y a quien, en el imaginario, reencarna.

Manifestación de sus atributos y condición necesaria para mantener el reconocimiento y respeto a su dignidad, el presidente es, al mismo tiempo, distante, desconocido y próximo, de acuerdo con las circunstancias del desempeño. El presidente, erigido en imagen asume un tomo hierático en la función pública, como depositario de tantos atributos, se muestra ante sus gobernados tolerante y condescendiente, pero también autoritario y despótico cuando se pone en duda su poder. Sobre todo, el presidente debe ser concesivo. A él compete, en grado sumo, el privilegio del Don. Hasta el más mínimo beneficio ciudadano se otorga en su nombre y en las *estelas* que acompañan cada obra queda inscripto su nombre.

Los atributos: omnisapiencia, omnipresencia, omnipotencia

Como iluminado porta el saber sagrado de la Revolución, mantiene contacto con los héroes fundadores, los antepasados liberales, con los revolucionarios, como lo hacía Madero, como lo hizo Calles, ambos espiritistas. Pero el presidente en funciones no requiere de la práctica del espiritismo, la unción le confiere el contacto con lo sagrado, su palabra adquiera el valor de dogma. Cuando el Presidente habla es la Revolución la que se expresa por su intermedio. La atribución presidencial confiere la facultad de la clarividencia para interpretar las necesidades de la nación y re orientar su rumbo. Su palabra no puede ser cuestionada, ni apelada, por eso, cualquier cuestionamiento será interpretado como rebeldía y consecuentemente satanizado. Al respecto, resulta elocuente lo sucedido cuando, con moti-

vo de un conflicto con los médicos, Díaz Ordaz, emitió un decreto y los líderes del movimiento propusieron una "interpretación del decreto presidencial". La airada reacción presidencial dejó en evidencia que los presidentes no admiten presiones, ni *contraposiciones*: Como el Papa, deben ser y parecer infalibles. A la palabra presidencial se le concede carácter de verdad, por eso no puede ser cuestionada ni interpretada. Cuando el oráculo habla sentencia, no dialoga. La atribución de la infalibilidad muestra,

> tras el arreglo del pontífice omnisciente, una cierta idea de determinismo, el esquema predeterminado de un circuito y del encadenamiento de las causas, puesto que este oráculo dispone del poder supremo de distinguir [...] lo bueno-verdadero-necesario a lo malo-falso contingente (Legendrè, 1979:82).

Tal determinismo, pareciera orientar la omnisapiencia presidencial y su capacidad para variar *sexenalmente* el rumbo de la nación, redefinir a amigos y enemigos, errores y aciertos e impide el cuestionamiento de los cambios, fundados en razones programáticas. Si bien el partido tiene un programa, es el presidente quien lo define.

Los gobiernos revolucionarios reafirman su potestad *demiúrgica* cuando crean y recrean a la sociedad al definir su conformación y estructura. Las propias clases sociales aparecen en el imaginario colectivo como producto de la capacidad creadora de los gobiernos revolucionarios que hicieron de los peones campesinos al instaurar la reforma agraria; promovieron una nueva clase empresarial, nacida al amparo de las concesiones oficiales; organizaron a la sociedad en sindicatos, confederaciones y cámaras, y no como un producto del desenvolvimiento de las condiciones objetivas. A falta de las clases sociales con capacidad para transformar la realidad y conducir al país hacia el progreso material, el estado toma la iniciativa creando bancos, presas, caminos escuelas, leyes e instituciones para la sociedad. Todas las instituciones de la sociedad se atribuyen a la capacidad demiúrgica que reproduce y multiplica los dones de la Revolución. Gutiérrez Barrios (Ortega, 1995:55) sintetiza una especie de *credo*

repetido hasta el cansancio por la mayoría de los políticos impregnados de las creencias revolucionarias,

> no se evitaron las desigualdades, la concentración de la riqueza, la marginación y la pobreza. Pero el esfuerzo social ha sido titánico. Instituciones como el Seguro Social, Conasupo, la red de escuelas rurales y de dispensarios médicos, el Instituto Nacional Indigenista, el ISSSTE y el Infonavit, mas allá de algunas desviaciones, cumplieron un papel excepcional, único al menos en Latinoamérica. Nada de lo anterior hubiera sido posible sin el marco de estabilidad política y paz social que por sesenta años garantizó el Sistema Político Mexicano.

El México moderno es la obra de los gobiernos de la Revolución como sí, al igual que en la época prehispánica, la Revolución hubiese implicado el ciclo de 52 años en el que se destruía el mundo para volver a renacer. La resurrección y posterior recreación del mundo genera "toda una vasta operación de transferencia al Estado, de los signos sagrados de la omnipotencia" (Legendrè, 1997:219).

En México no fue necesaria la existencia de la realidad virtual para conferir el atributo de la *omnipresencia* a los presidentes a través de la imagen y la palabra. En todas las oficinas públicas del país, en todos los privados de funcionarios, la imagen presidencial acompaña la gestión pública. Los retratos se distribuyen ex profeso y nadie osará rehusarse a colocarlo. Su ubicación tampoco resulta arbitraria, colocado en la pared posterior al escritorio o despacho, todo aquel que se dirige al funcionario, lo hace a un tiempo al presidente, que sobre la cabeza del otro, oye y observa. Simultáneamente, el presidente observa lo que hace y escribe el funcionario en su nombre. De esta manera a través de su imagen el presidente adquiere visión panóptica y como Dios, está en todas partes.

Algunos presidentes exageran su capacidad de estar en todas partes, Krauze (1997b:383), menciona que Echeverría "a menudo practicaba la omnipresencia: circulaba de manera rotatoria en varias reuniones. Sorprendía a todos por la extraña capacidad de permanecer cinco, diez horas sin ir al baño". No faltan los maliciosos que atribuyen las insólitas jornadas de tra-

bajo a actos deliberados de prestidigitación, al mantener a los convocados reunidos o en la sala de espera, mientras el presidente dormía o deambulaba por varias reuniones a la vez. Lo prolongado de las juntas y la imposibilidad de levantarse, obligó a los funcionarios a aprender a su vez tretas como el consumo de dulces, en vez de agua, para evitar recurrir al baño. Trátese de tretas o de trucos el efecto sobre el implicado y la narración posterior del hecho refuerzan la imagen de la omnipresencia del presidente.

La palabra presidencial, presente en todos los actos públicos, pudo prescindir de mensajes electrónicos y de la presencia física del presidente. La cita presidencial —parte de las reglas de un buen discurso—, al inicio y al concluir una alocución o para asentar una idea con valor de verdad irrefutable, aclamada invariablemente con aplausos reconoce la presencia virtual. De esta manera el discursante habla en nombre del otro, representa al presidente y recibe, al citar, la inmanencia del poder presidencial. Aun para oponerse a una idea o iniciativa superior, los audaces recurren a las citas. Al confrontar la palabra con alguna indicación que no se quiere acatar intentan recurrir al criterio de verdad implícito, en la palabra presidencial.

Acto anticipatorio de la arqueología del futuro —con la sola excepción de la modernista desacralización del poder de De la Madrid—,[123] toda inauguración de obra pública se atribuía a su promotor por medio de una *estela*.[124] Como parte del ritual político, se devela de una placa alusiva al inaugurar una obra con la fecha y el nombre de su promotor y el período presidencial de su ejecución. En caso de ser inaugurada por el presidente el acto quedaba consignado en la placa-estela. El retrato, la invocación de la palabra y la atribución de las obras a la figura presiden-

[123] Miguel de la Madrid prohibió expresamente la inclusión de nombres en las placas de inauguración, por considerarlos un *culto a la personalidad*. Su intento desacralizante fue totalmente revertido, con la profusión de estelas, aunque más modestas, inauguradas con la puesta en marcha del Programa Nacional de Solidaridad, en la siguiente administración.

[124] Quien más abusó de las estelas fue Miguel Alemán, que además de su estatua en la universidad, puso su nombre a cuanta obra inauguró.

cial, coadyuvan a reforzar la imagen suprahumana, sagrada del presidente.

Los "poderes metaconstitucionales de enorme amplitud" atribuidos a la gestión de Carlos Salinas de Gortari, no fueron un fenómeno reciente ni exclusivo de ése presidente. Todos los presidentes de la Revolución ejercieron *poderes metaconstitucionales*; algunos, como Cárdenas manifestaron abiertamente su consideración de las limitaciones constitucionales como un mero accidente, fácilmente salvable; otros pretendieron ser más respetuosos y atenerse a los mecanismos legales, pero todos recurrieron en algún momento de su gestión al absolutismo presidencial, para imponer posiciones y minimizar a los otros poderes. Es en ese centralismo donde, según Villoro (1983:407), radica la fortaleza del estado posrrevolucionario.[125] El centralismo, admitido como una tendencia necesaria en su momento (González Pedrero, 1988), tiene un solo vértice, un solo referente, el *Presidente*, de allí que el Presidente sea simultáneamente "El jefe de Estado, el jefe de Gobierno y el jefe de Partido" (Castrejón, 1988:13). Las reglas escritas en la Constitución del 17 conceden a la figura del presidente una buena cantidad de facultades, las reglas no escritas amplían las facultades del poder presidencial. Para Francisco José Paoli (1988:7), entre las reglas no escritas se pueden mencionar:

> […] 1) el presidente es el jefe del partido, no sólo lo es del Gobierno y del estado. Este es un elemento fundamental en la caracterización del Partido de Estado, 2) el presidente no opera realmente como un jefe de partido, sino que sustituye a las instancias partidarias que deberían tomar las decisiones sobre los candidatos: 3) opera como arbitro de múltiples conflictos sin tener facultades expresas para ello: 4) nombra a los dirigentes de la cámara legislativa y de organismos sociales variados o interviene en su nombramiento; decide la creación y el sostenimiento de partidos paraestatales.

[125] "La fuerza del estado en el México poscardenista se funda en su estructura presidencial: su estructura centralista: sus recursos empresariales y financieros: la existencia de un partido de estado que incluye en forma corporativa a los obreros-ciudadanos de los principales sindicatos" (Villoro, 1983:407).

La simulación vuelve a aparecer en la supuesta división republicana de poderes. Carentes de iniciativas por la concentración de la capacidad de decisión, los poderes legislativo y judicial operan en realidad como cuerpos administrativos del ejecutivo. La concentración del poder incluye su fusión, bajo la égida presidencial, en un "grotesco simulacro de la separación clásica entre los tres poderes" (Bartra, 1993:168). Las iniciativas de Ley, así como las modificaciones constitucionales, por cierto bastantes frecuentes, constituyen una prerrogativa presidencial constitucional. Se trata del privilegio de la exégesis del texto sagrado, sólo interpretable por un iluminado. Existe un texto, la Constitución, y una técnica de la exégesis que sólo el presidente maneja con destreza, pues la glosa consagrada se integra al *corpus juris* (Legendrè, 1997:85). En tanto la Constitución opera como texto sagrado, su interpretación y glosa no pueden ser delegada en *legos*, es un privilegio del iluminado. Por eso las iniciativas presidenciales prosperan con el trámite de mera sanción por las respectivas cámaras, mientras las otras iniciativas se posponen indefinidamente en el tiempo. Si bien la carta magna reconoce que: "El derecho de iniciar leyes o decretos compete: I. Al Presidente de la República; II. A los diputados y senadores, al Congreso de la Unión, y III. A las legislaturas de los Estados",[126] y de hecho algunas iniciativas surgen de partidos, legisladores o grupos ciudadanos, el destino de las iniciativas profanas corre un camino bastante incierto y conduce a un sendero donde entran a engrosar las fojas de iniciativas pendientes de analizar, acumuladas legislatura tras legislatura. Contrariamente, las iniciativas presidenciales son atendidas *ipso facto* y, en la mayoría de los casos, aceptadas en lo general, por instrucción y *dedazo*. Difícilmente un diputado priísta cuestiona o se opone a una iniciativa presidencial.

La facultad, delegada a subordinados competentes en la materia a quienes se encarga la redacción de una ley e inclusive del cabildeo con los legisladores de oposición para lograr su aprobación, compete al ejecutivo. Sin importar la autoría material del

[126] *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos*, Sección II, art. 74. Versión facsimilar de la de 1917.

proyecto será enviado con la rúbrica presidencial, como su iniciativa. La conceptualización de la práctica aprobatoria de las iniciativas presidenciales como el *mayoriteo* o el *dedazo*, alude a la falta de discusión y argumentación. Los diputados priístas cumplen con el principio de *disciplina partidaria* y su máxima fundamental: c*ontra el presidente nada, nunca* y significa *con el presidente todo, siempre*. Aun en situaciones de crisis, cuando la ley en cuestión implica la negación de alguno de los principios revolucionarios —como el cambio del artículo tercero, en los cuarenta o las modificaciones al 27 constitucional, más recientemente—, el conflicto de conciencia se resuelve por el principio de la preeminencia presidencial. La omnisapiencia presidencial y su capacidad para interpretar el texto, se sobreponen a los posibles problemas de conciencia de los diputados, que por otra parte, le deben su designación. Sólo unos pocos iniciados se atrevieron a cuestionar las iniciativas presidenciales y a enfrentar el riesgo de su posible muerte política.[127]

LAS PRERROGATIVAS: CASTIGAR Y PERDONAR; PONER Y DEPONER; EL AFÁN INSTITUCIONALIZADOR

La facultad del castigo, propia del poder judicial, cuando se cede al presidente asume niveles extralegales signados por la arbitrariedad. No todo el que infrinja la ley será castigado. Como una de las premisas de donde parte un secreto de complicidad se supone que todos la infringen, en mayor o menor grado, bajo la tolerancia del superior y sobre todo del jefe máximo. Pero el *summun* de la arbitrariedad es que para castigar no se requie-

[127] Fernando Gutiérrez Barrios admite haberse opuesto a la apertura de relaciones con la Iglesia, su declaración resulta indicativa del tono: “Como parte del Gobierno y miembro del Gabinete, no se puede ni real ni formalmente, ser opositor. Lo que sí se puede es opinar o sugerir, y en este caso, no consideraba conveniente se reformara el art. 130 de la Constitución, si con ello se pusieran en peligro los principios históricos de la separación de la Iglesia con el Estado, la libertad de creencias y la educación laica” (*apud* Ortega, 1995:72) La Diputada por Oaxaca del PRI, Irma Piñeyro, que se opuso a los cambios a la ley Agraria, la Forestal y al artículo 82, pagó su osadía con la exclusión.

re un infractor. Las infracciones si no existen, se inventan. Haría que aclarar una infracción a la ley escrita. Buena parte de los castigos responden a infracciones de las leyes y normas no escritas, las de los códigos de lealtades, subordinación y asociación, cuyo castigo asume la forma de violaciones a las leyes escritas, mediante el delito inventado, prefabricado o maximizado.

Para iniciar un juicio contra un funcionario de alto rango, un líder destacado o un empresario, no basta con la acumulación de pruebas, la existencia de una denuncia o de una promoción administrativa. El expediente, las pruebas, las denuncias requieren el visto bueno de procedencia del presidente, quien sin necesidad de firmar o afirmar con un gesto indicará la continuación de la investigación o su silenciamiento temporal o definitivo. Contrariamente, un gesto igualmente críptico puede significar el inicio de una investigación, la búsqueda o fabricación de pruebas. Luis Echeverría Álvarez, siendo secretario de Gobernación, por instrucciones del Presidente, ordena al secretario de hacienda auditar a los riquillos de Mérida, para que "piensen en sus intereses y dejen de apoyar al PAN" (Krauze, 1997b:305). Una persona que se sabe investigada, puede adelantarse a sus perseguidores, reconocer su culpa y apelar anticipadamente al *gran juez*. De su benevolencia dependerá la suspensión anticipada de la investigación, pues el Presidente también concentra la potestad de perdonar. El perdón puede ser anticipado, en caso de petición-contrición previo al inicio del trámite legal, o posterior. Echeverría a quien se acusa de ser el responsable de la represión estudiantil en 68, amnistía a todos los presos políticos y a muchos los incorpora en puestos de Gobierno, pocos sobreviven fuera del presupuesto. La doble indulgencia abarca la restitución de la libertad y la reincorporación del hijo pródigo al redil de la familia revolucionaria. Se trata de:

> Un modo unitario de clasificación para distribuir a los rebeldes, el milagro permanente de la sumisión, la fuerza de la dramatización del desorden jurídico, esos elementos señalan la perfección regulada del equívoco. Donde se inscribe la referencia al padre todopoderoso, según su función para cerrar con cerrojo ese conjunto del que nadie, absolutamente nadie, sale sino por la esca-

> patoria definida, del excomulgado y del loco, del criminal y del que ha perdido los sentidos (Legendrè, 1997:30).

El padre todopoderoso, siempre dispuesto a la benevolencia, define el límite de lo permisible. Las *víctimas sustitutas*, se sabe de antemano, no serán liberadas antes de la conclusión del mandato presidencial de quien las eligió, para simbolizar su ruptura con el anterior, ni permanecerán en la cárcel, mucho mas allá del inicio de la siguiente gestión, cuando opere el indulto. Este ciclo se verifica de manera independiente al avance de las pruebas, testimonios o fases del proceso judicial. La instancia judicial existe de manera subordinada, con funciones formales o para cubrir las formas. La instrucción presidencial es invisible, no aparece. El procedimiento, conducido por el poder judicial, *conforme a derecho,* una de las frases preferidas de los políticos, cumple con todos los vericuetos formales, existe una denuncia, una investigación, una orden de aprensión, todas las instancias de apelación, pero independientemente de las formas, la liberación, no tendrá lugar *antes de* y se acelerará *después de*.

El atentado contra el Artículo 49 de la Constitución del 17, que señala: "No podrán reunirse dos o más de estos poderes en una sola persona o corporación", fue hechura de Cárdenas al reformar la organización del poder judicial, para acabar con la independencia de origen y suprimir la inmovilidad, de manera que la designación de magistrados y su remoción dependiera del ejecutivo. De esta forma, si bien la judicatura existe como poder *independiente*, al insertarse en una estructura funcional se vuelve *dependiente*, los jueces, al tener un patrón, que los puede nombrar o remover a su arbitrio, permanece bajo una relación de dependencia y subordinación. El Legislativo, por su parte, no sufrió mas que un golpe, eso sí contundente: el desafuero de diputados y senadores callistas por *incitación a la rebeldía maniobras sediciosas*, con el mismo efecto: los legisladores puestos o depuestos por el presidente, se vuelve *dependientes*, se creo una cultura cortesana, donde la adulación al presidente y la intriga palaciega sustituyó a la conciencia.

El presidente, depositario de tantos atributos, aparece ante sus gobernados tolerante y condescendiente, pero también auto-

ritario y despótico si se pone en duda su poder. Los *golpes espectaculares* al inicio de la administración salinista[128], que le permitieron no solo consolidar su mandato sino *abrir espacios*, no fueron producto de su personal inventiva. Casi todos los presidentes recurrieron a este tipo de señales. En este tópico se pueden inscribir, la expulsión de Calles por parte de Cárdenas y de Díaz Ordaz por Echeverría. Se trata de gestos necesarios interpretados por la población en términos tales como "si puede", "los tienen bien puestos". Suponen simples muestras destinadas a servir como advertencias a quién ose salir del redil, se atreva a romper el sistema de lealtades, aplicadas a quienes reúnen los atributos necesarios para convertirse en víctima sustitutiva, con los cuales el Presidente entrante demuestra que "detentar el poder es ejercerlo y un poder que no se ejerce no es un poder, sino una apariencia" (Clastres, 1996:123).

La Constitución y las leyes reglamentarias atribuyen a los presidentes la capacidad de designar a sus colaboradores en el poder ejecutivo federal, el gabinete presidencial que comprende a los secretarios y subsecretarios de Estado. Sin embargo, el presidente en México ve acrecentado su poder hacia otras esferas aparentemente autónomas como senadores, diputados, jueces, magistrados, gobernadores, secretarios de Gobierno, embajadores y uno que otro presidente municipal. El presidente de la nación no tiene función ni posición dentro del partido y una vez ungido, se supone, representa a todos los ciudadanos y no sólo a los de su partido. Al nombrarlo, eufemísticamente, el primer priísta se señala su capacidad de supremo elector que lo faculta para designar al presidente del aparato político y para solicitarle su renuncia en caso de considerar que no sirve a sus intereses y a los de la Nación. Los seleccionados para competir por cargos de elección popular, en una estructura competitiva y democrática, deberían emerger de algunos mecanismos de auscultación a las bases o en su caso de la evaluación de cualidades y aptitudes y responder a un perfil, adecuado, para captar las simpatías populares. En el caso de México, la fórmula fue otra y se le atribuye a Ruiz Cortines: "Los gobernadores y los senadores

128 *Sucesión pactada. El financiero* (1993).

son del presidente, los diputados federales son de los sectores del PRI, los diputados locales de los gobernadores y los presidentes municipales del pueblo".

Con el tiempo los diputados federales, sostén de la estructura corporativa, se sumaron al sistema del *palomeo*, que incorpora la posibilidad del veto o aceptación presidencial, al igual que los presidentes municipales de los Ayuntamientos más importantes. La administración pública y los puestos de elección popular se transformaron en fuente de empleo para amigos y para premiar lealtades. Cárdenas *premia* a muchos michoacanos que lo habían ayudado con puestos de todos los niveles en la administración. Miguel Alemán, inaugura la práctica del *grupo compacto*, una *hermandad política* con sus amigos de la universidad. A López Portillo, señalado por su nepotismo, lo perdió su deseo de proteger a sus parientes. Quien más apoyo prodigó y simpatía demostró por la hermana del presidente, quien designó como subsecretario a su hijo José Ramón, quien protegió y alabó por su inteligencia a la favorita del presidente, sería, una vez obtenido el premio máximo a la lealtad, el principal detractor del nepotismo: su sucesor Miguel de la Madrid (Castañeda, 1999).

La distribución de los puestos de la administración permite el desarrollo de lógicas perversas, al nombrar personas de grupos antagónicos o al menos no leales, en las diversas escalas de las jerarquías. El titular del ramo, contrario a los Subsecretarios y así sucesivamente. De esta manera, el presidente controla a los Secretarios, los mantienen bajo observación a través de una eficiente red de información y evita la consolidación de un grupo consistente, en torno al titular de la cartera. La presencia de enemigos internos refuerza la omnipresencia presidencial. Cuando todos *son observados por todos*, cuando la desconfianza priva en las relaciones superiores-subordinados, priva solo una lealtad, un jefe, el Señor Presidente.

La capacidad de deponer complementa la de designar. Dentro de un Estado Federal, los gobernadores son electos por el pueblo en votaciones públicas, obligatorias y secretas y sólo pueden ser removidos de sus cargos por las legislaturas locales. En la práctica, casi todos los presidentes recurrieron a la remoción

disfrazada de renuncia, o licencia ilimitada por motivos personales, de salud, desaparición de poderes, desafuero o el que plazca para la salida mas digna posible, invariablemente presentada a petición del presidente. La petición no se plasma por escrito. La palabra escrita constataría la ilegalidad del acto, Sin embargo no se trata de una petición en secreto, ni ocultada. El público lo sabe, los periódicos lo comentan, inclusive antes del hecho. Signos previos anuncian la caída, se espera, se prevé, figura en libros y hasta pueden trascender los mecanismos elegidos para la solicitud, en realidad una orden, pero nunca *por escrito*. Se elude la ilegalidad, sin recurrir a las vías legales factibles, como el juicio político. Se ostenta públicamente como acto de autoridad, como mandato simulada mediante una falacia jurídica. Importa su carácter público para reafirmar la representación del acto de autoridad omnímoda, el presidente da y quita a su arbitrio y no necesariamente por motivos legales.

Cárdenas sentó el precedente cuando sin recurrir a artilugios decide la desaparición de poderes en catorce estados y demuestra fehacientemente el fin del *maximato* a través de presidentes títeres. Al final del sexenio veintiocho de veintinueve gobernadores habían sido propuestos por él. Alemán y Ruiz Cortines continúan con la práctica de remover Gobernadores a discreción. A Díaz Ordaz, antes de ser presidente y por instrucciones de Adolfo López Mateos, le toca quitar a dos: Gómez Maganda en Guerrero y Bartlett en Tabasco. La práctica continuó a lo largo de las administraciones, al menos hasta Carlos Salinas quién, por medio de las *concertacesiones*, depuso gobernadores y aprovechó la posibilidad de su designación para abrir la alternancia. Salinas inaugura el bipartidismo por designación presidencial. Un gobernador puede ingresar a la categoría de los *non gratos* por mantener nexos con el anterior presidente o por mostrarse poco dócil a los deseos y al mandato del nuevo hierofante y corre el riesgo de la remoción. La permanencia se convierte en una variable dependiente de la sumisión.

También el federalismo y el municipio libre fueron víctimas de la simulación. En este caso al mecanismo de la sustitución (similar al operado en el caso de los gobernadores), se suma un sistema más eficiente, del control de los recursos. La práctica

sustitutoria también data del período cardenista cuando se recurrió a la medida de mandar presidentes municipales de nombramiento, como respuesta a la necesidad de que una persona revolucionaria y con energía ayudara a realizar las ideas centrales del Gobierno y ajena a los bandos en conflicto. Posteriormente se refinaron los mecanismos de control y se opto por la vía presupuestal. Los escuálidos presupuestos y la limitación de funciones de los ayuntamientos, los convirtieron en una presa poco codiciable como cotos de poder. Para los políticos, el acceso a una presidencia municipal representa solo un pequeño paso en su carrera. La autonomía municipal consagrada en la Constitución, se limitó al manejo de la policía local y la prestación de los servicios públicos hasta donde los recursos, transferidos por la federación, lo permitieran. La recaudación fiscal concentrada en el ámbito central para su redistribución responde a una lógica impecable y revolucionaria, la necesidad del Estado de velar por los más desfavorecidos. Si los municipios ricos recaudaran y administraran sus propios recursos, las desigualdades se agudizarían. La justicia social que quita a los ricos para dar a los pobres, implica el ejercicio de la concentración y posterior redistribución[129] y sólo el ejecutivo federal, en representación del gran padre, puede actuar con justeza en la redistribución, apegado a las necesidades diferenciales de sus hijos. Se trata de la reiteración de la parábola del buen padre y de la justicia redistributiva revolucionaria. La concentración de las atribuciones de desarrollo, promoción económica, educación, cultura y demás, se funda en otro símil justiciero. Los caciques, amos y señores de una región, tendían a manejar los recursos y programas como su patrimonio personal y a distribuirlos exclusivamente entre sus seguidores, miembros del grupo étnico o económico, la neutralidad del ejecutivo federal contrarresta esa tendencia. Con la bandera de la extensión de la Revolución y la difusión universal de la justicia social, el ejecutivo federal concentró atribuciones, dejando a la autonomía municipal como

[129] El modelo redistributivo se asemeja en sus facultades al llamado nodo de producción asiático o despotismo oriental, aplicado por algunos autores al análisis del funcionamiento de la sociedad prehispánica.

declaratoria vacía de contenido. Todas estas iniciativas cardenistas, incorporadas como derecho consuetudinario, justifican su inclusión en el panteón de héroes y su incorporación a la memoria colectiva como *Tata Lázaro*.

Auxiliares del ejercicio ejecutivo, las instancias de la administración pública surgen de la voluntad presidencial que crea y desaparece secretarías, institutos, consejos, programas, empresas u otras instituciones de acuerdo con sus planes o caprichos. Casi ningún presidente se abstuvo de practicar la *institucionalitis* cambiando el nombre y la función a secretarías y programas o diseñando alguna institución de su cuño personal. Las Secretarías cambian de nombre y funciones al ritmo de la moda sexenal, SOP, SCOP, SAHOP, Sedue Sedesol,[130] son los nombres respectivos a una misma dependencia a través del tiempo. Programas como el Pider, Coplamar, SAM, Solidaridad, Progresa,[131] todos emanan de una decisión presidencial, pero, además, con el objetivo de perdurar como su *don* personal. En la estructura jerárquica del gobierno en México no existe la figura del vicepresidente ni la de los ministros como figuras que comparten la carga del poder, al existir solo secretarios y subsecretarios de estado el presidente aparece rodeados de sus servidores sin mediaciones a su autoridad y se refuerza la existencia de una mayor distancia, una ruptura entre el Presidente y sus colaboradores, como la que existe entre lo sagrado y lo profano. El nombre secretaría alude y se relaciona con la función secretarial, de ayuda, a diferencia de ministerio que supone el ejercicio de gobierno. Como sus auxiliares el presidente las moldea y define de acuerdo a sus preferencias. La iniciativa puede surgir de un grupo, pero sólo el visto bueno presidencial la convertirá en realidad. Fue el caso de la propuesta para la creación del SAM (Sistema Alimentario

[130] SOP: Secretaría de Obras Públicas; SCOP: Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas; SAHOP: Secretaría de Asentimientos Humanos y Obras Públicas; Sedue: Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología; Sedesol: Secretaría de Desarrollo Social.

[131] Pider: Programa de Inversiones en el Medio Rural; Coplamar, Coordinación del Plan para las Regiones Marginadas; SAM: Sistema Alimentario Mexicano, Solidaridad: Programa Nacional de Solidaridad, Progresa: Programa de Educación, Salud y Alimentación.

Mexicano) como respuesta ante la crisis alimentaria de los años setenta, la vacilación de José López Portillo fue neutralizada mediante un desafío a su hombría: ¿Acaso no se atreve?, formulado por uno de los destacados campesinistas que promovían la iniciativa. En otra ocasión el mismo presidente recuerda a sus secretarios, reacios a aceptar la ingerencia de la Coordinación General del Plan de Zonas Deprimidas y Grupos Marginales (Coplamar), que se trata de su iniciativa personal, con gesto violento abandona la sala para permitirles ponerse de acuerdo. Algunas versiones señalan que por ese motivo renunciaron dos de los más importantes secretarios de Estado. Ambos ejemplos muestran la tendencia de los presidentes a figurarse las secretarías y programas como producto de su capricho y voluntad, en últimas de su voluntad creadora.

Los presidentes manifiestan un verdadero afán *institucionalizador*. El Partido Institucional, la Revolución Institucionalizada se reproducen constantemente a sí mismos, en la creación institucional. Los presidentes, herederos de los héroes fundadores, antes de su anunciada muerte simbólica, aspiran a perpetuarse mediante un *don institucional*. La Revolución legó un orden institucional, los presidentes legan instituciones.

Algunas tuvieron como objeto construir un espacio, un mausoleo tal vez, un refugio para el momento de su muerte simbólica. Los grandes reyes preparaban el sitio para el descanso de sus restos después de la muerte. La muerte simbólica de los presidentes mexicanos, aunque se trate de una muerte ficticia, conlleva la invisibilidad política, y requiere de un mausoleo desde donde realizar actividades igualmente invisibles. Muchos de los presidentes se encuentran en edad productiva al concluir su encargo. Acostumbrados a un ritmo de actividad importante necesitan seguir en actividad, con un *standard* de productividad para satisfacer la necesidad de logros, mantener la autoridad y ejercer el don de mando, pero cuidando la discreción que les permita mantenerse en la penumbra. Si el ex presidente se atreve a intentar trasponer el límite invisible entre la penumbra y la luz se arriesga a ser rechazado o exiliado. Los mausoleos para la muerte en vida de los ex presidentes intentan compensar los aspectos dolorosos de la pérdida de poder, vinculados con el tiem-

po, el espacio y el control de las gentes. A Cárdenas se le confiere la comisión del Balsas, un sitio desde el cual ejercer sus afanes ordenadores, pero cuando, como reacción ante la Revolución Cubana, pretende liderar un partido, recibe un mensaje escueto: "Acuérdese de Calles". Un mensaje claro, la trasgresión del límite implica el exilio. Cárdenas entiende el mensaje y regresa a la penumbra. Miguel Alemán, consecuente con sus afanes empresariales, se refugia en la promoción del turismo. Al no incidir en política, puede permanecer allí hasta su muerte real. Echeverría, tan afecto a la teoría de la dependencia como a estar rodeado de intelectuales, después del fracaso de sus intentos por dar el salto a la ONU, se conforma con el Cestem (Centro de Estudios del Tercer Mundo). Algunos de los mausoleos, por su inocuidad perduran, otros son efímeros como el Cestem. Con Díaz Ordaz el asunto se complica, su participación en la represión del 68 y los intentos conciliatorios de su sucesor, así como la ruptura anticipada entre presidente saliente y el entrante, requerían de una mayor lejanía. Parte, así, a una misión diplomática. El posible conflicto se resuelve rápidamente, por un cáncer fulminante.

La perdida del poder afecta a la persona, genera una situación de depresión *postpoder*. El alejamiento de la función, cuando la función se mimetiza con la persona supone una ruptura interna, un desgarramiento.[132] La unción vivida como posesión impide la distinción entre persona y personaje, el trance de la muerte simbólica restituye la separación no sin antes provocar la crisis de la perdida de identidad, reflejada en la pérdida de los atributos del poder, la sintomatología incluye como indicadores:

La agenditis. Caracterizada los *días sin plan,* en sustitución de la situación en la que no disponían ni un minuto del día sin una actividad *agendada*. Se trata de días vacíos, muertos. Vividos por quien delegó sus horas en el *servicio* a la función como días sin sentido, que no vale la pena ser vividos. La reacción, ante los días sin plan es, en un primer momento de incer-

[132] No pude conversar más que con un ex presidente, pero sí con muchos ex funcionarios, quienes describieron sus sensaciones, al momento de alejarse de su función, aunque en su caso esperan sea de manera temporal. En ambos casos las sensaciones y respuestas físicas fueron similares.

tidumbre, de no saber que hacer, en los que no tiene sentido el siquiera levantarse de la cama, o vestirse.

El teléfono muerto. la falta de llamadas por hacer o recibir se vive como aislamiento, incomunicación. El teléfono que no suena, genera la sensación de silencio, un silencio que asemeja al vacío.

El alejamiento de personas. Al alejarse de un cargo, muchos de los aparentes amigos, desaparecen, dejan de frecuentar a la persona, quien se siente como apestado y realmente lo está. Aquellos que mantengan vínculos con un *pasado* se arriesgan a ser considerados como traidores, por las nuevas autoridades, de allí, que solo los muy amigos se atrevan a desafiar el nuevo esquema de autoridad y mantener relaciones de amistad o frecuentar a quien quedó fuera. El alejamiento equivale a la soledad. La soledad, la incomunicación y los días vacíos son los indicadores de la muerte social como consecuencia de la muerte simbólica.

De esta posible crisis postpoder surge la necesidad de generar espacios potables, para evitar los efectos disolventes de una muerte simbólica, no real. La *persona*, a pesar de la pérdida de atributos mantiene la vida, puede revelarse e intentar recuperar el poder perdido. La conservación de una pequeña dosis de poder funciona como un antídoto a veces eficaz, un espacio de poder desde donde mantener contactos no sospechosos, una agenda convenientemente ocupada y actividades creativas. Para quien crea el espacio se trata de una medida preventiva, sabe de su futura necesidad y se adelanta a ella. El sucesor al permitir su permanencia, no solo evita en parte la crueldad de la muerte prematura, también propicia una ocupación y limita la intriga, bastante frecuente en quienes permanecen en el ocio.

Las otras instituciones, las secretarías, paraestatales, institutos, tienden a perpetuar la memoria de su fundador. Creaciones personales no exentas de motivos ulteriores, atribuidas a la necesidad de crear espacios *ad hoc*, para amigos, grupos o la proyección de personas incluidas en futuros planes políticos. La Secretaría de Desarrollo Social, concentradora del don y la vinculación con la sociedad civil, al conjuntar el Programa Nacional de Solidaridad, las funciones en relación con la vivienda y la ecología, constituyó el espacio ideal para completar la for-

mación de una figura con proyección Nacional, según reconoce posteriormente Carlos Salinas (Castañeda, 1999). Su nombre, el del posible titular y las funciones que tendría circularon en los pasillos políticos, tiempo antes del envío de la propuesta a las cámaras. La creación de la Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP) en la gestión de José López Portillo, fue considerada en su momento un indicador del desplazamiento de los políticos (generalmente abogados) por los economistas. Reconocida como la secretaría de *élite*, desde el momento de su aparición pública, al concentró prestigio, proximidad al presidente y espacio social. De ella salieron de manera directa como titulares del poder ejecutivo federal: Miguel de La Madrid y Carlos Salinas de Gortari e indirecta Luis Donaldo Colosio, Ernesto Zedillo y Labastida Ochoa.

Sistema de actitudes: el don

Las actitudes a asumir por el presidente son, al mismo tiempo, manifestación de sus atributos y condición necesaria para mantener el reconocimiento y el respeto a su dignidad. El presidente debe ser distante, desconocido y próximo, de acuerdo a las circunstancias del desempeño. Él decide el límite de su proximidad, sin poder cancelar el acercamiento. El contacto, el abrazo, el beso, el saludo, permiten a los fieles participar de su inmanencia, pero también conservan la distancia y el misterio para reforzar la imagen suprahumana. El presidente erigido en imagen asume un tono hierático en la función pública. Deje que se le acerquen, dice un ex presidente, a un prospecto, en la novela de Luis Spota (1976:176),

> pero no demasiado […] hábleles, sí, pero tampoco les diga mucho […] Una distancia, siempre debe establecerse una distancia […] Los hombres del Poder, el Presidente, han de ser vistos de *lejecitos*, poco tiempo y muy raramente. De otro modo se gastan, se les pierde el respeto, se les considera igual que a otros seres. Hay que preservar, en todo lugar y en todo momento, la dignidad de la investidura.

La distancia y el ejercicio del poder aparecen consustanciales y recíprocos. Quien lo ejerce debe poner distancia, pero los subordinados de manera idéntica la generan. Herminio Vázquez el más cercano colaborador de Díaz Ordaz y su amigo personal, se vio en la necesidad de cambiar, aún en privado, el *Gustavo* por el *Usted* y el tuteo por el S*eñor Presidente*, para escuchar a su vez el *Señor Vázquez*, en vez del habitual Herminio (Krauze, 1997b:293).

Pero, ¿Qué significa la distancia? Se trata en primer término, de una pérdida de intimidad que afecta sobre todo a los amigos, a los parientes, a las personas próximas. En adelante el presidente no podrá expresar sus sentimientos, emociones, e inclusive pensamientos, es un condenado "a la individualidad mortal, una tristeza majestuosa" (Augé, 1982:197). No podrá ni siquiera dudar. Cuando consulte en búsqueda de opiniones lo hará de manera tal de convencer al interlocutor que la decisión ya fue tomada. En sentido visible o audible perderá, al menos en público, los nombres, sobrenombres o apodos, para ser el *Señor Presidente*, el *Licenciado* o el *Señor*. Tratamientos impersonales alusivos a la función y no a la persona, indicadores de una despersonalización. La persona, al fusionarse con la función, pierde su individualidad, se convierte en la representación misma (encarnación) de la institución. Hasta sus amigos más próximos, con derecho al tuteo, y aun al chacoteo, se verán impelidos en público al uso de las fórmulas y poco a poco la imagen pesará tanto que aún en privado, recurrirán a las fórmulas.

De igual manera, quien asume la función va limitando sus expresiones verbales afectuosas o íntimas hacia amigos y conocidos; genera e impone la distancia necesaria para evitar presiones, influencias, información compartida, o información filtrada[133]. Aun en su omnipotencia o parte constitutiva de la figurada omnipotencia, es el miedo hacia el exterior. El miedo a errar, a excederse a hablar de más. El temor crea el halo de distancia. La desconfianza colabora también. El señor presidente sabe que hay dos en la persona y cuando alguien se acerca, debe prevenir.

[133] Todos los presidentes entrevistados por Castañeda (1999) recalcan el hecho de no haber compartido sus decisiones ni siquiera con su esposa.

Resulta difícil discernir a quien se dirige, si a la *persona* o a la *institución* y debe prevenir pues desconoce los fines y deseos de quien se acerca. El temor y la desconfianza forman parte de la actitud de distancia, interpretada fenoménicamente como expresiva de la superioridad, que coloca al presidente lejos y por encima de los mortales.

> […] a toda posición de poder (poder sobre los hombres, que justifica una relación particular con la naturaleza) le corresponde la necesidad de una iniciación suplementaria. Están cargados de prohibiciones, pero sus prohibiciones no son las del común de los mortales. El aparato institucional trata de sugerir que los responsables del poder no son individuos como los demás: no han nacido como los otros, han conocido la experiencia de la muerte simbólica, no morirán y se sucederán a sí mismos en virtud de una lógica distinta de la que gobierna las diferencias constitutivas de lo social. No obstante la lógica del poder solo tiene sentido en relación con esas diferencias (Augé, 1982:198).

Al mismo tiempo el presidente debe mantenerse próximo, alguien presente en la vida cotidiana. Requiere del reconocimiento y sobre todo del amor, base del poder sagrado, donde: “La creencia en el padre irreprochable, benefactor y terrible […] el padre imaginario proyectado no en la Iglesia sino en la patria se refiere […] a la alusión verídica, el amor sagrado” (Legendrè, 1997:219). Una proximidad, intangible pues como representante máximo, como hierofante convertido en objeto de sublimación; los fieles lo asumen como objeto de amor, admiración y respeto. La persona sagrada del hierofante introyectada como objeto libidinal, no puede ser vista sin pasión. El presidente es respetado, amado u odiado, pero difícilmente ignorado. Su evocación no puede ser desapasionada, se trata de: “La conservación ritual de la sacralización, es decir el amor dirigido hacia el Estado centralista, dotado de los atributos complementarios del Padre y el Pontífice” (Legendrè, 1997:193). La propagación de la sumisión ante la autoridad se relaciona con “el amor al censor”. Es a partir de esta constatación que desde los teólogos legistas de la antigüedad a la propaganda publicitaria, se recurre al manejo de técnicas del hacer creer, sobre todo la creencia en el amor. El derecho

para regir, dominar hacer obedecer, se basa en una sexología[134] que asegura el poder de los jefes. El presidente, al igual que otros líderes, no solo es obedecido por temor, ni procurado por interés. Se produce una representación de su imagen como amable, susceptible de ser amada, se convierte en objeto de deseo —no solo el deseo sexual, también presente— de proximidad, de contacto, de inmanencia. Su condición irresistible se confirma al adjudicarle una gran cantidad de romances. Verdaderos o falsos, indican un poder de fascinación sobre las mujeres capaz de vencer cualquier resistencia al margen de su atractivo físico. Se expresa también, en la capacidad de vencer otro tipo de resistencias, e incorporar a enemigos y opositores a su gestión; una invitación presidencial difícilmente es desoída, resulta *irresistible*. El jefe adorable es fuente de legitimidad y la base emocional a partir de la cual se articula su capacidad para distinguir amigos de enemigos, articular reglas y prodigar continuidades.

Sobre todo, el presidente debe ser concesivo. El presidente concede las cosas —si es que las concede— como gracia, nunca como algo conquistado por mérito, esfuerzo, o por que constituye un derecho constitucional. Los bienes asumen la forma de dádivas, producto de la voluntad concesiva del presidente. Deliberadamente se desdibujan los senderos de la tramitología, que incluyen la existencia de un programa aprobado y el origen de los recursos a través de la cuenta pública, revisada por las cámaras y ejecutada por las Secretarías de Estado u otros órganos de la administración pública para ocultar su gestión institucional y atribuirlos a un deseo presidencial. Cosío Villegas (1972) recuerda cómo

> Un ejido solicitaba al Banco Ejidal un préstamo, el consejo de administración estudiaba los antecedentes y lo concedía. Entonces mi general Cárdenas se trepaba en el avión con el director del banco de crédito ejidal, que era un ingeniero de tipo muy indígena, muy pintoresco y metían las bolsas de dinero […] llegar al pueblo y decir: Ustedes mandaron este papel, aquí están los pesos.

[134] Legendrè (1997:25) aclara que utiliza la noción de *eros* en sentido amplio como la maneja Platón.

El presidente dispone de los recursos públicos con absoluta libertad y arbitrariedad, como si fueran sus propios bienes, su patrimonio. Diversos mecanismos intervienen en la ocultación del origen institucional y la atribución del *don* al presidente. Por un lado, al presidente se le asigna un fondo discrecional —recién iluminado por la luz pública en fechas muy recientes—, pero, además, echa mano del presupuesto de las Secretarías de Estado. Un área específica de la presidencia registra los compromisos presidenciales, los turna a las Secretarías respectivas, para su *atención procedente* y verifica el seguimiento de las gestiones y el cumplimiento del *compromiso presidencial*. De manera recíproca, las Secretarías habilitan un área o al menos una persona encargada del control y oportuna información al área de la presidencia sobre el avance en la atención y respuesta a las peticiones formuladas al Presidente y a los compromisos o promesas por él manifestados, en giras, recorridos, actos públicos y audiencias. Las áreas operativas respectivas atienden la solicitud e informan de su avance al área de control y seguimiento. Cuando el trámite o la obra concluye e inclusive antes, él o los beneficiarios, recibirán una carta de la oficina del Presidente, en la que se consigna el resultado de su petición, la concesión del don. El milagro de la *petición-promesa-concesión* opera con efectividad y la consecuente instauración de la deuda, del beneficiario con respecto al poder omnímodo del presidente. Componen

> sistemas burocratizados, portadores del gran regalo de la beneficencia, aptos para medir el todo del conflicto como para recuperar la amenaza de un saber demasiado, sobre el sujeto y su religión del poder (Legendrè, 1997:26).

Pero también existen otros mecanismos mediante los cuales los Presidentes transforman la acción administrativa y de Gobierno en don personal. Cuando una Secretaría como producto de su ejercicio, tiene algo para entregar o inaugurar de suficiente importancia social, propone *agendarlo* en alguna *gira presidencial*. Su entrega puede demorarse *ex profeso* hasta la programación de una gira al sitio indicado. Para ello existe una oficina espe-

cial de Giras Presidenciales, enlazada permanentemente con todas las Secretarías, que a su vez tienen sus respectivas oficinas de giras. Las oficinas de Giras mantienen comunicación permanente en relación con los recorridos presidenciales por los estados. De esta manera las secretarías pueden proponer los actos que ameritan la presencia presidencial, sometidos al filtro valorativo de la oficina de Giras Presidenciales. Demás esta señalar que las Secretarías se esmerarán en proponer actos que permitan el ejercicio del *don*. El mensaje casi siempre resulta efectivo. Los beneficiarios interpretarán lo obtenido como producto de una decisión presidencial en respuesta a sus demandas, lo recibirán como regalo, como *don* y se mostraran agradecidos. Mas allá del agradecimiento formal genera la sensación de deuda, una deuda que se paga con adhesión, lealtad y se expresa en votos. La concentración del don en períodos de elecciones y las demandas de la oposición por limitar los dones, en esas fechas, responde a la eficiencia de la lógica de la reciprocidad.

La suma de atributos en la figura presidencial consolidó un andamiaje simbólico a través del tiempo, incorporó elementos de un pasado tan remoto como el prehispánico, le sumó el atractivo aventurero de los caudillos y una vez establecido como base de la legitimidad de la *triarquía*, se permitió el lujo de mantener la forma, vacía de contenido. La simulación partía de antecedentes previos. Carranza la practicó al conceder formalmente el agrarismo, a través de una ley y desatender el reparto, se había hecho presente con Calles, mas apegado a la noción de desarrollo que al reparto. En casi todos los Gobiernos revolucionarios se constata "el abismo existente entre las tesis oficiales y su acción real [...] rezagos del período callista que caracterizaron el funcionamiento del partido de la Revolución" (Garrido, 1988:16). La simulación, toda una forma de hacer política, junto con el populismo, indican la sobrevivencia de la lógica del *don* como fundamento del consenso. La parte de la forma a la que alude Reyes Heroles, aquella que mantiene el discurso revolucionario y la realidad institucionalizada. Una cara que mira al futuro y la otra amarrada al pasado.

La aparente crisis de legitimidad generada por el arribo de Miguel Alemán, en los cuarentas, como el primer *presidente*

empresario, requeriría en adelante de un nuevo mecanismo de equilibrio, perfilado tal vez desde el tránsito Calles-Cárdenas.

El péndulo de la nación

Si en la campaña se manifiesta un cambio de *estilo*, una vez ungido, el cambio se convierte en cambio de *sentido*. A partir del análisis de las características de los presidentes emergen dos patrones de conducta, el del estilo vinculado con la forma, con la característica de la imagen; y el de contenido, que se asocia a los aspectos de la política privilegiados por cada administración. Al señalar la política como campo me refiero a los aspectos vinculados con la forma como se ejerce el control de las personas y al sentido del patrón distributivo. Identifico a la política con la forma de ejercicio del poder.

El mito de la Revolución, en tanto mito de origen fundante de un orden, proporciona un marco conceptual que incluye modelos, arquetipos a los que los sucesivos jefes máximos habrán de ajustarse, en tanto "la figura de los héroes arquetipos sirve esencialmente para ordenar el pensamiento de la sociedad de los hombres" (Augé, 1982:193). La representación de lo social constituye la *esencia intelectual* de los héroes fundadores, transformados en dioses al momento de su muerte. En México los héroes fundadores, como arquetipos proporcionan el modelo, visible, al que los presidentes ajustan, sus características. Mediante los discursos y los gestos los presidentes transforman las ideas en una realidad material y social directamente visible, en la medida que las prácticas simbólicas representan formas de hacer pasar a las ideas del mundo del pensamiento al mundo del cuerpo, a la naturaleza y a la vez transformarlas en relaciones sociales (Godelier, 1982:269).

Considerados como gemelos míticos, los héroes-arquetipos, incorporan la dualidad constitutiva del ser mexicano y representa en el plano ideacional un sistema de identidad que privilegia al mestizo progresista, como triunfador de la gesta fundacional del nuevo Estado. Los sucesivos presidentes, al margen de sus características previas de personalidad, incorporan en su con-

ducta pública papeles y actitudes que permiten la asociación con alguna de las características prototípicas. Así como la gemelidad permite disociar para posteriormente unificar las características contradictorias, los sucesivos presidentes mostrarán alguna de las facetas o estereotipos que los aproximan o vinculan a algunos de los héroes, cada uno representando a una parte de la contradicción. Considero que de esta necesidad de disociación-identificación parte la señalada tendencia a la oscilación pendular, identificada erróneamente por algunos analistas como giros a la izquierda, el centro o la derecha (Needler, 1971). Este análisis, centrado en lo simbólico, propone como interpretación de la oscilación la dualidad existente entre el espíritu y la materia o entre lo ideal y lo material, el ideal normativo frente al pragmatismo, como perspectivas o facetas de lo real. Pero sobre todo, la oposición entre la herencia indígena vinculada con los derechos colectivos y el orden autárquico del *tlatoani*,[135] que no requiere de mas autoridad que la suya propia, opuesta al referente occidental posrrenacentista, con su tendencia a priorizar al individuo, la libertad, la iniciativa personal y que en términos de teoría política podría expresarse como la oposición entre el liberalismo y el corporativismo. Dualidad intrínseca al sujeto triunfador de la Revolución, el mestizo, síntesis contradictoria de indígena y europeo.[136]

Como personificación del poder absoluto, cada presidente agrega en su ejercicio nuevos rasgos, incorpora nuevas pautas asumidas como prototípicas del presidencialismo, pues al ejercer el poder en un grado absoluto los rasgos específicos de la persona se transmiten por fuerza a la vida política del país. Los su-

[135] Según Bartra (1988), "La crítica al autoritarismo político ha buscado en el antiguo *tlatoani* nahua el origen del presidencialismo".

[136] Al respecto, es conveniente recordar la observación de Balandier (1989:65), en cuanto que "la sociedad se capta como un orden aproximado, con grados variables según sus tipos o formas, es el producto de las interacciones del orden y el desorden [...] Lo que se denomina *sociedad* no corresponde a un orden global ya dado, y hecho, sino a una construcción de apariencias y representaciones o a una anticipación alimentada por lo imaginario".

Cuadro 10. Atributos de los presidentes

Características	**Calles**	**Cárdenas**	**Ávila Camacho**	**Alemán**	**Ruiz Cortines**	**López Mateos**	**Díaz Ordaz**	**Echeverría**	**López Portillo**
Serio									
Reflexivo									
Inflexible									
Fuerte									
Débil									
Reservado									
Disciplinado									
Legalista									
Brinca la ley									
Mujeriego									
Nacionalista									
Pro EE.UU.									
Conciliador									
cordial									
Favoritismo									
Frívolo									
Austero									
Moralista									
Distribución									
Desarrollo									
atractivo									

cesivos presidentes revolucionarios[137] mostraron en sus comportamientos públicos esta oscilación entre atributos prototípicos.

Plutarco Elías Calles, haciendo gala de una profunda disciplina pedagógica, es el presidente institucionalizador, crea leyes y reglamentos, emite un verdadero alud de decretos y propone un esquema de coordinación interinstitucional (Báez-Jorge, 1979). Como hombre del norte, representante de la dinastía Sonorense, cree en el desarrollo, con el tiempo va perdiendo la fe en el ejido, que "lleva a la ruina a México". Confía en la "certidumbre jurídica en el campo", como vía para la promoción del ejidatario a ranchero. En ese sentido se ubica en la esfera del desarrollo en vez de la distribución. Se trata de "un reformista severo y violento, no un revolucionario en el sentido marxista".

Lo sucede su hijo figurado, Cárdenas, que habrá de cometer, *con todo respeto,* el parricidio simbólico. "Era un zorro", dice de él Gastón N. Santos: "[…] no he conocido ningún político que sepa disimular mejor sus intenciones y sentimientos" (*apud* Krauze, 1997:380). Al igual que Porfirio Díaz y Villa, practica el escapismo disfrazado. Una vez en el poder, asume la imagen de la esfinge, "la esfinge de Jiquilpan". Como dios despótico y cruel, no solo ejerce el parricidio, será lo opuesto a su antecesor. Si bien conserva la creación institucional de Calles, pasará por sobre las instituciones y los poderes constituidos en la búsqueda de conseguir la máxima centralización del ejercicio del poder en el ejecutivo. Interviene en las atribuciones del judicial y el legislativo y logra la domesticación de los otros poderes, cuando determina el fin de la autonomía de origen y suprime la inamovilidad. Como se mencionó desaparece poderes en 14 estados. Es el *tlatoani* partidario de los derechos colectivos que estimula el ascenso de la política de masas y la construcción de un estado corporativo. Asume la distribución como deber del estado, personificado en el presidente, reparte dinero y bienes personalmente, instaura el don presidencial y es el presidente que logra

[137] Subrayamos el carácter de presidentes revolucionarios, pues este análisis solo abarcará a los presidentes hasta José López Portillo, autodenominado el último presidente de la Revolución. Los posteriores, serán tratados en otro capítulo, donde analizaré el proceso de desacralización da Revolución.

hasta la fecha el mayor nivel de reciprocidad. Furiosamente nacionalista concreta la distribución de tierras, nacionaliza el petróleo y la población se vuelca en su apoyo. Termina su mandato en el descrédito, que no impide sentar las bases de un mito, vigente hasta la fecha. *Tata Lázaro*, fue incorporado al panteón de héroes. En la vívida y colorida descripción de los sucesos que rodearon la expropiación petrolera, en unas conferencias impartidas por Jesús Silva Herzog (1973:148) en 1952, aparece el siguiente relato, por otro lado ampliamente conocido:

> Días mas tarde, el 12 de abril, hubo una manifestación de mujeres frente al palacio de las Bellas Artes. Millares de mujeres de todas las clases sociales, desde la más humilde hasta las aristocratizantes, fueron a entregar su cooperación para pagar la deuda petrolera. Algunas entregaron joyas valiosas, y otros objetos de valor escaso. Hubo una viejecita de la clase humilde que llevó una gallina, la cual seguramente representaba una buena parte de su exiguo patrimonio. Actos ingenuos y conmovedores, pero de todos modos dan idea de lo que en los momentos difíciles somos capaces de realizar los mexicanos. Hay algo que es justo confesar —prosigue— la Iglesia católica estuvo con el Gobierno en esa ocasión; aceptó que hubiera colectas en las iglesias para pagar la deuda petrolera. Es uno de los pocos casos en que el clero ha estado franca y decididamente del lado de los intereses populares.

Sustituido por su fiel camarada y lugarteniente, Manuel Ávila Camacho, el militar más civil que pudiera encontrarse, la balanza tiende a equilibrarse: El presidente estaba por encima de todo, situado en el justo medio:

> Don Manuel, al que después dan por llamar el presidente caballero, tiene un sentido agudo de lo adecuado, hombre fino discreto, bien educado, la coyuntura política requería no al caudillo o al líder carismático que entusiasmara a las masas, sino al político capaz de articular, dentro y fuera del bloque de fuerza en que se sustento el proyecto Cardenista, un consenso suficiente para poder gobernar (Loyo, 1983:21).

En el contexto de la segunda guerra mundial, la sustitución del nacionalismo antiimperialista por una política de buena vecindad se muestra como una medida sensata. Ávila Camacho concilia con los sectores privados y les abre un espacio en las filas del partido[138], a los oficiales de las fuerzas armadas los convence con buenas maneras y por el bien del país de optar, a su imagen y semejanza, por caminos civiles, mientras asume actitudes tolerantes y condescendientes con la Iglesia. Oficia como un gran conciliador que, por su ablandamiento en los principios revolucionarios, pierde influencia sobre las masas y consenso con el partido y el Gobierno.

Con el arribo del *cachorro de la Revolución*, definitivamente identificado con la iniciativa privada, el desarrollo y una clara simpatía hacia los Estados Unidos,[139] se habla por primera vez de la muerte de la Revolución. No hay principio revolucionario que respete o mantenga: elimina la educación socialista, defiende a los pequeños propietarios e incorpora el derecho de amparo al código agrario. Con Alemán Valdés se instaura el régimen de *la Revolución simulada*. Maneja tan bien el arte de la simulación, que no requiere romper con el discurso revolucionario, al asumir una política contraria a la Revolución. Tampoco se inmuta o pareciera sentirse ambiguo cuando incorpora al *revolucionario* Cárdenas, en su gobierno como secretario de la Defensa.

El siguiente viraje se hace patente al momento de ceder la banda presidencial. Su sucesor, Adolfo Ruiz Cortines en el acto de pronunciar el discurso de protesta, señala a Alemán con el dedo mientras sentencia: "No permitiré que se quebranten los principios revolucionarios, ni las leyes que nos rigen" (*apud* Krauze, 1997b:176). Acto seguido anuncia la inminencia del sacrificio

[138] Según Luis Javier Garrido (1986:466), "Al concluirse la reorganización del sector popular con el encuadramiento en su interior de nuevas categorías sociales, este podría proporcionar al presidente una amplia base social".

[139] Loyo (1983:30) documenta la existencia durante la administración de Alemán de una "Campaña articulada a través de los medios mas variados en la que la imagen de los Estado Unidos adquiría connotaciones cada vez mas positivas".

sustitutorio en contra de los amigos del presiente saliente, la suspensión de todos lo contratos hasta su revisión. Su rectitud, *algo teatral*,[140] vuelve más sagrada a la *sacralísima* institución presidencial. Ruiz Cortines hace gala de honestidad, decencia y moralidad. En sus giras el modesto tren sustituye al avión como medio de desplazamiento e instituye las juntas de mejoramiento, moral, cívico y ciudadano, que aluden a la necesidad de limpiar y purificar a la sociedad. Ostenta la austeridad republicana del buen administrador al cuidado de los recursos públicos, modera el gasto y por tanto no reparte, cancela el *don*.

La política distributiva, populista y nacionalista vuelve a aparecer con Adolfo López Mateos, el presidente carismático, simpático y *viejero*[141], que con su elocuencia de orador convence a las masas y aún a los Estados Unidos, sin necesidad de ceder ni un paso, en la sana distancia. La política del pan acompañada del palo. Crea el Fifonafe (Fideicomiso Fondo Nacional de Fomento Ejidal), la Conasupo (Comisión Nacional de Subsistencias Populares), abre nuevas tierras a la colonización, nacionaliza la industria eléctrica, pero también reprime, reiterando un franco estilo autocrático.

Ni sutil ni simpático ni elocuente, Díaz Ordaz fue de "línea dura [...] usaba el poder", según Antonio Ortiz Mena (*apud* Krauze, 1997b:297). Desde el primer día quedó claro el nuevo estilo: nada de formas y de ceremonias, ni de preeminencias familiares o influencias personales. El "Jefe Chiringas", "si te mueves te chingas", impone a sus colaboradores 5 reglas: "Díganme la verdad, no me pidan disculpas, si violan la ley pues viólenla pero que yo no me entere, cuidado con lo que me informen, no cambiaré el gabinete". El *tlatoani* era hosco, iracundo, desconfiado, rígido y crudo.

[140] "Los héroes épicos se crean para que sean vistos como objetos de una doble visión. La acción heroica, en cuanto tal, es el objeto de un relato y de una representación, es el espectáculo de un espectáculo [...] habla de la sociedad" (Augé, 1982:195)

[141] Según Roger Bartra (1993:84), "el ejercicio machista del poder sería una derivación de los tipos tradicionales de dominación: la gerontocracia, el patriarcalismo y el patrimonialismo".

Su más fiel subordinado, al igual que Cárdenas, esconde sus intenciones bajo un manto de docilidad. Una vez en el poder, Echeverría emula a su modelo cuando retoma los orígenes nacionalistas, campesinos y justicieros de la Revolución, pero al mismo tiempo les infunde un nuevo contenido ideológico; la teoría de la dependencia, como una religión. Un Estado cada vez más fuerte, una iniciativa privada cada vez mas acotada, el fin de los líderes charros, las inversiones para el campo y en vez de sano alejamiento, una actitud de provocación frente a Estados Unidos.

El último presidente de la Revolución Mexicana, según su propia definición, representa el gran símbolo, pretende concentrar en su persona casi todos los atributos dispersos, practica la simpatía y la elocuencia, capaz del llanto como de la ira, quiere el desarrollo y al mismo tiempo la distribución; frívolo, mujeriego, admite con orgullo su nepotismo. José López Portillo, busca la gloria.

El equilibrio del sistema político mexicano consiste en una oscilación pendular entre las características contradictorias de una identidad, un mestizaje que, parafraseando a Vasconcelos (1936), *aún no logró cuajar*. Los distintos segmentos sociales, raciales y culturales, aún se enfrentan en la arena de los símbolos de manera competitiva.

El estilo se vincula con los arquetipos del mito, que oponen formal-informal, material-espiritual. La austeridad o el despilfarro constituyen marcas diferenciales. A un gobierno de fastuosidad y boato como el de Miguel Alemán le sucedió la austeridad republicana de un Ruiz Cortines. La historia se repite con la frivolidad y el nepotismo asumidas y reconocidas por José López Portillo y la renovación moral de Miguel de la Madrid.

A la seriedad ampulosa de quienes hacen de la función presidencial una máscara como Cárdenas, Ruiz Cortines y Echeverría, siguen la bonhomía de un Ávila Camacho, la simpatía y el carisma de Adolfo López Mateos y la frivolidad de López Portillo. En materia de estilos: "El significado se desarrolla a partir de contrastes binarios de significantes" (Sahlins, 1988:190). Enfrenta con características inversas dos modelos, con posibles variables de tono o énfasis, el solemne y el frívolo:

Cuadro 11. Características de estilo

Solemne	**Frívolo**
Retraído	Simpático
Serio	Jocoso
Moralista	Mujeriego
Inflexible	Conciliador
Legalista	Favoritismo
Austero	Despilfarrador

En la práctica, las características no forman conjuntos, se combinan de manera aleatoria, un presidente solemne como Cárdenas puede manifestar una *anarquía amorosa*, practicar el favoritismo[142] y pasar por encima de las leyes. La lógica binaria vuelve a repetirse en relación con el ejercicio del poder. La dualidad presente en las parejas de héroes, dobles o gemelos, pareciera simbolizar y representar una ambivalencia,[143] muchas veces transformada en contradicción y otras menos en enfrentamiento violento, entre arquetipos o esquemas que también oponen dos modelos:

Cuadro 12. Características de sentido

Patrimonial	**Individualista**
Nacionalismo	Aperturismo
Distribución	Concentración
Derechos sociales	Derechos individuales
Centralismo	Descentralización

Por un lado los derechos colectivos, identificados con la vida comunal y la identidad primordial, pero también con el paternalismo y el caciquismo: la perdida de libertad e iniciativa individual como precio del logro de los derechos sociales colectivos. La co-

[142] Véase más adelante el papel de su hermano, Dámaso, en el establecimiento de un cacicazgo regional.

[143] La ambivalencia que intenta reflejar Paz en *El laberinto de la soledad*. Paz la ubica al interior de los individuos, como un desgarramiento interno. Aquí intento situarla en grupos o símbolos. Ambos abordajes, en lo conceptual coinciden.

munidad que se impone al individuo, pero le garantiza la satisfacción de sus necesidades. Derechos colectivos que, en una aproximación sociográfica, parecen coincidir con las prácticas tradicionales de las comunidades indígenas; proclives a ejercer supremacía de la comunidad sobre los individuos y de exhaustivo control social sobre la mente y el cuerpo de sus miembros. Un control comunitario lesivo a la lectura más superficial de los Derechos Humanos, proclamados por la Organización de las Naciones Unidas y aceptados por la mayoría de los países. Las comunidades indígenas mantienen y defienden la permanencia de *trabajos forzados*, al exigir el cumplimiento de *faenas*[144], las aportaciones a las fiestas y los *cargos*[145], como obligación (carga), retiradamente ponderadas por los antropólogos como expresivos de vínculos de solidaridad orgánica, o las no tan alabadas expulsiones por motivos religiosos. Este tipo de prácticas comunitaristas es retomado, con otros nombres y máscaras, por los gobernantes que como Cárdenas, asumen el modelo colectivo.

El paternalismo de *sentido absoluto*, manifestado por Cárdenas, emulado mas tarde por Echeverría, encontraría sus raíces en los derechos colectivos, de allí su insistencia en la colectivización del ejido, en la distribución centralizada, en el *don* como atributo fundamental del poder. Pero también es ahí, donde se origina su miedo a las organizaciones fuera de control: Cárdenas destruye la autonomía de la educación superior, crea instituciones de enseñanza vinculados directamente al Gobierno, y hace depender hasta a la intelectualidad, del poder omnímodo presidencial[146]. Por su parte, Echeverría intentó "devolverle al

[144] Las *faenas*, el *tequio* y otros nombres designan la obligación de prestar trabajo comunitario por parte de los miembros de la comunidad. La obligación no se pierde con la ausencia, a los migrantes se les contabilizan, frecuentemente, las faenas que adeudan. Desde la primera versión de la constitución el artículo 5º proclama: "Nadie podrá ser obligado a prestar trabajos personales sin la justa retribución y sin su pleno consentimiento [...]".

[145] Los *cargos* tanto en su versión voluntaria u obligada suponen en muchos casos el compromiso de financiar las fiestas en honor de los santos, como parte del catolicismo popular.

[146] El politécnico, La Escuela de Agronomía de Chapingo y la propia Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), deben su dependencia de

Estado, iniciativa en la política económica, atender a la agricultura campesina, formular medidas de orden redistributivo […] mantener un desarrollo nacional e independiente […] decidió entroncarse con la tradición del llamado nacionalismo revolucionario" (Pereyra, 1983:297).

En el otro extremo de la oscilación pendular se encuentran los derechos individuales, el individuo y su libertad en la cúspide de la valoración. El individuo que arrastra tras sí la carga del individualismo, de la competencia y asume al *darwinismo social*, como costo del progreso. Calles, comenta a José Valadés que "el fin de la libertad, es el fin de la iniciativa individual y esta significa el progreso del hombre y de los pueblos", al hacerlo se inscribe plenamente en el modelo que privilegia al individuo. Miguel Alemán no requiere declararlo, él y sus amigos ejercen el individualismo y la competencia, establecen un mundo de negocios donde todo se vale y gana el más listo. Los derechos individuales, que proclaman la iniciativa y la creatividad, se identifican a su vez con la cultura occidental, la parte blanca de la población y la tradición europea.

Indios enfrentados a blancos, derechos colectivos contra individuales, el norte frente al sur, como polos de una contradicción que intenta resolverse en un mítico mestizaje, que vuelve a aflorar recurrentemente a través de la historia y parece resolverse con la supremacía de uno u otro. Resolución temporal, más bien efímera, por la reaparición del conflicto en la siguiente oscilación. La oscilación y el juego entre los derechos individuales y los colectivos, entre la tradición y la modernidad,[147] recuerdan el análisis de Leach (1976:226), sobre el modelo Gumsa y el Gumlao:

Secretarías de Estado a esta necesidad de control hacia la intelectualidad, y al miedo del ejercicio liberal de la profesión, propios de los estatutos de autonomía de las universidades.

[147] González Pedrero (1985), en vez de una dualidad ubica una tríada, pues "La Revolución mexicana fue, en realidad una suma de revoluciones […] En el norte se postuló la democracia y el liberalismo como proyecto nacional; en el centro sur, se busco reivindicar la propiedad de la tierra en favor de los campesinos de siempre, y en el sudeste, se planteo un estado social avanzado, promotor y rector del desarrollo […] Pareció que tales diferencias, manifiestas desde un principio, habían sido absorbidas pro un criterio predominantemente de carácter nacional".

> La contraposición entre monarquía y república pertenece esencialmente a la teoría; en la práctica los dos sistemas resultan muy parecidos. Si nos concentramos sobre los modelos ideales tendremos que decir que estamos tratando de dos estructuras sociales opuestas: república igualitaria y monarquía autoritaria únicamente representan tipos polares en un sistema total de variaciones […] mientras que analíticamente es correcto considerar los sistemas *gumsa* y *gumlao* como pautas distintas de estructura social, los dos tipos, en su aplicación práctica, siempre están interrelacionados. Ambos sistemas son, en cierto sentido, estructuralmente defectuosos. Un estado político *gumsa* tiende a desarrollar rasgos que conducen a la rebelión, que desemboca, durante algún tiempo, en un ordenamiento *gumlao*. Pero una comunidad *gumlao*, a menos que este situada alrededor de un centro territorial fijo […] carece de medios para mantener unidos a sus linajes componentes en estatus de igualdad. Por lo tanto, o bien se desintegrará completamente por fisión o bien volverá a la pauta *gumsa*.

En el caso de México, cada vez que un presidente intenta reconstituir el pacto con las masas a partir del retorno a los esquemas redistributivos, la movilización social y aparentar atacar los privilegios económicos de la *élite*, genera, en términos de Pereyra[148], un "furor oposicionista" que, como reacción, provoca la necesidad de atemperar al siguiente período. El Estado fuerte mexicano pierde poder cuando es colocado a la defensiva y obligado a reestablecer el *clima de confianza*, atado por los compromisos con el FMI y sometido a la presión de la crisis económica. En sentido contrario, Armando Bartra (1980:54) constata que cada vez que el Estado abandona el agrarismo, pierde legitimidad y provoca la rebelión.

Echeverría desarrolla un distribucionismo populista al estilo patrimonialista de Cárdenas y a López Portillo, presionado por la burguesía particularmente su fracción rural, se le atribuye un cierto *antiagrarismo* en respuesta al fracaso del *neozapatismo* (Bartra, 1980:25). Los vaivenes provienen del *péndulo*

[148] Para el fin del régimen *echeverriista* constata en los empresarios signos más agresivos: "Nunca antes los medios de comunicación de masas habían sido utilizados con tal intensidad para defender los intereses de la empresa privada" (Pereyra, 1983:301).

de la nación que ha logrado oscilar cíclicamente, logrando un majestuoso modelo de equilibrio a través del tiempo, a un ritmo que combina la oposición de características con estadios intermedios, donde los rasgos dicotómicos aparecen atemperados por la existencia de posiciones neutras o ambiguas:

Esquema 2. El péndulo de la nación

Individual
Patrimonial
Solemne
Frívolo
1. Calles
2. Cárdenas
3. Ávila Camacho
4. Alemán
5. Ruiz Cortines
6. López Mateos
7. Díaz Ordaz
8. Echeverría
9. López Portillo

Calles, se ubica como solemne e individualista, le sigue Cárdenas que asume un igual estilo solemne, pero patrimonialista, el péndulo pasa por el centro con Ávila Camacho, que resta solemnidad a la investidura en una posición amable e intermedia entre lo individual y patrimonial. Miguel Alemán se ubica en el extremo individual y frívolo. Le sigue Ruiz Cortines, en una posición central de equilibrio, sustituido por López Mateos frívolo y patrimonial. Díaz Ordaz, individual y solemne (como Calles). Echeverría se ubica en el extremo patrimonialista y solemne (cómo Cárdenas) Lo sustituye López Portillo, como frívolo e intermedio entre lo individual y patrimonial.

Las oscilaciones generan, producen la ilusión del cambio, son parte del juego inacabado del orden y el desorden (Balandier, 1976:13). De ninguna manera niegan la estructura, se integran

a ella. Bajo el aparente conflicto y contradicción, los diferentes presidentes van consolidando y aportando elementos a la formalización de la institución presidencial. "El hecho nacional, implica la veneración del poder, la institución opera, para representar el conflicto, por intermediarios y por símbolos" (Legendrè, 1997:7).

Los virajes, tienden a ser percibidos por los analistas como definitivos y lineales: "El fracaso del *populismo echeverriista*, el desprestigio de sus *reformas* verbales, ha convencido a muchos sectores, tanto de empresarios, como de la burocracia política, de que esta vía esta definitivamente clausurada", afirma Villoro (1983:353). Tres sexenios seguidos de liberalismo rampante parecieran darle la razón, la recuperación de las banderas de la Revolución Mexicana, por el neocardenismo del PRD y la insurrección *zapatista*, lo contradicen. En realidad, es preciso reconocer que "no se puede eludir el problema de las recurrencias y las sobrevivencias debido a que ninguna sociedad nunca queda liberada por completo de su pasado" (Balandier, 1973:190).

La oposición de características de los héroes y su capacidad de constituirse en arquetipos en un primer momento y de los presidentes en prototipos, en el segundo momento, constituye la base de las taxonomías populares. Clasificaciones no necesariamente exhaustivas, ni ordenadas. No recurren a complejos modelos económicos sobre teorías sustantivas, ni a ideologías abstractas y coherentes. La población en general no puede discernir si en Harvard se aprende un modelo desarrollista o econometrista, ni las implicaciones prácticas de su aplicación en su vida cotidiana, pero si entiende y maneja como síntoma la formación en el extranjero o la pertenencia a familias acomodadas de los presidentes y sus gabinetes. Recurren a clasificaciones binarias, a la dualidad, la alternancia de cualidades, a la oposición y la simetría. Las taxonomías permiten a los *legos* manejarse con un orden conceptual estable, entendible y estructuran, por tanto, la acción social. El pueblo, al comprender la oposición entre candidatos frívolos y solemnes y entre patrimonialistas que distribuyen e individualistas que concentran la riqueza y anexarle la posibilidad de la alternancia, puede esperar una sustitución, mas o menos próxima, como sucede en la

naturaleza. Con la regularidad que al invierno le sigue el verano, los tiempos sexenales se suceden con sus características inversas y al favorecer a uno u otro sector, restauran la armonía.

IV. LOS JEFES Y SUS SEGUIDORES

EL ORDEN de los poderes públicos funciona en tanto representantes, oficiantes del poder trascendente: la Revolución. Los funcionarios y los políticos se asumen como servidores, al fin de cuenta siervos de la nación, siervos de un orden supremo que los faculta como oficiantes e intérpretes de la Revolución. Es a partir de este orden vinculado con lo trascendente como se organiza la autoridad. Desde arriba hacia abajo se repite la lógica en cascada. Desde donde radica la autoridad, el poder máximo y trascendente hasta el último nivel, cada cual ejerce la inmanencia de los poderes prestados (Legendrè, 1997:77), al actuar en nombre de la Revolución. La lógica que secularizó a la Revolución impregnó de sentido al orden de la jerarquía mediante el mecanismo de la delegación. La organización de la institucionalidad parte de esta construcción simbólica, pues moviliza fuerzas sociales, concretas y actuantes, en este caso la trinidad PRI-Gobierno-Estado, durante años soportada sin que el pueblo dude de su eficacia.

La religión popular en México es una religión de la petición. Dios y los santos proveen favores. Igualmente partido y gobierno, asumen el papel de instancias de la petición y la concesión. La tierra, el agua, los servicios, hasta los aumentos salariales concedidos como dádivas de la Revolución. El proceso de construcción del nuevo orden institucional partió de la destrucción y reestructuración de estilos anteriores de lideraz-

gos, bajo una nueva máscara, la nueva inmanencia derivada de la Revolución.

De los jefes militares a los políticos: los grupos

Para la Institucionalización de la Revolución era necesario destruir los lazos de clientelismo caciquil propios de los jefes militares, aunque fuera sustituyéndolos por otro tipo de cacique. La peligrosidad de los jefes militares radicaba en su *autonomía armada*. La autonomía, *cuasi* anarquía, permitía a los caudillos cambiar de adscripción según la oferta o conveniencia. En las armas se sustentaba el poder y el atractivo para los grupos en pugna o para constituirse por sí mismos en un centro de poder independiente. Las continuas sublevaciones y levantamientos armados en apoyo de uno u otro líder o en función de un programa, así como intentos autonomistas como el de Peláez en La Huasteca,[149] evidenciaban la imposibilidad de sustentar un orden de Estado mientras existiera la posibilidad de un alzamiento. Someterlos y cambiar el sistema de lealtades personales hacia las instituciones constituía un imperativo por el bien de la nación.

La fuerza de los cacicazgos armados dependía de la cantidad de hombres, bajo el mando del cacique, susceptibles de ser aportadas como contingentes armados para las luchas faccionales. Por su parte, el control de la gente bajo su mando radicaba en la posibilidad del cacique de instrumentar medidas de gobierno en las zonas bajo su control con relativa autonomía. Medidas de gobierno que incluían el control de los medios de producción con el reparto discrecional de tierras y otros bienes, la capacidad de nombrar a sus representantes como autoridades y el manejo

[149] Desde noviembre de 1914, Manuel Peláez mantenía un ejército en armas en las regiones petroleras de Veracruz, Tamaulipas y San Luis Potosí, según Silva Herzog (1984:128): "Peláez trató de sustraer la región petrolera del dominio del gobierno nacional. Peláez con su ejército de aventureros estuvo sostenido por las empresas petroleras norteamericanas e inglesas en lucha abierta en contra de México".

discrecional de la coerción y la violencia social para mantener vivos movimientos políticos en la región.

La posibilidad de repartir tierras fue poco a poco incautada con los decretos que centralizaron la *potestad del reparto* en el Ejecutivo Federal y con la formalización de los *instrumentos del reparto* en una dependencia del ejecutivo. Con diferentes nombres, Departamento Agrario y posteriormente Secretaría de la Reforma Agraria, canalizaron las demandas y necesidades mediante trámites y procedimientos institucionales por las dos vías reconocidas para la asignación de tierras, el "reconocimiento y titulación de bienes comunales" y la "dotación ejidal". Ciertas formas más o menos autónomas como las colonias militares quedaron al margen de la ley y sus propulsores desautorizados.[150] Ambas formas, las autónomas (colonias militares) y las institucionales (ejidos y comunidades) entraron en competencia. Se llegó, inclusive, al reparto de armas a los núcleos ejidales para defender las tierras legítimamente dotadas y enfrentarse a quienes las habían obtenido de un acto arbitrario por parte de un líder regional.

Las alianzas regionales y nacionales basadas en la aportación de contingentes armados perdieron funcionalidad al concluir las luchas faccionales y con la progresiva desmilitarización de las tropas irregulares. La función en relación con el control de la población no desaparece en su totalidad, paulatinamente se transforma en una nueva, la aportación de votos y contingentes para las movilizaciones. La capacidad de designar autoridades locales, sin desaparecer, se subordina mediante la institucionalización del *dedazo,* que centraliza en la tríada, Partido-Gobierno-Estado la capacidad *discrecional* de asignar los puestos de representación popular. En adelante, competería a las instituciones, teóricamente al *partido*, la función de seleccionar a los candidatos institucionales, los *candidatos de unidad*,[151] ante quienes las fuerzas y los contingentes regionales deberían subordinarse. Es innegable que la influencia de los caciques permanece en la im-

[150] Véase el análisis de la minimización de las colonias militares del general Cedillo en las Huastecas, en Pozas *et al.* (1982:184-215).

[151] Entre otros epítetos utilizados para designar la supuesta existencia de candidatos *del partido,* en vez de los que representan a los grupos.

posición de candidatos. La modificación radica tanto en el fondo como en la forma. La negociación en los pasillos del partido, el *pago* por los cargos, sustituyó a la imposición por *mis pistolas*. El cacique moderno soborna autoridades, a delegados del partido, debe favores a otros, con los cuales establece un sistema de reciprocidades. Difícilmente los mata, aunque puede hacerlo. El cacique, inserto en una red de complicidades, favores y lealtades hacia arriba y hacia abajo, perdió autonomía.

El papel de la coerción, implícita en el manejo discrecional de la violencia social, disminuyó al diluirse la pugna jacobina con la Iglesia, con los ricos o entre grupos pertenecientes a fracciones rivales y corrió paralela a la desmilitarización de las bandas armadas locales y regionales. *Mutatis mutandi,* "algunos generales se hicieron fuertes en estados o regiones y construyeron férreos cacicazgos que el gobierno no combatió sino que utilizó en provecho propio. Tu me obedeces, yo te protejo, era la regla de oro" (Krauze, 1997b:60).

En el gobierno de Alemán, los generales revolucionarios sobrevivientes amenazan con pasarse a la oposición y lo cumplen en el de Ruiz Cortines. La pugna inició a la antigua, con un levantamiento, la toma del cuartel de Delicias en Chihuahua, pero en vez de concluir en el fusilamiento o la expulsión de los vencidos, se concretó en un acto simbólico, su erección como conciencia moral de la Revolución, al agruparse en el *Partido Auténtico de la Revolución Mexicana*. El acto de prestidigitación, según recuerda Píndaro Uriostegui Miranda (INEHRM, 1987), fue concebido por el propio presidente de la nación, Adolfo Ruiz Cortines, al sugerir a los revolucionarios sobrevivientes agruparse, para

> ser testigos de la obra de la Revolución Mexicana, vigilantes de su cumplimiento, con la autoridad moral necesaria para en un momento intervenir en su defensa […] tuvimos el honor de que fuera el propio presidente Ruiz Cortines quien nos otorgara el registro.

La concentración de las atribuciones económicas, del control de las alianzas políticas y del manejo de la coerción y el consenso,

propias del poder de los caciques durante el período armado, en las instituciones, lejos de suponer la desaparición del estilo de jefatura, le asignó nuevas funciones. Los caciques subordinados a un orden superior, el de las instituciones conducidas sexenalmente por el presidente en turno, árbitro de todo pleito o disputa, persisten en la historia moderna de México.

Los jefes no desaparecen, se subordinan. En el ejercicio del poder a la manera tradicional mexicana la figura del Jefe sigue ocupando un papel fundacional. Constituye el punto de partida desde el cual se estructura el sistema de relaciones sociales, la jerarquía y la autoridad, base de la reproducción del orden y el mantenimiento de la archipublicitada *paz social*, pues representa el primer nivel donde se fundan las lealtades primordiales que amarran las relaciones personales a un sistema de reciprocidades y complicidades, con grandes dosis de perversión.

> Durante un período prolongado no puede desligarse de un sistema de control político capaz de absorber o de eliminar los múltiples enfrentamientos que amenazan la estabilidad. Este sistema contiene, en su práctica concreta, muchas modalidades y variantes que manejan lo mismo la esperanza que la represión, la cooptación que la exclusión, la movilización o el silenciamiento. Los caciques líderes y funcionarios públicos que desempeñan papeles importantes en el sistema de control tienen la más diversa extracción social y las motivaciones y objetivos más contradictorios, lo que se expresa en alianzas insólitas y soluciones particulares (Warman, 1983:115).

Los jefes, caciques, poderosos, articulan bajo su control a un grupo. Son las cabezas de un grupo y la pertenencia a un grupo constituye casi una condición *sine qua non* para la participación en política. Quien no pertenece a un grupo podrá ocasionalmente ocupar un puesto o una posición en la estructura de poder, derivada de su *status* adquirido, pero difícilmente podrá hacer una *carrera política*. Se requiere estar adscrito o adscribirse a un *grupo* con un titular, un jefe, líder o cacique. O visto desde la perspectiva contraria, "comprometerse con alguien distinto al jefe inmediato es condenarse al suicidio político", como afirma Manuel Camacho Solís (*apud El Financiero* 1993:4).

El desentrañar la lógica oculta de cómo se mueven los grupos, sus alianzas y conductas, permite entender *la política*. De allí deriva la práctica cotidiana de la mayoría de los políticos, quienes prefieren leer las columnas políticas donde se consignan los chismes de *la grilla* antes que las notas de análisis e interpretación de los artículos periodísticos, llamados de fondo. Las columnas consignan, como información importante, quién vio a quien, quién fue recibido por quien, en qué momento y con qué contexto. Permiten una lectura de la *interpretación relacional,* es decir, de cómo se mueven las alianzas y los intereses, más fácilmente decodificables y entendibles en su esquema de representaciones, que un profundo análisis con base en los intereses de clases formulado por un politólogo.

Componen grupos de identidad, relativamente informales, en tanto no cuentan con un registro jurídico, ni siquiera interno pues carecen de sistemas de inscripción o conteo de sus miembros. Como la mayoría de los sistemas de identidad recurren a dos mecanismos fundamentales de pertenencia: la autoadscripción y el reconocimiento por parte de los otros miembros. Tienden a ser exclusivos y difícilmente se acepta la pertenencia simultánea a dos grupos, pero existen mecanismos de transferencia de elementos entre grupos. Los grupos no se encuentran aislados, se inscriben en una compleja red de relaciones y alianzas a veces determinadas por su dependencia de un grupo mayor, en otras por la dependencia colectiva del presidente y también como repuesta a necesidades pragmáticas de la política.

Los grupos se constituyen en torno a un jefe que los articula. Funcionan como linajes, con referencia a un superior vivo, aunque puedan reconocer el acto fundacional por parte de un antepasado muerto, como en el caso de quienes reconocen como su maestro a Isidro Fabela. El grupo será reconocido o se identificará por el nombre del jefe —grupo Echeverría— por una referencia territorial estatal o regional —el grupo Veracruz o el Atlacomulco— o por su sitio de gestación, grupo Universidad. Articulados a partir de un jefe, los próximos, los más cercanos, con mayor grado de inmanencia, tienden a constituirse a su vez en jefes de otros grupos, pues al igual que los linajes tienden tanto a incluir sublinajes, como a la ficción. Cuando uno de esos

jefes de grupo ocupa una posición suficientemente notoria, parece autonomizarse y constituirse como cabeza de grupo, producto de una ficción. Entre titulares de subgrupos pueden enfrentarse y recurrir a la violencia, sin dejar de pertenecer al grupo mayor. Frecuentemente vuelven a unificarse o aliarse cuando cambian las circunstancias, al enfrentar un peligro externo o cuando un jefe ocupa un puesto en la jerarquía. Pueden reagruparse por la necesidad de un equipo ampliado, de mantener contactos en otras áreas o como respuesta a la convocatoria expresa del titular del grupo mayor a la reconciliación. Cada grupo puede dibujarse con una estructura piramidal. A la cabeza el jefe, bajo él los subjefes, cada uno con sus seguidores, que a su vez tiene sus grupos. En cada corte horizontal se producen confrontaciones y alianzas en función de escalar posiciones, eliminar competidores o sumar fuerzas, siempre en relación con el jefe. Las tendencias disolventes de las competencias horizontales son neutralizadas por el poder centralizado del jefe que puede poner fin a una disputa con una palabra, pero mientras no resulte extremadamente necesario no lo hará. Una cierta dosis de competencia en el interior colabora a mantener el equilibrio entre pares y evita el surgimiento de subjefes con demasiado poder.

Esquema 3. Estructura de los grupos

Jefe de grupo
Subgrupo A
Alianza competencia
Subgrupo B
Alianza competencia
Subgrupo C
A. 1
A. 2
A. 3
B.1
B.2
B.3
C.1
C.2
C.3

Los jefes establecen redes de relaciones horizontales de complicidad que permiten la inserción de los grupos y sus miembros en una estructura más amplia, la del poder regional y nacio-

nal, siempre, aparentemente[152] sometida a la máxima jerarquía, la del presidente, como titular momentáneo del control de todos los grupos. La autoridad deriva siempre de la estructura máxima y de ella deviene su parte de poder.

Se diferencian de los linajes por recurrir más al parentesco ficticio que al real, si bien el parentesco real no esta exento de la estructura de los grupos, ya sea lineal, los hijos; colateral con la presencia de primos y hermanos, o por alianza, cuñados, yernos y también amantes. Por lo general, los grupos se constituyen a partir de los *camaradas* y sus seguidores respectivos. El término camarada, en este contexto, no implica connotaciones ideológicas, ni referencias a su uso por los comunistas, sino a su sentido etimológico, camaradas por personas que comparten un espacio laboral o profesional. Se denominan *compañeros de banca* cuando la relación se estableció en la escuela, *de sector* si se conocieron en la militancia en uno de los sectores del partido, o también cómo compañeros de trabajo. De manera que no se trata de parientes, en sentido estricto. La falta de un parentesco real es compensada por la frecuente recurrencia al parentesco ritual, mediante el establecimiento de relaciones de compadrazgo o referencias, en el lenguaje, al seudoparentesco, al llamarse entre sí compadre, hermano u otras formas que denotan proximidad, exista o no del vínculo y la incorporación de nuevos miembros mediada por ritos de *adopción*, aunque formalmente no se denominen como tales.

> Las lealtades primordiales como la del parentesco consanguíneo o ritual (compadrazgo) y las relaciones de confianza, es decir, la familia y la amistad, han sido un rasgo predominante en el sistema político mexicano que ha favorecido la continuidad en el país, de la elite mejor conocida como *familia Revolucionaria* (Vargas, 1982:151).

[152] Como ha quedado demostrado recientemente con las deserciones por bloques de grupos completos del PRI y su pase a otros partidos, la lealtad primordial sigue teniendo preferencia por el jefe, antes que el presidente.

Un jefe, aunque lo desee, no podrá desprenderse de sus parientes, representan una carga muy pesada, pero es la familia. La historia de los hermanos incómodos no es reciente. Dámaso[153] lo fue para Cárdenas; Maximino para Ávila Camacho, a los que se agregan los hijos, como el de Hank González, los primos como Fernando Casas Alemán y los sobrinos incómodos. La capacidad de incorporar a los miembros de la familia enuncia una parte de la manifestación del poder. El jefe se convierte en protector, se hace *responsable*, asume la carga de los parientes, como lo hará de aquellos a quienes adopta como miembros de su grupo-linaje. Expresa un mensaje simbólico más que real. Al final de cuentas, los parientes no requieren ser parte del grupo o contar con la protección del jefe para beneficiarse de su consanguinidad. Muchos actuarán por su cuenta, sin el aparente consentimiento del jefe. Basta con invocar su proximidad genealógica para manipular el poder *prestado*. El mecanismo es sencillo, recurrir a quienes le deben favores al *jefe* o a quienes desean que el *jefe* les deba favores y sin necesidad de mencionarlo opera el conocimiento previo del parentesco para ostentar la inmanencia del poder prestado, sobre todo ante aquellos no tan próximos como para saber el grado de proximidad o compromiso real. Funciona de maravilla con los subordinados del jefe, que jamás se atreverán a preguntarle si su pariente viene o no en su nombre. Quien otorga el favor no lo hace a la persona, sino por las relaciones de reciprocidad o agradecimiento que espera establecer con el pariente poderoso.

Con los hijos se genera una relación diferente. Los jefes, que generalmente se hicieron a sí mismos sobre la base del *propio esfuerzo* (al menos los de la primera generación), aspiran a tener sucesores, a fundar un linaje que perdure. En parte lo logran a través de los llamados *hijos políticos* —que en este caso no alude al yerno—, aquellos de sus seguidores adoptados como favoritos por sus dotes o talentos personales, a los que impulsan para que ocupen posiciones importantes. Pero también desean que alguno de sus hijos reales participe en política y destaque.

[153] Un corrido popular en los treinta decía: "Córtale las uñas a tu ilustre hermano. De Lombardo y Dámaso, líbranos, Señor".

Muchos son los hijos que circulan en el medio político, pocos los destacados. Los Cárdenas ya llevan tres generaciones y buena parte del equipo de Cárdenas está constituido por hijos y hasta nietos de políticos cardenistas. Los Alemán, recientemente reincorporados, llevan cuatro generaciones, contando al general; tres los Echeverría, incorporando al abuelo por línea materna; dos los Madrazo y los Salinas, por mencionar algunos de los nombres más conocidos.[154] La de Bartlett se remonta a los primeros constitucionalistas en 1812. A los hijos y parientes es preferible recomendarlos con otros equipos, sin embargo, el nepotismo aparece cíclicamente en las presidencias, gobernaciones y otros cotos de poder.

Muchos prospectos de jefes, incorporados desde jóvenes a un grupo, lograron matrimonios hipérgamos con una hija de la familia política o de familias de tradición. El ingreso a un grupo como miembro pleno, permite frecuentar las casas de las cabezas y con suerte vincularse a los hijos, sobre todo a una hija. Los matrimonios con hijas de la familia revolucionaria son muy frecuentes. La lista podría ser enorme. En las primeras generaciones de políticos, de origen humilde en ascenso gracias a la Revolución, fueron frecuentes los matrimonios con *muchachas de buena familia*, hijas de la aristocracia arruinada, venidas a menos o con pretensiones *gatopardeanas* de adaptarse a la nueva situación. Carlos Fuentes pinta magistralmente la situación y convierte a Artemio Cruz en el arquetipo del político revolucionario. Con el tiempo la situación cambió, ya no es tan fácil encontrar hijas de familias *patricias* en la búsqueda de un protector, pero sí a hijas de políticos con los cuales estrechar la alianza al convertirse en pariente. Después de al menos tres generaciones de políticos revolucionarios existe una trama bastante compleja de parentescos en la familia revolucionaria.

Quien no pueda consolidar su pertenencia al grupo por medio del matrimonio, puede al menos aspirar al padrinazgo o el compadrazgo. Es frecuente que los estudiantes de carreras con vo-

[154] "El sistema de relaciones personales y lealtades primordiales ha creado una clase dirigente de familias burocráticas que durante décadas se ha ido especializando en el gobierno y la administración pública" (Vargas, 1982:137).

cación natural por la política busquen como padrino de generación a algún político de peso. La petición incluye la expectativa de trabajo y por supuesto de ir ganándose un espacio en el equipo. Un padrinazgo de este tipo constituye un nexo muy débil, pero para los profundos se requiere el ingreso previo como miembro del equipo o del grupo. Los padrinazgos preferentes son los de boda o de bautizo.

La pertenencia a un culto como las logias masónicas, iglesias o prácticas como el espiritismo operan con eficiencia en su calidad de formas rituales de establecer hermandades. A las sesiones espiritistas en casa de Calles, asistían Morones, Ezequiel Padilla, Juan Andrew Almazán y Miguel Alemán, todos en algún momento candidatos a la presidencia. Las prácticas rituales hermanan. De hermanos se denominan entre sí los miembros de congregaciones. Godelier (1976) señala cómo en ciertas sociedades el parentesco se identifica con las relaciones de producción, en este caso el parentesco político se identifica con las relaciones de producción y reproducción del poder, a semejanza de

> las culturas tribales [donde], la economía, el gobierno, el ritual, y la ideología no se presentan como *sistemas* distintos [...] son polivalentes o multifuncionales. El parentesco, que supuestamente, en Occidente es confinado a lo doméstico, es en cambio el diseño de una sociedad (Sahlins, 1988:17).

Los miembros fundadores de un grupo pueden conocerse desde un espacio común, el pueblo, un grupo generacional en la escuela o la universidad, para el caso de los grupos recientes; la camaradería de un bando militar, para los de antes. El grupo de origen tiende a ser localizado. Inician con relaciones relativamente horizontales hasta que uno de sus miembros destaca y se convierte en cabeza. Cada uno de los miembros del primer círculo, de los más cercanos al líder, aporta a su vez a sus seguidores, conformados por sus propios compañeros de generación y aquellos subalternos miembros del *equipo*.

El *equipo* es el camino intermedio, la etapa anterior a la pertenencia al grupo. Los equipos se constituyen en los lugares de trabajo. En los equipos se integran ex alumnos, ex compañe-

ros[155] y sobre todo a recomendados de otros grupos o cabezas de grupos que sirven de instrumento para establecer un puente, una alianza. Con estos colaboradores, que cubren los llamados puestos de *confianza*, algunos tendrán el privilegio de ser considerados parte *del equipo*, aquellos a quienes se encargan las tareas confidenciales y con quienes hasta se consultan decisiones. De estos miembros del equipo pueden salir prospectos para integrarse al grupo. Para lograr el pase de una categoría —el equipo— a otra —el grupo—, la distancia laboral requiere ser acotada, establecer un mayor grado de familiaridad y amistad con el jefe, tal vez una relación de parentesco y que éste permita o facilite el contacto necesario para el ingreso al grupo.

Todo miembro de un grupo o de un subgrupo reconoce a su cabeza y se refiere a él con familiaridad, pero también con respeto, como si lo conocieran, lo hubieran tratado. La visión desde arriba funciona de manera inversa. Lo más frecuente es que no reconozca o siquiera conozca a quienes se consideran miembros del grupo. Opera una lógica en cascada, los de arriba ven la primera capa, los de ésta a la segunda y así sucesivamente. Horizontalmente, la visión es menor, los miembros de los subgrupos ni siquiera se conocen entre sí.

Por centrarse las relaciones en el jefe, los subgrupos pueden no conocerse entre sí o pertenecer a un mismo grupo, en diferentes posiciones, sin interactuar. De igual manera opera hacia abajo, los subgrupos de un grupo pueden conocerse o no entre sí. Cuando una cabeza de subgrupo se aleja arrastra a todos sus miembros, quienes pierden el vínculo y el contacto con los otros subgrupos y el reconocimiento del superior. Se salvarán quienes por contactos previos puedan incorporarse a otros grupos y afrontar el riesgo de ser considerado desleal. Una de las principales condiciones para la pertenencia a un grupo *es la lealtad, en las buenas y en las malas*. El temor a de incurrir en un acto de deslealtad induce a los miembros de un subgrupo a esperar a que sea el *jefe* quien tome la iniciativa de proponer su pase o incorporación a otro grupo. Se trata de una situación doblemente

[155] Tanto los ex alumnos como los ex compañeros comparten en otra dimensión una adscripción localizada.

perversa, por un lado inmoviliza a quien teme aparecer como un traidor, incapaz de buscar colocación en otro grupo; al jefe le genera una pesada carga y la responsabilidad de encontrar colocación a sus seguidores; mientras que a la cabeza del linaje lo libera de una rama de la familia de la que no desea hacerse cargo. El jefe directo, responsable por la suerte de sus seguidores, se sentirá obligado a buscar una posición política o administrativa dónde *colocar* a su equipo o, en su caso, a establecer alianzas con otros grupos, y solicitar la inclusión de sus seguidores en otro equipo. Cuando se pide un favor se establece una deuda a pagar el otro equipo enfrente una situación similar. La otra opción, la de buscar un espacio donde quepan todos (el jefe y sus seguidores), limita la autonomía, obliga a los jefes a permanecer dentro del sistema. La primera, constitutiva de deuda, genera una circulación de personas entre grupos, similar a la descrita por Godelier (1977) cuando al escasear los víveres en el territorio de un clan los miembros se distribuyen temporalmente en otros territorios clánicos, donde tienen parientes.

Probablemente quien se siente o autoadscribe como integrante del grupo, mantenga contacto, hacia arriba, con un miembro efectivo y reconocido del grupo. Si la relación con el miembro efectivo del grupo es cercana, su destino estará unido al grupo. A través de esta relación podrá adquirir visibilidad, pues para ingresar se requiere ser presentado. Quien desea incorporar al grupo a algún miembro de su equipo, buscará las formas para presentarlo, propiciará encuentros con otros miembros del grupo, pero sobre todo con quien se encuentra a la cabeza. La mirada del jefe concede el reconocimiento, la mención por el nombre propio, una palmada en la espalda, una sonrisa en público, sugiere un primer nivel de aceptación. El reconocimiento no resulta suficiente, pertenecer a alguna célula constituye un requisito imprescindible. Hay quienes se acercan, se hacen ver, obtienen el reconocimiento, hasta una cita, pero si con anterioridad o posterioridad no logran introducirse en alguno de los equipos, no lograrán convertirse en miembros efectivos del grupo. Para los autoadscriptos a un grupo, la demostración de proximidad conlleva la inmanencia. En algunos casos la fingida familiaridad abre puertas, pero entraña peligros, se corre el riesgo de ser

considerado oportunista y consecuentemente bloqueado, obstaculizado y atacado, por quienes forman parte del grupo y de los equipos.

Ser jefe constituye una carga, y muy pesada. Un jefe lo es en la medida que conserva a un grupo de seguidores e implica asumir la responsabilidad de su mantenimiento. La carga es sencilla si el jefe ocupa un puesto o una posición importante que le permite distribuir puestos y posiciones o tiene la suficiente influencia como para incidir sobre decisiones que le permitan colocar gente, por ejemplo, en las listas de candidatos a puestos de elección popular. Se constituye en una carga cuando el jefe queda, permanente o temporalmente, sin poder.

La distribución de puestos también entraña problemas. La posesión de características diferenciales por parte de los miembros del equipo facilita ubicarlos de acuerdo con sus aptitudes, pero al ser limitadas las posiciones de primera línea se generan fricciones entre los aspirantes a ocuparlas y el posterior resentimiento de los relegados a un segundo plano. Los jefes deben realizar verdaderos malabarismos y juegos de estrategia para distribuir las posiciones, sin lesionar la integridad y solidaridad del grupo.

El problema se complica cuando el jefe está temporalmente fuera del poder. Requiere mantener al grupo, evitar las deserciones, si pretende volver a ocupar un lugar en la política, pero carece del espacio para repartir posiciones; a pesar de estar afuera *de la jugada* el jefe se ve obligado a colocar a su equipo. Se trata de una verdadera carga, una presión moral y emocional, de la que cuesta liberarse. "No puedo renunciar, más de 200 gentes dependen de mí", "[…] debo conseguir un puesto donde llevarme a mi equipo", "[…] debo conseguir empleo a N gentes", como imperativo moral son frases que realmente se escuchan. En realidad se trata de personas adultas, con una carrera, sin impedimentos que justifiquen la dependencia. Independientemente de sus aptitudes, el jefe considera su deber velar por sus seguidores, conseguirles trabajo, por su parte los subordinados esperan y demandan con sus actitudes, que lo haga. Para responder a tal expectativa, el jefe establece de antemano una red de reciprocidades incorporando a personas de otros equipos al

suyo; de esta manera, otros jefes le *deben* favores. Cuando él se encuentra en la necesidad de colocar a su equipo podrá recurrir al *cobró* de favores, en aquellos equipos de los que él recibió algunos miembros. Un jefe previsor integrará en su equipo a muchos recomendados que le permitan generar una red amplia de reciprocidades.

Pero no podrá colocar a todos sus seguidores en otros equipos, ni siquiera es conveniente. Un jefe debe seguir siendo jefe, mantener bajo su dependencia un grupo de colaboradores, conservar un espacio laboral o profesional por fuera de la política, donde refugiarse, simular la ocupación y donde mantener a los colaboradores cercanos. Probablemente esta necesidad de simular y mantener una apariencia de poder, cuando se está fuera de la administración pública, como forma de mantener una dosis de poder, inspiró a Hank González su célebre frase: "Un político pobre es un pobre político".

No todo la responsabilidad de la jefatura radica en puestos o empleos, incluye la garantía de un mínimo de seguridad y la seguridad en México se relaciona con influencias. Al igual que atesora dinero y favores, el jefe mantiene redes de contactos en diferentes áreas de la administración, para recibir información, neutralizar enemigos, manejar la prensa o al menos poder filtrar alguna información; en dos palabras, mantiene contactos e influencias. Todo aquel que aspira a ser o es jefe sabe que requiere de la acumulación previa de recursos, para su redistribución, a través de regalos y posiciones. Los demás también lo saben, en el entendido que los políticos *roban para hacer política*. Los propios seguidores esperan que demuestre su poder con ostentación. Cuanto más ostentoso es un jefe, mayor poder emana. Aunque los seguidores carezcan de recursos, posean ingresos modestos, opera una especie de identificación mimética. La riqueza del jefe se transmite junto con la expectativa de algún día llegar a ser como él. En muchos aspectos, los jefes presentan parecido con los *bigman*:

> El *bigman* es un hombre que posee un poder adquirido gracias a sus propios méritos, no es heredado ni heredable [Tienen] capacidad de acumular riquezas y de redistribuirla con una genero-

> sidad bien calculada. Estos talentos, esta riqueza y esta habilidad para imponerse en la competición de dones y contra dones, en los intercambios ceremoniales entre su clan y los clanes vecinos, entre su tribu y las tribus vecinas, le valen poco a poco la gratitud y la lealtad a un determinado número de individuos que le están agradecidos y de un número mayor de gentes que lo conocen por su fama y reputación. En torno a él se forma poco a poco una facción compuesta de parientes próximos, de aliados y de vecinos que consienten con gusto en ayudarle en sus empresas mediante los servicios que le prestan o los regalos que le ofrecen. Será sobre esta facción sobre la que se apoyará para hacer *crecer su fama* más allá de las fronteras de su tribu y de las tribus vecinas (Sahlings, *apud* Maurice Godelier, 1982:196).

Las primeras generaciones de jefes fueron, tal como lo soñaran Justo Sierra y Andrés Molina Enríquez, los prototipos del mestizo a quien se le abrieron las puertas gracias a la Revolución. Gente que salió de la nada, un *self made man*, en el esquema norteamericano, *hijo de la cultura del esfuerzo*, diría Colosio, aludiendo a este mito. Los precursores de la Revolución mistificaron su misión, les adjudicaron una visión redentora, creyeron en su papel como agente modernizador, mientras los cronistas posrrevolucionarios justificaron sus abusos por el deseo de progreso, la necesidad de industrializar y de generar riqueza para repartir:

> Los nuevos elementos se fueron desgajando de las filas de la Revolución: funcionarios o ex funcionarios enriquecidos, traficantes de influencia gubernamental que lucraron con los contratos de obras públicas o la venta de mercaderías deterioradas (Silva Herzog, 1984:64).

De origen humilde, algunos sin demasiada instrucción pero con *intuición*, al igual que los héroes de la mitología, su característica distintiva fue la astucia —*mucho colmillo*—, se dice. El afán modernizador e industrializador que habían de imprimirle al país, fue en realidad su habilidad para constituir su propia empresa política.

La política mexicana es cruel. *Huitzilopochtli* sigue reclamando víctimas a quienes arrancarles el corazón. Un grupo que llega al poder permitirá a sus miembros compartir la vorágine de su ejercicio, la capacidad de decisión e influencia, la posibilidad de modificar o crear políticas públicas, la potestad de imponerse y someter a otros grupos. La mención del poderoso basta para acallar o disciplinar grupos o líderes. Pero cuando un grupo es destronado y suplantado por otro grupo, al igual que los ex presidentes, sufren una muerte simbólica. Los titulares, los más encumbrados, podrán aspirar a algunos premios de consolación, posiciones tal vez no modestas, como la dirección de empresas paraestatales donde obtener un buen ingreso, pero alejados de la posibilidad de influencia sobre las decisiones sustantivas. Un refugio de acomodo para algunos allegados. Los restantes verán decaer su fortuna y vivirán en carne propia el desplazamiento y la sensación de *apestados*. Los relevos aparecen como generacionales, una nueva generación más joven se posiciona y desplaza a la anterior. Los viejos podrán aspirar a una asesoría, donde ni asesoran, ni opinan pues saben que no serán escuchados. Sus corazones al aire, muertos de falta de poder. Se atribuye a Adolfo Ruiz Cortines la distinción entre los políticos que disfrutan su ración de sapos y los que la tragan con repugnancia y a solas hacen esfuerzos por vomitar, en su caso y a pesar de sus esfuerzos por vomitar, reconocía que ni la vejez puede con la política. Sólo la muerte la vence. El personaje de Spota (1975:124) en sus reflexiones:

> Recordó que había una ley, no escrita y sí escrupulosamente acatada, según la cual en una competencia por la primera magistratura, los finalistas no solo pierden la ocasión de señorear en el palacio nacional, sino también la de continuar en la política activa. Antes se les fusilaba o desterraba. Ahora se les olvida.

Opera, también en el caso de los jefes y sus seguidores, una muerte simbólica.

Los espacios del poder: el partido

Partamos de una premisa, el partido nunca fue un partido:

> Los antiguos caudillos revolucionarios habían afiliado al PNR los contingentes que formaban sus partidos y cuando éstos se habían disuelto el PNR se había ido progresivamente convirtiendo en un estado mayor sin tropas (Garrido 1986:295).

El partido surgió de una alianza entre grupos armados, un acuerdo, más o menos civilizado, para la distribución de espacios en la política. Desde su inicio el partido estuvo integrado por grupos y al despertar los grupos (que operan partiditos), siguen allí.[156] Con el tiempo, se fue transformando en un amplio frente para encuadrar a las organizaciones más importantes del país en

> una organización de masas en la que los militares, empleados públicos, campesinos, trabajadores, maestros y otros grupos de las capas medias de la población pudiesen legitimar la acción del gobierno, consolidando de esta manera el aparato estatal posrrevolucionario (Garrido, 1986:295).

Del reparto entre caudillos militares, transitó a la distribución entre organizaciones de masas. González Pedrero (1988:11), considera que "la transformación del PRM en una organización de sectores, representaba con claridad a la sociedad mexicana de su tiempo". La lógica de los grupos permaneció en el tiempo, cada organización de masas fue un partido, un grupo, no necesariamente ideológico, en búsqueda de espacios de poder o puestos donde colocar a sus líderes y consolidar a través de ellos su poder e influencia. Son los grupos, a veces regionales, a veces ideológicos, los que constituyen los partidos dentro del partido. En un grupo se pueden integrar y se integran, individuos provenientes de diferentes sectores:

[156] Parafraseando a Monterroso, en uno de los cuentos más cortos de la literatura: "Y al despertar, los dinosaurios todavía seguían allí".

> Por un lado, la constitución del partido oficial (PNR, PRM, PRI), más que un verdadero partido político ha sido una federación de grupos con intereses distintos. El partido oficial no cumple la función de representar a ciertos grupos o clases en su lucha política contra otros, de intereses opuestos, sino la de aglutinar y mantener en equilibrio los intereses de los más diversos grupos, con el objeto de que su lucha política no ponga en peligro la estabilidad del Estado, sino que por el contrario le sirva de soporte [de allí su] carácter multiclasista y su integración por sectores y por organizaciones colectivas (Villoro, 1983:349).

La constitución del partido inaugura la oferta institucional[157] para regular y controlar la fuerza de las organizaciones sociales, transformadas en corporaciones. La carrera política, de manera análoga a las formas de gobierno indígena (Aguirre Beltrán, 1953) que alternan los cargos religiosos con los civiles; alterna los del ejercicio del liderazgo en su organización con los cargos de elección popular.[158]

Al partido como estructura, como institución, vaciado en la práctica de un papel en la generación de ideología[159] —pues la glosa del texto sagrado compete al hierofante—, le quedan dos funciones primordiales: operar la maquinaria electoral e integrar las listas de candidatos propuestos por los diferentes sectores. La definición de listas incluye la propuesta que equilibre la distribución de espacios entre sectores. Se recalca el carácter *propositivo* pues como se señaló anteriormente, la facultad decisoria también le fue incautada en favor de los ejecutivos. El presidente decide las posiciones más importantes, incluyendo su propia sucesión; los gobernadores, la ejercen en los estados y aun los

[157] "En la selección de candidatos se incluía a líderes agrarios y obreros […] contribuyeron a vincular más directamente a los líderes sindicales con los dirigentes políticos, iniciándose así un proceso de sometimiento de las organizaciones populares al partido" (Garrido, 1986:296).

[158] "Al crear mecanismos que permitían una cierta participación de los campesinos y obreros organizados en su proceso interno de nominación de candidatos, el PNR se convirtió potencialmente en una organización de masas sin paralelo, un poco más de tres millones de afiliados (Garrido, 1986:293).

[159] Muchos son los analistas que coinciden en que se trata de un partido sin ideología, como Garrido (1987) y Cosío Villegas (1977) entre otros.

presidentes municipales, para las regidurías. Los ejecutivos deciden los candidatos del partido, sin el partido. En opinión de Garrido (1986:293):

> Es durante la primera mitad del sexenio del general Lázaro Cárdenas, que el régimen mexicano se consolidó sobre dos instituciones fundamentales: un presidente de la República fuerte y un partido oficial que pretendía incorporar a la casi totalidad de las masas obreras y campesinas organizadas, presentándose más que nunca como el legítimo representante de la Revolución. El partido devino [...] en el sostén del presidente de la Revolución, pasó a ser una institución estatal bajo el control del Ejecutivo.

Aun con el nombre de partido político y afiliado a centrales de partidos internacionales, en sentido estricto, el PRI no es un partido político ni funciona como tal:

> Como México es muchos Méxicos y la Revolución muchas revoluciones, el PRI es muchos partidos. Por eso dentro del PRI se cumple el juego democrático que luego trasciende a todo el país. El PRI contiene *en sí mismo su propia oposición* (González Pedrero, 1988:5).

Opera como un apéndice administrativo de los gobiernos respectivos, recibe órdenes del presidente municipal, del gobernador y del presidente. Pero hay dos cosas que sabe hacer, un arte, que por su complejidad ya lleva el ampuloso nombre de la *ingeniería electoral* y el oficio de las ceremonias de la liturgia política.

La ingeniería electoral constituye una disciplina tan compleja, que me declaro incompetente para analizarla a fondo. Importan sus efectos, los triunfos electorales. Incluye desde la división de distritos electorales para compensar o neutralizar tendencias, hasta las diferentes formas de inyectar votos o *reventar casillas*, popularizadas con nombres como *los tacos*, *el carrusel*, *el ratón loco*; prácticas sustitutivas de los primitivos robos de urnas. Una verdadera especialización en interior del partido que implica una iniciación. Sus practicantes destacados son convocados ansiosamente en los estados, a la espera de una elección

peligrosa, con esperanzas en sus capacidades mágicas. Los caricaturistas los visten como brujos o magos y se conocen popularmente como los alquimistas. La peligrosidad de la elección no es condición *sine qua non* para que actúen, operan regularmente y por sistema en todas las elecciones, aun sin el peligro de la oposición. Una lectura pragmática adjudicaría su innecesaria presencia a una necesidad de fogueo, desde una lectura simbólica representa la necesidad del sistema de reproducir permanentemente la simulación del consenso unánime. Cuando se impide su actuación, en función de respetar acuerdos políticos previos con la oposición, los operadores entran en verdaderas crisis. Consideran la orden como un atentado a una función legítima e imprescindible para el funcionamiento electoral. Los alquimistas lejos de considerar su actuación como un hecho al margen de la ley, valoran el ejercicio de la alquimia como una función inherente a la legalidad revolucionaria. De allí, su orgullo de ser considerados como alquimistas y la existencia formalizada de la especialidad en la Secretaría de Acción Electoral del Partido Revolucionario Institucional.

El Partido es también un magnífico operador de la liturgia política. Sus oficiantes saben recurrir y utilizar los símbolos para movilizar a la población, crear estados extáticos y generar identidades colectivas. Conocen el discurso teológico y pueden apelar a los motivos del mito para provocar la aceptación o el rechazo de la población. Pueden y saben identificar o estigmatizar a los enemigos, manipulan los motivos del rechazo y la exclusión, de la sanción y el estímulo. Según Garrido (1986:295), es a partir de Cárdenas, que el PNR se presenta:

> Como el forjador del México Moderno y gracias a sus rasgos carismáticos heredero de las fuerzas que habían hecho la Revolución, constructor del aparato estatal pos revolucionario, integrador de la nación.

Ese carisma permite a los oficiantes seguir actuando en nombre de la Revolución y adjudicarse los dones que proporciona. El partido actúa como un gran maestro de ceremonias. En tanto el ritual "no es un asunto racional" (Castoriadis, s/f:10) la eficacia

de los sistemas de control y dominación radica, por encima de las creencias compartidas, en la implantación de un ritual exhaustivo. México es un país de rituales, la religiosidad popular, en parte herencia de la gestión evangelizadora, en parte producto de su propia creatividad, supone:

> Una secuencia estereotipada de comportamientos simbólicos orientados a la consecución de determinados bienes o valores, cuyos actores son protagonistas humanos constitutivamente indigentes en interacción ritual con actores *suprahumanos* reputados, poderosos y capaces de remediar toda indigencia humana (Jiménez, 1978:153).

El ritual político, de manera análoga, coloca a una masa indigente en relación con los oficiantes y figuras suprahumanas de quienes se esperan bienes. La política priísta asume un lenguaje ritual, repite sus modos de expresión y organización y logra ofrecer alternativas de conductas ritualizadas en un contexto de desacralización. La práctica política como símil de prácticas religiosas otorga idénticas sensaciones de seguridad, identidad y normatividad, al mismo tiempo que propicia una forma de contacto con los poderosos, con su inmanencia y capacidad transformadora del mundo.

El ritual en tanto una serie de actos deliberados e intencionales, repetidos cíclicamente de manera formalizada, se realiza en un espacio y tiempo definidos, sus participantes cumplen papeles fijos y sancionados socialmente, incluyen una serie de símbolos compartidos, emplean un lenguaje propio, expresan un conjunto de creencias y estos elementos contribuyen a crear las bases de una identidad grupal y la posibilidad de diferenciación con respecto a los otros, los contrarrevolucionarios o reaccionarios. Los ritos "son tanto temas como motivos en el vasto texto cultural" (Girard, 1986:161).

Todo ritual cumple una función en la demarcación del tiempo. En principio distingue el tiempo ceremonial del profano y es a partir de sus ciclos que se cuenta el tiempo. La vuelta de las semanas y de los años demarcada con el ritual, pero también el tiempo de la vida medida con él. La religión proporciona un ca-

lendario ritual que a fuerza de costumbre se convierte en calendario profano. Distingue los días sagrados de los comunes, "los que tienen nombre de los anónimos" (Giménez, 1978:159), los tiempos normales de los ceremoniales. La política agrega el calendario electoral. Define la separación de dos tiempos, el común y el tiempo político, que se alternan cíclicamente. Su ciclo comprende la postulación a los cargos de elección (acto misterioso o imprevisible, muchas veces comparado con el sínodo papal) que se repite desde el nivel nacional hasta el último de los municipios; la organización de la campaña y los actos de campaña, de enorme similitud con las fiestas religiosas; las elecciones; la repartición de puestos de designación; y la toma de protesta, acto de unción y al mismo tiempo rito de pasaje, donde el hasta entonces candidato modifica sustancialmente su papel social al ingresar al grupo no humano y a participar de lo trascendente. Al igual que en el calendario religioso, en el político hay tiempos cuya secuencia no puede ser alterada y otros, no considerados en el calendario oficial, que surgen de manera contingente a iniciativa institucional o de la propia clientela, como los vinculados al ciclo de vida de los poderosos.

El catolicismo popular añade al calendario litúrgico el tiempo de celebraciones a los santos locales (pueblo, región, nación), y construye sistemas de fiestas (Millán, 1993) a partir de las cuales las identidades respectivas se separan y reintegran en complejos ceremoniales. El calendario político se las ingenia también para evitar el largo plazo sexenal. Mediante la graduación de los procesos electorales, todos los años disponen de períodos de fiesta electorera que ocupan a la población en la práctica de los rituales conexos, reafirman identidades y los mantienen alejados de las arenas peligrosas de la confabulación.

Si bien todo culto define espacios específicamente ceremoniales, la práctica ritual sacraliza otros espacios. Como templo formal de la política, en las oficinas del partido, si bien no se toman las decisiones fundamentales, se realizan los rituales por medio de los cuales se develan los misterios y se sancionan las decisiones. Al igual que en el catolicismo, donde las basílicas, iglesias, capillas y santuarios tienen su jerarquía, los espacios del PRI también manifiestan rangos de importancia evidencia-

dos en el tamaño, lujo y atributos. Las oficinas nacionales, estatales y municipales evidencian con su aspecto su jerarquía. El templo católico, a diferencia de otros cultos, suele ostentar fastuosas ornamentaciones, una profusión de imágenes y la manifestación de su veneración con flores, veladoras y votos. Para sacralizar otros espacios se recurre a los mismos elementos, una imagen, un santuario, una cruz, veladoras y flores indican la presencia de un espacio sacralizado, carácter que se reafirma cuando es visitado por las imágenes sagradas o los oficiantes del culto. El ritual político recurre a los mismos mecanismos de la liturgia católica para sacralizar espacios profanos. Una casa cualquiera, un edificio público o un espacio abierto puede transformarse en un espacio sacralizado si se la acondiciona con los atributos simbólicos necesarios. Además del logotipo del partido, frecuentemente señalado como incautatorio de los símbolos de la nación, imágenes de los jerarcas o de su paso por el sitio que se quiere dignificar, con mayor peso simbólico, al denotar la reiteración de la sacralización.

El espacio ceremonial demanda cierta distribución y los actos políticos reiteran ortodoxamente sus elementos. En todo acto de importancia habrá un altar elevado, curiosamente llamado *templete* (diminutivo de templo); un *ara*, el presidio; el candidato y los oradores enviarán su mensaje desde un púlpito o *podium,* y el retablo o *proscenio*, además de los símbolos o logotipos, lleva siempre una imagen o imágenes de las deidades o figura prominente en la jerarquía que se quiere dignificar. Se trata de un espacio sagrado, sitio de concentración de poder. A su ingreso los fieles participan de su inmanencia, mientras el prestigio de los participantes se asocia con la proximidad.

En el edificio del partido se celebran gran parte de los rituales extraordinarios pero también se efectúan oficios periódicos que, aunque de menor magnitud, permiten mantener la cohesión y la identidad de grupo, pues sirven como aglutinador. Al edificio del partido llegan los grupos o *comisiones* a invocar, se presentan las demandas y se exteriorizan los agradecimientos, se reiteran las profesiones de fe y, se gestionan y planifican las actividades a realizarse en su interior y las que se realizarán en el exterior.

A pesar de la vinculación de los edificios del partido con el ejercicio de la política como un oficio sagrado, los actos realizados en su interior no suelen expresar demasiada inmanencia. El Zócalo de la Ciudad de México aparece en un primer plano en cuanto a carga simbólica, proseguido de los respectivos zócalos o plazas en cada uno de los estados. Allí, frente al sitio del ejercicio de la presidencia imperial y al lado tanto de la catedral como del templo mayor, se realizan los actos de mayor simbolismo. En los Estados la historia se repite mediante la asociación del poder público y el divino. La distribución del espacio urbano heredada de la colonia sirve para irradiar sacralidad a la gran plaza, testigo de las máximas concentraciones.

El comportamiento ritual involucra a personajes humanos y sobrenaturales, en posición intermedia aquellos que por su inserción en determinados cuerpos participan de la inmanencia de lo sagrado y son sujetos de sacralización. Entre los personajes sobrenaturales se incluye el panteón de héroes mitificados, evocados al mencionarlos en discurso o mediante la presencia de su imagen. Los candidatos suelen manifestar devoción por algún héroe, cuya conducta emulan e intentan evidenciar simbólicamente la analogía con a presencia de su imagen. Pero no sólo los muertos se ubican en el plano sobrenatural, los ungidos por el poder se encuentran en una situación liminar entre lo humano y divino, en un plano sobrenatural. En una posición intermedia entre lo humano y lo sobrenatural se encuentran los oficiantes, los expertos en el ritual.

Los oficiantes ostentan una importancia relativa vinculada a su posición en la escala de jerarquía. Un primer nivel jerárquico está determinado por la magnitud del territorio bajo su jurisdicción. El comité nacional, los estatales y municipales, respectivamente, pero también por la importancia del territorio. No es lo mismo el comité municipal del PRI de un municipio como Naucalpan o Tlalnepantla, con población e incidencia económica comparable a la de un país centroamericano que un municipio pequeño y rural. Para cada instancia territorial del partido la estructura se repite: presidente, secretario y las respectivas secretarías de nombre y función variables, según el tiempo y las necesidades, cada una con su *staff* de funcionarios. Los seccio-

nales del partido operan como especies de parroquias que a través de un clero regular mantienen el contacto permanente con la feligresía y se encargan de la organización de los rituales periódicos. Los sectores campesino, obrero y popular y las agrupaciones por edad y género como el Frente Juvenil Revolucionario y el Consejo para la Integración de la Mujer, por tener un tipo de miembros especializado y un objetivo definido, se asemejan a las órdenes religiosas, con sus respectivos carismas. Para el ejercicio del ritual actúan como auxiliares ceremoniales, aportando los contingentes de fieles a actos y movilizaciones. Cuando se desata un proceso eleccionario se subordinan a las exigencias de los candidatos, con la expectativa de ser favorecidos con posiciones en la otra jerarquía, la de la administración y participar del gobierno. Seculares y regulares tendrán que actuar un plan diseñado por otros. A pesar de su jerarquía representaran dócilmente un papel en espera de algún beneficio.

Ocupan los cargos voluntarios los aspirantes al ingreso, se trata de laicos, pues la mayoría no tiene una posición en la estructura del partido, aunque tengan relación o vinculación con algún miembro titular. Al igual que las mayordomías, muchos de los cargos son onerosos para sus titulares. Más aun cuando se trata de una campaña —en el nivel que sea— donde opera el interés de vincularse con quien en el futuro ostentará el poder. Los participantes en una campaña invierten considerables sumas de dinero, tiempo y recursos, sin promesa de retribución. Todos la esperan, realizan una inversión a futuro, apuestan a la bolsa de valores y al igual que el especulador, saben de la inexistencia de una promesa de contra-don.

Fieles y acarreados, ovejas y borregos, comparten, además del nombre, características y funciones. Actúan de público, testigo ineludible de la mayoría de los rituales colectivos. Para la liturgia las ovejas simbolizan a los dóciles fieles conducidos por el buen pastor. La docilidad, susceptible de ser traducida como posición acrítica, es sinónimo de fe. Similar posición acrítica se encuentra en los militantes que creen ciegamente en su partido y dispuestos a participar de sus rituales. La participación se intuye como condición de la pertenencia. A despecho de las versiones despectivas que los señalan como obligados y acarreados,

participan con auténtica emoción y devoción similar a la depositada en los rituales del catolicismo popular, emoción no exenta de interés.

Dejamos para el final a los personajes privilegiados: los candidatos, susceptibles de ser comparados con los santos. Al igual que éstos, aparecen como seres reputados y poderosos, que al ser ungidos adquieren una dimensión suprahumana. Su palabra adquiere el valor de verdad, se les considera por encima de los demás participantes y el trato con ellos se modifica sustancialmente al momento de su postulación. Zantwijk (1975:115) realiza la comparación inversa:

> La gente trata con los dioses casi de la misma forma que con las personas prominentes e influyentes de su ambiente social. No hay diferencia de fondo entre la forma en que saludan a un jefe, un principal o un pasado y la manera en que hablan con los santos; cuanto mucho será una diferencia en el grado de dignidad.

La autora no aclara si este fenómeno significa una santificación del personaje o una humanización del santo. Lo importante es cómo, desde la posición inversa, llega a la misma conclusión la existencia de un límite muy estrecho y débil entre lo sagrado y lo profano, fácil de ser traspuesto. La importancia de gran parte del ritual político es su capacidad de sacralizar espacios y personas.

Las actividades litúrgicas incluyen actos cíclicos y extraordinarios. Entre los primeros, la realización periódica de asambleas de fieles, donde se reafirma el compromiso cotidiano. Articuladas por un ceremonial, relativamente fijo, inicia con la presentación del presidio, continúa con la lectura del acta anterior, incluye un mensaje de la jerarquía y el posterior desahogo de los asuntos a tratar. Las asambleas extraordinarias, de mayor relevancia, se destinan para reafirmar o testimoniar ritos de pasaje. La investidura, el destape como candidato a un cargo y la convención donde los sectores postulan al candidato, se realizan en asamblea, aunque la decisión no emane de ella. El rito de pasaje sanciona el cambio de papel. En la asamblea un miembro de cualquiera de los sectores o jerarquías es ungido y a partir

de ese momento adquiere una dimensión casi sobrenatural: se convierte en *el candidato*. Las asambleas suelen realizarse en el auditorio de los edificios del partido. Cuando los participantes esperados o convocados, rebasan la capacidad del auditorio se busca algún espacio de mayor aforo. En ambos casos, el decorado del espacio lo hará asemejarse a un templo. Como acto extraordinario, de importancia mayúscula, las asambleas del partido reproducen concilios donde se revisan los principios especificados en los estatutos, pero sobre todo las normas que regulan el funcionamiento orgánico y por tanto la estructura social.

Los recorridos de campaña se asemejan a las procesiones. Las encabeza el candidato y sus imágenes acompañado por los oficiantes, el presidente del PRI y sus acólitos y los coordinadores de la campaña como titulares de los cargos laicos. Cada uno ocupa su lugar en proximidad con respecto al candidato, de acuerdo a la jerarquía de su puesto o a la deferencia manifestada por el personaje. Los fieles que le acompañan se mantienen a una distancia indicativa de la diferencia. Aun postergados, visten para este evento sus mejores galas, portan estandartes y gallardetes y entonan cánticos o porras, preparadas *ex profeso* para la situación. El itinerario de la procesión política sigue una ruta determinada. Dignificando los santuarios va de un comité seccional a otro, donde salen a recibirlo las jerarquías locales. Las peregrinaciones tienen su equivalencia en las concentraciones; Giménez (1978:148) reconoce que:

> La peregrinación es una marcha ritual, según modos o itinerarios ritualmente fijados [...] partiendo de la periferia más o menos lejana se ingresa temporalmente en un centro o foco de condensación de lo sagrado, para luego egresar confortado por la participación en la virtud de lo sagrado.

Peregrinaciones y concentraciones representan la desigual distribución del potencial sagrado. Las concentraciones pueden tener fechas definidas. Al igual que se celebra el cumpleaños del santo, con la fiesta patronal, se celebra el aniversario o cumpleaños de los gobernadores y los presidentes municipales, momentáneamente titulares del lugar principal en la jerarquía.

Pueden ser esporádicas como la toma de protesta, responder a convocatorias especiales para avalar una decisión política o realizarse por iniciativa de algún grupo o sector para solicitar o agradecer beneficios. Sus preparativos son nocturnos y movilizan cuantiosos recursos captados de manera corporada. Esto significa que cada uno de los contingentes deberá gestionar sus propios recursos. Los fieles no aportan, el gasto compete a la corporación. Para afrontarlo recurren al cobro de facturas políticas, por ejemplo con el gremio de transportistas, que devuelve favores previos o los esperados, aportando los medios de transporte. Los otros gastos saldrán de las arcas de la organización o de los ayuntamientos, con el cuidadoso ocultamiento de las pruebas del desvío de recursos. En su marcha portan imágenes y símbolos identificatorios. Culminan con el ingreso a un sitio de concentración de poder, superior al lugar de origen, generalmente el Zócalo. Los contingentes se diferencian por el sitio que ocupan, el tamaño de sus imágenes y por las mantas que identifican el lugar de origen del grupo, así como el número de fieles que logran movilizar.

Ambos, recorridos-procesiones y concentraciones-peregrinaciones, se acompañan siempre de música, algarabía, adornos y vestido de día de fiesta. Cada contingente aporta sus grupos musicales, sus danzantes y espectáculos y compiten entre sí en cuanto a número y calidad. Mientras los del sistema religioso popular son financiados por los mayordomos o de manera corporada por aportaciones comunitarias, los de las campañas o actos políticos públicos recurren al erario público. Los primeros otorgan prestigio a los mayordomos, los políticos a sus organizaciones.

La visión externa acusa a los participantes de ser *acarreados*, los actores se sienten participes de una fiesta. Cuando escasean, las añoran y evocan con nostalgia. Para muchas personas fueron las únicas ocasiones para salir de sus comunidades y conocer otros lugares, una especie de turismo social. Los testimonios reiterados a lo largo del país de la vez en la vida que conoció o conocieron, la capital del estado o de la nación por asistir a una concentración, se incorporan a la narrativa oral del grupo. La descripción de un recorrido en *metro*, hecha a sus vecinos por

un habitante chiapaneco, podría ser incorporada como un texto de etnografía nativa sobre la ciudad, vista desde la selva. Como sucede en las peregrinaciones católicas no todos sus participantes asisten voluntariamente, funciona en ambos casos la sanción social. Una similitud más entre el ritual religioso y el político consiste en la amplia participación de mujeres y niños.

La devoción popular en México reduce las virtudes cardinales a dos: la fe en las potencialidades mágicas y la esperanza de la obtención de favores de la divinidad. En la religión popular el pueblo se convierte en *sujeto religioso* en tanto existe una situación de carencia:

> Esperan obtener objetos-valores, ligados a las necesidades de subsistencia, en la medida que expresan sus exigencias más inmediatas o apremiantes. La religión popular pertenece *al orden del tener, no del ser* (Giménez, 1978:202).

El matiz *materialista* o realista explica en parte la ausencia de una vertiente ética en la religión popular, en contraposición con el carácter moralista de la religión. La observancia del ritual se asocia a las carencias, su incumplimiento puede reportar el enojo del santo y las consecuentes actitudes vengativas. Las leyendas en torno a las venganzas de los santos resultan claramente ilustrativas. Contrariamente, cumplir depara bienes y favores. De manera similar la clientela del PRI se compone mayoritariamente por *indigentes*. Existe una estrecha vinculación entre nivel de satisfactores y la participación en actos rituales. Para la clientela del PRI la vinculación con los sucesivos candidatos implica la fe siempre renovada. Se le solicitan favores, esperando una resolución mágica y tanto si estas peticiones son satisfechas, como si no lo son, en la siguiente campaña renovaran la fe y la esperanza de ver cubiertas sus expectativas. La relación es tan mágica que muchas de las demandas son absurdas y de curiosa similitud con las formuladas a lo sobrenatural. Se trata de demandas individuales, específicas e intrascendentes para la comunidad en su conjunto. Hay otro nivel de participantes no indigentes cuyas creencias pueden limitarse a la esperanza, siempre renovada, de mejorar el puesto o cargo, *el*

hueso le llama la inventiva popular, con las ventajas materiales que el *tener hueso* acarrea.

La participación pareciera ser la condición para la obtención de favores. El argumento se maneja explícitamente: "Si no se concurre luego no se podrá pedir". La abstención acarreará toda suerte de males y quienes se abstengan asumirán la responsabilidad por las prebendas suspendidas. Jiménez (1978:212), en el caso de la religiosidad popular, lo interpreta como la celebración de un contrato. Para pedir un favor a un santo siempre existe una transacción, la cura del hijo, por un año sin beber; la lluvia, por vestir al santo; la promesa de un donativo o una manda.[160] Al candidato también se le promete, se le ofrece presencia, adhesión e incondicionalidad. Se le recibe con regalos y halaga verbalmente, con énfasis en sus capacidades de realización, igual que piden al santo recordándole sus milagros anteriores.

Parte del sustento de las creencias, en el catolicismo popular, el testimonio alude a favores recibidos o a las represalias ante la falta de cumplimiento de un ritual o una promesa, y se convierten al cabo del tiempo en leyenda. En la política el testimonio oral de quien recibió la palabra del candidato o el relato de las represalias contra quienes dejaron de participar o creer, también sustenta creencias.

Religión popular y ritual político tienen en común el doble discurso. El discurso enfocado hacia el pasado, poblado de leyendas y anécdotas constitutivas de identidades, identificado por Giménez como referido a los antepasados, y el que mira al porvenir siempre poblado de expectativas de mejoras materiales o de ascenso en el cargo.

Los símbolos aparecen como parte del ritual con la función de representar, aludir. La recurrencia y profusión de las imágenes indica el orden de la jerarquía. El tamaño, ornato y frecuencia de su aparición constituyen indicadores de la importancia relativa del personaje y su ubicación en comparación con otras imágenes. Haciendo caso omiso de los rangos litúrgicos, en Méxi-

[160] La *manda* consiste en la promesa de una actividad temporal que suponga una privación o sacrificio, ofertada en reciprocidad a la obtención de un don.

co, el santo patrón de cada localidad asume la figura principal. La tutelaridad puede recaer en uno de los integrantes de la santísima trinidad, en la virgen o en alguno de los santos, todos asumidos como santos. Una vez ungido un candidato, al igual que los santos patronales, se convierte en la primera figura de la localidad, al menos mientras transcurre la campaña. Opaca momentáneamente a los superiores en jerarquía, a tal punto que más de una vez es preciso recordarles su lugar, pues los candidatos tiende a asumir rasgos de omnipotencia antes de tiempo.

Las campañas tienden a mitificar la imagen del candidato. La figura del candidato, su rostro, sus atributos y su historia adquieren mayor peso simbólico que el programa. Es factible prescindir del traslado en procesión de una representación en forma de estatua, que pueda tocarse o invocarse como los *santo*s en la imaginería católica, pues el santo camina por su propio pie. Pero la imagen pintada o impresa del candidato se revela como omnipresente, representando, aludiendo, fijando en las conciencias la imagen a entronizar. Aparece en los proscenios, en los recorridos se portan pancartas con la imagen del candidato, los postes ostentan gallardetes, las bardas expresan promesas o adhesiones glorificando el nombre del candidato. Como modernos escapularios los fieles portan banderitas, gorras y baberos con la imagen del candidato. Para su recepción, en cada colonia se adorna el sitio de su tránsito con su imagen y mantas donde junto a su nombre se ostenta la promesa alusiva a la adhesión de la comunidad o sector que lo suscribe. Los objetos de propaganda política, codiciados más allá de su valor real, por su valor simbólico, se portan, se guardan y atesoran como elementos de identidad y testimonio de su participación. No por casualidad los símbolos patrios más difundidos, la bandera nacional, la Virgen de Guadalupe y el escudo del PRI, comparten los colores blanco, verde y rojo y unificados como entidades indivisibles.

En las comunidades, en sitios públicos o de especial relevancia,[161] se conservan y exhiben fotos ilustrativas de los favo-

[161] Los lugares privilegiados para este tipo de reconocimientos son los edificios municipales, las oficinas del partido, como sitios consagrados por

res recibidos. La figura del benefactor colocando la primera piedra, cortando el listón, entregando materiales para la autoconstrucción de una obra, opera como evidencia y recordatorio de las ventajas de la fe. Las fotos funcionan de manera análoga a los exvotos y los *milagros*, evocan las capacidades milagrosas de los santos y proporcionan a la posteridad un testimonio gráfico de la narración del milagro.

El nivel del discurso, si bien no presenta la extrema formalización de las oraciones hechas y memorizadas, recurre al igual que el ritual religioso a fórmulas, que como todo símbolo, aluden a otros contenidos. Los oficiantes del ritual político manejan un lenguaje críptico, oscuro en su interpretación, pues se trata de lenguaje litúrgico, donde importa su pronunciación como parte del ritual. Una homilía escuchada con la misma indiferencia que si se pronunciaran en latín. El discurso político peca de excesiva formalización, se limita a la repetición de fórmulas, manifiesta una relativa indiferencia con respecto al contenido y cierta independencia entre forma y contenido. La formalización de los discursos políticos menos estable como la religiosa, no contiene fórmulas prefijadas como los rezos, pero se atiene, notoriamente, a una estructura común: siempre son solemnes, comienzan y concluyen con la invocación manifiesta a través de la cita presidencial y la de la jerarquía inmediata o presente, recurren a palabras-símbolos como l*a Revolución*, l*a Soberanía, el Nacionalismo, la Justicia Social*; abren espacios al aplauso y la ovación al nombrar a alguno de las figuras sacralizadas.

En cada campaña se acuñan fórmulas incorporadas temporalmente al ejercicio ritual, repetidas por los seguidores, agregadas a la parafernalia y reiteradas hasta convertirlas en motivo de fe, a partir de palabras y conceptos del candidato repetidas como fórmulas por los oradores-orantes. *Arriba y adelante*, *todos con México*, *renovación moral*, la *eficiencia y eficacia*, *modernización*, frases convertidas en símbolo e incorporadas a la liturgia durante un sexenio. No pueden opacar a los conceptos fundamentales, nacionalismo, Revolución o soberanía; se aña-

la liturgia política, pero también otros espacios públicos concurridos, como restaurantes o fondas, hoteles o tiendas.

den como testimonio que diferencia ciclos, etapas. Incorporadas como teologías, no como fe. Los oficiantes del ritual intentaran elucidar los conceptos, interpretar las palabras, transformarlas en programa, mientras los fieles las repiten sin preguntarse por su contenido.

Discursos crípticos, difíciles y ambiguos, fuera del alcance del público; pero al auditorio no le interesa entender, escuchan como parte del ritual. Indiferencia por el contenido que no implica indiferencia ante las palabras. Los laicos retoman el lenguaje de los oradores y entendiéndolo o no, incorporan las fórmulas a sus propios discursos que reiteran la misma estructura y conceptos. Los discursos presidenciales y de los gobernadores son motivo de glosa —no recurro a la palabra de manera alusiva—, como parte del ritual el Partido organiza actos públicos, llamados de glosa del discurso, donde los dignatarios, supuestamente, analizan lo dicho. En realidad se trata de una apologética del discurso donde se subrayan y recalcan, frases y conceptos convertidos en fórmulas. La glosa del discurso y el discurso político en tanto arte, reservado a oficiantes especiales, constituye el patrimonio de los oradores. Un orador de prestigio puede aspirar a posiciones políticas superiores, hasta la presidencia de la República, como en el caso de Adolfo López Mateos.

El lenguaje resulta un medios efectivo para establecer la distancia sagrada entre el candidato y sus fieles. El empleo del *usted* difícilmente se deja de lado públicamente, aun por familiares y allegados, en sentido contrario, el tuteo por parte del candidato dignifica y prestigia a la persona que lo recibe.

Los devotos establecen una relación mimética con sus santos tutelares. El prestigio de un santo se extiende sobre la población local. Cuanto más milagroso, lujoso, ostentoso o importante sea un santo mayor orgullo y aprecio generará en sus devotos y repercutirá, a su vez, en mayor lujo y ostentación al celebrar su fiesta. La fe en los candidatos, igualmente mediada por sus demostraciones de poder tanto político como material, valora sus contactos y puestos anteriores, la ostentación manifiesta en su ropa, automóvil, joyas y de los de su séquito. La ostentación, lejos de ofender, se interpreta como demostrativa de la potencia de quien fungirá como intermediario en la elevación de súplicas.

El lujo de los santos recae sobre el grupo sin importar las carencias de sus miembros.

El ritual político del PRI tiene mucho de catolicismo popular, se apropia de sus formas, las reitera y logra similares respuestas de adhesión y devoción. La religión parece funcionar como un molde, Marzal la denomina, "la cocina de la identidad". Si las identidades "funcionan como hábitos"(Giménez, 1978:224) y los hábitos son rituales más o menos formalizados, el recuperar, controlar y difundir un ritual estrictamente formalizado no sólo garantiza la masificación de hábitos sino el control de las conductas. Las religiones proporcionan modelos, constituyen verdaderas teorías del poder:

> La genética de la institución se halla completamente inscrita en una historia de las religiones [...] Siempre moderna, siempre tradicional la Iglesia occidental ha modelado los dogmatismos y transporta todavía ante nosotros su museo viviente, una reserva de mitos fundamentales (sobre la jerarquía, sobre el jefe, sobre la clasificación social, sobre la institución política que se podría creer para siempre perdidos y de los que la antropología debería ocuparse (Legendrè, 1979:28).

Presuponiendo la difusión y arraigo del catolicismo como sistema ritual más que como creencia,[162] el partido al apropiarse de las prácticas logró incidir sobre las conductas.[163] Avaló la relativa indiferencia ante las creencias, al igual que el sacerdote católico hace la vista gorda ante las reinterpretaciones de sus fieles[164] mientras se atengan al ritual. La expresión extática del

[162] "En un tiempo en que la creencia se apaga, el ceremonial subsiste cambiando la función", propone García Canclini (1982:49).

[163] Cierta es la existencia de rituales políticos en la mayoría de las sociedades y partidos, y que, en general los partidos políticos construyen un ritual, aquí queremos resaltar cómo la coincidencia con el ritual del catolicismo popular se genera un alto grado de adhesión, sobre todo en los practicantes del catolicismo popular. El análisis del comportamiento ritual de cada partido podría ser indicativo del público al que se dirige.

[164] Si bien la existencia de representaciones no coincidentes con la teología católica ha sido frecuentemente señalada para la población indígena, también se manifiesta en los mestizos que conservan, recrean e inventan imaginarios.

ritual religioso traspolada al político donde en aras del éxtasis la gente se convierte en masa. Para Baudrillard (1985:9), "las masas son el éxtasis de lo social, la forma extática de lo social, el espejo en el que se refleja su inmanencia total". La importancia del ritual político radica en su capacidad de convocatoria a actos masivos, donde se generen experiencias extáticas, de allí emana

> la pulsión del evento bruto, de la información objetiva, de los hechos y los pensamientos más secretos por conmutarse en espectáculo, por extasiarse sobre una escena en lugar de intervenir en primer grado. Instanciarse en necesario, extasiarse es absolutamente vital (Baudrillard, 1985:199).

La práctica política priísta retoma y ejerce un similar mecanismo de control. A través del ritual se apodera de los hábitos, de las prácticas, maneja el éxtasis y controla a las masas, se constituye en el árbitro de lo social. Que los partícipes crean o no en el PRI, en el programa del partido o en el modelo económico del candidato, resulta contingente mientras repitan sus fórmulas y adhieran a los principios del nacionalismo revolucionario.

Provocar cambios en el ritual no resulta una tarea sencilla, pues, la sumisión no funciona de cualquier modo. La alteración del ritual condujo al sistema político mexicano a su crisis más profunda[165] cuando se apoderaron de los ritos nuevos oficiantes propagandistas de la modernización, "los técnicos de la propaganda publicitaria y los políticos del negocio industrialista, americanómanos pero ignorantes del modo regulado en el que se engendran los adiestramientos nacionales" (Legendrè, 1979:248) que olvidaron la advertencia formulada por Baudrillard (1985) en cuanto a que no es posible retirar ni demoler irremediablemente el objeto simbólico.

[165] Véase el capítulo VII, "El cisma".

LAS CORPORACIONES: EL *CHARRISMO* SINDICAL; EL EJIDO; LA BUROCRACIA Y LOS *CAUDILLOS CULTURALES*

El equilibrio del partido, la posibilidad de manejar sus *partidos internos* de una manera ordenada, se produjo cuando se logró sustituir a los bandos militares por las corporaciones, con la consecuente organización gremial de la población y el establecimiento, nunca explicitado pero sí formalizado, de un sistema de cuotas. Es Cárdenas quien crea la primera corporación de masas inducida por el gobierno y el sistema de ligazón intrínseca, simbiótica y subordinada al poder, al patrocinar el surgimiento de la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo (CRMDT). Para fortalecerla y dotarla de un poderoso instrumento para vencer las resistencias de algunos sindicatos le concede como don el 95% de los puestos de elección popular, desde presidentes municipales, encargados del orden, diputados federales y locales, hasta jueces menores de instancia.

Las cuotas, en sentido estricto, se aplican a los cargos de elección popular. Hay posiciones fijas, gobernaciones o presidencias municipales, consideradas como patrimonio de un sector o que se alternan entre el sector obrero y el grupo Universidad, por ejemplo. La adjudicación de un espacio político a un sector no supone el control completo del estado. En cada espacio territorial, estado o municipio, se mantiene el equilibrio repartiendo las diputaciones y regidurías entre los diferentes sectores, sin considerar como elemento de juicio su peso social. Hasta hace poco tiempo, el sector campesino mantenía su cuota en los municipios conurbados con independencia de la desaparición de los campesinos como tales en la localidad. Para el manejo y sobre todo el control de las corporaciones, adicionalmente a los cargos de elección popular,[166] también se recurre a la distribución de cargos en el aparato administrativo de gobierno. De manera similar, existe una distribución de espacios, de hecho, por ejemplo, la Subsecretaría de Educación Tecnológica constituye una

[166] Gobernaciones, presidencias municipales. Legislaturas federales y estatales, sindicaturas y regidurías

posición reservada para los miembros activos del Instituto Politécnico Nacional. Los campesinos, dígase la Confederación Nacional Campesina (CNC), ocupan espacios en la Secretaría de la Reforma Agraria, mientras que las direcciones o departamentos de educación en los ayuntamientos se conceden a miembros del sector magisterial:

> La clave del funcionamiento del sistema político se encuentra en el corporativismo como eje de las relaciones entre Estado y sociedad. En la práctica, todos los segmentos de la sociedad civil son prolongaciones del aparato estatal. Sindicatos obreros, federaciones de campesinos y empleados públicos, organizaciones de colonos, profesionistas, no asalariados, etc., casi todas las instituciones creadas por la sociedad para organizar la participación política y defender los intereses inmediatos de sus diferentes sectores han sido incorporadas a la omniabarcante maquinaria estatal (Pereyra, 1983:293).

Para poder ocupar decorosamente esas posiciones, las corporaciones de trabajadores requieren coptar o incorporar a sus filas a sus propios intelectuales. Ni la CNC está compuesta en su totalidad de campesinos, ni la Confederación de Trabajadores de México (CTM) de obreros. Sus cuadros directivos son generalmente profesionales y a algunos de sus cuadros destacados los *becan* para formarse o perfeccionarse. Constituyen, en términos de Gramsci (1975), sus propios intelectuales orgánicos.

Cada corporación tenía una cuota de poder expresada en puestos en la jerarquía. Estas posiciones le permitían jugar con los equilibrios internos entre grupos y manejar las expectativas de los líderes de acceder a un cargo o posición. Las cuotas no eran fijas, siempre se mantuvo un nivel de arbitrariedad, de duda, para mantener de manera eficiente el control. Si la corporación no respondía, si fallaba en su función de control, la cuota podía disminuir. El sistema funcionaba sobre la base de la existencia de liderazgos personales. Cada líder ejercía el control sobre un grupo de personas, en función de los intereses de la corporación y ésta a su vez utilizaba ese control como parte de su oferta de contingentes y votantes al partido, en ocasiones para servicios especiales, *jugadas sucias*, contra otros grupos,

líderes o partidos. De acuerdo con los servicios prestados, el líder aspiraba a ser recompensado con un cargo. Al igual que en cualquier sistema escalafonario, la carrera iniciaba por las posiciones menores, una regiduría, una diputación local. Concluido el cargo, volvía a ejercer el liderazgo acumulando nuevos favores, aportando más contingentes, más votos o más triquiñuelas. Después de ocupar un puesto el poder de convocatoria del líder se incrementaba por el aumento de su capacidad de oferta e influencia. El líder debe, a su vez, repartir. En la medida de su ascenso en la escala de los puestos va construyendo una pirámide, delegando los cargos subordinados a sus seguidores. El poder y la convocatoria se incrementan con el ejercicio de la influencia. Durante años, la pertenencia como miembro distinguido de una corporación sirvió para abrir puertas, aligerar trámites, facilitar el ingreso a oficinas y hasta para liberar detenidos. Funcionaban como un sistema de protección ante la arbitrariedad del ejercicio de la autoridad. Quien se mantuviera fuera de su manto quedaba desprotegido. El corporativismo mexicano resulta impensable sin esta oferta.[167] Constituye toda una estructura de prestaciones y contraprestaciones, que maneja la expectativa del ascenso social y político, de líderes y seguidores, quienes logran ingresar a una carrera dentro de la corporación, a cambio del control de sus afiliados. Yo controlo, tú me premias, es la lógica, tú te subordinas, acatas instrucciones y tienes más posibilidades de ser seleccionado, la oferta.

El ***charrismo***, aportación de Miguel Alemán al sistema político mexicano y de México al sindicalismo mundial —en realidad ni lo crea Alemán ni es exclusivo de México—, representa, sin duda, todo un caso. Como una corporación, los sindicatos participan del sistema, antes descrito, de repartición de cargos y puestos. Pero a los líderes obreros también se les concedió otro don: los contratos colectivos. Calles centraliza en el ejecutivo el arbitraje en las relaciones obrero-patronales al constituir la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje y posteriormente delegó

[167] "El corporativismo solo, sin el concurso de medidas populistas, cancelado el proyecto nacional de antaño, no podría preservar indefinidamente la base social de apoyo al régimen y su legitimidad" (Pereyra, 1983:297).

el trato con los empresarios en sus agentes, transformando, por esta vía, a los líderes sindicales en agentes estatales. El primer *pan* concedido para lograr la domesticación del sindicalismo fue el reparto de una pequeña tajada de poder político en la Cámara de Diputados y eventualmente en la de Senadores. El segundo *pan*, específico para los líderes obreros, fue la cesión de una tajada del pastel económico nacional mediante la presión sindical a las empresas, según Pozas (1982:73). Los dirigentes charros, a cambio de su fidelidad total, obtuvieron la posibilidad de negociar personalmente, con los dueños de las empresas, no sólo el contrato colectivo, sino y fundamentalmente, los despidos, sanciones, estímulos y contrataciones. Trejo Delabre (1983:128) sostiene que "La negociación de los asuntos laborales a menudo se realiza más a título personal que entre organismos sociales".

Este atributo conlleva una doble finalidad, permite el *empowering* de los líderes pero sobre todo, los dota de una oferta hacia sus seguidores. Los sindicatos en México no logran conquistas sindicales, aunque manejen y negocien el contrato colectivo, su poder, su capacidad de control sobre los afiliados, se funda en la oferta de *favores y dones* personales en función de la lealtad y se establecen lealtades personalizadas, centradas en el líder, que a su a su vez, las transfiere hacia arriba, a la corporación, al presidente y al estado. El líder sindical, no conduce la lucha económica por incrementos saláriales, protege, solapa y avala, a los trabajadores, para trabajar menos. El líder sindical concede los permisos para llegar tarde, para salir antes o para faltar al trabajo, las licencias por enfermedad o por motivos personales; interviene en caso de un conflicto entre un trabajador y su superior, reclama si a un trabajador se le solicita el desempeño de funciones no especificadas en su contrato, pero además, "un sindicato puede despedir a un trabajador, una empresa no" (Trejo Delabre, 1983). El sindicato controla las contrataciones y los despidos, quien no se subordine corre el riesgo de perder su trabajo. Por el lado de las contrataciones acrecienta su red de influencia, no sólo porque los contratados *se la deben* sino, porque vincula la estructura laboral a los sistemas de parentesco. Los trabajadores acuden al líder para colocar en la empresa a sus familiares garantizando a cambio del favor su

completo control. El pariente no puede más que someterse a la estructura sindical, pues un acto de insubordinación afectaría a toda la parentela. La vinculación del clientelismo con el parentesco refuerza el sometimiento. Las plazas se heredan, pero sin requerir la muerte del titular. Se van ocupando por intrincadas relaciones de consanguinidad y afinidad. La familia completa, el linaje, se asume como deudor con respecto al líder. Adicionalmente manejan la expectativa de la influencia sobre los beneficios sociales de las instituciones de la Revolución, la recomendación para obtener una vivienda en Infonavit (Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores, un préstamo de Fonacot (Fondo Nacional para el Apoyo del Consumo de los trabajadores), o la atención especial en el IMSS (Instituto Mexicano del Seguro Social).

> En el local sindical, por la tarde, el comité ejecutivo atendía a los obreros en mil y un asuntos: despidos, permisos, solicitudes de ascenso, quejas por malos tratos, préstamos en efectivo, recomendaciones a parientes o amigos, uniformes del equipo de football, festivales, asistencia a una misa de inauguración de una fábrica, otorgamiento de créditos para […] El líder es el patriarca de la organización, un pequeño Fidel Velázquez, el presidente de la República en miniatura (Krauze, 1997b:126).

Otros mecanismos extra laborales acrecientan el poder de convocatoria, el préstamo personal o la gestión de un adelanto para celebrar unos quince años, la recomendación para obtener una beca en una escuela. Algunos líderes, como el famoso *La Quina*, lograron convertir estas prestaciones en una industria. Crean escuelas patrocinadas por el sindicato para la educación de los hijos de los trabajadores, granjas para abastecer a las tiendas sindicales, bancos o sistemas de financiamiento, mantienen sus propios cuerpos de seguridad, una *organización social total*, que brindaba a los trabajadores y sus familias un futuro asegurado. Los mejores retratos de los líderes charros pertenecen también a la novela.[168]

[168] Como uno de los más destacados: *Morir en el Golfo*, de Aguilar Camín.

La *empresa sindical*, en su potestad de negociar con los patrones, permite el desarrollo subsidiario de otras *empresas* para proveer servicios externos. Es el negocio de las contratistas, proveedoras de bienes o servicios adicionales. Los líderes sindicales convertidos en poderosos caudillos:

> El caudillismo en agrupaciones como la CTM ha determinado una marcada imposibilidad de renovación de las direcciones sindicales La experiencia muestra que esos líderes duran en sus puestos no solamente por ser duchos en prácticas antidemocrática, si no por servir al sistema que luego les premia apoyos y fidelidades (Trejo Delabre, 1983:129).

De allí que el relevo de dirigentes se dificulte inclusive para quienes supuestamente ostentan el poder. Los analistas del sindicalismo mexicano resaltan el carácter antidemocrático del sistema, "los rasgos de la antidemocracia sindical se definen por omisión ausencia de asambleas, falta de información, total inexistencia de publicaciones sindicales abiertas" (*ibid., p. 130*). Pedirle democracia a una institución basada en el paternalismo y el clientelismo, es pedir lo imposible. El obrero, el empleado, miembro de una agrupación sindical, no pretende, no aspira, a un sindicato defensor de los derechos obreros. Espera la protección de alguien con poder que lo ampare ante cualquier circunstancia. Ama a su líder y espera ser amado. Por eso, la historia del sindicalismo mexicano ha sido la historia de sus dirigentes y de sus relaciones con el Estado.

En la concepción del estado revolucionario **el ejido** ocupa un lugar privilegiado, no tanto por los privilegios, en el sentido de canonjías recibidas por los campesinos, "hijos predilectos del sistema", como por su papel simbólico en la construcción del discurso político del agrarismo, demostración de la existencia de una revolución. La Revolución, entendida como mito fundacional del Estado, es asumida como movimiento transformador en virtud de su carácter social y en el caso de México se simboliza como revuelta agraria protagonizada por campesinos en busca de *tierra y libertad*.

En el principio, en los orígenes, emergen los campesinos, protagonistas pasivos de la Revolución. *La bola* los llama José Vasconcelos (1982). Sin ellos no hubiera sido la primera *revolución* social del siglo XX. Desplazados del poder reaparecieron transformados en ideología, pero sobre todo en un sujeto social y en un espacio simbólico.

La visión externa al sector, la de la población en general, la de *los ciudadanos*, señala entre las funciones, no explícitas de los ejidatarios y comuneros, la de aportar el *voto verde*, manejado y manipulado a favor del PRI; el ser sujetos pasivos para la participación en actos masivos en apoyo a las campañas políticas y como cacle en adhesión a los actos gubernamentales, en la jerga despectiva: *la borregada.*[169] Los ejidatarios aparecen como parte de la estructura material y soporte social de la causa del corporativismo, sujetos privados de iniciativa, víctimas y propiciadores del paternalismo, demandantes permanentes de la protección gubernamental. Pasividad que los convierte en cómplices de la corrupción al coludirse con los funcionarios, *mientras uno hace como que presta para la producción, el otro como que siembra y el tercero como que la producción se siniestró, para repartirse entre todos los montos de los créditos de avío y del seguro agrícola.*[170] Las visiones más benevolentes se limitan a considerar a los ejidatarios como víctimas del sistema.

Tal simbolización de un actor social coincide con la visión del mundo y el sistema de comunicación que considera a la iniciativa personal y a la individualidad como fundamento de la relación entre gobernantes y gobernados. En el interior del sistema PRI-Gobierno existe una simbolización diferente, vinculada

[169] Bartra (1976:330) les adjudica un papel político como económico: "[…] el ser factor de equilibrio en los conflictos de clase".

[170] Desde los momentos fundacionales se evidenciaron estas prácticas, a los cinco años de la colectivización de la Laguna, el Ministro de agricultura, ingeniero Marte Gómez, encuentra que "El banco ejidal no recobraba sus créditos: franca animosidad entre los ejidatarios y los burócratas del banco, negocios sucios, corrompiendo inclusive a socios, delegados y jefes designados por los campesinos, el banco había dispuesto una compra inútil de semillas y animales, el reparto se había hecho con demasiada premura" (*Apud:* Krauze, 1997b:450).

a otros contenidos. Expresa una necesidad de exégesis histórica para justificar y demostrar la existencia de una revolución. La visión interna construye un lenguaje compartido por el grupo, plagado de complicidades, en el cual cada elemento forma parte de una trama que representa, simboliza, la actualidad de la Revolución.

El argumento central para la modificación del artículo 27 constitucional refería al abandono de la simulación. Ignoraban que el ejido no sólo representa una magra e improductiva parcela entregada a un campesino en tanto factor de la producción. El ejido define un espacio especial separado del resto del territorio, regido por su propia ley, al margen de las leyes de la nación y que tiene como guardianes a un sector diferenciado y sólo en ese sentido privilegiado, depositarios de la tierra pero fundamentalmente de un carisma, una misión histórica fundacional.

Los ejidos pueden ser considerados en dos dimensiones: como territorio y como el conjunto de los ejidatarios. La primera supone la definición de un paisaje dentro del territorio nacional, de carácter sagrado y simbólico[171] por su identificación con la Revolución y los ejidatarios como los sujetos que preservan los valores de la Revolución. Algo así como una orden monástica, con sus reglas de vida, expresivas de pureza y un carisma que los convierte en la expresión viviente de una fe.

El punto de partida para el proceso de sacralización fue la definición de un territorio, fluctuante de acuerdo con los ritmos del reparto agrario o de expropiación, al margen de las leyes del mercado, de las leyes de la oferta y la demanda y la capacidad de compraventa, al definir como *intransferibles, inalienables, imprescriptibles e inembargables* a las tierras comunales y ejidales.[172]

[171] Iwanisewsky propone el concepto de paisaje que "fosiliza el pensamiento", en oposición al criterio de territorio y le adjudica entre sus características la de constituir un ordenamiento particular, cognitivo o simbólico del espacio, de carácter bidimensional en tanto es una entidad jurídica-material que contiene una dimensión imaginaria y mental, y testimonio de usos pasados (comunicación personal, 1997).

[172] Art. 52. "Los derechos que sobre bienes agrarios adquieren los núcleos de población serán inalienables, imprescriptibles e intrasmisibles y por tanto, no podrán en ningún caso ni en forma alguna enajenarse, cederse, transmitirse, arrendarse, hipotecarse o gravarse".

Para acceder a las tierras ejidales o comunales, para transmutarse en ejidatario o comunero, fue necesario un proceso de petición, concesión signado por la demora, la incertidumbre y la demostración de la permanencia de la fe y la esperanza. Un proceso largo de demostración de lealtad y confianza como condiciones necesarias para la expedición de la resolución que permitía la inclusión entre los hijos de la Revolución.[173]

Por su carácter sacro, para la definición de este territorio especial, al margen de las formas habituales de propiedad, no bastaba con un trámite administrativo ante una instancia mundana como el catastro. Se requería de un decreto presidencial que excluyera una porción del territorio de la nación para entregarlo, en posesión, a los ejidatarios y comuneros. Proceso doblemente simbólico, en tanto ratificaba el poder omnímodo del presidente,[174] al tiempo que constituía a un grupo diferenciado bajo su tutela y protección.[175] El documento, con la firma presidencial, revive las Cédulas Reales que las comunidades han atesorado durante siglos, concediéndoles un valor más simbólico que jurídico.

El proceso suponía una inicial organización de los peticionantes, definiendo su condición como poseedores originales y solicitar la vía de la restitución o como campesinos sin tierra y optar por la solicitud de la dotación ejidal. El período, el ciclo de la larga espera, de la demora, define en parte el rito de la transición iniciática y la conversión de los peticionantes al credo del

[173] Desde el inicio de un expediente de restitución, ampliación o creación de acuerdo con la Ley Federal de Reforma Agraria, los solicitantes deben constituir un "Comité Particular Ejecutivo" con miembros del grupo solicitante (capítulo I, art. 17), el cual queda formalizado con la participación de un miembro de la comisión agraria mixta o de la autoridad agraria quien le expide credencial, entre sus obligaciones se incluye la de convocar mensualmente a asamblea (art. 20, III).

[174] Según Pozas (1982:67), es Obregón quien centraliza el don agrario, su objetivo: "[…] convertir al presidente en el principal retribuyente de las necesidades de tierra de los campesinos revolucionarios. El reparto dejaría de ser una compensación que los señores de la guerra daban a sus bases sociales para convertirse en un acto legal y de justicia, donde el presidente era el inapelable juez institucional".

[175] "El Presidente de la República es la suprema autoridad agraria" (capítulo II, art. 8).

agrarismo y al culto del presidente como oficiante de la Revolución. Se opera, así, un doble manejo simbólico, el del espacio y el del tiempo; el primero signado por el poder de definir un territorio al margen de las leyes profanas; el segundo por la arbitrariedad en la definición del tiempo. El manejo del tiempo del otro es parte de la estrategia de la sumisión, donde a imagen y semejanza de la salvación diferida en el tiempo y sólo accesible mediante la renovación de la fe, el acceso a la tierra prometida es diferido en un tiempo indefinido y sólo la fe, renovada en cada trámite, mantiene la esperanza de su consecución.

La dotación, precedida de un juicio en el que los peticionarios se obligan a presentar pruebas, incluye un proceso de gestión ante las instancias agrarias para llegar ante el tribunal, obligaba a la realización de verdaderas peregrinaciones, vueltas y más vueltas al sitio donde se ostentaba el poder y así asumir la gestión como petición y su logro como concesión. La petición de la intermediación para operar en favor de la voluntad superior, siempre arbitraria, siempre imprevisible.

> Todo el proceso agrario queda bajo el control de los funcionarios del Estado. Éstos toman todas las decisiones: sobre si se concede o niega la solicitud, sobre la magnitud y ubicación de la dotación, sobre la forma de explotación y de distribución del ejido (Warman, 1983:116).

La espera podía ser interrumpida en cualquier momento por el milagro, la aparición del presidente y la aceleración del don. En el nivel simbólico los funcionarios operaban como intermediarios, con el atributo de iniciados. La estructura del consejo agrario lo expresa al considerar como condición de la membresía el carácter de *pasados*, agraristas probados, intermediarios entre el presidente y los hombres.[176] El ritual de la petición-iniciación

[176] "Las Comisiones Agrarias Mixtas son integradas por el delegado agrario, nombrado por el presidente de la República, uno designado por el gobernador, y otro por los campesinos, de las ligas de comunidades agrarias o sindicatos campesinos, nombrado directamente por el presidente, menos el representante campesino, todos deben reunir las características exigidas par ser miembros del cuerpo consultivo agrario" (arts. 3º al 5º).

concluía con la firma del presidente, que sancionaba el decreto de exclusión con la concesión de la posesión de un ejido o bienes comunales a un grupo de peticionantes que por ese acto comenzaban a formar parte del *sector social* de la economía, miembros de una secta exclusiva y reservada sólo para aquellos que demostraban su fe y su lealtad.

En tanto la adjudicación ejidal implicaba la firma del presidente sólo a él, como institución, competía la posibilidad de la modificación o revocación del decreto. Requería de otra firma presidencial. La segregación de un territorio del resto sólo puede ser un acto de la máxima autoridad e infalible. De esta condición de acto supremo deriva la supuesta dificultad para solucionar los problemas por superposición de límites entre ejidos.[177] Si bien los funcionarios suelen atribuir la dificultad de la solución de los conflictos agrarios por límites a causas humanas, sobre todo a la incapacidad de los técnicos, agrimensores y cartógrafos o a la premura en sacar una resolución, éstos serían factibles de resolver si no implicaran la firma presidencial. Una vez estampada la firma del presidente cualquier modificación implicaba un reconocimiento tácito de su equivocación y por tanto la necesidad de retractarse, negando la supuesta infalibilidad presidencial.

La exclusión territorial suponía la existencia de un régimen jurídico diferente, para los ejidos y comunidades excluidos también de las competencias respectivas de los poderes republicanos. En México, la administración se ejerce a través de los tres poderes, el ejecutivo, el legislativo y el judicial y los tres niveles de gobierno, el federal, el estatal y el municipal. A despecho de esta estructura democrática y moderna del ejercicio del poder público, para los ejidos y comunidades se diseñó un esquema de gobierno interno,[178] no coincidente con ninguna de las instancias mencionadas anteriormente y dependiente, en forma directa de una instancia del Ejecutivo Federal.[179] Una forma de gobier-

[177] "Las resoluciones definitivas en ningún caso podrán ser modificadas" (capítulo II, art. 8º).

[178] Artículo 22 y del 38 al 39.

[179] El artículo 22 de la ley Federal de Reforma Agraria es claro al respecto: "Son autoridades internas de los ejidos y de las comunidades: I. Las Asambleas generales, II. Los comisariados ejidales y de bienes comunales,

no propia, cuyas normas fueron definidas por la ley creada *ex profeso* para ellos y su observancia, que incluye los sistemas de transmisión de cargos, es vigilada por las instancias agrarias en dependencia directa del poder ejecutivo federal. Sus promotores y directivos acompañan y legitiman en nombre del presidente, cada uno de los actos y gestiones de los ejidatarios y comuneros.[180] Este esquema de gobierno interno supone la existencia, en el interior del territorio de los municipios, de un territorio autónomo y que los presidentes municipales ejercen su autoridad sobre una porción del territorio municipal y de sus ciudadanos. El territorio nacional comprende, por tanto, una parte dividida en estados y municipios, gobernados por autoridades electas por el pueblo en el caso de los municipios con estatuto de autonomía, y 29 000 fracciones territoriales bajo la dependencia directa del ejecutivo y sus representantes, con sus propios sistemas electivos, sus autoridades y su reglamento interior.[181]

La lógica, de esta aparentemente ilógica duplicidad, se funda en la razón revolucionaria, se trata de una razón de Estado. El sistema de gobierno representativo, al basarse en la elección directa de los presidentes municipales y gobernadores permite el arribo a estos puestos de personas no totalmente imbuidas de los principios de la Revolución. La manera de preservar la pureza, la lealtad y la mística revolucionaria radicó en un aislamiento que preservara al ejido y a los ejidatarios de la contaminación. La exclusión se justifica en la necesidad de preservación de la

y III. Los Consejos de Vigilancia. Su elección es sancionada con la presencia de la comisión agraria mixta o de la delegación agraria (artículo 25) representantes ambos de una instancia federal.

[180] Las autoridades agrarias "representan al Presidente de la República en todo acto que se relacione con la fijación, resolución, modificación u otorgamiento de cualquier derecho fundado en la ley" (1971: artículo 10 IV).

[181] La prioridad de la ley Federal sobre la circunscripción municipal queda demostrada en el art. 53: "Son inexistentes todos los actos de particulares y todas las resoluciones, decretos acuerdos, ley o cualesquiera actos de las autoridades municipales, de los Estados o Federales [...] que tengan por consecuencia privar total o parcialmente de sus derechos agrarios a los núcleos de población en contravención a lo dispuesto por esta ley", asimismo el artículo 106 los exime de cualquier impuesto salvo el predial.

pureza de los principios. En el nivel simbólico puede interpretarse como la definición de un territorio sagrado. Existen, de esta manera, dos territorios bajo dos leyes. Uno depende de la iniciativa individual o privada, el otro depende de la voluntad y el capricho presidencial. La existencia de una doble ley permite, propicia, la existencia de una doble moral.

El ejercicio del poder supone el control sobre las personas, en el caso del ejido se trata de un control exhaustivo, total.[182] En vez de hombre libre, el campesino se tornó en capital político, para ello se diseñó una maquinaria que sancionó el control estatal sobre la reforma agraria, el funcionamiento de las organizaciones campesinas oficiales y el ejercicio de la represión. La indefensión fue total. Las dependencias del Gobierno Federal orientaban e imponían los productos a sembrar, mediante el condicionamiento del crédito de la llamada banca de desarrollo y los apoyos oficiales,[183] "la situación agraria condiciona el acceso a los recursos públicos, especialmente al crédito y coloca a los campesinos en posiciones diferenciadas frente a los organismos oficiales" (Warman, 1983:116). Para cualquier tipo de contrato los ejidatarios requerían la autorización y aprobación de los funcionarios Federales.[184]

La promoción oficial incidía sobre las formas de producción, mediante las asambleas de balance y programación y el condicionamiento de los apoyos a la modalidad organizativa elegi-

[182] Observa Gómez Morín que en el fondo de la tutela estaba el control (*Apud*: Krauze 1997b:63).

[183] Entre las funciones de las autoridades agrarias se encuentran las de "Dictar las normas para organizar y promover la producción agrícola, ganadera y forestal de los núcleos ejidales, comunidades y colonias" y de la Secretaría de Agricultura de "determinar lo medios técnicos adecuados para el fomento y el mejor aprovechamiento de los frutos y recursos de los ejidos, comunidades con miras al mejoramiento económico y social de la población campesina [...] las zonas ejidales que deban dedicarse temporal o definitivamente a los cultivos" (artículo 11-I, II y V).

[184] La autoridad agraria tenía atribuciones para "Aprobar los contratos que sobre frutos, recursos aprovechamientos comunales o de ejidos colectivos puedan legalmente celebrar los núcleos de población con terceras personas, o entre sí" (artículo 10-VIII).

da.[185] Incidían sobre los procesos de comercialización, fijando precios y comprando directamente la producción.[186] El control total, pero no de todos, como modelo bastaban algunos que se erigían en las demostraciones vivas de las políticas sexenales. El control del Estado sobre el proceso agrario le otorgó un poder directo, *patronal*, sobre miles de poseedores que lo son *de hecho* y que se conciben a sí mismos como arrendatarios o peones del gobierno, un control ejercido con criterios eminentemente políticos.

Las autoridades agrarias intervenían también en lo relativo al uso y división del territorio en posesión ejidal y comunal al normar la existencia de área urbana ejidal, la parcela escolar y la de la mujer campesina.[187] Las autoridades imponían modalidades a las normas de transmisión y herencia de la posesión, al reglamentar y sancionar los traspasos y establecer el registro de sucesores.[188] Mediaban los conflictos interpersonales a través de una instancia conciliatoria federal donde se dirimían los conflictos de límites, transmisión, sucesión, al establecer un nivel especial para la resolución de conflictos y de la disputa, al margen del sistema judicial, conceptualizado por los propios funcionarios como *la Dirección de Caín y Abel*, por la cantidad de casos que involucraban problemas entre familiares.[189] El control social total, una relación exhaustiva sobre la vida personal, la libertad limitada al máximo. "Los campesinos eran el ganado político de la Revolución" según Miguel Palacios Macedo (*apud* Krauze 1997b:62).

En cuanto a su organización gremial corporativa, la condición de ejidatario importaba la pertenencia automática a la Confederación Nacional Campesina (Garrido, 1986:334), organizada

[185] Artículos 13-B 130, 132. El 132 adjudica a la autoridad agraria para "dictar las normas para la organización de los ejidos, de los nuevos centros de población y de los núcleos que de hecho o por derecho guarden estado comunal [...] podrá delegar la función de organización ejidal en las instituciones bancarias oficiales y los organismos descentralizados".

[186] Artículos 171 al 177.

[187] Artículos 52-90 al 100 relativos al área urbana ejidal, artículos 101 y 102 sobre la parcela escolar y 103 al 105 de la Unidad Agrícola Industrial de la Mujer.

[188] Artículos 72, 79, 81, 82.

[189] Artículo 10-XII.

por el Estado a través de su partido. Desde su constitución la CNC nació en medio de un debate sobre la intervención estatal en sus trabajos[190] y dotada a partir de ese momento de la potestad de la intermediación, por eso:

> La negociación agraria se canaliza a través de las centrales campesinas *oficiales* u *oficializadas* por el reconocimiento estatal, a las que se les ha dotado de un doble carácter: por un lado son extensiones administrativas del Estado y por otro son las únicas representantes de los campesinos que el gobierno reconoce (Warman, 1983:117).

Los ejidatarios privados, hasta hace poco, del derecho a la libre asociación, permanecían virtualmente al margen de la ley fundamental de la nación, la Constitución, constreñidos sus intentos organizativos a las llamadas *figuras asociativas* reconocidas en la Ley Federal de Reforma Agraria u otra ley particular creada *ex profeso* para ellos. Una ley Federal o cualquier instrumento normativo, como las reglas de operación de la banca de desarrollo, no deberían invalidar o modificar a la Constitución. Pueden, y por ello son reglamentarias, establecer los procedimientos para su cumplimiento. Restringido su derecho de asociación, los campesinos, ejidatarios y comuneros del llamado *sector social*, podían adoptar exclusivamente por alguna de las *modalidades asociativas* y organizativas determinadas por las normas impuestas por el capricho sexenal de los programas y de la misión que les destinaran en el proyecto nacional.[191] Así, sucesivamente, recuperarían la tradición comunitaria y colec-

[190] La Asamblea Nacional de Unificación Campesina o Asamblea Constituyente de la CNC se reunió en el teatro Hidalgo de la capital en presencia del presidente Cárdenas, de los dirigentes del PRM, de 9 gobernadores y de representantes de bloques *perremistas* en el Congreso de la Unión, 300 delegados de 32 ligas de comunidades agrarias y de sindicatos campesinos.

[191] En relación con la organización colectiva en la época de Echeverría, Armando Bartra (1980:84) señala: "El modelo organizativo para estas nuevas empresas agrícolas es el colectivo ejidal previsto en la Ley Federal de Reforma Agraria de 1971 y el principal instrumento de coacción legal para imponerlo, la ley general de crédito rural, que al establecer prioridades crediticias a la organización colectiva permite chantajear a las organizaciones".

tivista de los *ancestros* al convertirse en ejidos colectivos —un espacio y tiempo detenidos, expresión de un tiempo mítico permanente— o intentarían *modalidades superiores* mediante las uniones de ejidos y las Asociaciones Rurales de Interés Colectivo, que los acercaban a la visión idílica de un futuro revolucionario regido por el igualitarismo.

Estas formas organizativas, diferentes y exclusivas, mas allá de figuras jurídicas reconocidas que conceden derechos y obligaciones —como las previstas para el resto de la población—, constituían verdaderas normas (reglas) de conducta y envolvían la organización de la vida colectiva, tal como lo norman las órdenes monásticas, donde el tiempo y el espacio se encuentran definidos en función del ritual. Cada ejido normado por un reglamento interior, sancionado por la autoridad agraria.[192] Así se habla de vida asamblearia,[193] que rige el tiempo cíclico y determina la noción de comunidad o de ciclo comunitario, en donde la función de la repetición representa algo más que la interiorización, establece un referente en el ámbito de la cotidianeidad, el anclaje de un ritmo social, vincula la vida al ritual e instaura un vínculo con el sistema de significación cultural.

La exclusión y la diferenciación de los ejidatarios y comuneros del resto de los ciudadanos operan con efectividad para establecer los límites de la identidad del *sector social* de la economía. Los ejidatarios se identifican entre sí, a pesar de las distinciones regionales o productivas por su tipo de organización y se diferencian con respecto a la pequeña propiedad, los pequeños propietarios. Los unos como el *sector social*, los agraristas, revolucionarios, identificados con las causas de la nación, los otros como la representación del interés privado, opuesto a la nación, representan al individualismo, a la acumulación y la competencia, en una palabra al capitalismo. Lo cierto es que hay pequeños propietarios misérrimos, en condiciones mucho más desventajosas que muchos ejidatarios. En el ámbito simbólico la distinción opera para diferenciar a los conversos a la causa del agrarismo

[192] Artículo 13-B, III.

[193] Artículos 23 al 37; el 27 determina el ritmo de la vida asamblearia: "Habrá tres clases de asambleas: generales de ejidatarios, ordinarias, mensuales, extraordinarias y de balance y programación".

de quienes se mantienen en el campo del individualismo asociado a la reacción. Esta distinción fue particularmente notoria en los tiempos de la última conflagración armada, la Guerra Cristera y la oposición entre agraristas y católicos, cuando en nombre de Cristo Rey, los campesinos católicos resistieron la reforma agraria. Se reiteró en tiempos recientes con motivo del intento modernizador de José López Portillo, la Ley de Fomento Agropecuario, cuando los campesinistas argüían que no se podía *mezclar a los lobos con los corderos*. Obviamente los lobos eran los pequeños propietarios y los corderos los ejidatarios. Diferencia, por tanto, a las fuerzas del bien y del mal

La referencia a la simulación como *leit motiv* de la reciente reforma al artículo 27 constitucional tiene sin duda su componente real. A pesar del carácter imprescriptible, inalienable, intransferible e inembargable de los ejidos, las tierras ejidales se vendían, traspasaban y rentaban en un mercado clandestino, solapado y permitido por las autoridades de la reforma agraria e inclusive por las artimañas de la hermenéutica jurídica.[194] El artículo 76 contenía una salvedad: "Las tierras ejidales no podrán arrendarse, trasmitirse o traspasarse salvo cuando exista incapacidad técnica, financiera o física para su aprovechamiento por parte de su titular" que permitía el registro de los contratos de transferencia, mediería, uso y usufructo o asociación. Por otra parte, el cambio de la ley tampoco produjo, hasta el momento, los temidos efectos privatizadores dado que las transferencias a propiedad privada han sido mínimas. No obstante, arrojó efectos simbólicos múltiples: al homologar a los ejidatarios con el resto de la población se presume la muerte del ejido y del sector social.

[194] El artículo 76 permitía la argucia jurídica al asentar que: "Los derechos a que se refiere el artículo anterior no podrán ser objeto de contratos de aparcería, arrendamiento o cualesquiera que impliquen la explotación indirecta o por terceros el empleo de trabajo asalariado, excepto cuando se trate de: Mujer con familia a su cargo, incapacitada par trabajar directamente la tierra […] III. Incapacitados y IV. Cultivos o labores que el ejidatario no pueda realizar oportunamente aunque dedique todo su tiempo y esfuerzo".

La manera de demostrar la vigencia y actualidad de la Revolución consistía en mantener un territorio vivo, un modelo demostrativo y en ese sentido un símbolo. Los campesinos que ganaron la Revolución perdieron en la carrera del desarrollo, ante la evidencia de su fracaso, la forma de preservarlos recurrió al aislamiento, al igual que los monasterios adoptaron la clausura, para preservar los valores en respuesta a la corrupción del clero. Al morir el ejido como símbolo, la Revolución pierde uno de sus bastiones y entra en cuestionamiento su propia supervivencia y la del partido que hizo del reparto agrario un símbolo, una bandera, y un credo que le permitió entronizarse en el poder.

La ley, la norma, sancionan y proclaman el estado ideal de un sector privilegiado por el sistema y protegido en sus derechos. En la práctica el ejido compone el espacio del poder del cacique, un autócrata tradicional y despótico que controla y maneja a sus seguidores como vasallos. "Una especie de feudalismo benévolo, un paternalismo firme y a ratos amoroso, que quizás nos dé la clave para gobernar, administrar y civilizar otras muchas regiones de México", la consideró uno de los ideólogos de la Revolución (Moisés Sáenz, 1939:202). El caciquismo como red de poder ha sido analizado en sus componentes funcionales y operativos por diversos autores,[195] estableciendo como base de su poder a las *lealtades primordiales*, tal como las describe Alavi (1976). El cacique ejerce un:

> mecanismo de control social más complejo y paralelo a las relaciones económicas propiamente dichas [...] este autócrata rural y sus funciones de coacción extra económica, se han descrito frecuentemente con el concepto de caciquismo. Así entendido el caciquismo se presenta como una estructura compleja de control político e ideológico y explotación, que se define por una zona de influencia monopólica y cuya base son unidades de producción campesina formalmente independientes y expoliadas a través de la intermediación (Bartra, 1982:116).

Establece una estructura de poder que centraliza la toma de decisiones fundamentales de la región y somete y controla a ejidos

[195] Véase Vargas González (1982).

y organizaciones campesinas. Pablo Vargas, en un minucioso estudio de caso sobre el cacicazgo de Dámaso Cárdenas, hermano de Lázaro y el afianzamiento del grupo *jiquilpense* identifica como base del poder caciquil los siguientes mecanismos:

> Cooptación de los líderes naturales de pueblos y comunidades como medio para organizar a su grupo más cercano, en una relación personalizada y vertical, que los respectivos dirigentes populares reproducen en sus respectivas comunidades.
>
> Relaciones de amistad y parentesco ritual, compadrazgo, lealtad personal con la familia Cárdenas (algunos de estos líderes habían sido antes trabajadores de la casa o de los terrenos de la familia y con ello se habían ganado la confianza y lealtad por lo que eran recompensados).
>
> Acaparamiento de tierras mediante el despojo, tanto para su comercialización o para distribuirlas entre allegados.
>
> Control del aparato político; por medio del acaparamiento de los cargos y puestos de elección popular, de las organizaciones sociales y de las agencias encargadas de la actividad coercitiva; juzgados y policía.[196] "Los hombres fuertes llevaban a Don Dámaso uno o dos nombres y él decidía".
>
> Capacidad para resolver las querellas interfaccionales e interclasistas.

El cacique, rémora de un pasado aparentemente lejano, fue la herencia de los caudillos militares en el campo, cuando, "luego de la disolución del sector militar de PRM, un importante número de oficiales del ejército […] afiliado al sector campesino y a finales de 1942, habían ya reemplazado a los antiguos jefes cardenistas al frente de la CNC" (Garrido, 1986:425). Los militares transformados en jefes civiles asumieron a su manera coercitiva el ejercicio del poder económico. El cacique ejerce el control del comercio regional, todo lo que entra o sale pasa por sus manos. Operan como intermediarios de los bienes y de las personas: nadie puede establecer contacto con los campesinos si no es a través de su intermediación y en sentido inverso los campesi-

[196] De acuerdo con el análisis de Vargas González (1982), las diputaciones locales, en el distrito de Jiquilpan, desde la gobernación de Lázaro Cárdenas hasta 1965, dependieron de la decisión de Dámaso.

nos no pueden acceder a las instituciones, si no es a través de él. "Estas relaciones se caracterizan como relaciones *patrón-cliente* y es frecuente afirmar que significan una relación de reciprocidad, en la que cada una de las partes obtienen un beneficio" (Alavi, 1976:109). Manejan la influencia y la mediación, de allí que todos los caciques sean priístas, y sobre todo amigos de los poderosos. Vargas pone en boca de un cacique las siguientes palabras: "Los campesinos sabían que yo era la voz de mi general don Dámaso Cárdenas". Al presentarse así, resalta el hecho significativo de que no es él por sí mismo quien ejerce el poder, que se trata de un intermediario, un *broquer* del poder. Establece, por tanto, una doble vinculación hacia arriba de coqueteo y seducción con los poderosos, a cuyo servicio se coloca, hacia abajo con los campesinos a quienes ofrece su capacidad de mediación e intermediación:

> El caudillo sólo es tal en la medida en que ejerce el poder político como fin último de su liderazgo y su lucha por permanecer y conservar el poder, le permite ser un personaje de influencia; retribuir las alianzas de sus subordinados e iguales y promover la solución de las necesidades de sus bases sociales de sustentación (en este contexto la riqueza personal, que casi siempre corre en magnitudes paralelas al poder) es una consecuencia de los amplios márgenes de acción en el ejercicio de la administración pública y en las prerrogativas y excepciones que se tienen frente al derecho (Pozas, 1982:108).

Los caciques también hablan a nombre de la Revolución, de la redistribución, del nacionalismo y se ubican en permanente lucha contra los enemigos de la Revolución, identificados con aquellos que se oponen al agrarismo. Justifican su manipulación de la violencia social y del autoritarismo en la necesidad de proteger un logro revolucionario ante los peligros siempre inminentes de la reacción. El discurso agrarista reporta un aparente consenso por

> la manipulación de creencias, lenguajes y valores aceptados por los campesinos [que] confieren legitimidad a su poder. Sobre todo la apropiación del discurso agrarista, del cardenismo y de la ideología nacionalista revolucionaria (Vargas, 1982:187).

Conservan de sus orígenes militares el recurso de la represión violenta, la persistencia de las *guardias blancas,* cuya sola existencia atemoriza a la población y que llegado el caso, queman comunidades, asesinan familias enteras para imponer su ley en el territorio. La represión "delimita las fronteras del control político" (Warman, 1983:118), como complemento de la negociación y de la concesión.

No obstante, los caciques de este siglo, a diferencia de los anteriores, operan insertos en el esquema institucional, de allí su necesidad de ejercer control sobre las organizaciones campesinas a través de posicionar a personas de su entera confianza como sus dirigentes. La influencia de los dirigentes agrarios sobre los campesinos deriva a su vez del manejo y la intermediación en los trámites agrarios y en la gestión de los apoyos subsidiarios. La esfera de influencia de las centrales no se limita a la cuestión de la tierra, aunque su poder se base en ella, sino que abarca el papel de intermediación con todo el sector público. Estos dirigentes dóciles a las iniciativas caciquiles se posicionan desde la central campesina para el ingreso a la carrera administrativo política, una vía de ascenso para los líderes campesinos:

> Las centrales son también el principal canal para la movilidad de los campesinos hacia la burocracia y la política […] constituyen un gran campo para la cooptación de líderes activos potenciales y una enorme arena para el arribismo y la corrupción (Warman, 1983:116).

Con el tiempo, los caciques logran extender sus redes sobre vastos espacios de poder. Con el tránsito de los dirigentes agrarios a las instancias de la administración y legislativas, inciden sobre los funcionarios federales y sobre diputados y senadores cada espacio con su cuota de influencia sobre el conjunto de las decisiones que afectan a los núcleos ejidales. Los dirigentes *cenecistas* que deben su nombramiento al cacique, una vez incorporados como funcionarios (Hardí, 1982), derivan al servicio de los caciques los instrumentos de la manipulación gubernamental. En la medida que el sector público es el "principal inversionista en

el medio rural" (Warman, 1983:116), la capacidad de gestión, desarrollada por los líderes agrarios se ve incrementada por el condicionamiento y la dirección de los créditos y las obras rurales de infraestructura. Manipulan una compleja red de vinculaciones en todos los niveles, las instituciones gremiales y públicas al servicio del control caciquil.

El caciquismo al subordinarse a la Nación, si bien no renunció al uso de la violencia y la coerción, aceptó el uso de las vías institucionales como medio de ejercicio del poder. El secreto consiste en la capacidad de colocar a sus incondicionales en todos los niveles. La presencia de personas que le deben al cacique su posición o al menos el ingreso a la carrera política, permite el ejercicio de la influencia sobre trámites agrarios, gestiones administrativas, inversiones públicas, procesos electivos, que limitan o impiden cualquier acción autónoma por parte de los campesinos. El cacique ejerce el control político y económico en la región, incide sobre el nombramiento de las autoridades locales (los presidentes municipales), sobre las autoridades agrarias (los comisariados ejidales), ejerce influencia sobre los líderes agrarios de la CNC y sobre los funcionarios de las dependencias de gobierno. El amplio espectro de influencia permite al cacique orientar la producción y convertir a los campesinos, a veces erróneamente considerados empleados del gobierno, como los proveedores de los productos que comercializa y consumidores de aquellos que ingresa a la región.

Bajo este esquema de control, no es de extrañar que el papel de la CNC en la organización de la producción y en la constitución de verdaderas organizaciones de productores haya sido prácticamente nulo, como señala Ardí (1982). Algunas acciones y programas, sobre todo del ámbito federal, tuvieron como objetivo implícito o manifiesto la disminución del poder caciquil, entre ellos los orientados a la venta de básicos y los de compra de productos operados por instancias como la Conasupo (Comisión Nacional de Subsistencias Populares) y los del Imecafé (Instituto Mexicano del Café). En despecho de sus logros, los caciques persisten dado que logran en última instancia revertir los efectos esperados en su beneficio. Menos visibles, más disimulados, siguen ejerciendo el control local e inclusive el de los estados.

El espacio para la conformación y consolidación de los grupos, para la realización de una carrera con miras a la presidencia o a alguna secretaría, donde conceder favores que refuercen la influencia de los líderes, al cual incorporar a miembros de otros grupos y reforzar las alianzas; el sitio más factible para iniciar un patrimonio, traducido luego en empresas y negocios; donde poder sustentar las aventuras políticas, señala invariablemente hacia la burocracia. "Quien vive fuera del presupuesto, vive en el error" y "amistad que no se refleja en nómina, no es amistad" son dos de las frases, indicativas de la enorme capacidad de atracción que ejerce la burocracia como fuente de seguridad, respaldo y posibilidades, y que denotan que "la primera función de una burocracia es producir lugares, invitar a entrar, proteger mediante la sumisión" (Legendrè, 1979:238). Pero no se trata sólo de un espacio, aunque sea un espacio sin cuya existencia los mecanismos de reproducción del poder se debilitarían profundamente, se trata de toda una escuela de aprendizaje, de un sistema cultural,

> una cultura que emana de las oficinas del gobierno y que impregna el ejercicio de la autoridad [...] un conjunto de hábitos y valores que identifican el comportamiento de la clase política y burocrática mexicana: un enjambre de licenciados y líderes [que] comparte un folclore y unas costumbres dignas de ser catalogadas cuidadosamente para almacenarse en las bodegas de los museos (Roger Bartra, 1993:31).

Conforma un inmenso aparato que en sus buenas épocas podía ocupar una tercera parte de la población económicamente activa y abarcar tantos espacios y vericuetos como para poder colocar, aunque fuera en alguna posición modesta pero decorosa, a toda la llamada clase política, aun aquellos temporalmente en desgracia. Permitía una cohorte de *aviadores*, supuestamente *comisionados* en el PRI, en la CNC, o en la CTM, que cobraban en una secretaría. Otros *aviadores* que ni siquiera se molestaban en fingir comisiones: novias, amantes o amigos en desgracia, enfermos o con otro problema que amerite una ayuda y motivara la tradicional magnanimidad de los jefes. Incluía a todas las

secretarías de estado, las dependencias descentralizadas, las comisiones especiales y las empresas paraestatales, todo un aparato orientado, más que a la dirección económica de la sociedad, al ejercicio del control político. Tras la aparente función de la *rectoría económica* asignada a las paraestatales, un cúmulo de posibilidades del enriquecimiento, de reparto de puestos para la burocracia política y en el campo contención. Pereyra (1983:296), desmiente el supuesto papel económico del estado:

> Su función económica es otra de las apariencias o simulaciones, tendientes a esconder la verdadera naturaleza del Estado, el control a través de la oferta, la concesión y en su caso la represión [...] El peso específico alcanzado por los monopolios transnacionales, el capital financiero y la burguesía agro exportadora, desmiente la idea de un Estado rector de la economía y, por el contrario, sugiere una progresiva subordinación.

Escuela donde se aprende el amor a los jefes, aporta una técnica del encuadramiento, de manera tal que el país entero se encuentra abocado al *imitantismo* de los pequeños jefes, imitadores de los grandes, ostentando pequeñas dosis de poder, de manera tan efectiva, que les permite manejar sus pequeñas cortes, sus aduladores y admiradores, así como mínimos o máximos privilegios y un *status* diferencial, una "administración que distribuye el beneficio de los puestos, derivación substitutiva del objeto bueno [que] conquistó la lógica del pontífice y la transfiere a ese estado centralista" (Legendré, 1997:249). Desde la más modesta de las secretarias, hasta el Secretario de Estado, manejan y reproducen los atributos del poder y sobre todo el don de la concesión. En la burocracia nada se hace por deber implícito en el cumplimiento de una función. Todo acto administrativo supone un favor que debe ser agradecido.

La burocracia presenta un modelo a aprender sobre la diversificación de las jerarquías, en las que cada puesto ostenta su rango y su ceremonial, donde los códigos de lealtad y sumisión operan en cascada. Cada estamento reproduce al igual que los jefes, la omnipotencia de su encargo. Nada se consigue si no es por la voluntad del burócrata. La lógica de la sumisión refuerza

en cada acto la necesidad de la dependencia y el amor a los jefes. La institución mantiene a su gente, juega con la privación, con la angustia de ser amado. Un error en las formas, más que en el contenido, puede acarrear el *congelamiento* y estar *congelado* puede ser el peor de los castigos, aun peor que la pérdida del puesto. El implicado permanece en su puesto, pero pierde la función. No se le encomiendan tareas, se le excluye de las juntas, de las decisiones. Está, pero no aparece, se convierte en invisible. Otros datos evidencian la pérdida de confianza, se cuchichea a su paso, se le esconde información. Algo así como la muerte en vida. Además del *congelamiento*, existen otros mecanismos para el logro de la sumisión. La disminución de prerrogativas opera también con efectividad. No necesitan ser las grande prerrogativas de los jefes, como un automóvil, el chofer o alguna de las secretarias. Para una secretaria puede consistir en el cambio de *su* máquina de escribir o el escritorio. Se interpreta como un acto atentatorio a la dignidad y puede generar verdaderas crisis de identidad. Inversamente la concesión de un atributo suplementario puede motivar reacciones de agradecimiento y lealtad. La lógica de la jerarquía y su manipulación provocan y reproducen un modelo de la dependencia.

Los puestos, las posiciones, se asumen en sentido patrimonialista. Los funcionarios se transforman en propietarios de *su* equipo de trabajo, conocedores del saber, dueños de la decisión del cargo. De allí la resistencia a los actos obligados, en cuyo caso, en muestra de disconformidad y sumisión se agrega la fórmula "en cumplimiento de instrucciones superiores". Propiedad supone la potestad de transferir, heredar los cargos. El extraordinario desarrollo del fenómeno de herencia de los numerosos niveles jerárquicos, no sólo en la cumbre, sino también en los niveles medios e incluso inferiores, si bien no confirma, en todo caso verifica la reproducción de la práctica de nombrar a sus sucesores, conferida a los presidentes y reproducida a lo largo de la escala de delegación.

Un gremio muy propenso a la constitución de grupos, visible por su naturaleza pública, pero menos notorio por su supuesta neutralidad política, es el de los intelectuales. Los intelectuales, en tanto aspiran a ejercer influencia moral sobre la socie-

dad,[197] manifiestan resistencias a identificares con un partido y desde la generación del medio siglo aun en menor medida, con el PRI. Sin embargo la aspirada por la autonomía no libera a los intelectuales de sentir las tentaciones del ejercicio del poder. Si caen en la tentación, necesariamente, deberán negociar y ceder ante un poder tan hábil como para simular la ansiada independencia.

A diferencia de otros países donde la empresa intelectual asume una dimensión autónoma, en México los intelectuales dependen para vivir, para publicar y para ejercer sus respectivas profesiones del Estado. En el siglo pasado comenzó su integración en el proyecto nacional. "Los escritores debían dejar la crítica al poder, integrarse para ayudarle en sus patrióticas intenciones de educar al pueblo", sostiene Zaid (s/f: 21), desde entonces fueron incorporados a múltiples funciones gubernamentales como escribas. Se ocupan del diseño de políticas públicas, en el medio cultural, en tareas de gobierno como las políticas agrarias, de desarrollo social y tecnológico; como profesores e investigadores en universidades y centros de investigación financiados por el gobierno (al menos hasta antes del *boom* de las universidades privadas). Incluso las empresas editoriales se dividen entre aquellas directamente dependientes, como el Fondo de Cultura Económica o las aparentemente independientes. Dependen en la medida en que el retiro de la publicidad institucional o la limitación del papel, controlado por el gobierno, pueden suponer su desaparición. La realización de foros, simposios o encuentros, nacionales o internacionales, cuenta con subsidio gubernamental y depende sistemáticamente de su obtención.

Los universitarios, en sentido laxo, manifiestan menos problemas de identificación ideológica. Actúan o inciden en política por medio de su participación en grupos constituidos durante la época estudiantil. En una investigación realizada, en 1993, en

[197] Por su formación se incluye en el campo de intelectuales, a los egresados de universidades, en sentido estricto sólo se incluyen quienes por su trabajo intelectual pretenden incidir sobre la sociedad. Intelectuales en sentido limitado se considera exclusivamente a los que actúan en el medio de la cultura, los que escriben, publican y manifiestan esa aspiración *moral*.

las universidades públicas del país,[198] se encontró que en la mayoría de las entidades federativas, el llamado grupo universidad constituía un sector más del PRI y había alternado durante años, con alguno de los otros sectores, en la titularidad de los gobiernos estatales y provisto de profesionistas para los puestos de gobierno. La incorporación de profesionales a la administración, mediada por la pertenencia a un grupo, implica el condicionamiento de la *chamba* a la lealtad hacia el gestor del servicio y el compromiso recíproco de una vez afianzado en la administración, abrir espacios a nuevos cuadros por la misma vía. Se inscribe en la lógica de la reciprocidad y las lealtades corporadas.

Las organizaciones de universitarios en ocasiones se transforman en verdaderas organizaciones mafiosas que igualmente controlan a los grupos de choque, los porros o se involucran hasta en el trafico de drogas. Su nivel de arbitrariedad puede ser tal como para merecer el nombre de *Sosa Nostra*, juego de palabras combinando la alusión a la *Cosa Nostra*, con el apellido Sosa, correspondiente al líder faccional del grupo Universidad en Hidalgo. Similares vinculaciones mafiosas se atribuyen Lastras Ramírez, en San Luis Potosí. Con menos atributos negativos, pero fuerte peso en la conformación de la clase política en el ámbito estatal, son los casos de las universidades autónomas de Morelos, Nayarit y Querétaro.

Independientemente de las diferencias locales, en casi todos los estados, las universidades autónomas, lejos de manifestar autonomía, mantienen una notoria dependencia con respecto al poder. Constituyen extensiones de la administración pública, desde donde se incide en el nombramiento de sus titulares. Es más, repitiendo la lógica de alternar los cargos políticos y ceremoniales, las direcciones universitarias constituyen un estadio en el ascenso de políticos o un refugio para políticos en la banca.

En otros casos los mecanismos para constituir o consolidar a un grupo operan desde los colegios de profesionales. Las asociaciones profesionales permiten organizar foros y eventos públicos desde donde proponer, ideas o líneas, la más de las veces con el objeto de adquirir visibilidad, ser escuchados y convocados

[198] Collin *et al., Las universidades públicas y la política*, inédita.

por *el poder*. Variante no despreciable por las posibilidades de relación, la oferta a los funcionarios espacios públicos no gubernamentales, para legitimar posiciones de gobierno teje relaciones de complicidad. Los foros o congresos dedicados al análisis de programas, leyes o decretos, no exentos de una cierta dosis de crítica indicativa de la autonomía, abren un espacio para el lucimiento de los funcionarios interesados en demostrar su capacidad de convencimiento al público, como un elemento importante en la acumulación de puntos para el ascenso.

Con mayor nivel de ambigüedad, pero también de perversión, los *caudillos culturales*, navegan con bandera de neutralidad. La apariencia de autonomía, es sólo apariencia. Componen grupos de poder que inevitablemente serán seducidos por el poder. La historia comenzó en 1915 cuando según Krauze (1976:2):

> El choque [de la Revolución] genera una tensión moral en algunos que consideran imposible seguir sirviendo a los regímenes revolucionarios y prefieren el exilio real o el exilio interno. En otros, el choque se amortigua y la fe en el estado se fortalece hasta volverlos servidores incondicionales y legitimadores ideológicos […] Todos ellos fueron hombres con grados universitarios, ideas, libros y conferencias en sus hojas de servicios; hombres que quisieron embridar culturalmente a la Revolución: Caudillos Culturales.

La historia continuo a lo largo del siglo, incorporando a la *inteligencia* para fines concretos, la formulación de proyectos de leyes, planes de gobierno, encargándoles misiones confidenciales, tareas educativas, la dirección de entes culturales, proyectos editoriales, adecuados a su formación y vocación. Convocados por sus opiniones o por sus contactos familiares, la oferta de una posición institucional a un *intelectual*, conlleva el atractivo adicional de incidir en el desarrollo del país, aportar a la cultura, a la modernización y a la democratización. Según Cosío Villegas:

> La Revolución nos creó y mantuvo en nosotros por un tiempo largo, largo, la ilusión de que los intelectuales debíamos y podíamos hacer algo por el México nuevo que comenzó a fraguarse cuando no se apagaba completamente la mirada de quienes cayeron en la guerra civil (*apud* Krauze, 1976: 13).

La oferta asume la posibilidad de la apertura de un espacio donde incorporar a un grupo, que de esta manera se consolida y refuerza. Por esta vía algunos intelectuales se convierten en caudillos culturales, se posesionan de la institución, reproducen relaciones de exclusividad e impermeabilidad y ejercen el poder. Desde la institución irán extendiendo sus vínculos a otras esferas, posicionándose e intentando concentrar el mayor número de espacios de opinión, pero también de dominio. Los grupos se vuelven exclusivos, expansivos y también competitivos. Manifiestan una velada, a veces abierta, rivalidad cuando se trata de la proximidad del poder, como el *berrinche* atribuido a Octavio Paz en ocasión del coloquio de invierno que se rumora le costó la cabeza Flores Olea.

Los caudillos culturales son veleidosos y soberbios. Su coqueteo con la autoridad tiene un carácter ambiguo, de mutua seducción, un juego perverso que sustituye a la subordinación absoluta, propia de los fieles. El poder político parece requerir de una cohorte de *adlateres*, de testigos, que brinden testimonio de su gestión. De esta necesidad testimonial, en parte adulatoria, surge el coqueteo con los intelectuales. "El intelectual se convirtió en el consejero secreto o público del general analfabeto, del líder campesino o sindical, del caudillo en el poder", propone Krauze (1976:13). El arribo de universitarios al poder no disminuyó la necesidad de incorporar a intelectuales, por el contrario, los políticos surgidos de las filas universitarias parecieran requerir en mayor grado la legitimación moral. Esta necesidad de legitimación contrasta con la necesidad del intelectual de mantener una posición propia *original*, crítica, para mantener tanto su *atractivo*, como su ascendencia moral sobre la sociedad. Al incorporarse a un espacio de poder, con sus obvias implicaciones de dependencia y control, el grado de autonomía e independencia de identidad disminuye notoriamente. En casi todos los casos se observa una disminución de la capacidad de crítica proporcional al cargo ocupado, así como una tendencia a justificar o avalar los actos de poder.[199] Krauze (1976:3) constata que "preocupados por no ceder sus posiciones —desde las materiales hasta las ideológi-

[199] Para el caso de la antropología, véase Collin (1981).

cas— han perdido independencia y su crítica resulta diluida, a fuerza de prudencia o maquiavelismo".

Los grupos intelectuales con frecuencia se instauran desde la época de estudiantes, tienen referencias generacionales, constituyen una hermandad de banca. El período escolar, funciona como las casas de jóvenes y por tanto, como parte del sistema de iniciación, de manera tal que el grupo generacional, los miembros de una generación se transforman en hermanos, en el renacer implícito en toda iniciación. Los coiniciados pueden constituir un grupo, o no. Cuando los miembros de un grupo generacional optan por instituirse, instauran normas y rituales y en ocasiones sancionan formalmente la alianza al dotar a la organización de personalidad jurídica. Acorde con su naturaleza intelectual, su nexo institucional, se establece a partir de una o más publicaciones, una revista desde donde se ejerce la crítica, el cuestionamiento, y permite mantener la ficción de la distancia necesaria para simular estar "fuera del sistema". Variante reciente, la constitución de asociaciones civiles, permite desarrollar proyectos propios y experimentos sociales.

Con posterioridad o simultáneamente a la constitución del grupo generacional se van incorporando colaterales, novias o novios, esposas, esposos y ex, incluyendo los discípulos y admiradores, que pueden ser considerados como lineales o subordinados. Generalmente endógamos, por su mayor grado de liberalidad suelen practicar la circulación de parejas entre sí. Si bien el ingreso de nuevos miembros no está vetado, los grupos tienden a ser bastante exclusivos. Incorporarse resulta difícil y por lo general sólo se logra mediante la presentación de un miembro pleno. Aun así, no todos los presentados serán aceptados. La permanencia, la lealtad y muchas veces la obsecuencia y la adulación incidirán para el reconocimiento como miembros. Los discípulos y ayudantes por su constancia y el aval de su maestro, suelen transitar de *status* hasta alcanzar el de miembros plenos.

El carácter exclusivo incluye el excluyente. La exclusión queda evidenciada sobre todo en sus publicaciones, difícilmente abiertas a quien no sea iniciado, miembro o vinculado al grupo. Los extraños no publican en estas revistas sin previo pase por

un ritual de inclusión o aceptación que implica la sumisión o el reconocimiento de la autoridad del o los *gurús*. Mucho menos los identificados como vinculados a otros grupos, que pueden ser vetados aun cuando su prestigio o conocimiento pudiera servir a la publicación. Una vez apropiados de una institución, en grupo en transformará en norma las prácticas excluyentes para impedir, por todos los medios, el ingreso de todo extraño al espacio. De esta tendencia a la constitución de grupos cerrados derivan las prácticas de los *concursos amarrados*, las designaciones de puestos de confianza y el crecimiento de plazas en instituciones *culturales,* supuestamente con escalafones por méritos académicos, tan frecuentes en el medio. La independencia intelectual mermada, por a limitación de posibilidades de acceso a posiciones, publicaciones y difusión para quienes no pertenecen o se vinculan a un grupo con poder. La pertenencia a un grupo y la eficacia de su vinculación al poder, aparece como una condición de la práctica intelectual y expresiva de su dependencia.

V. LAS INSTITUCIONES DE LA INSTITUCIÓN

La Revolución convertida en Estado transforma prácticas, presentes en el mito, en instituciones. Son las instituciones de la institución. La Revolución con mayúsculas, constituye el orden de los órdenes y se sustenta en las instituciones. El uso del término institución no alude, necesariamente, a aquellas sancionadas por un decreto, como el indigenismo, donde la redención del indio se formaliza en la creación "temporal"[200] del INI, la escuela rural y la inclusión de objetivos específicos en relación con los indios, en los respectivos programas sexenales. En este capítulo propongo revisar las prácticas institucionalizadas, sancionadas por los usos y costumbres, que quedan intencionalmente implícitas, ambiguas disimuladas, pues bajo algunas ópticas éticas, no encuentran justificación. Prácticas funcionales para el ejercicio del control que forman parte de la lógica del poder, pero silenciadas por no condecir con los valores de las democracias occidentales. Esta estrategia del disimulo reitera la estrategia cultural de la supervivencia del *ídolo* tras la imagen mariana o del santo católico.

Constituyen una serie de conductas conocidas, esperadas y aceptadas como normales, en tanto tales pueden ser interpreta-

[200] El decreto relativo a la creación del Instituto Nacional Indigenista, recalca el carácter temporal de la institución, mientras se logra la integración de los indios a la sociedad nacional. Véase *INI, 30 años después* (1979).

das como pautas o patrones culturales, en el sentido usado por el culturalismo norteamericano. Se inscriben como normas culturales en el sentido que les concede Goodenaugh (1971) y por tanto como parte de la cultura. Pueden ser interpretadas como esa

> suerte de trascendente histórico que es el *habitus*, un sistema socialmente constituido de disposiciones estructuradas y estructurantes, adquirido mediante la práctica y siempre orientadas hacia funciones prácticas (Bordieu, 1995:83).

En la medida en que además de constituir conductas, se integran en sistemas relacionales y no son "reacciones instantáneas a estímulos y la más insignificante reacción de una persona ante otra, está preñada de toda la historia de ambas, así como de su relación" (*ibid.*), vinculan a los actores sociales a través de vínculos recíprocos, constituyen escenarios de prácticas sociales y *praxis* sociales. Como sistemas relacionales, sobre todo en las relaciones de poder y en el vínculo gobernantes gobernados, las conductas sociales, las prácticas adecuadas, denotan prácticas políticas, una cultura política. Por su reconocimiento y en alguna medida aceptación prefiero entenderlas como instituciones. Están institucionalizadas porque conforman la base operativa, práctica, del funcionamiento de las instituciones formales, operan como la vinculación entre el *habitus* y el campo a la que hace mención Bordieu (1995), que *permite a los actores moverse como pez en el agua*, independientemente de su conciencia. Cada actor podrá actuar en la institución como debe hacerlo, decir lo que debe decir, cumplir con su papel y manejar sus expectativas.

La denominación alude a instituciones como el paternalismo, la corrupción, el sentido patrimonial de la administración pública —como fuente de empleo, de enriquecimiento personal y de ascenso social—, o la noción de apoyo, prácticas que sin estar sancionadas, tienen sus formas, sus reglas y sus límites; normas públicas, conocidas, repetidas y aceptadas, aunque en el discurso sean rechazadas, perseguidas y hasta se establezcan mecanismos institucionales, formales, en este caso, para su persecución y sanción. La existencia, por ejemplo, de la Contraloría

de la Federación, pretende controlar el enriquecimiento ilícito y obliga a todos los servidores públicos a realizar, anualmente, una declaración patrimonial.

El paternalismo

Tal como su nombre lo indica, supone la existencia de una relación paternal entre gobernantes y gobernados regida por la relación simbólica con el presidente, en tanto gran padre de toda la sociedad. Padre todopoderoso y omnipresente, sustitutorio del padre real, en una sociedad *matricentrista*,[201] que repite la imagen de la cristología cristiana, donde Jesús, tiene madre humana y padre sobrenatural.

El padre, sobre todo en las sociedades mediterráneas, se asume como padre dador o proveedor, atento a las necesidades de sus hijos. Un padre implacable e inapelable en sus decisiones, a cuyo control los hijos se someten. El *Padre-Patrón* colectivo que decide y controla, en una sociedad donde la ausencia de la figura paterna en el seno del hogar es bastante frecuente,[202] parecería sustituir el papel de los padres individuales. Existencia de un padre colectivo que supone la presencia de hijos. El modelo paternalista convierte en hijos que asumen su minoría de edad, a los ciudadanos. Como en todas las familias hay de hijos a hijos: hijos dóciles y rebeldes, hijos que abandonan el hogar, otros que permanecen y los pródigos, que regresan después de un período de rebeldía. El esquema parte de la supuesta incapacidad de los hijos menores de edad para conocer y satisfacer sus necesidades y por cuya desvalidez requieren de la tutela y dirección de un adulto para guiarlos, orientarlos y protegerlos. El sistema paternalista forma parte de una cultura política que, como toda cultura política, supone conductas y un sistema de actitu-

[201] Véase el capítulo II, “El tapado”.

[202] Recientemente se están realizando una serie de análisis orientados a cuantificar la feminización de la pobreza, al respecto véase González Tiburcio (1998:13) y Nuria Fernández (1999). Sin embargo, el problema de los hogares con jefa de familia en vez de jefe siempre afectó a la sociedad mexicana.

des, así como representaciones o ideas colectivas. Una praxis que involucra a ambas partes, de un lado los gobernantes, asumiendo su responsabilidad paternal y del otro los gobernados, que reconocen su dependencia.

El gobierno define la orientación a asumir por la nación, su destino, las políticas económicas, distribuye la tierra, proporciona los medios de producción, señala qué producir, fija los salarios mínimos de la población, proporciona vivienda, otorga la seguridad social, la educación, organiza a la población al constituir centrales de trabajadores entre obreros y campesinos e inclusive en el sector *informal*. Para que los hijos sientan que participan provee de partidos políticos,[203] y de esa manera mantiene bajo su control toda acción aparentemente independiente. La tutela no afecta exclusivamente a los hijos pobres, privados de recursos, obreros, campesinos y el sector informal de la economía. También la burguesía, la iniciativa privada, es hija del gobierno. Para el estado protector y paternal toda la sociedad se encuentra en permanente minoría de edad. No importa la riqueza o pobreza ni su grado de instrucción, los ciudadanos en general requieren de cuidado y protección. El gobierno desarrolla parques industriales, proporciona la infraestructura, financia proyectos, promueve exportaciones, proporciona los insumos, tiene según su propia definición un *papel rector en la economía*. Los empresarios demandan aranceles y medidas proteccionistas, financiamientos blandos y salarios bajos; cuando se inició la apertura, reclamaron entes de promoción en el exterior. Manifiestan una dependencia, a tal grado, que se le designa como *privada de iniciativa*, en vez de la *iniciativa privada*. La bur-

[203] Menciono partidos y no el partido, pues como se consigna en otras partes del texto, aun los partidos de oposición surgen del propio gobierno, ya sea por fractura o escisión como en los casos de Almazán, Enríquez y más recientemente el *neocardenismo* o por iniciativa, apoyo o promoción gubernamental como en los casos del PARM (Partido Auténtico de la Revolución Mexicana), PPS (Partido Popular Socialista), y más recientemente el PT (Partido del Trabajo) —promovido y financiado desde la Secretaría de Desarrollo Social, o más concretamente por el subsecretario encargado del Pronasol y dependiente directo del entonces presidente— o el Partido Verde Ecologista —atribuido a Manuel Camacho Solís.

guesía mexicana, también fue *creada por* la Revolución cuando al desaparecer, huir o esconderse la vieja clase acaudalada, su lugar empezó a ser ocupado por los mestizos industriosos, con *visión de futuro*. En realidad, muchos no eran industriosos, ni tenían más visión de futuro que su propio enriquecimiento, los nuevos ricos, que luego formalizaron alianzas de parentesco con los viejos, realizaron su fortuna a la sombra de uno o varios políticos, cuando no eran, al mismo tiempo, políticos. Otros, provenientes de una tradición industrial o inmigrantes, pronto aprendieron la inconveniencia de dar un paso sin protección. La independencia, las muestras de iniciativa pueden costar caro, costo que se aminora al colocarse bajo el amparo de la protección gubernamental. De allí que, poco a poco, fueran cediendo, limitando las muestras de iniciativa para iniciar el cabildeo con los políticos, la petición de favores y sentar las bases de la reciprocidad tranquilizadora que al generar dependencia disminuye los temores.

El paternalismo al asumir la paternidad de lo social se convierte al mismo tiempo en fuente de todo bien y de todo mal. Al gobierno, a *las autoridades*, se les adjudica la culpa de todos los males, incluyendo las conductas individuales fuera de su control. Si el pueblo es *flojo*, si no trabaja, es culpa del gobierno, si se incrementa la delincuencia o los precios, también; si baja el precio del producto que uno oferta, debe intervenir.[204] Un balance interno de la situación del PRI en la Ciudad de México, constata esta tendencia a la responsabilización del gobierno por los males sociales: "La gente está dolida [...] lo culpan de todo lo malo que pasa en la ciudad, en las colonias y aun en las vidas familiares y personales" (Yáñez *et al.*, 1994:18). "Un antropólogo que observa semejante situación debería preguntarse por qué razón las flechas de la acusación se dirigen siempre en la misma dirección" propone Douglas (1996:166). Sin duda, muchas situaciones pueden ser imputables a políticas de gobierno, pero no así la conducta privada. Las leyes inciden sobre la regula-

[204] Un ejemplo cotidiano de esta ideología de la culpabilidad gubernamental puede escucharse, diariamente en Radio Red, en el programa periodístico de Gutiérrez Vivó.

ción de la conducta pública, la moral se relaciona con las normas de trato entre personas y es parte de la cultura, mientras que la vida íntima y privada se vincula con la ética y con los sistemas valorativos (Mockus, 1996). El gobierno tiene responsabilidad en la formulación de leyes reguladoras y puede incidir indirectamente sobre las normas, mas no así sobre la conducta privada. El responsabilizar al gobierno por las conductas personales implica una *desresponsabilización* individual y social, compone una puesta *fuera de*, que supone la aceptación de la dependencia. Causa y consecuencia del paternalismo, cuando se adjudica a la autoridad la existencia de una conducta social y la posibilidad de su control, el gobierno asume y acapara funciones en detrimento de las iniciativas ciudadanas. Conforma una actitud recíproca, en la que ambos actores se encuentran involucrados. De parte de los gobernados al aceptar la idea del carácter demiúrgico del Estado, del gobierno cuando efectivamente lo cree y actúa en consecuencia. La noción de responsabilidad abarca tanto las soluciones como los problemas y se nutre del componente de corrupción como causa de todos los males.

Esta noción quedó en evidencia recientemente con la actitud de censura social, cuando el titular de Seguridad Pública reconoció la imposibilidad de acabar con la delincuencia. Esta declaración, de realismo político, en la que un funcionario acepta que se trata de un problema social, respuesta a una agudización de las condiciones de vida, fuera de la competencia de su área, fue rechazada por la población, aduciendo que *si no podía con la función, mejor que renuncie*. La respuesta evidencia la creencia en la omnipotencia de las autoridades.

La *responsabilización-desresponsabilización* implica un sistema de creencias y un sistema de actitudes. El sistema de creencias incluye la expectativa respecto a la competencia del gobierno para resolver cualquier problema, mientras que, como parte del sistema de actitudes se manifiesta la falta de responsabilidad, involucramiento y participación de la población en la solución de *sus* problemas, a la espera de que las soluciones emanen del gobierno sin necesidad de su concurso. De parte del gobierno o de las personas encargadas del gobierno, se asume esta capacidad de generación de soluciones y la culpabilidad

consecuente. En cuanto a las actitudes se traduce en la permanente búsqueda de vías a través de nuevos programas, controles y medidas administrativas internas. Cada presidente armado con su propio diagnóstico de los males que aquejan a la nación se apresta a resolverlos mediante políticas, mediante acciones específicas para transformar la realidad, incluyendo las conductas de los individuos. Ante las conductas privadas o que implican compromisos personales, proponen medidas externas por medio de programas orientados a organizar a la población o a incentivar la participación de la sociedad. Se llega hasta el extremo de decretar unilateralmente la mayoría de edad de la población.[205] La culpabilidad es igualmente asumida, ya sea, considerándola inevitable o intentando su control mediante el establecimiento de sanciones, controles o proyectos moralizantes, como la Renovación Moral de la Sociedad, propuesta por el presidente Miguel de la Madrid.

De parte de la ciudadanía la dependencia se traduce en inmovilidad; difícilmente asumen actitudes de cambio, de organización independiente o de autosugestión. Por lo general esperan que una iniciativa gubernamental los convoque, les proponga o les apoye, para el logro de su mejoría social.

La noción de apoyo

La palabra apoyo es quizá la más escuchada en reuniones y asambleas o cualquier espacio para diálogo entre el pueblo y el gobierno, recurrente en el discurso campesino e indígena, se vuelve comprensible inclusive cuando estos últimos se expresan en su lengua, por la reiteración de la palabra, inexistente en su lengua, en castellano. Más que una palabra constituye un concepto con un amplio campo semántico, pero sobre todo expresa una relación de dependencia y sometimiento. Constituye toda una estructura significativa que denota la relación asimétrica

[205] Como respuesta a un discurso de un director de la Reforma Agraria, en pro de la mayoría de edad de los campesinos, el presidente de una Unión de Ejidos de Michoacán, respondió que *si el Estado los había creado, ahora no podía abandonarlos.*

y alude a la noción de *don* que anuda y vuelve interdependientes a gobernantes y gobernados.

Para la mecánica, la noción de apoyo supone el punto de sostén desde donde ejercer una fuerza. Apoyo, en términos sociales, sería un detonante a partir del cual la acción del *apoyado* se despliega y potencia, como en el caso de la palanca que mueve al mundo. Nada más lejano a esta definición, que la noción de apoyo de la *mecánica nacional*. Vinculada a la noción de dádiva o caridad, cuando de aplica entre extraños, en el contexto de la relación gobernantes-gobernados y al expresarse la demanda en forma de obligación, es posible vincularla con la relación paterno-filial. Se inscribe en el contexto del sistema de relaciones, calificado como paternalismo.

Se pide y se espera el apoyo del padre-proveedor, que tiene la obligación de alimentar, atender, cuidar y proteger a su prole. Para recordar este deber moral, el discurso de la petición de apoyo va acompañado de autodevaluación: *somos pobres, no tenemos dinero, somos ignorantes*. Señalamientos adjetivos dirigidos al padre, e indicativos de que ellos, sus hijos, se encuentran desvalidos y requieren de protección, a los que recientemente, como producto de las campañas de difusión de los derechos ciudadanos, incorporan al discurso sobre sus carencias, la frase: *tenemos derecho a* como justificación de la necesidad de *apoyo.* Petición, súplica o derecho, los mensajes remarcan y aluden a la obligación de dar.

En las asambleas comunitarias o ejidales, en las consultas populares, subproducto de las campañas políticas de los candidatos a puestos de elección, en las asambleas de planeación participativa, incorporadas al corpus de prácticas de varias dependencias del ejecutivo federal, no existe técnica ni método, orientado al establecimiento de objetivos y proyectos autogestivos que logre evitar la petición de apoyo. Los candidatos, *promotores*, *extensionistas* o *facilitadores*, por democráticos y convencidos que estén sobre la necesidad de involucrar a los sujetos sociales en la definición de sus problemas, objetivos y proyectos, se enfrentan, invariablemente, con la noción de apoyo. Los sujetos sociales reclaman, solicitan, demandan que la autoridad proporcione apoyos. El rubro de apoyos es infinitamente amplio. Incluye des-

de dinero, obras, bienes, hasta la mediación en la resolución de conflictos entre pueblos, grupos o personas. La noción de apoyo delega en la autoridad la iniciativa y la decisión sobre cómo, cuándo y con qué se van a hacer las cosas. La petición de apoyo no necesariamente refiere a un bien o servicio determinado y cuya necesidad se identificó con anterioridad. Puede tener un contenido difuso, relacionado con la lógica de ver qué se puede obtener. Pueden inclusive, cuando no identifican la oferta del posible donador, preguntar: ¿En qué nos puede apoyar? Si la identificación es clara y existe un conocimiento previo de la oferta, la demanda será más precisa: escuela, maestros, equipo, al sector educación; clínicas, médicos, medicinas, al de salud. De cualquier representante gubernamental se le puede obtener algo.[206] En relación con la producción, al gobierno se le solicita apoyo con los insumos, el equipo, el crédito, los mercados o que directamente compre la producción, a pie de su parcela para protegerlos de los coyotes, que siempre abusan de su ignorancia. La actitud de protección ante su desvalidez es compartida por los encargados del trato con los campesinos, que consideran su obligación protegerlos de los peligros externos y pretenden acompañarlos en todas sus operaciones económicas.

En la jerga de las comunidades y organizaciones, denominan a sus peticiones, *ponencias,* y las entregan *por escrito*. Quienes las reciben las tipifican como las *cartas a Santa Claus*, resaltando el carácter de don sobrenatural implícito en las peticiones. Las ponencias presentadas ante una visita de un funcionario o en un acto político pueden, al igual que las peticiones a los santos, ser acompañadas de música, fiesta y comida. El homenaje al poder aparece como un mecanismo efectivo para generar la reciprocidad. Suelen acompañarse de *promesas* o *mandas*,

[206] Al realizar la investigación previa para la instalación de un Centro Coordinador Indigenista, del INI, en una comunidad de Maltrata en las faldas del volcán de Orizaba, en Veracruz, comencé a inquirir sobre la existencia de población indígena o de hablantes de alguna lengua indígena, obteniendo invariablemente respuestas negativas. Al saber que provenía del Instituto Nacional Indigenista, *mutatis mutandi*, se asumieron colectivamente como indios, pobres y urgidos de la presencia del INI, en su región, para *apoyarlos*.

mediante las cuales la comunidad o grupo se compromete a trabajos extraordinarios, en caso de ser apoyados. Las *ponencias*, en realidad una o dos hojas, enumeran los bienes o servicios demandados, y portan los sellos de la organización —si los poseen— la firma o la huella de los peticionarios. A su vez exigen la firma del *acuse de recibido*, sin importar demasiado si el representante, la autoridad, tiene o no el poder de decisión. Las hojas, con las firmas de los peticionantes y de los receptores, se acumulan y forman parte de la memoria de la gestión, como si se tratara de folios de un juicio, en la que cada petición constituye una prueba. De hecho, así lo conceptualizan, e independientemente de sí se entregó a un interlocutor válido, considerarán, recordarán y en su caso reclamarán los años que llevan pidiendo el bien o servicio en cuestión.

La apatía resultante del acto delegatorio no puede imputarse exclusivamente a la población. Hay gestos, mensajes que llevan a esperar pasivamente el don. Mensajes a los que se suman, el sistemático desaliento a los intentos autogestivos de la población, cuando no su persecución, con la resultante del reforzamiento de la sensación de espera y de deuda posterior:

> Los hombres que consiguen poner en acción los compromisos necesarios son los que saben colocar a la gente en una situación de deudores con respecto a él, mediante la manipulación de las riquezas tradicionales. Son los hombres que aseguran a su grupo una gran reputación y una posición dominante en el universo de los intercambios ceremoniales, y hombres cuyo haz de relaciones sociales se extiende mucho mas allá de su grupo y adquiere mucha mayor importancia social y política en caso de conflictos y tensiones (Godelier 1982:198).

Por una parte se encuentra la tendencia, sólo aminorada en los gobiernos críticos del populismo, a la dádiva como mecanismo de relación entre gobernantes y gobernados. La mayoría de las acciones de gobierno asumen la forma de dádiva, personalizada como en los casos de Cárdenas y Salinas de Gortari;[207] o

[207] Salinas en sus giras y recorridos por las comunidades organizadas y atendidas por Solidaridad había establecido todo un sistema de seguimiento a sus compromisos. En su caso era una cuestión de palabra y cum-

institucionalizada, en el caso de la entrega de escrituras públicas, créditos, recursos, fondos, hasta de casamientos colectivos, que ameritan un acto público, en el que los representantes institucionales otorgan a cada uno de los beneficiarios o de manera simbólica a unos que personifican a todos, su bien, o *don*. En estos actos de celebración en torno a una donación, la estructura del espacio refuerza la sensación de deuda. La instalación de un *presidium* en el que *las autoridades* se ubican por encima de quienes reciben, los discursos recalcando los beneficios del bien donado y la casi invariable referencia a las máximas autoridades como dadores (el titular de la secretaría, el gobernador, presidente municipal o el propio presidente de la nación), constituyen elementos discursivos orientados a reforzar la sensación de deuda. Consecuentemente se refuerza la relación recíproca dador-receptor. En palabras de Gabriel Zaid (s/f:11): "El sello de la cultura *matriotera* se convierte en los mejores mexicanos en un sentimiento de vivir en deuda". La noción de deuda con los héroes culturales transferida al sistema cultural que relaciona a gobernantes y gobernados, pareciera remontar sus orígenes al pasado prehispánico. Graulich atribuye tanto los autosacrificios, como los sacrificios humanos practicados en el México antiguo, al pago de una deuda con los seres sobrenaturales.

Al sacralizarse, la Revolución se apropió del lenguaje religioso y de una de sus funciones, según Augé. La religión instituye la deuda constitutiva, con posterioridad opera la sustitución cuando "el estado viene a ocupar la posición de los dioses" (Augé, 1982:40). Los gobernados se colocan en posición de permanentes deudores y asumen la consecuente carga emocional de gratitud, lealtad y reciprocidad, traducida en términos de sumisión.

El segundo mecanismo empleado para reforzar la desvalidez de la población recurre a la represión, al desestimular, des-

plimiento. No había acto donde desde el estrado no reconociera a algún peticionante por su nombre o por alguno de sus rasgos para prometer: "[…] usted, la *güerita* que pidió el agua, agua va a tener". Los compromisos se registraban y atendían a la brevedad. Generalmente sabía con anterioridad qué habrían de pedirle, pues los promotores, realizaban las asambleas y talleres de planeación, previos a la llegada del presidente. Pero el gesto, el mensaje público era de petición y don.

alentar e impedir, las iniciativas autónomas de la población. Tal fue el caso de las colonias agrícolas militares, en los años treinta, como posibilidad productiva y de propiedad alternativa al ejido. Para obligar a la existencia de un solo modelo, bajo control gubernamental, el gobierno promovió la confrontación y el enfrentamiento armado con los ejidatarios (Pozas, 1982:181). La vigencia de la fobia antiautonomista se reitera con las campañas recurrentes contra las Organizaciones no Gubernamentales (ONG's), por impulsar y desarrollar procesos autónomos, pero sobre todo por su tendencia a realizarlos al margen del gobierno. La iniciativa por constituir una reserva campesina para el manejo de los recursos naturales en los Chimalapas, fue considerada altamente sospechosa por "manejar recursos internacionales" (La Otra Bolsa de Valores 34 y 39) y consecuentemente reprimida. En el valle del Mezquital, en Hidalgo, se intentó desarticular una experiencia de quince años en la autoconstrucción de viviendas. Hasta la internacionalmente célebre Cruz Roja sufrió ataques y un proceso detractivo, aparentemente vinculado a conflictos con el órgano para-gubernamental encargado de la regulación de las organizaciones de asistencia privada, no suficientemente aclarado hasta la fecha.

La tendencia antiautonomista tiene un profundo arraigo. Se origina en el propio movimiento revolucionario, cuando se visualiza como única opción la concentración del don y el establecimiento de una cadena de reciprocidades, donde la deuda final tenga como referente al *gobierno* como ente, a las instituciones y en última instancia a la Revolución, para evitar anarquía, y el poder de los jefes regionales. La trasposición del don en la cadena Revolución-institución-gobierno alimenta la creencia, de los peticionantes, en cuanto a la validez de su *ponencia*, independientemente del nivel o jerarquía de quien la recibe, pues no la entregan a la persona, sino a la institución.

De parte del gobierno la iniciativa personal y social autónoma es asumida simbólicamente como atentado a la unidad, disolutiva de las instituciones y del orden social. Los proyectos autónomos, por no pedirle nada al gobierno, provocan una de las reglas explícitas de la política: *el que no debe, no me teme*, con su contrapartida: *que deba, para así estar vinculados*, para

que exista una relación, en tanto toda relación implica conocimiento y en alguna medida control. Ese fue el caso de los programas de vivienda de la COVAC en Hidalgo, con quince años de funcionamiento autónomo sin pedir financiamiento al gobierno y con influencia sobre ciento veinte comunidades. El gobierno estatal voluntariamente ofreció recursos (doy para que me deban); la organización ingenuamente los aceptó. Posteriormente se presentaron provocadores a las asambleas planteando que en tanto los fondos habían sido donados por el gobierno, los beneficiarios *no tenían por qué pagar*. El *no pago* suponía la alteración del mecanismo de revolvencia que permitió la sustentabilidad y autonomía del proyecto durante quince años. De suspenderse ese mecanismo, la organización se convertiría en dependiente del financiamiento y perdería su autonomía. El donativo se convirtió no sólo en una relación, sino en una forma de control que llevó a la escisión de la organización y casi a su destrucción.

Otra expresión de la fobia antiautonomista se expresa en la incapacidad para relacionarse con interlocutores no creados a iniciativa gubernamental. Los agentes del gobierno manifiestan un verdadero afán organizativo, a través de los años multiplican los programas de organización campesina y más recientemente ciudadana. Recurren a medidas coercitivas como condicionar la entrega de *apoyos* a la constitución de alguna figura asociativa predeterminada, siempre y cuando fuese promovida por y desde el gobierno o alguna de sus extensiones, como las corporaciones o el partido. El afán organizativo manifiesta una tendencia a crear sus propios interlocutores que expresa el temor ante los que desconocen. La existencia de organizaciones por fuera del gobierno y allegados, enfrenta la duda siempre presente en cuanto a los intereses ocultos en su promoción y la presunción en cuanto a la existencia de motivos antigubernamentales y por tanto reaccionarios.

La corrupción

La corrupción somos todos fue el título de una obra teatral picaresca con cientos de funciones, Luis González de Alba dedicó un libro humorístico a reseñar su presencia en la sociedad mexi-

cana desde la época de la conquista. Constituye la acusación por antonomasia contra la existencia misma del gobierno. Forma parte de la cultura nacional y se suma a la lógica del don, pero tiene su propia lógica: la del pecado-redención. La eficacia de la *doctrina del pecado* (Legendrè, 1997:143) que muchas veces permanece en el olvido.

La corrupción sustentó la puesta en escena de la metáfora del mestizo progresista. Los revolucionarios, carentes de otro capital que no fueran sus pistolas pero deseosos de prosperar, mientras repartían tierras entre sus seguidores, conservaron una parte para sí. Iniciaron una empresa como rancheros, sobre la base de un simple despojo o como empresarios, a partir del manejo discrecional de los fondos públicos:

> La primera explosión del peculado ocurrió en la propiedad inmobiliaria urbana y rural. No pocos personajes prominentes, incluidos secretarios de despacho, se convirtieron de la noche a la mañana en dueños de casas palaciegas y ranchos prósperos cimentados en las nóminas del estado (régimen de Obregón-Calles). En el segundo capítulo de la corrupción de la sociedad política, en las estructuras corporativas, el enriquecimiento salió de los ranchos y se metió a las grandes urbanizaciones de colonias citadinas, centros turísticos y a la organización y participación en la gran industria y el gran comercio, la tercera fase histórica de nuestra corrupción asume innovadoras formas del enriquecimiento con las privatizaciones de la propiedad pública (Labastida, 1998:8).

La modalidad no carecía de lógica. La falta de capitalistas y capitales generó la necesidad de *inventarlos* a partir de los propios amigos y conocidos. Desde Calles, las licitaciones y concursos circularon, casi exclusivamente, entre amigos, mientras los créditos se amarraban a la concesión. El amigo constituía la empresa, el gobierno aportaba el capital. Se comenta que en esa época se acuñó el concepto: *para enriquecerse, hay que construir*. La obra pública constituyó un negocio redituable para todos, para el gobierno por el mérito de la obra pública; para el ciudadano, por el servicio obtenido, y para los incipientes empresarios por la ganancia. Una práctica tan institucionalizada

como para haber desarrollado sus normas. El famoso 5% adjudicado a quien concede el contrato, era mencionado por los empresarios como una práctica habitual, inclusive antes de apodar al hermano incómodo como *el señor 5%*.

En la descripción de Labastida faltan dos ámbitos donde la corrupción también colaboró al enriquecimiento de los funcionarios, de los miembros del partido y de los líderes corporativos; la *empledomanía nacional* y la *influencitis*. Ambas se cotizan y en ocasiones tienen precio. Las plazas, las *definitividades*, los ascensos, se compran, algunas diputaciones y otras nominaciones también. Los trámites complicados, los juicios, la obtención de certificaciones, tienen un costo; hasta los títulos de cualquier nivel educativo pueden ser comprados. En el nivel más bajo, el del *centaveo*, que no permite el enriquecimiento, se encuentran:

> El pequeño soborno al burócrata que acelera un trámite o remueve en tu beneficio un escollo administrativo, y la famosa mordida policial [...] complementan el ingreso nacional sin exponer a la economía a los sinsabores de la inflación (Spota, 1975:83).

El sistema de la corrupción no aparece como privativo de los funcionarios, los gobernados también participan de manera pasiva cuando ofrecen una *mordida* para evitar una multa o acelerar un trámite y de manera activa cuando aceptan un crédito y lo desvían al consumo en vez de invertirlo para los fines productivos motivo de su concesión, cuando practican la cultura del *no pago*, cuando venden un bien provisto como subsidio por algún programa de gobierno. También es corrupción la connivencia entre invasores de predios urbanos, ejidatarios y algún líder partidario, utilizada para que los primeros hicieran como que invadían, los segundos se declararan despojados y los terceros mediaran ante las autoridades.

La cultura popular no necesariamente rechaza el enriquecimiento ilícito. Al contrario se supone que si un funcionario se enriquece pero *derrama*, tanto porque permite el enriquecimiento de otros o reparte beneficios a la población, se encuentra dentro de la lógica del sistema, *roba pero hace*. En igual sentido se expresan de quienes realizan obras, o promueven la inversión

que genera trabajo. Tampoco el cobro por la prestación de servicios, en efectivo o por medio de regalos adquiere genera acciones de repudio. La aceptación popular de las prácticas corruptas forma del sentido patrimonialista del cargo y de los bienes puestos a su disposición. El funcionario que realiza un trámite se adueña del proceso y en ese sentido puede cobrar por él. Al igual el funcionario con capacidad de decisión sobre el presupuesto puede disponer de los recursos como si fueran propios, siempre y cuando considere en el reparto a la población. La lógica patrimonialista permite entender la interpretación de la apropiación como un acto dentro de la normalidad. Por encima de las consideraciones éticas o morales, la lógica subyacente al fenómeno orienta el sentido a los motivos funcionales, como nexo, o relación entre actores sociales. La corrupción, permitida y avalada por los jefes en privado, colabora a mantener la interdependencia al instaurar la relación de *pecado-perdón*. La tolerancia ante el pecado de los subordinados y dependientes contempla como su correlato la facultad de los jefes para perdonar, absolver:

> La función del confesor consiste esencialmente en recuperar la ansiedad, en dosificarla, en hacerla enunciar por el penitente según el código convenido, para obtener de éste la sumisión mediante la palabra tranquilizadora (Legendrè, 1997:173).

Parte constituyente de la lógica de la sumisión, refuerza el sistema de lealtades, cuando convierte a los participantes en cómplices. En la medida en que todos, en menor o mayor grado, sean culpables, se evita la delación. Por el contrario, quien no peca tampoco ofrece garantías de lealtad suficiente. Es necesario pecar, aunque sea un poco, para ser perdonado y para tranquilidad del que manda. Con los gobernados que desvían un crédito, invaden predios o venden bienes públicos, se establece un sistema de deuda: pecado-redención. "Tú pecaste, yo te perdono, ahora me debes lealtad". El proceso del perdón maneja la incertidumbre y la demora. El pecador, el que viola las leyes, amenazado con la *aplicación de la ley*, el pago del crédito, el desalojo del predio o la cárcel desea intensamente el olvido por medio del perdón. Cuando el hecho es finalmente olvidado, cuando el gobierno

reconoce la cancelación de la deuda, la propiedad del predio, o antes al concederles los servicios sobre terrenos no regularizados, cuando el propio gobierno viola la norma jurídica para olvidar el hecho violatorio previo, lo hace como un favor, como un *don,* producto de su capacidad de concesión. La condonación, el reconocimiento, constituyen parte de la arbitrariedad del poder sagrado. Los más dóciles de los grupos, los más propensos a participar en los programas gubernamentales, surgieron de una situación irregular, de pecado original y que obtuvieron el perdón. Establece un código relacional que vincula en mutua dependencia a gobernantes y gobernados, finalmente la frase, aparentemente sarcástica; *la corrupción somos todos*, indica un vínculo y sobre todo de un sistema de relación.

El tributo

Los puestos, las posiciones asumidas como dádivas y aceptadas como favor adquieren visibilidad cuando se produce su contraprestación en los regalos a los jefes. De igual manera como a los santos se les pide ofreciendo, velas, promesas y fiestas; a los jefes se les rinde tributo. Los cumpleaños, aniversarios, las fiestas de fin de año, permiten a los subordinados expresar su afecto (afección), el agradecimiento y sobre todo para realizar actos en pro de garantizar el favor de los jefes. No vayan a ser como los santos (Collin, 1994:39) que suelen ser vengativos y rencorosos. Los subordinados, sobre todo aquellos que *deben* su nombramiento a un jefe, tienen mucho cuidado en no olvidar la celebración de su día y prever los regalos correspondientes. La magnitud del regalo se supone equiparable al grado de agradecimiento. Muchos, los más inseguros, en cuanto al grado de afecto que el jefe les depara, tratarán de asegurarse sus favores futuros invirtiendo la relación de la deuda. Un regalo fabuloso dejará al jefe, en tanto receptor, en deuda con quien ofrenda el regalo. La magnitud de los regalos llegó a un punto tal que se estableció un límite a lo aceptable sin incurrir en un acto de corrupción punible.[208]

[208] Fue en la administración de Miguel de la Madrid cuando se instituyen, tanto la contraloría, como el tope a los regalos, medido en térmi-

Esta limitación, aparentemente orientada a evitar la corrupción, mediante el pago disfrazado de regalo por contratos o concesiones de preferencia, pone coto a los otros regalos que no tienen como objetivo el condicionar un favor extralegal, sino agradecer el puesto o la posición que se ocupa. En sentido estricto, también en este caso podría hablarse de corrupción, aunque formalmente no exista. Un jefe cuenta con un equipo de colaboradores que trabajan con lealtad y eficiencia, aportan sus conocimientos previos, desempeñan una función y cobran un salario, implica una relación contractual de trabajo por dinero que sin embargo es asumida como una graciosa concesión por parte del que ejerce el mando. El tributo a los jefes no afecta de manera similar a todos los subordinados. Solo aquellos que recibieron su designación por parte del actual jefe, fueron ratificados por él o tienen la expectativa de permanecer en el equipo, sienten la obligación de regalar. Excluye a los empleados de base, cuya permanencia en el puesto está asegurada por una plaza y cuya necesidad de ostentación del aprecio por medio del tributo, sigue las vías sindicales.

Resulta significativo el nombre para designar al primer tipo de colaboradores, el designarlos como *empleados de confianza*, denota que ocupan un estatuto diferente. Su renuncia puede ser *requerida* en cualquier momento, sin derecho a indemnización, en el entendido de que ante la renuncia o cambio de posición de quien los invitó a colaborar, los empleados de *su* confianza deben presentar, simultáneamente, la renuncia. Por este motivo cuando el jefe entrante confirma en su cargo a un *empleado de confianza*, se traslada la carga de regalar a la persona que ratifica la *confianza*. Pero las implicaciones del término adquieren dimensiones más profundas. Una relación laboral basada en la confianza implica la necesidad de ser renovada, alimentada y acrecentada permanentemente con muestras de lealtad, devoción y atenciones entre las que se encuentran los

nos de un porcentaje al salario. Cabe mencionar que, como se explica más adelante, Miguel de la Madrid no puede ser considerado como un presidente representativo de los valores nacionalistas-revolucionarios y por tanto participe de las lógicas revolucionarias.

regalos. Por eso la relación de *confianza* y las prestaciones que implica pueden prolongarse mas allá de la conclusión de la relación laboral, sobre todo cuando se mantienen expectativas en cuanto al futuro político o administrativo del jefe y en relación con la posibilidad de volver a formar parte de su equipo. Puede cesar cuando el futuro político del *jefe* se agota. En ese caso, el jefe verá disminuir significativamente y a veces hasta totalmente, el número de acólitos, de llamadas y de regalos, dejando en evidencia que no se trataba de muestras de amistad sino de *tributos al jefe*.

Cuentan una anécdota, supuestamente real, en la que un ex secretario de Estado reclamó a una persona que durante el ejercicio de su cargo le atosigaba con regalos e invitaciones en nombre de su amistad y al que no veía desde que abandonara el cargo. Sin asomo de vergüenza el otro le contestó que él mantenía su amistad con el secretario de Estado. Cierta o falsa, refleja una situación real. Presencié una situación similar cuando un ex jefe de Estado recibió una pequeña bandeja de plata como regalo de un ex colaborador, no presente en la fiesta familiar a pesar de estar invitado. Con sensible expresión de desencanto recordó los fastuosos regalos, incluyendo una casa, que acostumbraba recibir del ahora ausente, cuando ocupaba la primera magistratura. La casi obligación de regalar a los jefes no resulta recíproca, los jefes difícilmente realizan regalos a los subordinados. En ocasión de cumpleaños u otras celebraciones, como el aniversario de bodas, se limitan a enviar una tarjeta de felicitaciones.

Los regalos a los jefes denotan la arbitrariedad de la designación, una decisión de favor, de concesión, donde las capacidades laborales del contratado resultan irrelevantes. La persona contratada, se asume como favorecida por la designación y con la posibilidad de formar parte del equipo y consecuentemente como un don, que implica una reciprocidad y una deuda.

Cada una de estas *instituciones*, enraizadas en las conductas individuales, vinculadas entre sí, componen la argamasa que sostiene la operación y reproducción del sistema clientelar. Establece una jerarquía, un vértice concentrador de inmanencia que, al mismo tiempo, incauta las capacidades decisorias y de libre albedrío de los gobernados. El paternalismo extiende

hacia la sociedad las normas de las relaciones de parentesco sobre el estado personificado por el gobierno y corporizado en cada uno de sus representantes, empleados y funcionarios a veces suplantados por jefes, que sin cobrar en el presupuesto hacen de sus agentes oficiosos, en una posición mediática pues *ofician* de intermediarios con el gobierno.

La relación paternal puede entenderse como producto de una traspolación pero también como una suplantación. El *papá gobierno*, como lo denomina la voz popular, suplanta al padre real y ausente en la estructura familiar. La norma de parentesco prescribe la existencia de un padre protector-dador, la práctica del machismo mexicano anida padres ausentes, con varios frentes —eufemismo utilizado para designar el hecho de tener varios hogares y mujeres— y frecuentemente irresponsables, en tanto delegan en sus mujeres la manutención de los mismos. La norma queda satisfecha al transferir las funciones sobre un padre universal que cubre el papel del ausente. Este mecanismo de transferencia concentra en el gobierno las atribuciones y potestades y establece las bases de relación para la puesta en marcha de la *noción de apoyo*, mediante la cual los hijos reclaman la atención paterna. La complicidad inherente a la violación de normas, presente en los actos de corrupción vincula horizontalmente a los cómplices, mientras que para la operación del mecanismo de pecado-perdón opera también la transferencia de la potestad de juzgas en la figura paterna. Quien perdona o castiga es el padre a quien los hijos deben obediencia y sumisión.

El don conlleva tres obligaciones: dar, aceptar y devolver. La Revolución donó instituciones, los jefes-gobernantes proveen bienes, el pueblo los recibe y devuelve lealtad, adhesión e incondicionalidad, demostrados en vivas y vítores, concentraciones masivas, fiestas, rituales, música y flores. Les rinden tributo a partir de sus regalos y justifican su enriquecimiento como inherente al desempeño de la función pública. También les ofrecen sus mejores doncellas.[209]

La vinculación de los diferentes mecanismos puede prescindir de una personalización diferencial. Una misma persona pue-

[209] Véase el siguiente capítulo, "Cuerpo y poder".

de asumir los diferentes papeles en diferentes contextos. En el trabajo cobrar por un servicio, en la lógica de la corrupción y apelar al perdón de su superior, en su comunidad participar de la noción de apoyo en la demanda de servicios básicos y ante sus vecinos aparecer como un jefe pues maneja vínculos con el gobierno. El ejemplo, pensado para un funcionario menor puede elevarse en la jerarquía hasta los niveles superiores y todos o casi todos manifestarán en diferentes circunstancias los diferentes roles funcionales.

Cada una en su nivel establece vinculaciones funcionales entre los actores de manera que a pesar de los gritos y protestas nadie puede arrojar la primera piedra. El que peca y recibe el perdón, el que pide y obtiene un don, quedan en deuda con el poder paternal proveedor de todo bien y todo mal.

VI. CUERPO Y PODER

La cuestión subyacente es el poder y su entrecruzamiento con la pasión, pero una cosa es pensar en el poder de la pasión, entendiendo el poder como poder propio, otra a partir de una pasión por el poder (político, revolucionario) que deja impensada aquella y que reduce este a una cuestión de dominio (Trías, 1988:94).

PARAFRASEANDO a Godelier (1982),[210] se puede decir que el cuerpo habla de cosas que no tienen que ver con la sexualidad y en este sentido es ventrílocuo. Decir la sexualidad supone una especial referencia al cuerpo y a su posibilidad de manipulación. "El cuerpo comunica información para y desde el sistema social del que forma parte" (Douglas, 1998:168) y puede interpretarse como un reflejo de la sociedad. La manipulación del cuerpo, como recordatorio, como síntoma, autómata que porta el espíritu sin pensar, como un depósito donde se conservan los valores, se inscribe en el campo del poder político.

Si se parte de definir el ejercicio del poder como el control sobre los actos de otros, que expresa una situación de dominio sobre las personas, habrá que reconocer que este dominio para materializarse requiere inevitablemente del cuerpo de los otros. La demostración más fehaciente del ejercicio del poder es cuando se puede disponer del cuerpo de los otros al arbitrio de quien lo ejerce. Definir quienes pueden usar el cuerpo de los otros supone el análisis de los atributos del poder, para determinar los roles y así identificar los grupos que gozan de ciertas prerrogativas.

[210] Godelier (1982) en su estudio sobre los *baruya* analiza esta capacidad manipuladora del cuerpo y la sexualidad, el tema fue desarrollado con mayor nivel de generalidad, en el curso: Parentesco y sacrificio de la sexualidad, impartido en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en 1996, en el marco del Doctorado en Antropología Simbólica.

Tarea compleja, difícil de medir y registrar, como propone Cohen (1979:37), pues la manipulación asume vías indirectas, e implica el concepto de *influencia* como componente operativo del poder en las relaciones interpersonales. El dominio ejercido sobre los cuerpos de los dominados asume grados y formas diferentes de expresarse, pero casi necesariamente todo acto de poder habrá de materializarse en alguna forma de disposición del cuerpo de los otros.

En su grado extremo, es la potestad de disponer de la vida y la muerte en sus diferentes expresiones. La posibilidad de declarar la guerra, como acto del poder supremo de reyes y mandatarios, con el aparente fin de someter a otros cuya muerte se justifica por considerarlos como enemigos, implica también el hecho de mandar a la muerte a sus propios seguidores, a los hijos de la patria. En ese sentido la guerra ha sido señalada como un acto de filicidio. La guerra ocupa un espacio de poder ubicado entre el campo de la política y el ámbito militar. Sin necesidad de declarar una guerra, el poder se asocia con la capacidad de represión a quienes infringen la ley, los delincuentes comunes, pero también sobre los llamados delincuentes políticos, quienes de alguna manera cuestionan el derecho al ejercicio del poder. Aquí la disposición del cuerpo ajeno puede asumir la forma de enclaustramiento en cárceles o manicomios, la represión directa que mata en el lugar de los hechos o la diferida vía la pena de muerte.

Hay otras formas de disposición de las vidas ajenas vinculadas con la religión. En este caso el acto de poder se ejerce por la vía del sacrificio humano (Girard, 1983), que en ocasiones puede asumir la forma de autoinmolación.

La forma menos extrema, no por ello menos agresiva, es la disposición del tiempo ajeno. Una manera de dominio sobre el cuerpo del otro que implica la situación de espera, donde el dominado debe poner su cuerpo a disposición del tiempo del otro, del que ejerce el poder. Asume diferentes modalidades que van de la antesala, en la que la persona citada debe esperar hasta que el otro esté en disposición de atenderlo; los actos públicos en los que se convoca a los dominados con horas de anticipación y deben esperar hasta que arriben los jerarcas; hasta los actos

que no implican la presencia física en un lugar, como los relacionados con el misterio de una decisión. En este caso, los involucrados, pendientes de la decisión, permanecen en un tiempo suspendido, a la espera de un acontecimiento, promulgación o decisión, que les restituya su movilidad. *El que se mueve no sale en la foto*, se dice en la jerga política, para ejemplificar esta situación de detenimiento del tiempo, de inmovilidad física.

En el medio, como actos igualmente agresivos, los que se vinculan con el goce del cuerpo. Pueden abarcar la orden de negación del cuerpo, mediante la mortificación por medio de autoflagelo, el ayuno, hasta el sacrificio de la sexualidad. Incluye también la práctica del celibato, los períodos de abstinencia asociados con el rito o la negación del goce por implicar un pecado. Formas vinculadas a las religiones y su capacidad normativa.

En estos casos se trata de una negación, una anulación forzada de las capacidades individuales de disfrutar su propio cuerpo. La disposición del cuerpo ajeno puede también asumir la forma de afirmación con el poder de la disponibilidad de los cuerpos de los otros, para el uso de quien ejerce el poder, que sin ser ajena a la práctica religiosa se vincula con el ejercicio del poder político y del poder patriarcal del hombre sobre la mujer.

En cada cultura política, entendida la cultura política como "el conjunto de ideales y símbolos que describen las metas y los fines en términos de las tradiciones" (Cohen, 1979:48), existe un conjunto de prácticas de dominación sobre el cuerpo del otro que sirven para reforzar la sensación de vulnerabilidad ante el poder, de dependencia, pero también de distancia entre los de arriba y los de abajo. Éstos actos de dominio refuerzan los atributos del poder, constituyen parte de sus símbolos; suponen el ejercicio de la violencia, pero no necesariamente recurren a ella, pues se producen generalmente con el consentimiento de los gobernados; son violentos porque alteran la tendencia normal de un hecho, porque se imponen, violentan la realidad, pero esconden disfrazan su apariencia al inscribirse en la esfera extraordinaria del poder e implican el consenso.

Por su asociación con el ejercicio del poder, resulta interesante analizar cómo están distribuidos los roles entre subordi-

nados y superiores, para identificar a los grupos que gozan de ciertas prerrogativas vinculadas con los atributos del poder. Estas prerrogativas no forman parte de ningún texto escrito pero se asocian, en la práctica, a la función. En el sistema político mexicano, donde la forma es fondo, existe una serie de códigos implícitos, que expresan el control sobre los cuerpos de los otros. Cada uno cumple un sentido simbólico en la reiteración de la distancia y del ejercicio del poder.

El manejo del tiempo

La aparente despreocupación por la puntualidad, evidenciada en el llegar tarde a las citas, sobre todo aquellas realizadas en un sitio público como restaurantes, propia de los políticos, no es producto de la casualidad ni de una pauta cultural arbitraria, sino una forma de demostrar quien ocupa la posición dominante. El que espera reconoce su relación de sumisión, quien se niega a aceptarla como signo de independencia, se retira del sitio, después de determinado tiempo de espera. El o los que hacen esperar, independientemente de las justificaciones o no por la llegada tarde, evitan de esta manera sentarse solos, pero sobre todo colocarse en situación de espera. El orden de la demora, la presentación o no de excusas, se relaciona con la jerarquía de quien se hace esperar. Una forma frecuente de ostentación de la posición jerárquica, estriba en enviar por adelantado un emisario, aparentemente para correr la atención de avisar de la posible demora. En realidad este emisario habrá de comprobar la presencia de los convidados, para asegurar la presencia de todos antes del arribo de quien pretende demostrar su posición dominante. El emisario se encargará de comunicar al jefe cuándo puede arribar, y *performe* su entrada acompañado de un séquito de ayudantes reforzando de esta manera su posición superior.

El segundo tipo de espera pasa por la antesala. Para una cita con un jerarca es necesario concertar una entrevista con la suficiente antelación. El carácter de suficiente depende también de la jerarquía. Hay citas que pueden postergarse por meses, pero ese es otro tema. Las citas son cuidadosamente asignadas

considerando la agenda del personaje, con tiempos de acuerdo con la importancia del tema. Quien tiene una cita debe llegar puntualmente, bajo riesgo de perder su espacio. Por puntual que se arribe, lo más seguro es que tenga que soportar la antesala. Dependiendo de la cercanía o la importancia del quien tiene la cita se evidencian al menos dos tipos de antesalas, una general, en el exterior de las oficinas, donde esperan a ser llamados los comunes; la otra con un mayor nivel de intimidad, incluye la invitación a esperar en *un privado*, al interior de las oficinas, atendido por el secretario privado, quien ofrecerá café o refresco y platicará con la persona. En ocasiones el secretario interrogará al que espera para *poner en antecedentes* al jefe, o sin interrogación de por medio esperará en un privado atendido por una secretaria del *staff*. El tiempo de la demora resulta imprevisible para el citado, de manera tal que si tenía otros compromisos pendientes deberá postergarlos o simplemente faltar a ellos. Ése es el nivel en el que se genera la violencia y la sumisión. El que determina el tiempo de la espera dispone a su arbitrio del tiempo del otro, lo coloca en situación de aceptación pasiva, he induce la sensación de que *su tiempo* no le pertenece.

La cita en sí también contiene elementos simbólicos en el manejo del tiempo y el espacio. El encuentro puede producirse en el despacho de trabajo, donde se sufrirán otras demoras indicativas del nivel de atención. Fundamentalmente la atención de llamadas telefónicas y el despacho de asuntos mientras se produce el encuentro. El "no me pase llamadas" comunicado a la secretaria por el intercomunicador, supone un orden de preferencia y atención, el nivel que le sigue incluye el diferir algunas de las llamadas y tomar otras. Ante cada llamada atendida, el de la cita deberá interrumpir el diálogo y esperar. Las llamadas contienen elementos de diferenciación, el tomar llamadas importantes puede indicar un grado de confianza hacia el interlocutor, o por el contrario la inevitabilidad de su atención por tratarse de un superior. Cuando la llamada atendida es de alguno de importancia, pero con la cual el interlocutor tiene confianza, extremará las muestras de amistad y afecto, de manera que el de la cita, al escucharlo lo interpretará como preferencia. El *Sí, señor*, pronunciado al auricular indicará un orden de

jerarquía. Como situación extrema de diferenciación, puede entenderse la salida a atender las llamadas en otro cuarto, dejando solo al interlocutor. La atención en el privado donde se efectuó la antesala o atendido en un privado interior del despacho supone un orden de preferencia, al excluir la interrupción del teléfono y denotar la atención privilegiada. Aquí el tiempo dedicado al interlocutor estará marcado por una salida al propio despacho del entrevistado, sin que medie la interrupción previa de una llamada. A su regreso comenzará con un *bueno* u otro signo indicativo de que la cita ha concluido.

El acto extremo de la sumisión lleva nombres despectivos por parte de los no priístas, el acarreo o cuando se aplica a al sujeto que lo padece: la borregada, indican de quienes asisten a un acto masivo, donde no tendrán otro papel que el de asistentes pasivos, con la sola actividad de funcionar como claques para aplaudir, ovacionar y ensalzar a algún funcionario. El acarreo se refiere al desplazamiento de los asistentes a un acto, desde su lugar de residencia al sitio del evento. Para ello se envían los transportes, generalmente desde un sitio central que pasará a las comunidades por su carga, los trasladará y regresará una vez terminado el acto. Dependiendo de la distancia será la hora de reclutamiento. Si el acto es en la mañana, partirán desde la noche o la madrugada anterior, de manera tal que la concentración de contingentes comience al menos tres horas antes del inicio. Como parte de la movilización, generalmente a los asistentes se les proporciona un *lunch*. En el sitio de la concentración grupos musicales animan la jornada creando un clima festivo, mientras los *jilguerillos* o maestros de ceremonias, ensayan las porras y vivas que habrán de pronunciar al momento de la representación. El acto de animación no tiene como único objetivo el aprendizaje de las consignas, sino ir creando un clima de entusiasmo y animación que conduzca a estados extáticos al momento culmine. La alusión a los sitios de origen de los participantes, estado, municipio o localidad, para que se presenten con gritos, aplausos, saltos u otra expresión sonora y visible, va generando la identidad grupal de los asistentes, acompañada de una velada competencia por la visibilidad en relación con los otros contingentes. Al estado de diferenciación le sigue el de la

unidad, cuando a coro todos los grupos se unifican en una consigna, una de las cuales es precisamente la de unidad. De esta manera, los diferentes grupos se unifican, dividen, reunifican y logran alcanzar una unidad indiferenciada como masa, como borregada al decir de sus críticos, por ser llevados, traídos, alimentados y azuzados.

Toda sumisión implica un nivel de consentimiento. La visión de los actores suele diferir de la de los observadores, para ellos la movilización constituye un acto festivo y una ocasión de realizar lo que alguien definió como turismo social. Para los pobres, los marginados, que difícilmente tienen oportunidad de salir de sus comunidades, estos traslados masivos suponen una de las pocas oportunidades para conocer otros lugares, al punto que cuando no se producen las movilizaciones, añoran su presencia. Durante el largo traslado, el alto en el camino para el *lunch*, transformaba el desplazamiento en fiesta campestre, por otra parte la presencia de grupos musicales de animación en el lugar del acto, refuerza el carácter festivo y de júbilo. Durante los momentos previos y en la realización del acto, las alusiones a sus lugares de origen logran a la vez el sentimiento de ser reconocidos y de solidaridad grupal. Refuerzan los lazos de identidad colectiva.

El reconocimiento implica una diferenciación con respecto a la masa. Cuando se los menciona responden jubilosamente, adquieren identidad, pero también porque la mención implica la ocasión de personificar su lealtad en espera de un reconocimiento posterior. La presencia se inscribe en el campo de las reciprocidades entre gobernantes y gobernados. El nivel de competencia entre grupos y porras por hacerse notar tiene que ver con esta necesidad de reconocimiento, que implica en el imaginario colectivo la posibilidad de una reciprocidad, traducida en acciones a su favor. En este sentido, la visibilidad se asocia con la obtención de abundancia.

El refuerzo de la identidad grupal opera como mecanismo interior del grupo que afianzará sus nexos de solidaridad, acrecentará el orgullo local y se sentirán portadores de una representación colectiva, que los dignifica y enaltece, con independencia de que dicha representación haya sido conferida, impuesta o

autopropuesta. La participación en una movilización otorgará a los participantes un motivo de recuerdo, compartido con sus compañeros de viaje al que aludir en las pláticas comunes y de diferenciación en sus lugares de origen con respecto a quienes no asistieron.

El tiempo del misterio se asocia a la designación, en su modalidad de destape o de asignación de un cargo. El destape, como acto magno del misterio simbólico cuyos componentes muchos han intentado descifrar, contiene como elemento central el mantenimiento de un clima de inseguridad que se repite en cascada desde el máximo nivel, el presidencial, los gobernadores, los presidentes municipales y los restantes candidatos a puestos de elección popular, incluidos diputados, senadores, síndicos y regidores, extensivo a los titulares de las corporaciones como la CTM, la CNC y el sector popular. Quien espera el beneficio de una designación reconoce la existencia de reglas implícitas que no debe violar, de límites muy frágiles, casi invisibles. Un aspirante a un cargo habrá de demostrar su capacidad de convocatoria, pero no puede evidenciar que está procurando el respaldo de grupos o personas, evitará el destape anticipado por voceros no oficiales al tiempo que mantiene la suficiente visibilidad como para hacer sentir su presencia, una presencia suficiente pero no sobrada evitando ostentar que actúa como si ya fuera el elegido; el aspirante puede establecer alianzas, pero no formular compromisos. El tiempo del destape establece una situación de espera en la que el tiempo se detiene, se coloca a disposición del arbitro de quien asume la decisión de la designación. La regla de oro consiste en mantener la imagen de vulnerabilidad, de dependencia en relación con quien toma la decisión que refuerza la ficción de la dependencia y la lealtad.

El carácter misterioso, ambiguo y arbitrario del destape se hace extensivo a los nombramientos de puestos. La convocatoria para ocupar un puesto en la jerarquía contiene la misma carga de misterio y demora. El aspirante a un puesto o posición manifestará capacidad, pero no demasiada, sobre todo evitará generar el temor a ser superado o que pueda ser cuestionado el poder de quien toma la decisión, tiene que estar presente, hacerse presente a los ojos del otro, sin apremiar o intentar apresu-

rar decisiones, manifestará un máximo de vulnerabilidad y un mínimo de autonomía.

El *tiempo de los jefes* establece la forma del autoritarismo mostrada en el ejercicio de la función administrativa, donde opera la distinción entre personal de confianza y de base. Para los últimos existe un horario, pero los primeros deben llegar antes que el jefe e irse después de él. Quien fue designado como personal de confianza y aspira a la proximidad, a ser del parte del círculo íntimo, a considerarse miembro del equipo, sus tiempos desaparecen para subsumirse en los del jefe. El jefe dispondrá las horas de las juntas y reuniones, no necesariamente en los horarios de oficina y en cualquier momento puede solicitar que lo acompañen a una actividad pública, a una comida o a salir en grupo y con mujeres. Las peticiones se asumen como muestra de deferencia y demostración de confianza y en este sentido, recibidas con beneplácito. En la práctica quien está sometido a tal régimen laboral pierde su vida privada, no puede concertar compromisos o programar sus tiempos, queda siempre a la disposición del tiempo del otro. La situación afecta desde quien desempeña un alto cargo hasta el personal secretarial y quienes más sufren por esta condición son los choferes.

Entre la vida y la muerte

La disposición de la vida y la muerte de los subordinados asume una serie de modalidades, algunas en los marcos del derecho, otras por fuera de él; todas consideradas legítimas o al menos no punibles. La legal incluye la muerte, persecución y confinamiento de quienes cuestionan el orden del gobierno y tiene sus normas establecidas. Hasta hace poco tiempo, en legislaciones estatales permanecía la pena de fusilamiento por rebeldía. La función represiva del Estado, la existencia de cauces institucionales para su aplicación, es común en la mayoría de los sistemas estatales. Reviste mayor interés para un análisis del simbolismo, los usos de la supresión física de los enemigos y personas incómodas por cauces extralegales, legitimados o aceptados por la fuerza del uso y la costumbre.

Los asesinatos políticos no constituyen un fenómeno reciente, se encuentran presentes en la historia nacional y local desde los orígenes remotos del mito. No siempre aparecen como tales, pueden asumir la forma de un acto de delito común, un asalto o secuestro, un crimen pasional, caracterizarse como producto de la confusión[211] o atribuirse al narcotráfico. La selección de la modalidad de *la desaparición,* adjudicada a motivos explícitos o implícitos, acarrea repercusiones simbólicas. Las muertes producto de *confusiones* o como resultado de un *accidente* denotan un sentido implícito. Al desconocer el victimario la identidad de la víctima, el muerto conserva su imagen. En sentido contrario, si la muerte se atribuye al narcotráfico o a un crimen pasional, queda en entredicho la honorabilidad de la víctima. La atribución de supuestas culpabilidades o motivos ocultos evita que los partidarios o familiares pretendan iniciar investigaciones, bajo riesgo que salgan a relucir intimidades que dañarían la figura del muerto, la de sus familiares y seguidores.

La modalidad del suicido se ubica en la frontera entre ambos tipos de asesinato político. En tanto un acto voluntario tiende a descartar las motivaciones políticas, adicionado con la presunta mala conciencia de quien *eligió la puerta fácil.* En forma implícita sienta la duda sobre la mala conciencia de quien se quitó la vida para ocultar o evitar algún castigo o la publicidad de un acto vergonzoso. Secreto a voces, tema para chistes, motivo de canciones, la atribución a motivos políticos de la supresión física de una víctima, puede levantar voces que reclaman por justicia, sin lograr inmutar a la estructura del poder, inmune ante el juicio popular, cuando cree haber actuado en respuesta a *razones de Estado*. La maquinaria institucional, quienes comparten el poder desde los altos niveles hasta el último representante de un comité seccional, considerará el crimen legítimo, lo justificarán como razón de Estado y participarán del establecimiento de un sistema de complicidades, ocultamiento y desviación de la información. Asumirán como su deber la protección, no ya a los

[211] El asesinato del líder Román Guerra resulta representativo, su cadáver colocado en una vía de un tren, con los labios y las uñas pintadas de rojo al mismo tiempo evidenciaba su filiación política que simulaba un crimen entre homosexuales.

autores materiales que pueden ser encarcelados y juzgados, sino de los autores intelectuales del crimen.

La lógica que justifica el uso del crimen por razones de Estado, aplicada a los casos visibles, extiende su manto protector sobre los crímenes menores, los invisibles o al menos los que no obtienen la publicidad necesaria para transformarlos en notorios y conocidos; los crímenes de campesinos o miembros del sector popular, muertos en enfrentamientos con la policía, supuestamente sorprendidos en la comisión de un delito, en peleas de cantina, por venganzas familiares y otras formas producto de la inventiva simulatoria, cuando se requiere desaparecer a un personaje incómodo para el ejercicio del poder. Muertes que no necesariamente responden a una orden o decisión superior, que no configuran un crimen de Estado. Donde el asesino puede asumir la decisión por propia voluntad, por considerarlo deseable a los objetivos del *buen gobierno*, y en ese sentido un acto legítimo, e impunible. Otros, al igual que el asesino, considerarán el crimen legítimo, operará el sistema de lealtades y complicidades cubriéndolo con su manto protector. Doscientos ochenta y seis militantes fue el saldo de víctimas contabilizado por el PRD durante el sexenio *salinista*. Algunos, como el caso de Ovando y Gil, pueden atribuirse a una decisión de Estado emanada de las altas esferas, muchos de los restantes fueron producto de decisiones individuales, en el ámbito local, pero que comparten la impunibilidad y el ocultamiento. Basta con que el asesino pueda ser vinculado al PRI, para que el ocultamiento opere. La lógica que subyace a tal complicidad se vincula al esquema trinitario. Quien atenta contra la estabilidad del régimen traiciona a la nación y su muerte se encuentra justificada. En la medida en que Estado, partido y gobierno se identifican, todo atentado o supuesto atentado a la integridad del PRI, es asimilado como un atentado contra la nación misma y quien lo realiza se convierte en un traidor.

La supresión física que recurre a la muerte del personaje molesto, establece el punto extremo, cuando se agota la posibilidad de eliminar con el confinamiento en una por cárcel, el ostracismo o el destierro. El invento de delitos, generalmente del orden común, establece una forma legal para desembarazarse de

un enemigo. Cuando la persona ocupa una posición notoria resulta conveniente recurrir a los delitos de tipo económico, como el fraude, la evasión de impuestos, o más recientemente la vinculación con el narcotráfico. Para el vulgo bastan las acusaciones brutales como imputarles asaltos o asesinatos. Ambos satisfacen el mismo requerimiento de simulación jurídica y logran el mismo resultado, el confinamiento en la cárcel del supuesto infractor. En este caso la supresión física puede ser temporal, durar el término del sexenio o del período de gobierno, ya sea por la culminación de la pena impuesta judicialmente o por la decisión de indulto del nuevo mandatario. Este esquema aparece con tanta frecuencia que, una vez designado un nuevo candidato o ante la proximidad de su toma de posesión, quienes han tenido altercados o conflictos con él se preparan para el posible ejercicio de un acto de venganza personal. Si el gobernante saliente lo sabe y desea proteger a su amigo, le otorgará un fuero o una representación fuera del país. Componen actos ejemplares y su conceptualización como chivos expiatorios, establece una demostración de la arbitrariedad del poder, pero también sientan el precedente de que quien ostenta el poder sabe usarlo, emiten advertencias formuladas en general con el público por receptor.

Otras supresiones prescinden del acto ejemplar y público. Anular a un enemigo significa sacarlo de circulación, o al menos de la circulación en el espacio del poder o del gobierno, en este caso el afectado conservará sus actividades normales de tipo familiar y productivo, pero desaparece de la esfera pública. Para lograr el efecto de invisibilidad en los llamados aparatos de control o de inteligencia, se acumulan datos sobre la vida personal, la cotidianidad, la intimidad y los secretos de actos ilegales o de corrupción, que aparentemente se realizan bajo la permisibilidad institucional, de todo aquel que ocupa una posición, independientemente de su grado de peligrosidad actual. Nunca se sabe quien puede convertirse en enemigo. En caso de necesidad, alguien visitará al sujeto, le presentará las evidencias que lo inculpan, dejará entrever la posibilidad de hacer público lo inconfesable y sin necesidad de amenazas, establecerá las condiciones del silencio y el ocultamiento. Cuando las pruebas acumuladas

no resultan suficientes para garantizar la complicidad de quien se quiere convertir en invisible, la alusión a rutinas y horarios de sus familiares, bastan para entender que uno se ha convertido en posible víctima de un asesinato o secuestro.

Con mucha mejor suerte corren aquellos a los que se les aplica la política de *al enemigo puente de plata* aplicada a los demasiado notorios cuya muerte sería demasiado evidente o que carecen de la peligrosidad suficiente como para ameritar su supresión total. El destierro voluntario o ante una sugerencia amable puede simular la forma de reconocimiento y premio cuando asume la modalidad de una representación diplomática en el exterior. El implicado sabe de antemano que regreso al país se encuentra vedado hasta que se le convoque o sea rehabilitado. El destierro aparece como la forma menos violenta, pero no menos drástica, de decisión sobre el cuerpo de los gobernados.

Las diferentes formas de supresión física de un enemigo comparten el común denominador de la arbitrariedad. Conforman un haz de decisiones justificadas por la necesidad del ejerció del gobierno y adjudicadas como potestad al poder. Su impunibilidad, al menos durante el tiempo en el que la ejecuta goza de la protección del poder, denota que forman parte de los atributos asignados a quienes ostentan el poder. Forman parte de las prerrogativas asociadas con los roles que ocupan las personas en un determinado sistema jerárquico. La impunibilidad puede cesar con la pérdida del cargo. Quien pierde el poder en adelante deberá atenerse a las prácticas dentro de los márgenes de la ley. Los actos arbitrarios realizados durante su ejercicio serán olvidados, silenciados, al menos que realice algún acto que amerite su rescate del olvido para ser víctima, a su vez, de alguna forma de exclusión.

Sexo y poder

Para el ejercicio del poder, entendido como el control sobre otras personas, el acto sexual implica un acto de renovación y demostración de la dominación, en parte ajeno al deseo, al amor o a la pasión. Se trata de un gesto simbólico que reafirma el dominio,

el poder, así como la capacidad de quien lo ejerce de ponerse por encima de las normas que afectan a los demás. De allí que Godelier proponga el análisis de la homosexualidad como acto político.

En el manejo de la sexualidad como símbolo del poder se pueden diferenciar al menos dos sistemas de relaciones, la sexualidad heterosexual y la homosexual. Pública la una, ostensiblemente disimulada; la otra ocultada. De ambas se tienen indicios y hasta pruebas, manejados en el ámbito de la broma y el chisme. Difícilmente trascienden a la información pública o los medios. Recién con la crisis interna que corroe toda la maquinaria priísta, han trascendido y aparecido a la luz pública amantes, sobre todo por sus posibles vínculos con actividades delictivas como el asesinato o el narcotráfico. La historia anterior remite a un silenciamiento simulado, donde los romances y las aventuras no provocaban escándalos periodísticos o la destitución de un funcionario, como en otros países. Constituye una forma de admitir que

> La androginia, la inestabilidad sexual o homosexualidad, la gemelidad, el incesto y la indistinción primordial de las generaciones somáticas constituyen otros tantos temas que en proporciones variables, conciernen a la historia de los héroes culturales (Augé, 1982:184).

Muy por el contrario, forman parte de las conductas esperadas de quien ostenta los atributos del poder. Se espera que el poderoso tenga muchos romances, amantes formales u ocasionales, y también la institución de la casa chica, es decir una concubina mantenida y con la que pueden tenerse hijos reconocidos. El imaginario colectivo les atribuye romances con mujeres deseadas, con las actrices de moda, aunque no siempre respondan a la verdad, forman parte de una conducta esperada que ninguno de los indicados como partícipes habrá de desmentir.[212] En el sistema de oposiciones y alternancia de características entre los presidentes se puede agregar la existente entre los fieles a sus

[212] Krauze, en relación con Adolfo López Mateos, sostiene que “sabía que el pueblo festejaba sus amoríos, porque demostraban que el presidente es macho” (1997b:235).

esposas (de los que habría que excluir a los aparentemente fieles, pero con la característica de bisexualidad) y los mujeriegos. Entre los héroes del mito resaltan como mujeriegos Porfirio Díaz, Villa y Zapata. Entre los presidentes se mencionan la *anarquía amorosa de Cárdenas*, los romances de Miguel Alemán, Adolfo López Mateos, a quien adjudican la frase *qué nos toca hoy, vieja o viaje*, José López Portillo y Salinas. Prácticamente vaivén, un péndulo entre los mujeriegos y los que mantienen una relación aparentemente armónica con sus esposas.

Es interesante observar cómo en una cultura donde el ideal de esposa corresponde con el esquema de mujer sumisa, maternal, las mujeres deseadas presentan las características contrarias, mujeres con conductas masculinas, fálicas, voz gruesa, indomables, aguerridas, agresivas, como los personajes que representan. Un tipo de mujer deseada y temida al mismo tiempo. Una mujer que no es madre sino amante, con la cual fantasear, no procrear; este es el tipo de mujer preferido para ser asignado o cumplir el rol de amante de un presidente. A casi todos los presidentes se les ha atribuido una amante con estas características, muchas fueron reales. Aquí opera colectivamente lo que el psicoanálisis definiría como transferencia. Los hombres que desearían, pero no se atreven a tener una mujer así, esperan que quien ejerce el poder máximo de la nación pueda hacerlo. Al respecto circula una anécdota ilustrativa sobre el presidente Miguel Alemán a quien atribuían una relación con María Félix. Ante un desplante de *la Doña*, la golpeó. Al día siguiente un periódico, sin aludir al hecho, que circulaba de boca en boca, en un titular de primera plana consignaba: *Así se hace, señor presidente*. El que aspira a conducir, gobernar al pueblo, debe poder gobernar a una mujer ingobernable.

Pero no todas las amantes tienen estas características, también pueden ser dulces y sumisas, en este caso importa el hecho de tenerlas. Los poderosos, los jefes no requieren demasiado esfuerzo para obtener mujeres, se las ofrecen. Algunas se las proporcionan en las giras, en los recorridos, donde quienes organizan las recepciones se encargan de adornar los espacios con jóvenes hermosas y disponibles, para que el homenajeado pueda elegir. No se trata de prostitutas, la mayoría no lo son, no reciben un

pago en dinero y se prestan al servicio de manera voluntaria. El sistema de proporcionar mujeres recurre a los espacios públicos y a los privados. Las mujeres ofrecidas suelen formar parte de los pagos por servicios o prerrogativas, la mordida o la comisión en este caso asume la modalidad en especie o en carne; en otros forman parte del tributo a los jefes. El donante puede hacerse acompañar de la carne en oferta, o de manera burda, presentar un catálogo de fotografías. Llega el caso en que un subordinado con afán de congraciarse presta su propia amante o esposa, sistema que profundiza los niveles de amistad y complicidad. El sistema recuerda al de la Polinesia donde "el jefe permanece inmóvil o interior, hacia el cual todas las mujeres fluyen y quien combina el infinito poder materno con el supremo maná paterno" (Sahlins, 1988:50).

La modalidad alternativa recurre a la *autoinmolación*. Son las mujeres, generalmente subordinadas, quienes se encargarán de provocar, seducir y hasta acosar a quien ostenta un cargo considerado desde su perspectiva como importante. ¿Por qué lo hacen? En parte opera una noción de expectativa, el mito casi universal de *la cenicienta* y la posibilidad, nunca descartada de la hipergamia. En el fondo reconocen que no pasarán de ser amantes y esperan, al igual que los participantes de los actos públicos que desean adquirir visibilidad, la posibilidad de la abundancia. Acudir a lugares caros, recibir regalos y, si les va bien, que las mantengan o les consigan un buen puesto, así como presumir de sus amistades poderosas, entran en las motivaciones de las muchachas, de allí que valoren y sopesen el éxito de su salida por el dinero invertido por el poderoso. Otras saben de antemano que no pasaran del nivel de una aventura ocasional, sin memoria o trascendencia. En muchas ocasiones ni siquiera se llega a la relación sexual. La necesidad de ostentación de mujeres como atributo del poder cuesta tiempo y dinero. La plática femenina resulta contingente al igual que la perspectiva de una aventura erótica. El asunto consiste en hacerse ver en compañía de mujeres jóvenes, el resto queda librado a la imaginación del auditorio, que supondrá se trata de sus amantes y las incorporan a su pretendido harén. Consiste en una representación ante los otros por encima de un acto de seducción.

También hay mujeres que procuran el involucramiento erótico con un poderoso respondiendo a sus propias aspiraciones políticas. Mujeres ambiciosas que buscan una relación que les procure protección, promoción y oportunidades. Si consiguen un cierto nivel de estabilidad y visibilidad seguramente lograrán sus objetivos. El amante de poder debe proteger a su mujer, la amante pasa a formar parte de sus pertenencias. La promoción puede derivar de una acción concreta del poderoso o de la habilidad femenina en el manejo de su imagen como amante. Quienes quieren obtener favores del personaje, intentarán congraciarse con la amante, le *abrirán puertas institucionales* para la gestión o para ocupar cargos, que suponen oportunidades. Si la mujer es suficientemente capaz, este impulso inicial, le servirá para iniciar una carrera propia. Podrá manipular la influencia, cobrar comisiones por recomendaciones, iniciar su propio negocio o una carrera política. Un chiste, frecuente al menos en el ambiente de la jerarquía, que puede arrojar luz sobre este deseo de poner su cuerpo a disposición del otro, a esta sumisión voluntaria, comienza y se desenvuelve a partir de preguntas: "¿Estás de acuerdo con que verso mata carita y billetera mata verso? Pues organigrama mata todo."

Hace referencia al juego como función lúdica, en el que, según su valor, unas cartas matan a otras, pero también a la jerarquía de preferencia, que en este caso se identifica con la jerarquía del poder. La traducción propone un modelo para los hombres, vale más la capacidad de convencimiento, el discurso que el aspecto físico, ésta es superada por el dinero, pero el mayor atractivo viril es el poder.

La revista *Impacto* (1992) con el supuesto aval de una supuesta encuesta "a docenas de mujeres de diversas edades, profesiones, religiones e ideología" formuló un *rating* sobre el atractivo de los políticos. Resulta significativo y a la vez elocuente que los políticos con mayor atractivo coinciden con los de mayor poder y casi todos los mencionados en algún momento para el ejercicio de la primera magistratura.[213] Respetando y reconociendo la

[213] Patrocinio González Garrido, Francisco Labastida Ochoa, Jorge de la Vega Domínguez, Fernando Gutiérrez Barrios, Jaime Serra Puche,

relatividad de los gustos, no puede soslayarse el escaso atractivo físico de algunos de los incluidos en la lista y sin embargo con un alto puntaje. La disparidad entre atributos físicos y atractivo se explica por el factor poder.

Desde el punto de vista de la mujer que se presta al juego se combinan motivos utilitarios, *qué le puedo sacar*, con otros de tipo simbólico, la inmanencia del poder, el acercamiento íntimo con quien ostenta el poder, significa en alguna medida ser partícipe del mismo. Un secreto contado en la cama, la posibilidad de aconsejar y como ventrílocuo incidir sobre una decisión tomada, la sensación de convertirse en consejera clandestina, pueden operar como motivos poderosos para una mujer ávida de poder, aunque sea a través de otros. En la mayoría de los casos la inmanencia es pasiva, no contiene referencias intelectuales. Las amantes, salvo excepciones, desconocen lo más elemental del juego político, la inmanencia se transmite por contacto. Ellas participan del poder en la medida en que tienen un contacto íntimo con el poderoso. Si en la religión importa el tacto de la imagen, el portar su representación o la búsqueda de estados extáticos de comunión mística, cuando el portador del poder es un ser terreno, el contacto físico proporciona el grado máximo de proximidad y de los posibles contactos físico el más íntimo es el sexual.

Desde la perspectiva del hombre, el atractivo del poder se asume como propio y actúan en consecuencia como portadores de un atractivo irresistible. Manifestaran sorpresa, molestia, ofensa ante un rechazo, pues independientemente de sus atributos personales consideran que el del poder basta para vencer cualquier resistencia. Establecen una relación mimética con el poder, lo hacen suyo, se transmite a su persona y los convierte en otro, que no requiere seducir, ni alagar para obtener el favor femenino.

La capacidad seductora del poder implica una carga de obligatoriedad, de inevitabilidad. Un hombre que rechaza una evidente oferta femenina será víctima de escarnio, considerado poco

Emilio Gamboa Padrón, Luis Donaldo Colosio, Alfredo del Mazo y Ernesto Zedillo Ponce de León.

hombre, *mandilón*,[214] u homosexual. Si pretende evitar la descalificación habrá de aceptar las proposiciones explícitas o implícitas. En este caso se produce un doble uso del cuerpo ajeno, que poco tiene que ver con el amor o el deseo.

La homosexualidad, independientemente de sus causales fisiológicas y psicológicas puede tener otra lectura, en la medida en que introduce a quien la practica a un grupo cerrado de cómplices. La homosexualidad en la política pareciera "rechazar, más allá de los prejuicios morales y religiosos, la pertinencia intelectual de las diferencias de sexo" (Augé, 1982:202). Además la homosexualidad masculina o femenina sirve para constituir facciones, grupos solidificados por un secreto compartido, una especie de iniciación en una logia secreta (que no excluye su carácter público) de la cual quedan marginados quienes no son iniciados. La exclusión puede implicar desde la imposibilidad de aspirar a posiciones superiores, a la de no ser invitados a las fiestas o reuniones íntimas que es donde circula la información privilegiada y se toman las decisiones sustantivas. Cuando un grupo se consolida, se cimienta, en el secreto compartido de la homosexualidad, la posibilidad del ingreso incluye la iniciación, acceder a tener una relación homosexual. Acceder, implica ceder, no en todos los casos deriva de un deseo previo o una preferencia sexual. El que accede como forma de extremar la intimidad, de ser más próximo al grupo de iniciados, en realidad cede. Pone su cuerpo a disposición del otro, se entrega a una práctica sexual en función de un objetivo por fuera de lo sexual. Denota un acto de concesión, implica el ceder y no excluye la violencia. Una violencia autoinfringida, pero violencia contra el propio cuerpo. Godelier (1982:71) menciona como el uso de la violencia en las iniciaciones *baruya* a veces provoca la muerte de los jóvenes, constituyen iniciaciones forzadas. En la política el paso por el rito iniciático implica una acción voluntaria, se trata de una violencia autoinfringida. Nunca presencié una de estas iniciaciones, ni siquiera tengo testimonios directos, en mi condición de mujer, accedí a fragmentos de relatos. Fui testigo de las refe-

[214] En México el mandil es el delantal de cocina; se le dice mandilón al hombre sometido por su mujer.

rencias despectivas en relación con supuestos iniciados recientemente. Presupongo que quienes formulaban el comentario despectivo lo hacían por experiencia propia. Son estos comentarios alusivos y despectivos, formulados con respecto al recién iniciado por miembros del círculo, los que permiten reconstruir el grado de violencia, de cesión del propio cuerpo. *Míralo cómo camina, parece pato, Se nota que ya pasó por las armas del jefe,* constituyen algunas de las expresiones utilizadas por quienes ya pasaron la experiencia.

Ceder implica doblegarse, humillarse. Se le menciona eufemísticamente como *darlas*, sinónimo de conceder. Recuerda a la práctica datada por la etología propia de las manadas dominadas por un macho donde, después de la lucha por el dominio de la manada, los perdedores aceptan su derrota exponiendo sus nalgas en muestra de sumisión, y que, según Morris (1975), reproduce la actitud de las hembras.

> […] la lucha llega a su término con una especie de sumisión del vencido al vencedor. El animal dominado siempre se entrega al animal dominante, el que a su vez se convierte en un modelo y guía de toda conducta, salvo en lo tocante a la apropiación (Godelier, 1982:204).

La iniciación homosexual en la política, el prestarse a una penetración, constituye un acto de sumisión de aceptación del poder del jefe, *del que tiene las armas*, independiente del deseo o el placer. Quienes pasaron por tal tipo de iniciación se consideran miembros del círculo. La iniciación homosexual no excluye la posibilidad de las relaciones heterosexuales, la mayoría las tiene. Los iniciados constituyen una familia, procrean hijos y simultáneamente pertenecen a un grupo masculino vinculado por un secreto, una intimidad y prácticas, que puede incluir la permanencia de las prácticas homosexuales, de manera permanente o para reproducir el acto de dominación sobre nuevos iniciados. Los grupos masculinos construirán espacios de convivencia en los que la presencia femenina es excluida. Quien no cumpla la norma y pretenda incorporar mujeres será calificado de mandilón. En estos espacios se comenta la información política, se

cuentan los chismes, a veces en forma de secretos, se descalifican a *los otros*, se renuevan muestras de amistad, a veces con manifestaciones físicas que evidencian el grado de proximidad y rayan en el manoseo. En la parte final del encuentro, cuando las abundantes copas dejan sentir su efecto, es probable que hablen de sí, de su familia, casi exclusivamente la lineal, ascendente, sobre todo la madre, colaterales, hermanos y la descendencia, representada por los hijos. La esposa, generalmente excluida de la plática, si llega a ser mencionada será con evasivas como *la señora* y en relación con algún problema o asunto a resolver.

Los iniciados pueden hablar de *viejas*, de las otras *viejas*, las que cuestan y demuestran la capacidad de diversificación de quien habla. Tener muchas *viejas* demuestra que ninguna lo domina, expresa poder económico, pero también independencia con respecto al temido control femenino. La homosexualidad iniciática incluye las relaciones con mujeres, la posesión de muchas mujeres, una esposa, que cumple con el rol reproductivo, casas chicas donde también se cumple la función reproductiva y amantes con diferentes grados de proximidad o permanencia. De acuerdo con las expresiones externadas por los hombres en sus reuniones con ninguna de sus mujeres establecen una relación íntima, menos aún verbalizan expresiones que puedan denotar afecto. Aluden a ellas como relaciones funcionales, necesarias para la reproducción, la consolidación económica y en determinadas situaciones con una función social. Si las manifestaciones de afecto en relación con la esposa o pareja son excluidas de las pláticas en los grupos de hombres, no lo son las demostraciones de celo. Cualquier indicio de pérdida de interés por parte de la mujer, de manifestación de otros intereses u otras preferencias, se entiende como pérdida de control, lesiona la posesión y genera respuestas violentas, persecutorias, por parte del hombre. Las acciones tomadas para retomar el control de la situación se incorporan a las pláticas de hombres, demuestran la capacidad de control y de poder. El análisis de la conducta pública de los hombres no niega la existencia de políticos que aman a sus esposas, manifiestan afecto y ternura en lo privado; en público extrapolan actos simbólicos, denotan índices, forman una repre-

sentación, una puesta en escena que supone un mensaje para generar una respuesta en los oyentes.

La homosexualidad femenina proporciona similares niveles de intimidad, clandestinidad y exclusividad. La diferencia se establece en el nivel de relación con el otro sexo. Si bien algunas mujeres que lograron ingresar al grupo íntimo por la vía sexual, mantienen parejas heterosexuales, es frecuente que permanezcan solas o solteras. Si socialmente es tolerado que el hombre excluya a su cónyuge de sus actividades, horarios y acciones, no opera de la misma manera en la relación esposa-esposo. La dificultad de encontrar un marido dispuesto a someterse al grado de independencia al que aspiran las mujeres de poder e imbuidas de sus prácticas asociadas, dificulta la posibilidad de mantener un matrimonio como formalidad. No faltan las prácticas de matrimonios de contrato, donde un hombre se presta a servir de parapeto para una mujer que en sus relaciones en el mundo del poder, puede tener indistintamente relaciones sexuales con hombres y mujeres.

La sexualidad heterosexual y homosexual en el mundo del poder, habla más de relaciones de subordinación, opresión, dominación y adhesión, que del deseo, el amor o el afecto. Actúa como "máquina ventrílocua, que narra sin cesar, silenciosamente y mediante el lenguaje del cuerpo [...] un discurso que justifica todas las opresiones" (Godelier, 1982:273), expresa relaciones sociales, que diferencian roles y sobre todo instaura un índice del ejercicio del poder.

Segunda parte
LAS DINÁMICAS SOCIALES

VII. EL CISMA

El resurgimiento de la violencia y sus efectos disolventes del orden social, en los noventa, la quiebra de la paz social, máximo logro de los ochenta años de Revolución, no se deben tanto al fracaso de los modelos económicos, como a la ruptura del orden sagrado y de la liturgia del poder. El PRI opera en la percepción popular como una religión. Conforma una adscripción, por ende los prosélitos, pueden considerarse *priístas de nacimiento*, de igual manera a como se refieren de su adscripción religiosa. Las adscripciones operan como adhesiones emocionales, en detrimento de la razón y suelen entrar en crisis cuando los elementos diacríticos empleados para identificarse, diferenciarse y jerarquizarse se diluyen y pierden sus límites. La crisis del PRI denota una crisis de su sistema de representaciones, una crisis de identidad. Varios analistas reconocen el carácter interno del conflicto. Bartra (1988:15), por ejemplo, lo adjudica a la existencia de grupos en pugna, en su opinión:

> […] la crisis que está viviendo México no es el resultado de un fracaso electoral del PRI, debido al avance de la oposición tradicional, especialmente la de izquierda; en realidad, el traspié en las urnas ha ocurrido como consecuencia de una profunda división del grupo hegemónico.

División que, en sentido contrario a las luchas entre caudillos "por la oposición entre facciones y más por razones personales

que por divergencias ideológicas —a diferencia de la Revolución francesa o la rusa por heterodoxias surgidas de una misma base—" (Max Aub, 1965:7), en este caso se fundó en una distinción que afectó a los principios fundadores del orden cultural. En el interior del partido se produjo un cisma provocado por la llegada de una nueva generación en pro de la modernidad y con las banderas del tránsito a la democracia, y cuya idea de modernización coincide con una forma occidental de practicar la democracia e incluye el fin de las estructuras corporativas y clientelares. La tentativa por acabar con la simulación logró, además de cuestionar el poder, afectar su dimensión sagrada, aquella que le otorgaba legitimidad. Intentó construir un nuevo fundamento pero le falló la fe, tal vez por carecer de una revolución o porque éstas pasaron de moda.

Si el lenguaje religioso moldeó y dio forma a una forma de ejercicio del poder, al cuestionarse el orden trascendente se pusieron en entredicho todas sus formas y rituales. Ya no existe un *incuestionado* que legitime a los oficiantes, ni a sus formas de oficiar. El lenguaje de la modernización, de la competencia electoral, de la representación ciudadana, no arraiga lo suficiente como para convertirse en un nuevo credo laico.[215] Las religiones sin duda cambian, se transforman, algunas veces por vías pacíficas, a partir de un concilio. Si el cambio es impuesto desde la jerarquía difícilmente se exime de la violencia, y la violencia se desató.

El ritual cumple una importante función en la canalización de expectativas y en el mantenimiento del orden, pero puede también ser el espacio para la expresión simbólica del conflicto. Desde el punto de vista de Balandier (1976:39 y 33), "el rito explícitamente político manifiesta, por necesidad, el juego jamás acabado del orden y el desorden". En el caso de los gobiernos de la Revolución Mexicana lograron canalizar el juego y simbolizarlo, por ejemplo, con el sistema pendular que permitía alternar estilos y tendencias. Mientras esta simbolización lograra el retor-

[215] Meyer (1996) señala acertadamente que la democracia occidental, demoró 700 años en transformarse en cultura política. En México, se pretende lograr el tránsito en 20 años, olvidando que la única institución con arraigo sigue siendo el caciquismo.

no a la estabilidad "la culpabilidad importa[ba] menos que la cura [pues] lo esencial [era] que el orden [fuera] capaz de vencer al desorden". El sistema pendular permitía controlar la existencia de tendencias contrapuestas, favorecía la alternancia de los grupos y equipos, expresar la pluralidad y tener una capacidad inclusiva, sorpresiva para cualquier analista. En la triarquía PRI-Gobierno-Estado cabía todo, desde la izquierda más radical, a la derecha proempresarial. El Partido Comunista preparaba los cuadros para el PRI, reconoció uno de sus dirigentes. Al alterarse los modos rituales de mantener el equilibrio, el péndulo se detuvo y se desató la crisis.

Una crisis similar se había registrado con el gobierno de Miguel Alemán, también de contenido desacralizador y contrario a los principios de la Revolución, que estuvo a punto de desembocar en una nueva revuelta militar evitada por la operación del péndulo en sentido inverso al seleccionar como su sucesor a un candidato con orientación menos empresarial.

Las crisis no siempre son inmediatamente evidentes. En principio el pueblo, sobre todo priísta, siguió creyendo, tal vez esperando la siguiente oscilación del péndulo hacia una orientación más popular. Los heréticos se decían priístas y la gente así los identificaba. Las resistencias no derivaron tanto del pueblo, acostumbrado a la sustitución de cultos, sino principalmente de las jerarquías imbuidas de los contenidos teológicos y de las formas de la liturgia que además de verse afectados en sus creencias se veían desplazados por una corte de nuevos oficiantes.[216] Los nuevos priístas, o tecnócratas infiltrados en el PRI, asumían como su cruzada personal la lucha contra las oscuras y arcaicas formas corporativas, los cacicazgos y en pro de la modernización.

Sin posibilidades de entendimiento en el plano de las ideas ni en el de las prácticas, los grupos enfrentados sustituyeron las formas ritualizadas de dirimir los conflictos internos por el

[216] El posicionamiento de la tecnocracia al final del sexenio de López Portillo es atribuido por algunos analistas a una especie de complot: "El clima conspiratorio en el seno del gabinete se agudizó en 1980-81 con la baja abrupta del precio del petróleo y la salida masiva de capitales del país. La manipulación de las cifras del déficit fue una de las armas principales de la mancuerna De la Madrid-Salinas" (*El Financiero,* 1993:25).

ejercicio de la inmanencia del poder unos por la resistencia los otros. Cuando las instancias de la imposición y la resistencia se agotaron emergió la violencia y la movilización en una lucha sin cuartel entre facciones antagónicas. Ambas facciones trataron de apoderarse del ritual, al comprender que "sólo el trabajo simbólico, puede convertir lo negativo potencial en positivo actual" (Balandier, 1976:33).

Si el poder en México emanó de una causa última convertida en artículo de fe, la Revolución Mexicana pudo mantenerse *incuestionada* mientras no se cuestionara su fundamento. Las críticas, aparentemente destinadas a la impugnación del poder, no fueron tales. Criticaron al gobierno, a los oficiantes, al estilo, pero no al poder. El poder y su legitimidad permanecieron al margen de la *cuestión*. Las críticas, durante muchos años, no pasaron de ser llamados a la vuelta al origen, a retomar los principios. Un cambio realmente cualitativo era impensable mientras no se tocara a la propia Revolución, pues la Revolución sólo desacralizada podría ser cuestionada.[217] Podía dudarse de su continuidad, señalar desviaciones o decir como Gilly: *la Revolución traicionada*, pero para que se produzca una traición debe reconocerse la validez del hecho primigenio. Traición, alejamiento, desvirtuación, solo adjetivo pero la Revolución se mantenía como sujeto, como fundamento o causa, con su parte real; el hecho histórico, con su parte imaginaria, los contenidos que cada uno le proyecta.

[217] La opinión de Gabriel del Río, resulta indicativa de esta separación entre la Revolución y sus oficiantes. La traición, de los hombres, no supone la negación de la existencia de la Revolución: "Por lo demás la podredumbre del PRI es un resultado lógico de la gran traición que sufrió la Revolución Mexicana, encabezada por aventureros que se sirvieron del pueblo como simple carne de cañón. Porque no me van a decir que el chaparro espiritista Pancho Madero era un auténtico revolucionario. Era, sí, un terrateniente sediento de poder, igual que Venustiano Carranza, Álvaro Obregón o Plutarco Elías Calles. La burguesía en busca del botín [en su lista sigue con Miguel Alemán y los enriquecidos…] Revolucionarios [que] mandaron a sus hijitos a estudiar a las universidades gringas […]". Es importante señalar cómo en su secuela de traidores omite a Cárdenas (Gabriel del Río, 1998).

La *perestroika*

El inicio del fin del poder sacralizado, la *perestroika* a la mexicana, comienza con el acceso al poder de Miguel de la Madrid. "un economista que trabajó durante catorce años en los círculos financieros y hacendarios privados" (*El financiero*, 1993:25). En ese momento se inician los actos atentatorios contra el poder sacralizado, reforzados y agudizados en el siguiente período. Es cuando empieza a plantearse el fin de la Revolución Mexicana al declararse concluido el reparto agrario y el inicio de la política económica de reprivatización. De la Madrid, reconoce Roger Bartra (1993:112), "ha intentado asaltar tres grandes bastiones del Nacionalismo Revolucionario: el agrarismo, el populismo sindical y el proteccionismo, para imponer una perspectiva *moderna* a la política económica,[218] rompe, desde el inicio de su mandato, con el símbolo por excelencia el ejercicio de la presidencia imperial. Alponte (1988:5) desde su visión europeizante, lo reconoce como "el presidente que se negó a ser, casi biológicamente, el *ochlokopos*, el animal político, el dinosaurio llamado demagogo".

Durante todo un sexenio, el escaso juego otorgado al movimiento obrero y la constante represión al movimiento popular, marginó al interlocutor por excelencia del gobierno de la Revolución Mexicana: el pueblo representado por sus instancias corporativas, el conjunto CTM-CNC-CNOP, que constituían, en palabras de Gilly (1988:14), el gran núcleo del partido de Estado:

> Desde los inicios del régimen del presidente Miguel de la Madrid se ha venido percibiendo que los intentos para encarar la crisis por parte del gobierno han repercutido en minar las bases del esquema corporativista en que se había sustentado el pacto social que le había dado larga estabilidad al sistema político mexicano (Alonso, 1989:47).

[218] Armando Bartra agrega que "En la tecnocracia mexicana sólo quedan restos de la vieja xenofobia [...] la tecnocracia [...] está empeñada en *racionalizar* los límites que al sistema le impone la propiedad de la tierra, al control de los recursos naturales y la concentración y circulación de capitales".

Miguel de la Madrid y su equipo de tecnócratas de los *círculos financieros*, no entendieron que "el Estado mexicano no puede desprenderse de su fuente de legitimidad. Su partido político es, no sólo formalmente, el partido de los trabajadores es una política de concesiones a los trabajadores" (Pereyra, 1983:299); ni tampoco advirtieron que "cada vez que el Estado olvida el agrarismo provoca la rebelión" (Armando Bartra, 1980:17).[219] Análisis, advertencias, no faltaron, pero fueron desoídas. El conflicto no era nuevo, venía arrastrándose, al menos, desde el siglo pasado. El grupo representante de los derechos individuales, del México blanco y moderno, siempre que llega al poder olvida las advertencias. En una actitud de negación de la realidad, tiende a figurarse a la nación a su imagen y semejanza y a considerar la existencia de indios, pobres y campesinos como una invención sin fundamento real.[220]

Los indios y los campesinos fueron olvidados, silenciados como si no existieran.[221] La propuesta del Instituto Nacional Indigenista, a comienzos del sexenio, en favor del etnodesarrollo, pronto fue olvidada y sustituida por la promoción del *Mexican Curious*, como la organización de giras de los niños-indios-cantores a Nueva York. Las instancias de negociación, así como la oferta de puestos y posiciones a los dirigentes indios y campesinos fueron canceladas. Al cerrarse las puertas institucionales los movimientos independientes proliferaron, captando la inconformidad de los líderes relegados.

[219] Advertencia, formulada antes del cambio sexenal durante la gestión de López Portillo, donde sostenía que "el agrarismo campesino es una alternativa vigente e irrenunciable de los trabajadores rurales, y si ésta deja de ser una alternativa institucional no le quedará más que definirse como una alternativa revolucionaria" (Bartra, 1980:17).

[220] Pedro Aspe, conspicuo representante de la oligarquía, emparentado con nobles europeos, se atrevió a admitir públicamente su desconocimiento del pueblo, al calificar a la pobreza como un *mito genial*.

[221] Es muy frecuente que el sector criollo de la población intente silenciar la existencia de los indios. En ocasión de un recorrido del entonces gobernador del estado de México, y favorito de Miguel de la Madrid, ante una mención sobre las etnias en el estado, Alfredo del Mazo señaló la escasa importancia del asunto, ante mi insistencia sobre los más de 200 mil indígenas en el estado resaltó, enfático: "Aquí no hay indios".

Desde el gobierno se satanizaba al populismo, en una sociedad eminentemente populista. El populismo, todo un estilo del discurso y parte del ritual que relaciona a gobernantes y gobernados, no podía incluirse como una moda transitoria o como una cuestión de estilos. En actos omnímodos de subestimación a la necesidad del consenso despreciaron inclusive a los propios oficiantes. Krauze, atribuye a De la Madrid el haber dicho que a la izquierda, era donde debían ir a parar los populistas, Cuauhtémoc Cárdenas y Muñoz Ledo, "por mí que se vayan, que formen otro partido" (Krauze, 1997b:414). Con el tiempo se arrepintió de este exabrupto. La declaración resulta elocuente. Ignora la naturaleza policlasista, frentista del PRI, aquella que propició la permanencia de un grupo en el poder por 75 años. Expresa una concepción clásica de partido político en el sentido occidental del término, con programa, ideología y coherencia interna. Por otra parte, la abominación por las masas ha marcado a los partidos que representan a la pequeña burguesía, urbana, ilustrada y culta. Remonta sus antecedentes a Vasconcelos, que calificaba a los revolucionarios como *la bola*, y a sus dirigentes como *huchilobos*[222], y antes de él a Madero, la continúa Gómez Morín, coordinador de la campaña de Vasconcelos, al fundar el PAN (Partido Acción Nacional), pero también se encuentra presente en los gobiernos de la Revolución, cuando llega como su *tlatoani*, un conspicuo representante del sector, como el blanco y atildado Miguel de la Madrid y sus amigos del sector financiero.

En sentido contrario las relaciones con los industriales, eufemísticamente la *iniciativa privada*, antes veladas, muy discretas y generalmente signadas por el conflicto, se hicieron abiertas, manifiestas, de mutuo entendimiento y elogio: el Papa cenando con Lutero. Al aparecer el gobierno *revolucionario* aliado al enemigo ancestral y de espaldas al pueblo, los valores entendidos del disimulo y la simulación quedaron abiertamente trastocados.

Las relaciones con el pueblo sufrieron otro cambio sustantivo: la cancelación de la concesión. La religión popular, en México opera como una religión de la petición, Dios y los santos proveen favores, igualmente, partido y gobierno jugaban el papel de

[222] Véase el capítulo 1.

instancias de la petición y la concesión. La tierra, el agua, los servicios, hasta los aumentos salariales se presentaban como dádivas de la Revolución. En este proceso, se permitía al pueblo *pecar*, atentar contra la normatividad, pero mediante acto de *confesión* y *expiación* obtener el perdón y la dádiva en forma de bien mensurable, o la promesa de su obtención diferida previa buena conducta y manifiesta adhesión. Los llamados a la austeridad, el cierre de las instancias de petición (incluido el partido en su complicidad con el gobierno), las obras realizadas como deber y no otorgadas como favor, en vez de brindar una imagen de eficiencia y modernidad, cancelaron la vinculación personalizada. Acabaron con el sistema clientelista, con el manejo de las expectativas, pero fundamentalmente con el sentido de deuda de la población, base del acatamiento y del poder de convocatoria del PRI y del gobierno.

El pecado de salirse del redil ya no requería de expiación pues arriba no ofrecían nada a cambio, ni siquiera la esperanza. El realismo de De la Madrid, en el contexto de una evidente crisis, su obstinación en la objetividad rompieron con la magia, concluyó el don y se canceló la esperanza:

> El fenómeno cardenista no sería explicable sin la práctica política y económica del gobierno de Miguel de la Madrid: salarios reducidos a la mitad, desempleo rampante, gasto social en picada, desigualdad creciente y encima de todo, una actitud palaciega de autosuficiencia, el ocultamiento y la impermeabilidad del poder (Báez Rodríguez, 1988:12).

Para justificar el cambio se recurrió a argumentos morales, se propuso como cruzada la renovación moral. La causa de la crisis se adjudicó al "excesivo crecimiento de subsidios y transferencias [...] y diversos fenómenos de corrupción y desperdicio".[223] Finalmente se rompió con el mecanismo de canalización de la violencia: el del chivo expiatorio. En el siguiente tránsito sexenal el elegido no se erigió en alternativa, no cumplió la esperada

[223] Véase el Plan Nacional de Desarrollo 1983-1985. Secretaría de Programación y Presupuesto.

ruptura con respecto a su antecesor, fue incapaz de presentarse como expectativa de cambio, de esperanza. El sucesor llegó signado por la ilegitimidad, no tanto por el fraude electoral, parte asumida de la liturgia revolucionaria, sino por no representar el magnicidio simbólico.

Salinas, como candidato, no pretendió erigirse en alternativa. Contrariamente, una de las frases convertida en dogma por los miembros de su equipo y allegados fue el fin de la simulación. En ningún momento pretendieron disimular "su intento de profundizar y completar el modelo económico aplicado durante el sexenio *delamadridista*" (Bartra, 1993:15). La nueva consigna defendida por Salinas y sus colaboradores fue la modernización. Según Castañeda,

> Salinas subrayaba su programa económico, que se convirtió, de hecho, en su única bandera, cortejaba a los empresarios, como único sostén y […] la arrogancia y el derroche de un aparato (Castañeda, 1988:15).

Ante estas muestras de sinceridad, y la claridad de sus objetivos, es entendible que "Los rumores que generan los salinistas pretendiendo hacer creer que […] existen serias diferencias entre De la Madrid y su candidato no (tuvieran) credibilidad alguna" (Luis Javier Garrido, 1988:5). Los grupos tradicionales del partido, los indoctrinados en la fe y los rituales partidistas, desplazados por la cohorte financiera del presidente intuían a que atenerse. De llegar Salinas deberían soportar la exclusión durante otro sexenio, de igual importancia que su posición o acomodo personal en las instancias de la administración, valoraban la posición del partido. De mantenerse la política que daba espaldas al pueblo el descrédito crecería, así como el descontento y la perdida de legitimidad. Se enfrentarían a la pérdida de consenso.

El ave fénix

En este contexto el movimiento, encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano y Porfirio Muñoz Ledo, logró convertirse en opción. Recuperó los elementos sacralizantes del poder, los hizo

propios y se autoproclamó el verdadero depositario del trascendente revolucionario. Ante los ojos de los observadores se producía un cambio de posiciones. Al renegar la dirigencia del Partido Revolucionario Institucional (PRI) de los principios de la Revolución Institucionalizada, los principios fueron incautados por la oposición, comprobando que: "La alteración de algunos significados modifica las relaciones posicionales entre las categorías culturales" (Sahlins, 1988:9). El nuevo movimiento aprovechó la imagen inmanente y heredada de Cuauhtémoc quien poseía los atributos para convertirse en víctima sacrificial, no necesariamente *chivo expiatorio*. La víctima que puede ser bandera; hijo de un ex presidente, condensa en su nombre a dos héroes de la nación: Cuauhtémoc, el sacrificado y Cárdenas el institucionalizador de la Revolución.

> Una corriente crítica nació dentro del PRI exigiendo democracia. La encabezaba el ex gobernador de Michoacán, el hijo del tata Lázaro, un hombre que en su nombre y apellido concentraba simbólicamente el nacionalismo popular de la historia mexicana: Cuauhtémoc Cárdenas [...] recogería la bandera democrática que De la Madrid había despreciado y se la llevaría con él, de ser preciso fuera del PRI" (Benítez, 1988:3).

Con mayor conocimiento de la realidad nacional, apelaron a una razón de otra índole: "La razón simbólica o significativa" (Sahlins, 1988:9). Fernando Benítez, profundo analista de los estilos de gobernar, y próximo a la antropología entiende el fenómeno desde una perspectiva simbólica:

> El nuestro, es un país dominado por la magia y la mitomanía. Cárdenas apoyado en dos partidos paleros del PRI, sin ningún prestigio, logró lo increíble incluso para él mismo: convertirse en una gran fuerza política gracias a su astucia y a su nombre, el que no votaba por Cuauhtémoc, único héroe a la altura del arte, votaba por Cárdenas (*ibid.)*.

El proyecto de la Revolución no podía morir, en todo caso cambiaría de nombre, de colores, una vez más se situaría a la izquierda, retomaría las banderas del nacionalismo Revolucionario, sus antecedentes populares, apelaría a las masas:

> Cárdenas comenzó su campaña en el extremo opuesto de Salinas. Sus raíces históricas se encontraban, por supuesto en el proyecto de su padre: El proyecto nacionalista, populista, social y estatista del cardenismo de los años treinta […] y en la figura histórica de Lázaro Cárdenas ya alejado de la presidencia […] la marca distintiva de la campaña *neocardenista* se hallaba, claramente en el rompimiento de un grupo de priístas con el partido del gobierno (Castañeda, 1988:15).

Los ataques contra el movimiento y sus militantes, lejos de invalidarlo, dieron credibilidad a su figura y le permitieron abanderar la esperanza. Con este antecedente recupera el mito de la Revolución Mexicana e incauta su discurso, ante la mirada atónita de los militantes del Partido Revolucionario Institucional[224] que no acertaban a identificar quien sería su *sumo sacerdote*. Para Castañeda (1988:15), Carlos Salinas y Cuauhtémoc Cárdenas fueron barcos que se cruzaron en la noche sin verse ni sentirse: "[…] cambiaron de sitio y de papel a lo largo de la campaña […] En esta permuta yace el secreto del triunfo político, quizás no electoral del segundo".

González Pedrero, por ese entonces aparente ideólogo del equipo de campaña de Salinas, lo reconoce: "[…] la segunda fuerza electoral ha surgido de las filas del propio partido" (1988:12). Recuerda como antecedentes los casos de Almazán y Enríquez. A diferencia de las escisiones anteriores en este caso se había producido una sustitución: "La irrupción del neocardenismo cambió radicalmente la situación política mexicana" (González, 1989:56), pero no lo hizo por haber acabado con el PRI sino por haber permitido su resurrección bajo otro nombre menos gastado.

Las apariencias engañan y cada cual intenta ver en el suceso aquello que espera ver. La mayoría, lejos de entender el juego inacabado del orden y el desorden, el resurgimiento de la tradición bajo un nuevo rostro, opta por el camino de las rupturas; entiende la transformación como un cambio radical y sustantivo. La generación nacida en los años cincuenta, y tal vez un poco antes, la protagonista del 68 con su acumulación de re-

[224] Lechner (1997:62) identifica "la existencia de una arritmia entre los procesos de toma de decisión y toma de conciencia".

sentimientos contra el poder del PRI, ve en este acto su muerte. No logran percatarse de que, con su participación y entusiasmo, colaboran a la resurrección del proyecto de la Revolución, del que el partido había sido un mero oficiante. Sus deseos de cambio los llevan a proyectar sobre el movimiento, todas las expectativas posibles:

> La corriente democrática, y en particular la candidatura a la presidencia de Cuauhtémoc Cárdenas, lograron en unos cuantos meses arraigar en el país, construir una red de relaciones entre partidos, asociaciones, movimientos, inimaginable hace apenas un año, ponerle un freno al avance del PAN, desgajar como nunca al partido oficial, desatar un movimiento de dimensiones nacionales, convertir a las elecciones en auténticos momentos de confrontación política, ofrecer un referente atractivo y confiable a millones de ciudadanos, tender puentes entre quienes sostienen un programa nacionalista avanzado y las corrientes socialistas, revitalizar el mundo del debate político. Otorgar confiabilidad al ritual de los comicios, despertar expectativas donde existía resignación, revivir partidos que llevaban una vida rutinaria, cambiar radicalmente el escenario político nacional, consolidar la idea de que el sistema del partido oficial no puede cobijar al México plural que emerge con fuerza, acotar substancialmente el espacio del PRI, construir una figura que despierta simpatías de franjas considerables de la población, inyectar vientos de pluralismo al hasta ahora senado monocolor, armar un cauce para que se expresaran buena parte de los reclamos ciudadanos, cambiar radicalmente la composición de la cámara de diputados […] No se trata de un listado exhaustivo […] pero sirve para verbalizar lo que resulta obvio, reconfortante, contundente y refrescante (Woldenberg, 1988:12).

Es innegable que el movimiento revitalizó, brindó confianza y legitimidad a las elecciones, dio cauce a las inquietudes, pero no lo hizo por plantear una alternativa nueva, sino a partir de la resurrección del viejo proyecto que, como el ave fénix renacía de sus cenizas. Era nuevamente el proyecto del México de los derechos colectivos, del patriarca. El propio Adolfo Gilly, de formación trotskista, reconoce que "a la cabeza de ese movimiento Cuauhtémoc Cárdenas aparece como un nuevo caudillo, el que se co-

munica directamente con las masas" (1988:14). La resurrección del proyecto de la Revolución Mexicana, con su estilo popular y populista, con las mismas personas y nuevas máscaras:

> Porque no fue la izquierda sino una corriente procedente del partido oficial, con líderes honestos, hábiles e inteligentes, pero con un pasado de compromisos inevitables con el sistema, la que cristalizó la inconformidad y la convirtió en votos reales y contables, en una fuerza social, es una buena pregunta que los partidos aún no responden cabalmente (Sánchez Robledo, 1988:12).

Si partimos de considerar que "Un movimiento social es una acción colectiva contra un adversario social, en torno a un problema reconocido como central y por tanto, que […] en los movimientos hay integrantes, objetivos y adversarios fundamentales" (Alonso, 1989:44), es dable entender que los movimientos sociales confrontan sistemas de identidades y creencias. En un movimiento social hay un *nosotros*, unos *otros* o enemigos y un ideal o representación colectiva. En el caso del movimiento *neocardenista,* el *nosotros* señala a los excluidos en el proceso de modernización del PRI. Varios autores reconocen a los campesinos como el público inicial de Cárdenas. Se trataba de los excluidos de la reforma agraria, al anunciarse el fin del reparto y la cancelación de la esperanza de obtener tierra. Posteriormente,

> empezó a concertar el apoyo masivo de los sectores desencantados con el PRI-Gobierno, las clases media urbanas, la juventud, la intelectualidad, ciertos sectores del movimiento obrero, los millones de empleados o funcionarios federales, verdadera base social del sistema político (Castañeda, 1988:15).

El *nosotros* comprendía a las tradicionales bases *priístas*, a las que se suman una serie de organizaciones políticas provenientes de diferentes fracciones de la izquierda. Conformaba la recomposición del pacto de masas emergente de la Revolución.[225]

[225] En sus etapas fundacionales, la revolución había logrado captar e incorporar a las organizaciones de izquierda.

En el otro bando, nuevamente se ubican los sectores excluidos del proceso revolucionario, los criollos extranjerizantes, la Iglesia, los industriales, la alianza del sector supraordinante. El movimiento democrático, además de recuperar la clientela tradicional del PRI, se apropió de su discurso, de las representaciones colectivas. Los ideales del movimiento, retoman

> el Nacionalismo Revolucionario y la democracia corporativa *a la mexicana*. Así mientras el PRI gana tiempo para consolidar su viraje y su abandono de las tesis nacionalistas tradicionales, las izquierdas parecen preocuparse por recoger el lastre del que se desprende el partido oficial y se entretienen en reconstruir las ruinas de la ideología de la Revolución Mexicana (Bartra, 1993:144).

La mayoría de los intelectuales orgánicos, de los respectivos partidos sumados al frente, se enfrentaron a la necesidad de realizar verdaderos malabarismos para demostrar la persistencia de sus postulados ideológicos previos o muestran una actitud esquizofrénica, ignorando el tema, al igual que "la religión, como la vemos exponerse en esta vertiente de la tradición occidental, puede, sin alterarse enunciar las proposiciones más contrarias, pasar de un partido a otro, decir al mismo tiempo sí y no" (Legendré, 1997:235). Para diferenciarse del PRI recurrieron a la utilización del típico lenguaje leninista,[226] aplicado a un discurso nacionalista, popular o populista, denostando con epítetos a sus adversarios. La renuncia al discurso socialista se justificaba ante la posibilidad de recuperar el contacto con las masas, perdido desde que el otro cardenismo las incorporara al Estado.

Los partidarios del Frente Democrático Nacional, constreñidos en sus posibilidades discursivas por haberse apropiado del discurso histórico del otro —el del PRI— y por la pluralidad de orígenes de sus partidarios, ante la carencia de argumentos que les permitieran diferenciarse y proponer una alternativa dife-

[226] Lenin diferenciaba la agitación de la propaganda, mientras la propaganda se orientaba a difundir de la manera más extensa las ideas y el programa, la agitación tenía como fin enardecer a las masas, descalificando al enemigo. Dada la ausencia de una estructura programática, por parte del Frente, sus militantes apelaron a la agitación.

rente, optaron por la descalificación moral y personal. Hicieron del antiPRI su bandera, incautándole los fundamentos abandonados por los tecnócratas. De allí que en vez de criticar el sistema refieran a los vicios y desviaciones manteniendo el fundamento sin cuestionar. Rosa Albina Garabito, por ejemplo, alude a vicios del comportamiento, como la corrupción, el *valemadrismo* y el cinismo:

> […] para los dinosaurios del PRI no es fácil dejar el monopolio del poder. Y como el hecho es irreversible, su rechazo se viste de fantasmas, como la premonición de que el mundo se acaba, cuando es su mundo el que se acaba, el de la corrupción, el del *valemadrismo*, el del cinismo, el de la ilegalidad (Garabito, 1988:5).

Implícitamente, la argumentación de Garabito reconoce la existencia de grupos en pugna por el poder. Sin definición ideológica, de por medio, admite la existencia de una lucha por desplazar a quienes monopolizan el poder, que serán sustituidos por un nuevo grupo que representa una nueva era. No menciona un cambio de estructuras ni la existencia de programas contrapuestos, por tanto se limita a impugnar los rasgos de conducta de sus adversarios. Por su parte, Luis Javier Garrido (1988:12), siempre prolífico en la adjetivación, establece su sistema de implícitas oposiciones cuando acusa a su oponente de *violar la Constitución*, y coloca a su partido en el campo de la defensa del orden constitucional; justifica el presidencialismo cuando sólo critica su transformación en *autoritario*; y reivindica a los sindicatos, al impugnar su uso como aparatos de control. En su caso cuestiona las *desviaciones* de la Revolución dejando intacta a *la Revolución* como creencia. Pablo Gómez recurre a un recurso culterano al calificar al PRI como el *régimen anciano*, epíteto sin otra justificación que el símil con la Revolución francesa

A las representaciones, producto de los intelectuales, es conveniente sumar las de las masas. La consigna más frecuente en las manifestaciones públicas fue: "Ya llegó, ya está aquí, el que va a *chingar*[227] al PRI", consigna que demuestra un afán revanchista, un acto de venganza, como motivo, como razón y por

[227] Voz mexicana que denota perjudicar.

tanto la carencia de un programa alternativo. Paradojas del destino, en vez de *chingar* al PRI, permitió su resurrección con un nuevo nombre.

Un movimiento definido por oposición, por contradicción con respecto al PRI que sin embargo retoma su ideario, parte de sus militantes y una buena parte de su electorado, Un movimiento que pretende esconder la similitud con denuestos, pero cuyo parecido resulta poco disfrazable. Muchos de los integrantes del frente, que critican a los dinosaurios, tienen más de dinosaurios que los jóvenes tecnócratas incorporados en el otro bando. La tecnocracia no sabe, desconoce el discurso de las masas. Quienes lo conocen son los viejos priístas entrenados como oficiantes, muchos de los cuales adhieren al frente. Fueron precisamente los oficiantes, los maestros en el ritual, quienes percibieron con prontitud el cisma en el interior del PRI y emigraron al movimiento. Aunque recurran al manejo de epítetos descalificatorios, ellos eran los dinosaurios, por eso su comunicación con las masas, se expresaba de manera fluida, provocativa, convocante, hablaban en el lenguaje conocido, el lenguaje de la tradición, el del pasado, no podían "eludir el problema de la recurrencias y las supervivencias debido a que ninguna sociedad nunca queda liberada por completo de su pasado" (Balandier, 1973:190).

Como ideólogo de los tecnócratas, José Francisco Ruiz Massieu (1988:5) percibe la inconsistencia y se atreve a denunciarla, Enumera una serie de elementos que resaltan la naturaleza contradictoria del Frente y la ambigüedad de su posicionamiento como opuesto al PRI, contradicciones que más bien indican su origen priísta o la resurrección del PRI histórico, bajo otro nombre:

a) Aglutina a partidos que durante toda su existencia lograron entendimientos tácticos con el partido mayoritario.
b) Postuló para presidente de la República a quien militó largamente en el PRI.
c) Su candidato actuó como caudillo superpartidario yuxtapuesto a las respectivas dirigencias.
d) El FDN no creyó conveniente articular una plataforma electoral que perfilara una oferta programática expresa, sistemática y suficiente.

e) Los partidos socialistas abandonaron sus plataformas ideológicas para hacer suyas, por lo menos en la arena discursiva, las ideas de la Revolución.
f) El trabajo de campaña se circunscribió a catalizar y polarizar la irritación social motivada por la crisis.
g) Se procuró obtener una mayor cuota de poder, y erosionar la legitimidad del sistema en su conjunto.

El Frente no constituía una alternativa de cambio, carecía de un discurso propio, no presentaba una oferta programática y la sustituía con la ambigüedad discursiva que permite entender la "ausencia de un verdadero debate entre los candidatos" (Castañeda, 1988:11). La competencia no se ubicó, en el campo de las ideas, sino en el de los rituales. El heredero de la Revolución manejó con maestría su herencia, retomó los símbolos y los rituales, supo imprimir a su candidatura el tono hierático de los *tlatoanis*, manejó la proximidad y la distancia. Hasta un sorpresivo parto en pleno zócalo el día del cierre de campaña, colaboró a fecundar la idea del nacimiento de una nueva época.

En el otro bando la campaña publicitaria y televisiva, a todas luces desacralizante de la imagen del candidato, "faraónica y populista que le costó al gobierno y a las corporaciones sindicales una cantidad estratosférica de dinero" (Bartra, 1988), no hablaba el lenguaje del pueblo, rompió con los rituales.[228] Las técnicas publicitarias, seguramente arrancadas de un manual de manejo de imagen, presentaban a un candidato que intentaba ser popular se codeaba con el pueblo a su mismo nivel. Una campaña al estilo norteamericano, basado en la parafernalia

[228] Las nuevas instrucciones para el manejo de los cierres de campaña, al igual que otros actos proselitistas, prescindieron o minimizaron el tamaño del templete, quedando los candidatos y personalidades que les acompañan, al mismo nivel que los restantes participantes en el acto. La mesa que separaba a los miembros del presidio de los demás asistentes fue suprimida para permitir ver a sus miembros sentados o parados sin obstáculos visuales. Se sustituyó el uso del podio por un simple micrófono de pie, con el cual se permitía visualizar la figura de cuerpo entero del hablante. El proscenio fue suplantado por escenarios naturales para recurrir a elementos como la vegetación natural o artificial con alto valor simbólico como las pirámides u otras construcciones de valor histórico.

carente de ídolos del protestantismo puritano, opuesta a la profusión simbólica del catolicismo popular. Por eso,

> la campaña del PRI fue menos exitosa de lo que se planeaba, pero ni en sus más salvajes sueños los jerarcas previeron lo que sucedería el 6 de julio de 1988. Como ocurrió 6 años atrás, el electorado volvió a votar, pero esta vez no para avalar al candidato oficial sino para castigarlo (Bartra 1988).

La debacle electoral

Es francamente curioso cómo el episodio de la caída del sistema, excluyendo la participación de la tecnología informática, reitera casi exactamente otro momento de la historia del poder y del partido, igualmente generado por una escisión y con similares resultados dudosos en las votaciones. Hoy en día, cuando los protagonistas han comenzado a hablar, se sabe de la instrucción presidencial al secretario de Gobernación, Manuel Bartlett, de suspender el flujo de información a la espera del voto verde que habría de equilibrar los desfavorables resultados urbanos. Un episodio similar se había verificado otra noche de julio cuando según Ignacio García Téllez, Lázaro Cárdenas le comentó: *Parece que Almazán ha ganado y hay que entregarle el poder*, entonces fue el secretario de Gobernación quien repuso: "[…] la votación campesina dirige el resultado de las elecciones en favor de Ávila Camacho […] en el campo los recursos de control político por parte del gobierno funcionaron casi a la perfección" (González, 1981:304). Cuarenta y ocho años después un nuevo Cárdenas vive el mismo episodio del otro lado, en la oposición.

Los resultados de las elecciones de julio de 1988 sorprendieron a todos, tanto al PRI como a la oposición. Los partidarios de ambos bandos y aun quienes pretendían mantener una posición neutral, se afanaron en los días posteriores en entender lo ocurrido. En las explicaciones se pueden identificar tres tendencias: la justificatoria, la optimista y la tradicional:

a) **Justificatoria**: Los priístas, o más bien el pequeño círculo que rodeaba al candidato, adjudicó su debacle a los efectos perniciosos de la crisis:

> No puede ignorarse el papel determinante que ha jugado la crisis económica. El voto opositor responde más a una entendible lógica emocional (la irritación) que a una lógica estrictamente intelectual (el desplazamiento total) y definitivo del partido en el poder (Ruiz Massieu, 1988).

b) **La** visión **optimista,** siempre ideológica de la izquierda que interpreta el cambio en la orientación del voto como resultado de un rechazo al sistema, producto de la emergencia ciudadana:

> Las elecciones de julio pasado, muestran un cambio sustancial de muchos ciudadanos que se adscriben a una cultura política participativa (Paoli, 1988).
>
> Supone la derrota en las urnas del Estado Corporativo (Alponte, 1988):
>
> […] implica […] un cambio de la relación entre sociedad y Estado (Gilly, 1988).

c) **La tradicional** de los que reconocen la recuperación del discurso de la Revolución por parte del *neocardenismo*:

> Es comprensible el éxito emocional que ha tenido el *neocardenismo*. Muchos ciudadanos piensan que, dado el éxito de las políticas *cardenistas*, son las únicas válidas y por ello lo que conviene es volver a ellas (Villa, 1988).
>
> […] desde el movimiento de la independencia […] las masas exigieron una república popular […] un estado capaz de hacer menos ricos a los ricos y menos pobres a los pobres […] imposible sería continuar por el sendero que nos aleja del Estado Revolucionario sancionado en Querétaro, después de lo ocurrido en el ya mencionado 6 de julio. Los mexicanos ratificaron ese día su

> adhesión al movimiento revolucionario, expresado en la Constitución (Horacio Labastida, 1988).

> El instituto político que heredó el Proyecto de la Revolución (que como se sabe no fue uno sino varios, tan encontrados que su negociación costó un millón de muertos) y por lo tanto las *banderas* de justicia social, sufragio efectivo y nacionalismo, debió enfrentar cada vez más, el descrédito y la degradación política de sus gobernados, por obra de su propia acción mediatizadora (Bellinghausen, 1988).

> […] se entiende la veneración que muchos [militares] guardan a don Lázaro (y a su viuda, doña Amalia). Después de todo don Lázaro fue militar antes que político y su larga carrera confirma su acendrado y maduro patriotismo (Aguayo, 1988).[229]

La primera interpretación se inscribe en la lógica justificatoria, muestra la incertidumbre de quienes acostumbrados a arrasar con todas las elecciones no pueden entender lo sucedido y requieren de la búsqueda de culpables. En la segunda se nota la falsa percepción de quienes sobrevaloran la búsqueda del cambio; se equivoca al adjudicarlo a un rechazo al *sistema presidencialista mexicano*. Alponte, en su carácter de extranjero, no entiende que, lejos de significar el rechazo del Estado corporativo, responde a la falta de presidencialismo o de ejercicio de la presidencia imperial, como la denomina Krauze, por parte gris y austero Miguel de la Madrid. Es la tercera la que reconoce la metáfora estructural, la presencia de una crisis mitopolítica (Sahlins 1998), por el abandono de los principios revolucionarios.

La lectura de la población fue más emocional, la vivió como un triunfo, pero sobre todo como un empoderamiento de las masas que volvían a tener voz. Como psicoanalista, José Cueli logra captar y describir ese estado general de ánimo:

> La gente está nerviosa, tiene ganas de salir a la calle. En el D. F. empieza a haber mucho ruido y se oye ya el clamor, que es como una impaciencia que se desborda poco a poco y va inundando

[229] Todas las citas corresponden a artículos periodísticos publicados en *La Jornada*, entre julio y septiembre de 1988, y citados en la bibliografía.

> todo de abajo arriba, empieza por las alcantarillas, el metro, los tugurios, puestos de vendedores ambulantes, cantinas cafés, siguiendo por las universidades, llega a bancos e industrias, se aristocratiza, sale a la calle y trepa por Madero y Reforma hasta desembocar en el Zócalo, y despidiendo un olor característico, olor a sesenta y ocho, setenta y uno, temblor y mundial de fútbol (Cueli, 1988:18).

De julio a septiembre nadie creía en el triunfo de Salinas. Se hablaba de *fraude electoral y del triunfo ilegítimo*, se calificaba a Salinas como *usurpador*. El propio Cárdenas habla de *golpe de Estado*, matizado con la calidad de *técnico*. Se esperaba un acto mágico que impidiera a Salinas asumir el poder. Cuando ya la prensa internacional daba por un hecho su triunfo, en México se esperaba el milagro. En el colegio electoral se avanzaba en forma intermitente después de largas concertaciones secretas. Mientras el debate en tribuna se caracterizaba "por la violencia simbólica protagonizada por los diputados plurinominales de izquierda que trasladan las tácticas universitarias del asambleísmo, el terrorismo verbal y la violencia simbólica a la cámara" (Castrejón Díez, 1988:11).

El lapso de los días aciagos caracterizados por la decadencia del poder del saliente y el estado embrionario del entrante,[230] se tornó más pesado. Los días fueron doblemente aciagos pues ni siquiera se visualizaba el surgimiento de un nuevo poder que pusiera fin a la incertidumbre. Aun quienes, como Jorge Castañeda, admiten el triunfo de Salinas no pueden ignorar la pérdida de poder, tal vez habría que decir de legitimidad:

> […] la manera en que triunfaron el PRI, Salinas y el gobierno, sin volver pírrica su victoria, la merma y la compromete a mediano plazo. Si antes al sistema le creían pocos, ahora quizás no sea aventurado afirmar que no le cree nadie (Castañeda, 1988:2).

Una crisis de legitimidad que se tradujo en actos atentatorios contra los atributos del presidencialismo, inéditos en la historia

[230] Véase el capítulo III.

de México. La crisis simbólica abrió un espacio para actos de inversión, una *fiesta de locos*, un carnaval donde los roles fueron trastocados:

> Se trató de atacar al símbolo del informe que junto con el ataque a otros símbolos del poder ejecutivo mexicano, lo lograra desplomar. El argumento más utilizado fue el que al destrozar los símbolos del presidencialismo, se ganarían ventajas para obstruir la calificación de las elecciones presidenciales y obligar nuevamente a negociar por abajo del agua. Pero negociar ¿qué? […] en realidad se trató de que el ejecutivo se supeditara al poder legislativo (Granados Chapa, 1988:2).

La versión de Granados Chapa parecería constituir un alegato en favor de la cultura democrática, sin embargo el articulista prosigue su análisis y encuentra como motivo más profundo de la crisis simbólica y el vacío de poder: "El presidente Miguel de la Madrid actuó, en su último informe, con serenidad y prudencia. Lo que se requería era grandeza".

El problema del poder no es el problema del partido en el poder. El partido tres veces ha cambiado de nombre y puede volver a hacerlo. El problema del poder en México radica en la estructura misma del poder sacralizado cuya lógica se impone a la conciencia de las personas, que la reproducen inconscientemente. Así parecieron entenderlo en 1988 ambos contendientes. El perdedor se erigió en ganador moral calificando como usurpador al otro y su gobierno como ilegítimo. En su carácter de ganador moral, Cárdenas emplazó a Salinas de Gortari a renunciar antes del 1 de diciembre. El ganador formal se propuso a la vez modernizar, continuar con el proceso de introducir a México en el concierto de las naciones desarrolladas y conquistar los atributos del poder sacramental con un nuevo contenido. Las condiciones así lo exigían:

> México está a punto de ingresar a una gestión en condiciones excepcionales […] se funda en que, por primera vez en la historia moderna de nuestro país, hay dudas con cierto fundamento, no desdeñables, de que Carlos Salinas de Gortari haya obtenido la mayoría (Federico Reyes Heroles, 1988:4).

El articulista, a pesar de ser hijo de un estudioso de la Revolución Mexicana, olvida las dudas sobre los resultados de las elecciones, en varias de las sucesiones anteriores, tal vez por ello vaticina "la inaplazable reestructuración del presidencialismo mexicano. Ni cogobierno ni cogestión. Presidencialismo entonces pero, de entrada, el carácter *excepcional* de la futura gestión obliga al cambio". Salinas, a pesar de su formación tecnocrática, comprendió que parte de los problemas de legitimidad que enfrentaba, se debían a la notoria falta de presidencialismo por parte de su antecesor. En detrimento de los pronósticos que lo condenaban a una presidencia *moderna*, "sin la aureola infantil de que un hombre transformara todo de arriba abajo [...] un *zoon politikon* desacralizado y que tendrá que ganarse, con los actos, la enorme empresa de gobernar sin los mitos y con la sociedad" (Alponte, 1988:5), Salinas se dedicaría a la reconstrucción del presidencialismo con una mayor centralización del poder. Una modernidad basada en el diálogo, que incorpora nuevos interlocutores políticos al tiempo que relega a las tradicionales contrapartes corporativas, cooptadas y subordinadas: los paleros del sistema político mexicano. Abre el debate con los interlocutores políticos, exceptuando al futuro Partido de la Revolución Democrática, incorpora el concepto de concertación y diálogo con la sociedad civil y las organizaciones sociales independientes que le permite sumar a sectores de la izquierda no cardenista y una nueva práctica, la de la *concertacesión*, para abrir espacios de gobierno a la oposición de su preferencia.

Una primera lectura ubicaría al gobierno de Carlos Salinas de Gortari como continuación del de Miguel de la Madrid. Pero Salinas fue mucho más allá, intentó sentar las bases de una nueva sacralización, no quiso ser intérprete sino Mesías, crear un nuevo culto. Los cuestionamiento a su origen le habían enseñado la lección, para cambiar no bastaba con la razón, había que incautar la forma religiosa, crear una nueva fe.

El logro de su revolución en la superestructura dependía del combate contra los emisarios del pasado, aferrados al ideario nacionalista revolucionario. Dos banderas los cobijaban, la del nuevo partido surgido del Frente, el Partido de la Revolución Democrática (PRD) y la del propio PRI. En el PRD se encon-

traban los priístas que abandonaron el barco al observar el viraje, *arrejuntados*[231] con la izquierda democrática proveniente de las múltiples mutaciones de los comunistas pro soviéticos y descendientes del Movimiento de Liberación Nacional.[232] Al interior del PRI, el partido que lo había llevado al poder, perduraban los viejos priístas con identidad de partido. Los emisarios del pasado se convertirían, todo lo largo del sexenio, en sus tácitos enemigos.

Si bien la lucha contra el PRD contabiliza sus muertos, la librada al interior del PRI no fue menos violenta, y también puede contabilizar a los muertos políticos y sociales. Una buena parte de los llamados dinosaurios estaban condenados a extinguirse. Salinas durante la campaña lo había anticipado, al declarar en una entrevista a *Le Monde*: "El PRI deberá cambiar si quiere permanecer mayoritario [...] No propongo una modernización radical sino mejor una reforma gradual. No se trata de destruir al sistema, se trata de democratizarlo" (*apud* Cueli, 1988:18). Bajo la égida de Salinas el PRI intentará su mutación interna. El campo de batalla estaba claro desde el principio, de allí que Granados Chapa pueda vaticinar la exclusión de los calificados como los *priístas históricos*, aquellos miembros o simpatizantes de la corriente democrática que no quisieron emigrar junto con Cárdenas y Muñoz Ledo. Para quienes consideraban al PRI "un partido sin ideología, demasiado vinculado al aparato gubernamental, pesimista, derrotista, y sin imaginación" (Del Buen, 1988:8), el cambio parecía saludable.

González Pedrero (1988:13), por entonces conceptuado como el ideólogo del nuevo grupo, fue el encargado de lanzar el desafío: "Se trata de modernizar el pacto social y político que nos

[231] Expresión mexicana para las uniones libres, no sancionadas por el matrimonio formal.

[232] El Movimiento de Liberación Nacional, al igual que en otros países de América, había sido fundado al calor de la Revolución cubana. En México, tuvo la peculiaridad de ser avalado moralmente por un ex presidente, precisamente Lázaro Cárdenas. Contó entre sus fundadores a Cuauhtémoc Cárdenas y a Heberto Castillo, quien a la creación del frente, había de renunciado a su candidatura a la presidencia en favor de la de Cuauhtémoc.

une desde el primer cuarto de este siglo [...] El PRI tendrá que correr el riesgo de abandonar muchas de sus tradiciones y de sus formas". La amenaza se convertiría luego en pesadilla. Con el PRD seguiría otra política, la que se aplica a los traidores, la *ley de hierro* combinada, el entierro y el destierro en su propia tierra. El destierro se expresa en una aparente inexistencia. Salinas, enemigo de la simulación, ignora la existencia del PRD, simula que no existe. El entierro a través de los crímenes cometidos en las regiones contra sus militantes.

Antes de asumir nuevamente los atributos de la presidencia imperial, Salinas debía demostrar que podía gobernar. A principios de 1989, en un amplio operativo, un grupo militar captura a Joaquín Hernández Galicia. La reacción social fue una mezcla de admiración y alivio: "El chaparrito Salinas de Gortari creció. Había un líder en Los Pinos. Tenía huevos" (Krauze, 1997b:419). El mensaje contenía un doble destinatario: el sindicalismo y la traición. Hernández Galicia y los petroleros habían apoyado a Cárdenas. Poco después de las elecciones, el 18 de agosto, la oposición *democrática* encabezada por Cárdenas realizó un mitin frente a la torre de Petróleos Mexicanos, con un *significado particular* según Eduardo Montes, pues "Durante la campaña electoral fue notable la simpatía de los trabajadores petroleros a los candidatos de la oposición, de manera particular hacia Cárdenas", el hecho lo identifica con un "síntoma de resquebrajamiento, seguramente irreversible de control político de los trabajadores ejercido por la burocracia sindical" (Montes, 1988:7). Si bien es indudable la simpatía hacia Cárdenas por parte de los petroleros, la conclusión a la que llega Montes: "[...] la irreversible pérdida de control" es falsa; por el contrario, es indicativa de la fortaleza de los líderes charros que pueden manipular el voto de sus seguidores aun en contra del PRI, cuando ven amenazada su permanencia como intermediarios.

Al apresar a Hernández Galicia, Salinas estaba partiendo del atributo que confiere al presidente la autoridad, la potestad de juzgar y perdonar. Mostraba su disposición al ejercicio del poder, al castigo de la traición y enviaba una advertencia a los dirigentes sindicales. La disputa por la hegemonía con el sector obrero se mantendría durante todo el sexenio. Su intención de

desarticular el corporativismo era previsible desde antes de la unción presidencial, y los especialistas de detectaron:

> Es un hecho que los tecnócratas encabezados por Salinas de Gortari han tenido intenciones de rebajar la influencia de las corporaciones obreras y campesinas, para dar paso a un programa de reconversión que integre a México en la cuenca económica del Pacífico (Bartra, 1988:11).

Salinas no llegó al gobierno por el impulso de un partido con su ideario, sino montado sobre la grupa de su secreto oponente el Partido Revolucionario Institucional, cuyos partidarios ingenuamente lo consideraban uno de los suyos. Su lucha por el poder optó por las vías del complot, el *putchismo* de los hombres del presidente autonombrados la nueva generación:[233]

> Salinas forma parte de un grupo de jóvenes profesionales, descendientes de las capas de la alta burguesía estatal, que se formaron en instituciones educativas privadas nacionales y del extranjero. La edad promedio de ese grupo es de apenas 35 años y han tenido un ascenso vertiginoso en la burocracia, sin tener militancia política alguna, ni un conocimiento directo y objetivo de los grandes problemas nacionales y populares. Sólo conocen la realidad por medio de organigramas y computadoras.[234]

[233] "En 1988 asumía la presidencia de la república Carlos Salinas de Gortari, un político con un perfil radicalmente distinto al de sus antecesores y en circunstancias de efervescencia electoral inusitadas. Con él culminaba su ascenso al poder una nueva elite política, un proyecto diferente y un estilo particular de gobernar". Unidad de Análisis y Prospectiva de *El Financiero* (1993:3).

[234] "Entre los integrantes de ese grupo, que amenaza con perpetuarse en los máximos cargos decisorios del estado, destacan Emilio Gamboa Patrón (Universidad Iberoamericana), Rogelio Montemayor Seguy (Instituto Tecnológico de Monterrey y Universidad de Pennsylvania), Pedro Aspe Armella (ITAM y Tecnológico de Massachusetts), Sócrates Rizzo García (ITAM y Universidad de Chicago), Luis Donaldo Colosio (Tecnológico de Monterrey y Universidad de Pennsylvania). En particular destacan como ideólogos del proyecto neoliberal y modernizador Manuel Camacho Solís (Universidad de Princeton), José Córdoba Montoya, de origen francés (Universidad de Stanford), Emilio Lozoya (Universidad de Columbia). Unidad de Análisis y Prospectiva de *El Financiero* (1993:10).

El grupo compacto se había formado desde la Secretaría de Programación y Presupuesto y el Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del PRI. Desde la campaña de Miguel de la Madrid, Salinas había enrolado a sus viejos compañeros de estudios (Manuel Camacho y Emilio Lozoya), a compañeros de trabajo de la Secretaría de Programación y Presupuesto (Luis Donaldo Colosio y Carlos Rojas), y a parientes (José Francisco Ruiz Massieu) (*El Financiero,* 1993:16). Con las redes del gobierno en sus manos en vez de reubicar, a los de siempre, en nuevas posiciones, reservó las claves para el *grupo compacto*, desplazando o relegando a posiciones menores, a una generación entera de políticos priístas. El nuevo grupo al posicionarse desplazó a políticos de brillante carrera, como José Andrés de Oteysa, Jesús Silva Herzog. Con su arribo a posiciones de decisión inaugurarían nuevos estilos de actuar en política. Ortiz Pincheti, en un jocoso artículo de prospectiva sobre la vida después de la muerte del PRI, señalaba al tuteo, en tanto evidencia democrática de la igualdad, como una de las nuevas conductas en la cultura política. En efecto, las formas, tan caras a los priístas, limitaban estrictamente el tuteo, lo desplazaban a la intimidad y enfatizaban el *señor licenciado*. El nuevo grupo posesionado de las oficinas públicas e inclusive de las del partido y de las corporaciones, adoptó como uno de los rasgos distintivos el tuteo. A diferencia de lo esperado por Ortiz Pincheti, que ubicaba a sus ejecutantes como "una mayoría política, provinciana, inculta, pobre, de color café con leche [...] que no podrá tolerar las discriminaciones sutiles o gruesas que ejercitamos o padecemos" (1988:5); fue una minoría cada vez más blanca, más educada, más privatizada quien lo difundió como nueva moda. El nuevo grupo adoptó el tuteo, la informalidad y el desparpajo de las clases altas. La moda casual sustituyó a los trajes oscuros. Las constantes alusiones al *señor licenciado* se transformaron en el nombre de pila, aunque se tratase de un subsecretario. La ostentación de riqueza a partir del oro, propia de las sociedades tradicionales, se cambió por la globalizada de *la marca.* No era el traje sino el cachemir, lo que podía identificar a un miembro potable para el nuevo grupo en el poder.

Era el viejo PRI el que por sus mecanismos de cooptación de líderes populares, permitía la existencia de una clase política bastante café con leche. El nuevo PRI que recluta a sus cuadros en universidades extranjeras y partidos de izquierda,[235] resultó bastante más elitista y por supuesto, más blanco. La nueva generación venía armada de sus conocimientos académicos y sustituían la falta de experiencia política por tesis doctorales. Algunos de ellos, como Camacho, lograron generar expectativas entre los analistas políticos: "Cuenta con los elementos suficientes para hacer cosas espectaculares [...] serio investigador del Colegio de México, especializado en historia del movimiento obrero", dice de él Granados Chapa (1988:2). Si en el viejo modelo correspondía a la Universidad Nacional la formación de los cuadros políticos, en el nuevo los cargos mayores se reservaron para los doctorados en el extranjero y los menores para jóvenes, muy jóvenes, recién egresados de las universidades privadas como la Iberoamericana, el Tecnológico de Monterrey y el Instituto Tecnológico Autónomo de México. A la generación recién llegada al poder le había tocado padecer la discriminación de los viejos políticos, por haber estudiado en universidades privadas, ahora había llegado el momento de la revancha. Pero la nueva generación también tenía un proyecto, lo habían desarrollado desde la academia; no era un proyecto improvisado, tenía lógica, sentido, estaba respaldado por investigaciones. El nuevo grupo compartía

> una concepción casi homogénea del proyecto económico y político que lo convierte en parte de la corriente neoliberal monetarista, promovida por el FMI y el banco mundial en el ámbito internacional y ampliamente difundido en nuestro país por el ITAM y las universidades extranjeras, particularmente de Estados Unidos, donde casi todos realizaron estudios de postgrado. Cohesionados en un principio dada su pertenencia a un grupo social particular. Su fuerza política fluye, por tanto, de haber ocupado los puestos de las organizaciones operativas del sistema financiero (*El Financiero*, 1993:24).

[235] Los militantes de izquierda sumados al *salinismo* eran, en buena medida, oriundos de familias de acomodadas, como Adolfo Orive de Alba.

La tecnocracia puede ser analizada desde diferentes perspectivas académicas, en este caso interesa observar cómo es interpretada y refigurada por los actores políticos. Para entender el fenómeno del cisma y de la ruptura en el interior del PRI, conviene analizar cómo se produce la lectura de este mensaje y su interpretación por parte de la masa priísta, por los militantes que invierten su esfuerzo con la expectativa de realizar una carrera en el interior del partido y en la administración pública. Ante el nuevo perfil: "*Egresados de Universidades privadas o con posgrados en el exterior que les dan las características de una elite joven, ilustrada, con escasa experiencia en puestos de elección popular*", ¿dónde quedaba la imagen del mestizo progresista, surgido de abajo, educado en escuelas públicas que podía aspirar a hacer carrera política y hasta llegar a presidente? Observando la toma de protesta del gabinete de Miguel de la Madrid, un priísta con desprecio, señaló: "[…] son todos catrines".

La imagen de esta nueva tecnocracia, blanca atildada y educada en el exterior, más parecida a la imagen del catrín que a la del líder revolucionario, comparables con los *científicos* del último período *porfirista*, traiciona el aspecto popular de los dirigentes revolucionarios. Como *catrines* o como *científicos*, en un mural de la Revolución la nueva tecnocracia quedaría indefectiblemente pintada del lado izquierdo, entre los ricos, los extranjeros y los curas, nunca del lado donde se ubican las masas revolucionarias. Los tecnócratas se identifican con las alturas, con las clases altas, nunca con las bajas, con el sector popular. Con el siguiente gabinete, el de Carlos Salinas, la expresión de un profesionista, con carrera universitaria, de origen modesto y color moreno, fue aún más contundente: "Antes, con este color de piel podía aspirar hasta una subsecretaría, ahora sé que no voy a poder pasar de una dirección".

Su aseveración es elocuente y confirma que "la extranjería no comienza en los márgenes de los ríos, sino en los de la piel" (Geertz, 1980:125). Supone la existencia de una barrera, un límite que vuelve a colocar en el tapete la oposición de castas existente en el siglo pasado entre blancos y morenos. Si antes operaba la asociación clases altas-educadas y bajas-ignorantes, en adelante operará un nuevos sistema de clasificación: alta con edu-

cación privada y bajas con educación en escuelas públicas. El sueño del ascenso social y el igualitarismo a través de las posibilidades educativas se había trastocado. Señalaba el fin de la era del mestizo y el retorno del blanco, del catrín. No significa, como se señaló anteriormente[236] que los gobiernos de la Revolución excluyeran al blanco. Todas las administraciones incorporaron blancos. La vieja elite, había retornado al mundo del poder, por alianza y matrimonio. Pero el equilibrio, la mezcla, hablaban de la posibilidad del ascenso. Las puertas no estaban cerradas para el de color moreno, los mestizos podían ascender, podían blanquearse por el matrimonio propio o de sus hijos, como lo hizo Porfirio Díaz. Pero al exhibirse un gabinete compuesto sólo por blancos, egresados de universidades privadas y con estudios en el extranjero y al repetirse esta composición en la mayoría de las secretarías de Estado, el círculo parecía cerrarse. Quienes conocían la dinámica del manejo de los grupos entendían con antelación que las principales posiciones se distribuirían de manera cerrada.

Para colmo de males, además de ser blancos, los nuevos políticos se identificaban con *lo extranjero*. La educación en el exterior supone una frontera de clase, excluye a todo aquel que no pueda acceder a estudios en el extranjero, traza una barrera económica a quienes no pueden pagar esos estudios; pero también una frontera cultural. La educación en el extranjero lleva implícita una cierta aculturación y consecuentes simpatías por los extranjeros. El nuevo grupo la manifestaba abiertamente, hacía ostentación de sus contactos y preferencias, les concede visibilidad y peso en la política nacional como al el influyente secretario de la Presidencia, José María de Córdoba, de origen francés o al nuncio apostólico Prigione, cuya incidencia en la política nacional los convierte en blanco de la crítica. La presencia pública de extranjeros en puestos y posiciones de decisión agudizó y proyectó el enojo por la sustitución racial.

La arena de batalla, comenzada en la esfera de la administración desde el sexenio de López Portillo con la supuesta manipulación de las cifras, que proyecto a Miguel de la Madrid como

[236] Véase el capítulo I, "La Revolución como mito".

candidato, se había trasladado al partido, al comienzo de la campaña, cuando Salinas y su equipo se incorporaron al IEPES. En 1988 la historia volvió a repetirse en circunstancias más dramáticas. La urticante presencia del grupo cercano al candidato y próximo presidente, dejó en evidencia que "El eficientismo tecnocrático choca abiertamente con el nacionalismo revolucionario: se trata de dos culturas políticas completamente diferentes" (Bartra, 1993:115) destinadas a enfrentarse de manera violenta. Para sus ideólogos y defensores, como Krauze, los nuevos tecnócratas representaban a los *paladines* de la modernización.[237] En la arena del PRI dos equipos confrontaban posiciones y estilos: el de los modernizadores (renovadores o tecnócratas) dotados de un nuevo dogma y una nueva práctica, y el de los fundamentalistas (dinosaurios), paulatinamente alejados del poder y cuestionadas —*cuando no anuladas*— sus bases de sustentación. *Renos vs. dinos*:

> El PRI desde 1986 se debate entre dos grandes grupos de poder: los llamados dinosaurios y tecnócratas [...] año que fueron dados de baja Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, entre otros muchos militantes resentidos, en términos del poder y de la ideología (Mendoza Ayala, 1994:41).

Pero el enfrentamiento se arrastraba desde antes, para 1986 había llegado a proporciones tales que *los dinos* optaron primero por constituir una fracción al el interior del partido: la *corriente democrática*. Parte de esta corriente, con sus actitudes provoca la expulsión de Cárdenas a la que se suma Muñoz Ledo, para una vez escindidos del PRI dar nacimiento a un Frente. Algunos observadores consideran erróneamente que la salida de Cárdenas y Muñoz Ledo dejó "en total aislamiento al grupo tecnocrático que, desde un principio, se apoderó de la campaña electoral"

[237] "En la historia del México moderno ha habido unos cuantos presidentes reformadores, hombres decididos a escuchar el llamado del futuro. Porfirio Díaz, Plutarco Elías Calles y Miguel Alemán eran de esa estirpe modernizadora. Creían en el progreso económico más que en la libertad política. Eran los nuevos Borbones, los déspotas ilustrados de la edad moderna. A esa estirpe imperiosa e impaciente pertenecían Salinas de Gortari y su generación" (Krauze, 1997b:421).

(Ramírez Cuéllar, 1988:5). La afirmación precedente olvida que muchos de los *priístas históricos* permanecieron y permanecen en el interior del partido, intentaron conservar y recuperar espacios, con el objetivo de *dar la lucha desde dentro* y recuperar el partido. Fueron los secretos enemigos de Salinas y su grupo compacto. Invisibles para los observadores externos, pero perfectamente identificados por los bandos en contienda. Las luchas internas logran confundir a muchos observadores, que no logran identificar quien es quien en la contienda. A diferencia de lo afirmado por Ramírez Cuellar cercano a Cárdenas, los articulistas que manifiestan simpatía por Salinas, denuncian la presencia de dinosaurios en la campaña:

> Con motivo de la campaña presidencial de 1988, los dinosaurios han saltado al escenario reivindicando sus derechos adquiridos, protestando contra su actual dirección, señalando los riesgos que entraña una política vacilante […] no se debe negociar con fantasmas o caciques encubiertos o con los enemigos naturales (PAN). La nueva generación representada por el propio Salinas y personalidades como Manuel Camacho, pretenden llevar adelante sus designios modernizadores, en abierto combate a los representantes de la vieja burocracia corporativa. Para los dinosaurios equivale a un acto de rendición (Guevara Niebla, 1988).

Guevara Niebla no se equivocaba. Efectivamente, durante la campaña cuando el grupo *salinista* requería sumar fuerzas, y apelar a todos los recursos de movilización, toleraron y aprovecharon la experiencia acumulada de los dinos. Una vez en el poder, el nuevo equipo, si bien permitió a los dinosaurios conservar algunas posiciones partidarias, daría inicio a una guerra sin cuartel para llevar a la práctica el plan de *apoderarse de las instituciones,* sustentado en las tesis de Manuel Camacho (1977) orientado a transformar las bases del poder. El grupo compacto partía de una premisa: *la vieja clase política se encontraba prácticamente acabada.* Producto de foros de discusión y tertulias, sustentada en tesis de grado con la orientación de sus maestros norteamericanos,[238]

[238] El diálogo con los maestros que orientaron la definición de la teoría y el proyecto político consecuente, se mantuvo durante el sexenio y

el grupo compacto sostenía como hipótesis que la vieja clase política mostraba *falta de cohesión* y una incapacidad creciente de para hacer *uso de las instituciones*. El agotamiento de la clase política proveía una oportunidad sin igual para que un grupo nuevo se apoderara de las instituciones, las aprovechara o transformara de acuerdo con su proyecto político. La *apropiación institucional* permitiría ejercer el control directo de la sociedad bajo la dirección de un grupo compacto, sin necesidad de las organizaciones corporativas tradicionales (feudos, en el esquema de Camacho) ni de los partidos políticos.[239]

Apropiarse de la institución consistía la primera tarea para el grupo compacto. Concluida la campaña, como se estila tradicionalmente, el presidente del partido fue sustituido. Dos campeones del nuevo equipo se encargarían sucesivamente de la gestación del cambio. El propio Manuel Camacho diseñador de la estrategia y Luis Donaldo Colosio, adalides por parte de los renos. Luis Donaldo Colosio impulsó uno de los proyectos más caros para el grupo que a partir de 1988 condujo al país: la transformación del PRI, de un partido con base corporativa integrado por tres sectores el campesino, el obrero y el popular, en un partido de ciudadanos. La estrategia enfrentó la resistencia de la omnímoda central obrera, la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y en menor medida de la Confederación Nacional Campesina (CNC), donde, al menos temporalmente, obtuvo una transformación aunque más no fuera de nombre, fue en la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP).

Para concretar su plan habían logrado un paso muy importante apoderarse de la cabeza. En una estructura jerárquica donde el poder se construye desde arriba, la presencia de un apóstata en la cima, con claras perspectivas innovadoras, logró en un primer momento la incertidumbre y luego el coraje, pero no la rebelión. Sólo un ex presidente[240] se atrevió a denunciar en público la traición a la Revolución. En los corrillos, pasillos y

con posterioridad, a él. Incluyó a científicos sociales como Wayne Cornelius y Womack.

[239] *Apud, El Financiero* (1993:22) cita la tesis de Salinas.

[240] José López Portillo declaró en un reportaje: "[…] fui el último presidente revolucionario".

mesas de restaurantes, algunos la conceptualizaron, podían darse cuenta del acto incautatorio, les estaban robando el partido. La mayoría se percató de la sustitución cuando se tradujo en actos atentatorios contra sus propias bases de sustentación.

Los *renos* pretendían, en despecho de lo señalado por el propio Salinas durante la campaña en cuanto al carácter gradual de las reformas del partido, establecer un cambio radical, transformar a la gran organización de masas, el gran legado cardenista, en un partido de ciudadanos, que permitiera "reconstruir o transformar las instituciones políticas para permitir la comunicación y cierta absorción de las nuevas elites y fuerzas sociales" (Camacho, 1977:335-360). En otras palabras, se proponían acabar con los feudos, representados por las corporaciones, modificar la estructura de sectores, que implicaba, si no la desaparición de la CTM y la CNC, al menos, remitirlas a sus funciones básicas desprovistas de cuotas y de injerencia en la distribución del poder.

El sindicalismo charro, corporativo, patrimonialista, centralista, cuyo poder emanaba de su relación simbiótica con el gobierno, debería transitar hacia un sindicato de empresa, limitado a la negociación entre dirigentes y empresarios de prestaciones por productividad. Un sindicalismo que, en vez de prohijar el *valemadrismo*[241] de los trabajadores, el ausentismo y el poco rendimiento, se insertara en la lógica del aumento de la productividad. El líder permanecería pero atenida su permanencia a su capacidad de negociación, hacia arriba con los empresarios, hacia abajo con los obreros. En este esquema *moderno* de sindicalismo las cuotas quedaban automáticamente suprimidas.

Para lograr la depuración y renovación sindical se reiteraría el sistema imperante en el propio partido, la oposición dinosrenos con el apoyo al sindicalismo moderno[242] contrapuesto a la

[241] El término *valemadrismo* se usa para calificar la actitud de restar importancia a una cosa. En este caso se aplica a la falta de interés por el trabajo y la producción por parte de los trabajadores.

[242] Fundamentalmente a centrales sindicales como la CROC, COR, organizaciones nacionales como la FSTSE, de los trabajadores al servicio del Estado, y la Fesebes, de los bancarios, y sindicatos nacionales como los de trabajadores del INP, del Infonavit, de Bancomer, de Telefónicos, de Tranviarios y Sindicatos Únicos como SUTcolmex, SUTnotimex, SUTINEA, entre otros.

gerontocracia de la CTM. Al sindicalismo moderno se le apoyó para ocupar espacios en las mesas de concertación económica al tiempo que se generó un programa de capacitación para fortalecer teóricamente a sus líderes y cuadros sindicales en la competencia con el viejo sindicalismo. Se trataba de dotar al sindicalismo moderno de cuadros, intelectuales orgánicos para la polémica, como si la arena sindical se asemejara a la académica. Los nuevos tendrían, teoría; los viejos, colmillos.[243]

El enfrentamiento con el sindicalismo chocó con una estructura mucho más sólida de lo que se creía, no resultaba tan sencilla la posibilidad de remover dirigencias.[244] Por el contrario, a pesar de la subordinación política, de la alianza estratégica y la aparente docilidad del sector, cuando se trató de poner en entredicho su permanencia como factor de poder quedó demostrado que: "La burocracia sindical es hoy, el sector más fortalecido, con mayor poder específico y propio en el interior del estado. Tiene respecto a la burocracia política, una relación de mutua conveniencia" (Trejo Delabre, 1983:129). Al igual que su nonagenario líder, el sindicalismo charro se negaba a morir, no se amilanaba ante las amenazas simbólicas como el encarcelamiento de *la Quina* y opuso una feroz resistencia a su transformación en sindicatos de empresa.

La sustitución de cabezas fue mucho más sencilla en la CNC. Su constitución por decisión presidencial había impuesto la norma de la designación de los dirigentes nacionales desde Los Pinos. Olivares Ventura, miembro del sector y de la familia revolucionaria, sería rápidamente sustituido por Hugo Andrés Araujo, un advenedizo proveniente de una corriente maoísta de izquierda denominada línea de masas. La militancia de Araujo en el sector campesino se había desarrollado por fuera y a pesar de la CNC impulsando la constitución de organizaciones económicas independientes de productores. Miembro destacado del grupo

[243] Entre los temas desarrollados se incluían tópicos como la cogestión, la globalización el TLC y la tecnología de punta.

[244] Restrepo (1988:3), por ejemplo, sostiene erróneamente que los jerarcas sindicales "caen sólo cuando muy arriba deciden reemplazarlos." A despecho de su afirmación los intentos del nuevo PRI por sustituir dirigencias sindicales, la mayor parte de las veces, resultaron infructuosos.

conocido como los Mapaches, intentó trasladar su proyecto político al cambio interno de la CNC. Araujo intentó el tránsito de la CNC de una organización diseñada para el control político, a transformarse en la promotora de la organización económica de los campesinos. El proyecto de transformación interna se articulaba plenamente con el modelo económico para el campo que proponía la asociación de los ejidatarios con empresarios, la paulatina privatización, pero sobre todo la liberación de los precios internacionales. El proyecto contaba con el beneplácito y el apoyo financiero de las secretarías de Estado vinculadas al agro. Si bien Araujo enfrentó menos resistencias internas, su proyecto transformador tampoco prosperó demasiado. El campo fue la gran víctima de la globalización. Los campesinos, demasiado preocupados por la sobrevivencia, ni siquiera se preocuparon por la decadencia de su corporación.

Carlos Salinas de Gortari, quien había elegido a Zapata como su héroe, aprovechó su discurso de toma de posesión para anunciar un nuevo ideario campesinista:

> Con nuevas prácticas podemos actualizar las relaciones entre el Estado y los campesinos, desterrar el paternalismo protegiendo a los más débiles y dándoles amparo y defensa; convoco a reconocer los hechos y la probada capacidad de los hombres del campo para organizarse y ser conductores de su propio destino. Seré promotor del nuevo modo de vida.

En nombre de la lucha contra el paternalismo**,** Salinas retomó los argumentos liberales contra el tutelaje que impide el pleno desarrollo de las potencialidades del individuo. Llegó la hora de *asumir la mayoría de edad*, propone a unos campesinos, que de *hijos predilectos del sistema* se transformaron en las *víctimas de una protección* que no les dejó crecer. Salinas agrarista, Salinas-Zapata, enarboló una nueva bandera *la hora de la libertad.* Para Krauze (1997b:422), uno de los ideólogos del salinismo: "El sentido genuinamente liberal de esta reforma implicaba una voluntad de manumir al campesino y convertirlo en mayor de edad". Con un discurso que quitaba la tierra pero prometía la libertad, logró captar adhesiones del Movimiento Campesino

Independiente que desde los años setenta se enfrentaba con la CNC y propugnaba por la organización económica independiente. El discurso independentista no logró impactar al interior de la burocratizada Confederación, preocupada solo por el acceso a las cuotas y a los puestos con que el sistema la consentía.

Buena parte de las organizaciones campesinas independientes, con sus asesores intelectuales provenientes de la corriente campesinista de los años setenta, habían renunciado a la demanda por la tierra en pro de la organización de los productores. En su diagnóstico incluían a los acaparadores y caciques rurales, apoyados en las estructuras de poder corporativo, como el principal obstáculo para el desarrollo campesino. La consigna libertaria enarbolada por Salinas y su grupo tuvo eco en esta organización. Armando Bartra, en un artículo periodístico donde reseña la ultima reunión, antes de la toma de protesta de Carlos Salinas, del Movimiento Campesino Independiente, destaca la presencia de asesores que poco tiempo después se incorporarían en funciones destacadas de la administración pública nacional.[245]

Donde aparentemente el cambio prosperó de manera rápida y eficiente fue en la Confederación Nacional de Organizaciones Populares, en adelante llamado UNO, nombre elegido para identificar a *los ciudadanos en movimiento*. Silvia Hernández, flamante líder del novel movimiento, incorporó un nuevo sujeto protagónico, las Organizaciones no Gubernamentales y como contenido las llamadas *causas ciudadanas*. El acercamiento con la sociedad civil, por definición no gubernamental y a veces antigubernamental, en un primer momento sólo obtuvo respuesta de parte de las organizaciones de carácter asistencial en el ámbito de discapacitados. El tema de las ONGs se transformaría posteriormente en política de estado. El tema generaba reacciones urticantes entre la vieja clase política, que consideraba al protagonismo de la llamada Sociedad Civil como parte de una estrategia para acabar con los partidos políticos.

[245] Bartra (1985), sin mencionar nombres, alude a un futuro subsecretario (Gustavo Gordillo), un futuro dirigente nacional (Hugo Andrés Araujo) y el director de un instituto, y posteriormente secretario de Estado (Arturo Warman).

El sector popular sería posteriormente el escenario idóneo para un nuevo experimento, la *estructura territorial,* destinado a sustituir la estructura de comités distritales y seccionales del PRI. El aparente éxito de la estrategia participativa impulsada por el Programa Nacional de Solidaridad proporcionó el modelo y supuestamente los cuadros para la nueva estructura territorial. La ciudadanización del partido, a largo plazo pretendía la sustituir la organización partidista corporativa basada en la adscripción laboral, por la barrial. El lugar donde se vive sería el espacio para la participación política y social y el sujeto del programa organizativo más ambicioso del sexenio: el Programa Nacional de Solidaridad. La estructura territorial pretendió cooptar e integrar al PRI a la estructura solidaria, 250 mil Comités de Solidaridad, en palabras de Salinas.[246]

Paralelamente al ataque a las organizaciones corporativas se produjo el de la maquinaria electoral, donde se intentó minimizar el poder de los mapaches electorales, tradicionalmente encargados de la manipulación de resultados de casillas y sustituirlo por la ingeniería electoral y sobre todo por una nueva modalidad de la centralización omnímoda del poder: las *concertacesiones*.[247] Con las *concertacesiones* la democracia *a la Salinas* logró abrir espacios a la oposición potable, el PAN, evitando la vía electoral, sustituida por la negociación directa con el titular del ejecutivo. El estilo personal, diría Cosío Villegas, llegó a extremos que superaron todos los precedentes. Más de la mitad de los gobernadores fueron designados por el presidente, en vez de ser electos. Hasta el *panista* Carlos Medina, en Guanajuato, fue beneficiario del dedo *salinista*. Desde la oficina presidencial se decidía con cuánto margen se ganaba y con cuánto se perdía una elección estatal y hasta municipal, casi nada escapaba a su decisión personal.

[246] Los directivos de Solidaridad reconocían la existencia de 150 mil comités de Solidaridad, de los cuales sólo el 40%, se encontraban bien constituidos y no simulados.

[247] La palabra *concertacesión* fue acuñada por la prensa, resaltando la sumatoria de los conceptos de cesión, de ceder, y concertación, de concertar.

El proyecto de transformación del partido corporativo en un partido *moderno*, de ciudadanos, no logró cuajar porque enfrentó resistencias internas. La vieja clase política no estaba tan acabada, ni tan falta de cohesión, como soñara Camacho. A los nuevos tecnócratas les faltaron cuadros (el grupo compacto era demasiado compacto) y mañas, pero logró desarticular la maquinaria existente. En palabras de un priísta histórico,[248] Salinas les dejó un montón de agujeros en la red, difíciles de volver a anudar:

> La descomposición del partido oficial no solamente afectará su disciplina interna, sino que, además, mermará su ya devaluada capacidad de control político sobre la sociedad. Las estructuras corporativas, que antes conducían con cierta eficacia, a una parte importante de la ciudadanía, hasta las urnas para apoyar al partido tricolor, perderán aceleradamente esa función (Valdés, 1988:11).

El texto premonitorio de Valdés anticipaba desde 1988 la política de los *renos* por destruir al PRI. Los actos atentatorios contra la estructura tradicional del partido no fueron interpretados de la misma manera por sus militantes, ya fueran iniciados, oficiantes o creyentes. Los actos desestructurantes no son siempre evidentes y la mayoría de los creyentes los perciben en los rituales y no en las teologías. Los miembros de las corporaciones alzaron su voz cuando descubrieron que ya no eran los interlocutores privilegiados y la carta de presentación como CNC, o como miembro del partido, ya no abría puertas como antes. Los políticos de oficio al constatar que la postulación no suponía el pase automático al cargo de elección popular. El pueblo se dio cuenta cuando se acusó a los miembros del partido de matarse entre sí. La mayoría de la población aun no comprende la existencia de dos PRI, el de los que creen, los que tienen fe en la Revolución Institucionalizada y los que llegaron al poder por su intermedio, pero carentes de fe. Carlos Ramírez, al acusar a su tocayo

[248] Hugo Castro Aranda (comunicación personal, 1993).

cómo el principal responsable de la debacle priísta lo sintetizaba así:

> En su ambición personal por perpetuarse en el poder, Salinas deshizo al PRI: le modificó su estructura interna y le quitó su fuerza, le cambió su ideología histórica, modificó los artículos constitucionales que dieron origen y existencia al partido y definió un nuevo proyecto de gobierno más cercano al PAN que al PRI (Ramírez, *El Financiero*, 30-1-95).

MÉXICO GLOBAL

El programa económico como eje articulaba del proceso de transformación, si bien no mostraba fracturas con el del sexenio anterior era, sin duda más descarado. Nadie podía autoengañarse, Salinas mentía con la verdad. La mayoría de sus intenciones fueron previsibles desde la formulación de su programa de gobierno, cuando

> Abandonan las referencias recurrentes al paradigma revolucionario, de nacionalismo y justicia social, para colocar en el lugar central valores como la modernización, el crecimiento económico, la eficiencia y la desregulación (Unidad de Análisis y Prospectiva de *El Financiero*, 1993:16).

Asimismo, sin pretender esconder las intenciones ni velar los contenidos, en un intento simulatorio de la permanencia de la lejanía entre el gobierno revolucionario y la iniciativa privada, se anuncia como objetivo central del proceso modernizador el repliegue del Estado en la gestión económica y la creciente participación del capital privado en la prestación de servicios públicos:

> Postula cambios estructurales, vale decir, el de la privatización creciente de todas las actividades productivas y el ascenso de la derecha en la política y en la administración pública. El grupo tecnocrático-burgués considera que el eje del desarrollo nacional debe ser la economía de libre mercado en donde el estado apa-

> rezca como simple regulador de las actividades productivas (Ramírez Cuéllar, 1988:5).

La alternativa confiaba en la privatización, pero sobre todo en la globalización. La firma del Tratado de Libre Comercio como meta, se presentaba como el gran logro sexenal, al que habría de sacrificarse inclusive la seguridad nacional. La globalización aparecía como el nuevo modelo civilizatorio, que a juicio de algunos acabaría con los grandes males nacionales que incluían la apatía de los trabajadores, la ineficiencia de la burocracia, y la corrupción como lubricante del sistema, sustituidas por la productividad, la eficiencia y la modernidad. Para otros significaba el triunfo de un sistema excluyente:

> Los antiguos modos formales de la autoridad y la subordinación, se verterán en las jerarquías recónditas del mercado. Desbaratada empíricamente la hegemonía mediante la competencia, ésta permite con todo reafirmar la hegemonía propia de los sectores dominantes al interior de cada país. Empresarialmente, las cúpulas industriales, financieras y comerciales pueden invocar el decálogo de la globalización decretando la civilización, y la consecuente represión, de la fuerza laboral, la eliminación del lujo de las huelgas, bajo condiciones de competencia global y la supresión del alboroto social que disuada la inversión (Orozco, 1994:40).

No en vano la insurrección *zapatista* eligió simbólicamente el día de la firma del Tratado de Libre Comercio para su alzamiento. En Chiapas, los catequistas de la diócesis, auguraban la desaparición de los indios como consecuencia del TLC. El diagnóstico, un poco exagerado, representaba una lectura catastrofista del carácter excluyente del modelo. El campo para ser productivo no requiere más que el 7% de la población económicamente activa, en todo caso no debe sobrepasar el 14%, sostenían los promotores de la privatización del campo.[249] ¿Qué hacer con el resto de los campesinos, si la industria no tiene capacidad para absorber su fuerza de trabajo? era la pregunta que flotaba en el

[249] Carlos Aguilar (comunicación personal, 1992).

ambiente, ¿una guerra con Guatemala? Dos años después la guerra estalló.

La lectura catastrofista del TLC tiene como referencia las características del modelo: excluyente y concentrador. La incapacidad para medir las consecuencias del tratado, poco claras, si uno se atenía a la lectura de los documentos protocolares, generó la necesidad de lecturas simbólicas. Desde el punto de vista de las representaciones resultaba meridianamente clara la alteración del orden revolucionario. Si el mito de la Revolución había excluido a los catrines, a los extranjeros, a la Iglesia, la firma del TLC volvía a invertir los términos, el excluido sería el pueblo. El TLC fue visualizado en el imaginario colectivo como la asociación del gobierno con el archienemigo de México, con los malos de la película; los EE.UU. Implica la ruptura con la *distancia necesaria*.[250] No en vano circuló profusamente, e incluso fue publicado por un periódico, el comentario atribuido a un político norteamericano de principios de siglo donde recomendaba, como método para colonizar a México, educar en las universidades norteamericanas a jóvenes y prepararlos para tomar el poder. La versión norteamericana del *indirect rule*[251] aparece como realidad temida con la llegada de este grupo al poder. El TLC suponía la perdida de la soberanía junto con el abandono del nacionalismo revolucionario.

Pero el *putchismo* necesita consenso, el consenso de la sociedad civil. El grupo tecnocrático buscó la comprensión de la Iglesia, pensando incidían sobre sus fieles, pero equivocó el rumbo al creerla un cuerpo homogéneo representado por el nuncio; negoció con el PAN cercano a la parte liberal de su ideología. Pero ninguna de estas fuerzas le acercaban a las masas, las únicas garantes de un auténtico consenso. Salinas como Jano con una mirada en el pasado y otra en el porvenir, sería neoliberal en la política económica y populista en lo social. Para el contacto con

[250] Krauze (1997b:427) señala, en relación con la firma del TLC, que "Infringía el onceavo mandamiento mexicano: *No confiarás en norteamericano alguno*."

[251] La política del *Indirect rule* fue aplicada por los ingleses en sus colonias, con posterioridad a la primera guerra mundial (Leclerc, 1979).

las masas sus asesores diseñaron el programa de participación social más avanzado en todo el tercer mundo: Solidaridad.

Solidaridad: el intento de una nueva fe

Las medidas atentatorias contra la Revolución como símbolo habían posibilitado su incautación por la oposición. Salinas decide o intuye la necesidad de crear una nueva mística, la mística de Solidaridad. Carlos Salinas de Gortari llegó al gobierno bajo la sombra de la ilegitimidad y, por tanto, limitado su acceso al poder. En vez de intentar competir por un discurso en el que no creía, él prefirió optar por transformar la desacralización en una nueva sacralización centrada en su persona. En vez de hierofante eligió la senda del iluminado, del fundador de una nueva religión. Salinas optó por el cisma con la bandera de la Solidaridad y los conceptos del neoliberalismo, no en vano el héroe de su panteón fue Madero, el precursor. Tal vez se olvidó que también fue el inmolado.[252]

Requería de un ejército, una mística, un ideario. El ideario de los principios de Solidaridad y el ejército formado por la izquierda socialista, aquella que en su juventud había rechazado la vía electoral y optado, al igual que él,[253] por la opción de masas o por la guerrilla. Indudablemente influenciado por las ideas en

[252] A partir de la adopción de Madero, como émulo por parte de Salinas, su imagen comienza a ser revalorizada. Sergio Sarmiento, sospechoso por sus vínculos con el *salinismo*, sostiene: "Es demasiado fácil ver a Madero como un perdedor, como un simple mártir de la democracia que nunca pudo establecerse en el país. Pero quizás estemos equivocados. Es cierto que Madero se adelantó a su tiempo, pero su mensaje adquiere nueva relevancia el día de hoy" (Sarmiento, 1994:71).

[253] Hugo Andrés Araujo y Gustavo Gordillo fueron sus condiscípulos en la universidad, según La Unidad de Análisis y Prospectiva de *El Financiero* (1993:6). La militancia de izquierda de Carlos Salinas no está confirmada, pero sí la de su hermano Raúl, que en Monterrey estuvo vinculado con el movimiento de origen maoísta, política popular y que impulsara en Batopilas una intensa movilización social.

torno a la movilización de masas, Salinas en su tesis doctoral reconoce que

> Ha sido confirmado por varios estudios que mientras mayor es la participación de los campesinos en los programas de desarrollo rural, se incrementa la producción y en algunos casos se mejora la distribución del ingreso ya que los participantes obtienen un doble beneficio (Salinas de Gortari, 1982:327).

La participación sería su lema, su ejército unos ya no tan jóvenes pero aún entusiastas de la organización comunitaria, la participación social y la autosugestión, a quienes ganó con la oportunidad de experimentar una democracia más allá de la representativa y la posibilidad de ejercer el poder de decisión. Con los recursos del erario público en sus manos y la protección presidencial los militantes de izquierda incorporados como promotores al programa podían abocarse, como siempre habían deseado, a organizar a las masas; su fin: la destrucción del PRI-Gobierno y la construcción de un nuevo partido de masas, el de Solidaridad. Los dirigentes populares, asesores de organizaciones campesinas, ex guerrilleros, que se integran al programa Nacional de Solidaridad, hasta ese momento habían promovido la organización social desde la clandestinidad o el disimulo, siempre al margen, en la clandestinidad o perseguidos por los representantes de la Revolución Institucionalizada. Ahora la relación se invertía, ellos, los antes proscritos, contaban con el aval del ejecutivo federal para trastocar las formas y los contenidos, mientras que los oficiantes de los rituales de la continuidad, los priístas, pasarían a ocupar a partir de ese momento el papel de los marginados del poder. Se trataba de una revolución desde arriba. "La rebelión se concibe como un proceso que afecta de un modo constante a las relaciones políticas mientras que lo ritual [...] se contempla como un medio para expresar los conflictos y superarlos, afirmando la unidad de la sociedad", propone Balandier (1976:22). En este caso la rebelión que "afecta las relaciones políticas", se promueve desde las instituciones mientras que el "ritual que intenta expresar y controlar el conflicto" pasa a la clandestinidad. Se trataba de una inversión, la sustitución de contrarios.

En adelante y durante todo un sexenio los priístas verían declinar la importancia de su adscripción y deberían disimular, pretendiendo adecuarse a las formas participativas, para conservar pequeñas dosis de control sobre grupos y organizaciones.

Solidaridad tenía un principio: la participación consciente y organizada de la población. En función de su estímulo se desarrolla una metodología, la *planeación participativa*. En cada comunidad o grupo se partía de la reflexión colectiva en torno a las necesidades comunes, el método incluye establecer un orden de prioridades para que la comunidad defina sus propios proyectos. La metodología no era nueva, retomaba desarrollos teóricos como los de la educación para la libertad de Paulo Freyre[254] y experiencias institucionales del Instituto Nacional Indigenista,[255] INCA-FAO,[256] y Conasupo,[257] donde muchos de los dirigentes de Solidaridad habían trabajado. La gran diferencia de Solidaridad, con respecto a sus antecedentes radicó en contar adicionalmente con un instrumento financiero. El llamado ramo XXVI constituía el único de los fondos gubernamentales que podía ser transferido a la sociedad y ser administrado en forma directa por la comunidad.[258] La organización y participación de la gente en los comités de Solidaridad contaba con un incentivo muy atractivo, más allá de la conciencia, el dinero. Los militantes de izquierda que antes debían apelar a la conciencia social contaban ahora, como promotores, con un arma fabulosa de convoca-

[254] Freyre (1975).

[255] El Instituto Nacional Indigenista, en el período 1977-81, había promovido varias experiencias participativas como parte del llamado indigenismo de participación.

[256] El Instituto de Capacitación Agraria, con el patrocinio de la FAO, utilizó y perfeccionó el método de la Planeación Participativa.

[257] En la Conasupo (Comisión Nacional de Subsistencias Populares), donde Raúl Salinas ocupaba una importante posición, se retomaron estas experiencias para promover los Consejos de Abasto, como instancia para la planeación y la participación comunitaria.

[258] Todos los rubros del presupuesto deben ser ejercidos por la propia administración pública o transferidos por licitación pública a empresas registradas en un padrón. La transferencia de recursos a la sociedad para su administración estuvo siempre limitada por las normas de ejercicio del gasto.

toria. Los comités recibían directamente el recurso económico, lo administraban, compraban los materiales, pagaban la mano de obra, y rendían cuentas, al finalizar el proyecto. Mediante este sistema se realizaron miles de obras con un mínimo costo, pues las comunidades lograron ahorros sustantivos en el ejercicio y multiplicaron las metas. Simultáneamente se limitó la desviación de recursos, léase corrupción de los funcionarios y la intermediación de gestores. El ejercicio directo de recursos al minimizar la importancia de los gestores y la posibilidad de la desviación de los recursos, afectó muchos intereses.

Para propiciar esta organización comunitaria Solidaridad contaba con un ejército de mas de doscientos promotores, altamente capacitados en las técnicas de planeación participativa, en el manejo de asambleas y en la promoción social, todos provenientes de la izquierda. Concentrados nacionalmente en la Dirección General de Organización Social, tenían distribuido el país bajo una estructura de control con enlaces estatales regionales y por zonas (norte, centro y sur). Los enlaces de la Dirección General de Organización Social, además de promover la organización, ejercían una labor de información política hacia el centro. Sus contactos con organizaciones sociales y comunitarias permitían el tejido de una amplia red de información y la captura de información de campo, más fidedigna que la periodística. La militancia previa de los enlaces estatales y regionales permitía obviar el factor descalificatorio de su presente adscripción institucional y gubernamental.

La labor organizativa de Solidaridad enfrentó dos tipos de resistencias, de parte de las organizaciones independientes, por el carácter gubernamental del programa y su inmediata asociación al PRI. Sin embargo el rechazo más rotundo provino de las fuerzas institucionales (autoridades locales y organizaciones corporativas) por considerar que el programa lesionaba sus intereses y constituía una intromisión a sus facultades. El rechazo era mutuo. Los agentes de Solidaridad consideraban su misión moral la lucha contra el corporativismo y los cacicazgos y al PRI y los priístas como sus enemigos fundamentales.

Resultado de esta desconfianza primordial los logros de su labor organizadora fueron heterogéneos. No se trataba de un

problema de capacidad del grupo de promotores sino de las resistencias políticas que enfrentaron. En los estados y municipios donde el control político tradicional era férreo y compacto los promotores de Solidaridad nunca pudieron entrar. Como la constitución de un comité constituía una condición necesaria, impuesta por el manual de operación, para la liberación de los recursos del ramo XXVI, los caciques tradicionales al amparo de sus jefes políticos simularon la existencia comités con sus organizaciones afines o con sus amigos, lograron de esta manera *darle la vuelta* a la normatividad y evitar la intromisión de los agentes de Solidaridad en el territorio bajo su control.

Solidaridad, frente a la existencia de modelos clientelares y corporativos, intentó un modelo sustitutivo. Pretendió generar nuevos interlocutores sociales, más participativos, con los cuales sustituir a los anteriores. La situación se dificulto ante la permanencia de los antiguos lideres que no se mostraron tan dispuestos a desaparecer, e idearon la forma de aprovechar los recursos, menos controlados del ramo XXVI, a su manera. Una serie de trampas se desarrollaron en el ámbito local, como la entrega del dinero por ministraciones, las compras consolidadas o la firma de actas de cesión, donde la comunidad cedía al ayuntamiento la administración de sus recursos al reconocerse incapacitados para administrarlos.

Las organizaciones constituidas por Solidaridad se manifestaron efímeras. La convocatoria generada a partir de un recurso a administrar se agotaba junto con el recurso. La gente se organizaba en torno a una obra y una vez concluida la organización desaparecía. La planeación participativa y el manejo de fondos no lograba consolidar organizaciones sociales con fines que rebasaran la inmediatez de una obra. Los Comités de Solidaridad no lograron conformarse como interlocutores sociales y menos aun políticos. Por otra parte, al excluir a las organizaciones preexistentes, tanto partidistas como de la sociedad civil, sobre toda aquellas sospechosas de tener vinculaciones con el PRI, Solidaridad logró granjearse muchos enemigos.

Pero sobre todo Solidaridad fue la vía para la entronización de la imagen presidencial. Con Solidaridad el presidente recuperó el atributo del *don* y lo concentró en su persona. Todas las

obras de la administración pública, en sus tres niveles, serían producto de su concesión personal en vez de un logro revolucionario. Instauró la *Nueva manera de hacer las cosas*, eslogan generalizado de la nueva administración y generó un verdadero cúmulo de lealtades personalizadas, centradas en su persona, los fieles del nuevo culto a los que dotaría de una nueva doctrina: *el liberalismo social*.

Solidaridad concentró todo el poder del *don* en el presidente, cada puente, cada beca, cada proyecto fue una graciosa dádiva presidencial, eso sí, a petición democrática de la población. En sus innumerables giras por el interior del país Salinas recogía las peticiones y las transformaba en acciones. Donde el presidente no llegaba los miembros de su ejército lo hacían, convocando a asamblea que de *manera participativa* y por *acuerdo consensuado* definía las demandas traducidas en obras del Programa Nacional de Solidaridad.

Salinas centralizó todas las potencialidades del ejercicio del poder en su persona, anuló, con su programa, las facultades de otras dependencias y suprimió el orden de la jerarquía y las facultades de delegación. Las *malas lenguas* dirían que Solidaridad era el embrión del nuevo partido que encabezaría Salinas al salir de la presidencia. Tan seguro estaba el presidente de la popularidad obtenida a través de Solidaridad, que en pleno conflicto chiapaneco declara que cuando se quiera criticar a Solidaridad:

> Hay que salir a las calles a preguntarle a la gente. Es la voz popular la que va a hacer el balance de Solidaridad, será la voz del pueblo la que definirá lo que quiere de Solidaridad [...] Solidaridad es el producto de la organización de la gente (*apud El Financiero*: 11-02-94).

Un año después, cuando se ventilaban públicamente algunas de las atrocidades del régimen, las *bases solidarias*, sobre todo las mujeres de los Comités de Solidaridad, entraban en verdaderas crisis al borde del llanto de pensar que habían sido engañadas.

Si en los años ochenta, al cerrar el austero Miguel de la Madrid los espacios de interlocución y mediación, se había provocado el ascenso de los movimientos independientes, agrupados en

1988 en el Frente Nacional de Organizaciones de Masas que aglutinó a más de ciento cincuenta agrupaciones sindicales, campesinas, estudiantiles y populares (González, 1983:50), en los noventa, estas mismas organizaciones se atomizaron ante una multiplicación de instancias de concertación, financiamiento y negociación de cuotas de poder, impulsadas por el *salinismo*. Dos de sus colaboradores destacarían en esta apertura hacia los movimientos independientes, muchos de ellos con el signo de la oposición Camacho y Colosio. Ambos habrían de llegar a ser los principales contendientes para la siguiente sucesión. Las ofertas del *salinismo* para las organizaciones independientes no difirieron demasiado de los tradicionales métodos priístas: puestos y dinero. El financiamiento a proyectos fue la forma privilegiada para mantenerlos como interlocutores sedosos y ocupados en la administración de recursos. Las otrora combativas organizaciones independientes, avalaron en la práctica al nuevo modelo de desarrollo.

El lenguaje moderno, los métodos participativos, pero sobre todo los ataques del *salinismo* a los métodos tradicionales del PRI, le captaron simpatías entre los medios intelectuales. Reclutó, como siempre hacen los liberales, a buena parte de la intelectualidad mexicana. Pero sobre todo Salinas fue un gran ilusionista. La conclusión de la crisis, el ingreso al concierto de las naciones desarrolladas,[259] el inicio de una nueva era, aparecían como una realidad. Desde las alturas la caída fue más brutal:

> Chiapas nos cambió de un golpe la conciencia falsa, que de nuestro adelanto nos habíamos hecho al allegarnos con timidez y entre pompas de colores a las modernidades del Tío Sam y canadienses, por la conciencia real de nuestro tercermundismo, que no sólo centroamericano, atrasado, mendigante en ocasiones de utopías o fortunas extrañas, aunque ilusionado a más y mejor (Labastida, 1994:5).

[259] México ingresó durante la administración *salinista* a la OCDE. Integrada sólo por países desarrollados.

VIII. LA VIOLENCIA

El primero de enero de 1994 México amaneció en guerra. La violencia, como signo de la disolución del pacto social, del orden cultural y del ritual, originados en la Revolución Mexicana, se hicieron evidentes a la luz pública en 1994 con la insurrección *zapatista* en Chiapas. Fue precedido por una ola de asesinatos notorios: el del candidato a la presidencia de la República por el Partido Revolucionario Institucional, Luis Donaldo Colosio Murrieta, el de otra importante pieza en el ajedrez político y ex cuñado del entonces presidente, José Francisco Ruiz Massieu y una serie de atentados que conmovieron a la propia capital del país. A estos crímenes notorios le anteceden los ciento treinta y seis muertos contabilizados por el PRD de 1988 a 1992 (PRD, 1992), la misteriosa muerte del cardenal Posadas[260] y el aparente suicidio de Jesús Rubiell Lozano, director general de Concertación Social y operador político del Programa Nacional de Solidaridad al día siguiente del destape de Colosio —el 29 de noviembre de 1993—. La violencia se había desatado.

Independientemente de la posible búsqueda de culpables, para encontrar los autores materiales o intelectuales de los crímenes, por la magnitud de los acontecimientos, resultaba evidente, que la violencia obedecía a motivos de orden más profundo.

[260] Para un análisis de la muerte del cardenal Posadas, véase González (1995).

"Decimos frecuentemente que la violencia es *irracional*, sin embargo, no carece de razones" (Girard, 1983:10). La violencia generalizada suele ser expresiva de una crisis ritual. No era la primera vez, en la historia de México, que la violencia se desataba. La "eliminación implacable, sistemática, solapada de los opositores al régimen, ha sido una práctica común en nuestra vida política" (*Proceso,* 1988). Muchos años de aparente estabilidad y paz social brindaban la impresión de que el México bronco seguía dormido. Sobre todo una de estas muertes habría de impactar a todos los mexicanos y a la imagen exterior de un país que durante seis años, coqueteaba con la modernidad y la posibilidad del ingreso al club de los países desarrollados, el asesinato de Luis Donaldo Colosio:

> Antes de que llegara la Semana Santa se cumplieron los ritos: la anunciación, la consagración, la crucifixión y muerte y la resurrección. Apenas el domingo 28 de noviembre había sido señalado Luis Donaldo Colosio como el elegido. El mismo miércoles 23 de marzo —sólo unos minutos antes de su muerte— la gente del pueblo lo había recibido con palmas y Hosannas (Grupo Consultor Interdisciplinario, 1994:3).

Las razones de la violencia y por cierto, muy buenas, se encontraban atrás en el proceso cismático iniciado por Carlos Salinas y el grupo compacto orientado a la sustitución del modelo del Nacionalismo Revolucionario por el del liberalismo social. Camp, minucioso analista del sistema político mexicano lo intuye y ante la imposibilidad de consignarlo en un texto de análisis político, tal vez por la falta de datos, tan valorados para juzgar la pertinencia de un análisis científico, lo narra en una novela. El argumento ubica a un grupo de compañeros universitarios, bastante radicales, que decide incorporarse al PRI para destruirlo desde dentro. La trama sigue una serie de asesinatos misteriosos, orientados a esconder las intenciones del grupo. Otra novela, de Loret de Mola (1991), anticipa la muerte del candidato.

El plan para la sustitución del PRI desde el PRI se adjudica a Manuel Camacho Solís.[261] En su esquema, el empirismo polí-

[261] Véase el capítulo VII.

tico predominante entre la clase gobernante del país se encontraba rebasado. Se requería elaborar un nuevo proyecto social con posiciones teóricas y estrategias diferentes plenamente articuladas. "¿Cómo construir el poder político indispensable para orientar de manera consiente el desarrollo de la sociedad?", pregunta Camacho. En su opinión se necesita un aumento del poder establecido pues "los profetas desarmados, pierden, los dirigentes deben tener objetivos claros para librar las energías creativas de la sociedad y acabar con los feudos políticos" (Camacho, 1974). Entre los feudos políticos menciona a la aristocracia obrera, al núcleo financiero, industrial y comercial regional y los medios de comunicación. Según Camacho un nuevo grupo tendría que tomar el poder. Propone como recetas: una mayor cohesión de la clase gobernante, un grupo dirigente con fuerte cohesión interna y la formación: 1) en torno a un candidato presidencial, 2) de un grupo integrado en función de las necesidades del siguiente ascenso burocrático o político. El grupo compacto recorrería a los dos caminos. En la campaña de Miguel de la Madrid habían constituido el grupo en torno a un candidato que les permitió posicionarse para el siguiente ascenso político. En su visión, "el sistema político mexicano registraba un nudo histórico que posibilitaba la sustitución de la clase política y la alteración de las alianzas sociales básicas en el seno del estado" (Camacho, 1974:34). En torno a esta hipótesis un grupo de jóvenes ilustrados constituye una elite, un grupo cohesionado y se planteó una estrategia para la toma del poder.

La guerra había sido declarada, no consistía como en otras sucesiones de un relevo generacional, el desplazamiento de un grupo y su sustitución por otro. En este caso se pretendía sustituir la fe, los principios *y los* rituales. ¿Cuál fue el error de los nuevos científicos? Camacho identificó un desgaste del modelo y en función de ese diagnóstico calcularon que la sustitución desde la cúpula podía resultar sencilla. En realidad subestimaron la fortaleza de una fe, la capacidad articulatoria de los rituales, la cohesión de la estructura jerárquica y de los vínculos personales.

A pesar de haber logrado apoderarse, desde la cúpula, de la estructura partidaria, de la del gobierno y el control del Estado,

el nuevo grupo no podía hacerse de todos los hilos. No pudo lograr un "aumento del poder establecido". El barco comenzaba a hacer agua por dos agujeros. Por un lado la constante emigración de militantes priístas, que en el esquema de Camacho carecían de ideología y sin embargo se mostraban capaces de abandonar el PRI para sumarse a un partido antiPRI cuando éste enarboló los principios del nacionalismo revolucionario. Su error fue confundir fe con partido, sin darse cuenta que el partido puede cambiar de nombre, de bandera, pero no de fe. Por otro lado las resistencias de las órdenes más consolidadas, sobre todo las que el propio Camacho identificara en 1974 como las más importantes: la organización obrera y los grupos regionales.

El público lego y los propios militantes priístas, no lograban entender qué estaba sucediendo al ver a los priístas matándose entre sí, mientras otros abandonaban el barco para sumarse al partido que manifestaba como aspiración la destrucción del PRI, al tiempo que un grupo de izquierda incautaba los planteamientos de la Revolución. El desconcierto del auditorio no fue generalizado. Los priístas históricos, los oficiantes del viejo culto, entendieron perfectamente la contradicción y prepararon para *resistir y* luchar. Don Fernando Gutiérrez Barrios, cabeza visible del priísmo histórico, veladamente, sin señalar culpables, explicitó el desafío:

> Creo que uno de los principales retos del PRI es en primer lugar, el de la reafirmación doctrinal. Percibo que en los últimos años ha habido una desorientación en ese sentido, a través de lo que se llamó liberalismo social [...] Resulta necesario reestructurar los principios fundamentales del partido, cuyo origen reside en la Revolución Mexicana y en la Constitución de 1917 y que son propiamente los principios del México contemporáneo: Libertad, justicia social, soberanía, democracia y como síntesis, el nacionalismo revolucionario. Un regreso a lo que fue esa doctrina, que unificaba a la mayoría de las fuerzas sociales del país y que, además, los sectores más modestos la entendían con facilidad, ya que es parte de su propia historia (Gutiérrez Barrios, *apud* Ortega, 1995:34).

Una vez fuera del partido que intentó destruir, Camacho admitirá sin disimulo sus verdaderas intenciones.[262] En las Jornadas por la Democracia organizadas por el grupo San Ángel, convoca a constituir una alianza a todas las fuerzas opositoras, para acabar con el PRI. El proyecto, al que aun aspira, sigue vigente en la arena política de la sucesión del 2000, a través de la convocatoria de Fox al PRD, para sumarse a su candidatura, que fuera el corolario de la conferencia mencionada.

Además del odio antiPRI como factor aglutinante y su afán *institucida*, el grupo compacto representaba una ideología, un proyecto cultural: el de la clase blanca, instruida que como dice Gutiérrez Barrios "aspira a la modernidad", a poder demostrar al mundo que México tiene otra cara, que puede codearse y hablar de tú a tú con las democracias occidentales. Otra vez el viejo conflicto entre las dos herencias, en esta ocasión no contenido por la oscilación del péndulo sexenal que se desborda y provoca el enfrentamiento.

En un intento por formular un sistema clasificatorio, Rubén Mendoza Ayala (1995:36), propone indicadores para diferenciar a la *tecnoburocracia, de los políticos*. Parafraseando a Balandier, opone a "los del orden y el desorden". Los conceptos elegidos resultan sugerentes, pues hacen referencia a los factores constitutivos del orden social y al restablecimiento del orden. Con los elementos contrastantes mencionados por el articulista se puede construir el cuadro 13 (página siguiente).

Los del orden se identifican con el ritual, con las representaciones colectivas derivadas del mito de la Revolución Mexicana. Los del desorden con lo ajeno, representan a los excluidos por el mito. Aunque nacidos en México pueden ser considerados extranjeros, permanecen fuera y cuando intentan introducirse lo hacen de manera negativa, destructiva del orden cultural. Las consecuencias de la aparición en la arena política de este nuevo grupo, según Mendoza Ayala, se encuentran a la vista: "concertacesiones, autoridad sin legitimidad, Iglesia haciendo de las suyas; los campesinos en la pobreza extrema o en la guerrilla" (*ibid.*).

[262] Conferencia sustentada en las Jornadas por la Democracia, en el Poliforum Siqueiros, primavera de 1996, México.

Cuadro 13. Características que diferencian
a la tecnoburocracia de los políticos

Los del orden	**Los del desorden**
Formación política	Estudios en el extranjero
Origen social	Grupo oligárquico: piensan y hablan en inglés
Principios nacionales	Consideran al PRI un partido insano, corrupto
Sensibilidad social	Desconocen la historia patria
Existencia de una doctrina	Expertos en esquemas financieros
Desarrollo a largo plazo	Enriquecimiento a corto plazo
Crecimiento del 5 o 6 % anual	Crecimiento del 1 al 3% anual
Ascenso generalizado del nivel de vida	Disminución del nivel de vida
Atención a sociedad	Atención a banqueros (olvido del pueblo)
Defensa de la soberanía	Se privilegia lo extranjero
Patrimonio nacional	Venden las paraestatales
Estado de derecho, fundado en la constitución	Modifican la constitución y el proyecto revolucionario
Conflictos dirimidos civilizadamente	Asesinatos
Rotación constante de elites	Concentración de elite
Formación de políticos en el PRI	Políticos desplazados por personas formadas en el extranjero

¿Quién mató a Colosio?

En una de las anteriores crisis institucionales, que también desembocó en crisis ritual, se enfrentaron tres generales revolucionarios, los tres del mismo grupo y amigos. Obregón, Gómez y Serrano: “Tres candidatos generales. Tres muertos antes de llegar al poder. La amistad, la proximidad, exacerbó las pasiones […] el afecto de ayer redobla el odio de hoy. Obregón se siente traicionado por Serrano y Serrano por Obregón” (Pacheco, *apud Proceso*, 1988:18). Como en un drama clásico, todos acaban muertos. En este final de siglo y de milenio, el drama también tiene

como protagonistas a tres amigos, tres integrantes del grupo compacto, los tres educados en escuelas extranjeras: Salinas, Colosio y Camacho; y los tres en cierto sentido están muertos[263]. La misma bala que mató a Colosio mató a Camacho, dicen sus partidarios, otros dicen que acabó con Salinas. La pregunta es ¿qué tan compacto era el grupo compacto?

Otras preguntas no encuentran respuesta entre ellas la autoría y la concatenación con los otros signos de violencia. Los intentos por descartar la hipótesis del complot recurren a la fragmentación atribuyendo los sucesos en actos aislados, sin conexión: El alzamiento *zapatista* al protagonismo de un líder carismático, el asesinato de Colosio a un loco aislado y el de Ruiz Massieu a un mercenario, emisario de un Salinas. Sin necesidad de recurrir a la idea de un complot, con un artífice único, se puede recurrir a la búsqueda de la causa suficiente:

> Cada vez que un testimonio oral o escrito muestra violencia directa o indirectamente colectivas nos preguntamos si ello supone, además: a) la descripción de una crisis social y cultural, o sea, de una indiferenciación generalizada —primer estereotipo—, b) crímenes *indiferenciadores* —segundo estereotipo—, c) la designación de los autores de estos crímenes como poseedores de designios de selección victimaria, unas marcas paradójicas de indiferenciación —tercer estereotipo—, c) el cuarto es la violencia (Girard, 1986:35).

El esquema de Girard pareciera construido para analizar la coyuntura de la sucesión en 1994. México estaba en crisis, una crisis mucho más profunda que la económica. Se trataba de una crisis del sistema cultural. Fueron crímenes *indiferenciadores* donde las víctimas no fueron elegidas por los crímenes que se les atribuyen sino por sus rasgos victimarios, porque reúnan las características para transformarse en chivos expiatorios y en símbolos. La violencia no carecía de razones y eran independientes y ajenas a los motivos de los autores materiales o intelectua-

[263] Arvide (1995:7) la define como "una relación enferma, sádica, perversa. Los protagonistas, Donaldo y Manuel, son simples marionetas de la voluntad imperial de su amigo Carlos".

les de los crímenes. El tipo de adhesión que provoca la fe lleva al fanatismo y a la comprensión del hereje como símbolo del mal que es necesario extirpar.

> Se enfrentaba y aún se enfrenta, una crisis social y cultural. La mayoría de los actos de gobierno de Carlos Salinas fueron lápida mortuoria de los principios de la Revolución. A la conclusión del reparto agrario le agregó como epitafio las modificaciones al artículo 27 institucional, invalidando uno de los pilares de la Revolución, el carácter imprescriptible, intransferible e inalienable de la propiedad agraria, "reforma cocinada al vapor, aprobada por mayoría en un cuerpo legislativo sumiso y que era por adecuarse a las necesidades del TLC" (García de León, 1994:6); que impuso una nueva desamortización, "un episodio más de la desamortización de los bienes ejidales que ahora deben pasar de las manos muertas de los campesinos a las manos vivas de los empresarios" (Bartra, 1993:56).

La osadía con el texto se hizo extensiva a la legalización de las relaciones con la Iglesia atentando contra el carácter laico de la Revolución, herencia de las tradiciones liberales; para culminar atacando el *mas si osare*,[264] al anular el requisito de ser hijo de mexicanos para aspirar al máximo cargo de elección popular, a presidencia de la nación. Jugó también con la idea de la reelección, causa manifiesta de la Revolución, ratificada en la rúbrica de todos los documentos públicos *Sufragio efectivo. No reelección*. La Constitución había sido muchas veces alterada, mas nunca cuestionados los artículos de fe. Las modificaciones impuestas por iniciativa presidencial invalidaban los fundamentos mismos del poder sacralizado. Salinas quiso coronar su afán reformador dotando a México de una nueva Constitución Política.

El nacionalismo revolucionario emergente de la Revolución se fundaba sobre principios puestos en entredicho por las modificaciones constitucionales. Simultáneamente, el nuevo grupo desarrollaba prácticas inéditas e inconcebibles al alterar todos

[264] El himno nacional mexicano contiene una estrofa que sintetiza los afanes nacionalistas: "*Mas si osare* un extraño enemigo profanar con sus plantas tu suelo", que se utiliza como sinónimo de nacionalismo.

los rituales y las formas de quienes habían sido indoctrinados en tal fe. Implicaba la muerte de la Revolución, por el arribo al poder de una generación sin fe en los viejos preceptos que en su afán modernizador cuestionó los principios más sagrados. La muerte de la Revolución sin la conciencia de sus partidarios.[265]

Con bastante frecuencia en los últimos tiempos los analistas políticos admiten como causa de la pérdida de la eficacia del poder la ruptura de las normas, de los rituales, sin acertar a definir el origen de los rituales perdidos ni los elementos que permiten el cuestionamiento del poder. Para alcanzar las causas últimas es preciso reconocer el fundamento sagrado de ese poder y los símbolos y rituales que a partir de esa sacralización se construyeron, para luego descubrir los elementos desacralizantes. Los atentados contra el ideario revolucionario cuestionaron, aun al margen de la conciencia de los actores, los fundamentos del orden sagrado y permitieron el resquebrajamiento de los rituales, contenedores de la violencia. Carlos Ramírez considera como parte de la crisis la ruptura de, al menos, tres reglas:

> El sistema político mexicano funcionó por tres reglas: La lealtad, la disciplina y la complicidad […] el presidente Salinas tiene que tomar pronto una gran decisión o reconstruir el sistema político mexicano y rehacer sus reglas o sacrificar a muchos priístas con tal de salvar su proyecto personal (Ramírez 1994:43).

Carlos Salinas optó por lo segundo, intentó salvar su proyecto personal. Colosio por lo primero, reconstruir el sistema político pero se adelantó. La misma bala que mató a Colosio mató también a Salinas y a Camacho. Colosio participó del proyecto del grupo compacto, fue cómplice de sus intentos por destruir al PRI. Al igual que sus compañeros, creía en la cercana muerte del partido y que "1988 había sido el inicio de un camino sin retorno. Estaba marcado el destino de la desaparición del PRI-Gobierno, no estaba prevista la posibilidad de una reforma virtuosa

[265] "Los contrincantes más fuertes y peligrosos para el sistema han sido resultado de las divisiones en la propia familia revolucionaria" (Gómez Tagle, 1994).

del PRI", según reconocen sus herederos.[266] Su posición cambiaría con el tiempo. Su experiencia como presidente del partido, el contacto cotidiano con sus militantes, provocó una mutación en sus ideas:

> Colosio asumió que su partido tenía un horizonte más amplio que el revelado por una de sus caras o facetas: un partido de Gobierno, autoritario, vertical, corporativo, sin iniciativa, subordinado y carente de personalidad o identidad propia. Sin duda, de alguna manera, esto era parte del PRI, pero también había un rostro diferente: el de una organización política con militantes, un espacio para el acuerdo, una vía para el ejercicio democrático interno, un partido para la estabilidad y el progreso del país, con capacidad para su propia redefinición y recuperación, con talento para construir un nuevo destino (Morales y Palma, 1995:56).

Con esta certeza incorporó en su campaña a viejos priístas. Aquellos con los que compartía ideales nacionalistas, el sentido de la soberanía nacional, del desarrollo regional y de la justicia social. Alejó a los fanáticos que querían acabar con las corporaciones y las organizaciones partidarias, los militantes de Solidaridad y marginó a su coordinador de campaña y futuro presidente. Al hacerlo se convirtió en un traidor. Adelantó los tiempos de la ruptura necesaria.

El grito de la selva

En el drama mitopolítico que se estaba desarrollando sordamente tras las bambalinas del poder, a los encapuchados les tocó el papel de las multitudes[267] cuyo sentido, según Carlos

[266] El texto que recoge el tránsito en el pensamiento de Colosio aquí consignado fue escrito con posterioridad a su muerte por dos de sus más cercanos colaboradores, Cesáreo Morales y Samuel Palma.

[267] "Las persecuciones que nos interesan se desarrollaron preferentemente en períodos de crisis que provocaron el debilitamiento de las instituciones normales y favorecieron la formación de multitudes, es decir, de agregados populares espontáneos susceptibles de sustituir por completo instituciones debilitadas o de ejercer sobre ellas una presión decisiva" (Girard, 1986:21).

Fuentes fue "despertar a México de su complacencia y autocongratulación primermundista, pero salvándonos" (Fuentes, 1994:8). Su aparición, en el contexto de la crisis, volvía realidad la advertencia formulada por Warman (1983:117), años antes de convertirse en cómplice de la desacralización, en cuanto a que "cuando la acción de los campesinos se vuelve aparente está ya radicalizada y siempre coge por sorpresa a los encargados de prevenirla".[268]

Los neozapatistas representan una obra, una reiteración cíclica que condensa toda la historia de México. Como Morelos en Chilpancingo y los revolucionarios en el 17 convocan a una convención, su convención se realizará en un mítico Aguascalientes selvático, su líder es un blanco que dirige a indios como Hidalgo y los protagonistas se asumen como un Zapata colectivo. De allí que, "la o las plumas de las cartas son sofisticadas y conocedoras del tejido espiritual, social y políticos mexicanos [...] tiene sus giros milenaristas y algunas veces mesiánicos, un contenido bíblico" (Riva Palacio, 1994:59).

No pretendo realizar una interpretación causal del zapatismo, ni juzgar sus razones.[269] Pretendo sólo destacar algunos de los mensajes, su lectura y representación en el contexto de la crisis. El primer mensaje es su alzamiento el día en que el Tratado de Libre Comercio empezaría a cobrar vigencia. Un mensaje que parece hablar de la oposición, local-global, reforzada en el hecho evidente de ser un levantamiento de indios. Como levantamiento étnico reactualiza el sistema de las diferencias, la oposición indio-blanco, nacional-trasnacional. Pero el acto *diferenciador* es contradicho inmediatamente por una serie de actos *indiferenciadores*, pues sus reclamos en vez de inscribirse en el

[268] Al propio Warman el alzamiento lo tomó por sorpresa, sus múltiples estudios sobre el campesinado y el zapatismo, no le permitieron ver que no se podía trocar la tierra por la libertad. Ambas eran y son indisolubles en el imaginario campesino.

[269] Girard (1983:10) explica muy detalladamente, como la violencia desatada, siempre encuentra razones: "Decimos frecuentemente que la violencia es irracional. Sin embargo, no carece de razones, sabe incluso encontrarlas excelentes cuando tiene ganas de desencadenarse".

plano de lo local lo hacen en el nacional. Sodi de la Tijera (1994:6), al poco tiempo del inicio del conflicto, se sorprende de que

> Desde que inició la rebelión indígena en Chiapas, hace 15 días, surgió entre diversos analistas políticos el comentario sobre lo extraño del movimiento guerrillero, no sólo por su táctica militar de ataque, sino especialmente porque su demanda principal no era la toma del poder, sino la instauración de un gobierno de transición que garantice elecciones limpias desde el punto de vista de equidad para todos los partidos políticos. Si bien el EZLN ha demandado la solución a la miseria en que vive la población indígena su demanda principal es el cambio de sistema político nacional como precondición para avanzar en una reforma social que combata en forma efectiva la pobreza.

Curiosamente las demandas nacionales del Ejército Zapatista de Liberación Nacional coinciden con las aspiraciones de Carlos Salinas de Gortari, aun presidente en pleno ejercicio de su poder pero en el inicio de su propio fin. El EZNL retoma como bandera uno de los proyectos inconclusos del grupo compacto: la realización de un Congreso Constituyente que sancione una nueva Constitución: las declaraciones del comandante *Marcos* ponen en entredicho al PRD, en especial a Cárdenas, supuesto representante del ideario nacionalista; generan un estado de emergencia nacional que permite acotar la independencia que estaba mostrando el candidato, y propicia el resurgimiento del precandidato derrotado: Manuel Camacho. Por último la aparición del movimiento armado se inscribe como uno de los motivos para el éxito de la consigna, que permitiría el triunfo indudable de Zedillo: *el voto por la paz*.

La convocatoria a un constituyente era, sin duda, el elemento que faltaba para concretar la perdurabilidad del viraje. La Revolución en la superestructura, el cisma, requería de un concilio. Camacho (1977) lo había anunciado en su texto. La demanda de convocatoria a un nuevo constituyente por parte del EZLN actualiza el tema y propicia una serie de pronunciamientos a su favor. En 1994 algunos especialistas académicos del Colmex (El Colegio de México) y la UNAM, así como de la Fundación para la Democracia dirigida por un reconocido camachista,

comienzan a propagar la idea y a pronunciarse a favor de la modificación del texto constitucional:

> Después de Chiapas, dadas las condiciones del país, los partidos políticos deben comprometerse a instalar una mesa que estudie el modelo de país que queremos los mexicanos y que debe surgir de un nuevo pacto social, porque el surgido en la Revolución de 1910 ya ha sido rebasado (Rojas Zea, 1994:75).

La convocatoria a un congreso constituyente sería la ocasión precisa para poner en suspenso el relevo presidencial y prorrogar el mandato del entonces gobernante. Tal como lo anticipaba la novela de Loret de Mola donde el asesinato del candidato, permitía una presidencia interina.

El tercer estereotipo, referido a la culpabilización por los crímenes cometidos, se presenta como profundamente indiferenciador y desconcertante. Marcos culpa a Salinas por no haber reprimido el movimiento a tiempo, en una entrevista declaró:

> Después de descubrir a la guerrilla indígena que preparaba un ataque a varias ciudades, el ejército mexicano se retiró hace seis meses de la zona sobre la que había comenzado a desplegarse, seguramente por decisión política del presidente, Carlos Salinas, comprometido como estaba en las negociaciones del TLC (reportaje de Oscar Hinojosa, en *El Financiero*: 14-02-94).

Los ganaderos de Chiapas culpan a la Iglesia y al manejo corrupto de los recursos del Programa Nacional de Solidaridad (*El Financiero:* 27-2-94, p. 28). En las paredes de San Cristóbal de las Casas, de Tuxtla Gutiérrez y de Comitán se podía leer la siguiente inscripción: *EZLN = INI = Sedesol*. El PRD acusa al neoliberalismo y al Pronasol como responsables de la insurrección. Carlos Ramírez adjudica a los empresarios un intento por acreditar a Camacho la responsabilidad intelectual el levantamiento de Chiapas (Ramírez, Columna Indicador Político, en *El Financiero*: 14-02-94).

Cada cual busca su culpable, su candidato a víctima propiciatoria. Las metáforas estructurales operan en la conciencia y

frecuentemente repercuten sobre los acusados. Salinas y Camacho, sufrirían la muerte política. Colosio, el ex titular de Sedesol con su muerte se convertiría en el chivo expiatorio. De los acusados únicamente la Iglesia, con su ancestral capacidad de pervivencia, se salvó, no sin antes enfrentar múltiples intentos de linchamiento moral contra el obispo Samuel Ruiz.

El chivo expiatorio

El 23 de marzo de 1994 Luis Donaldo Colosio fue asesinado y su crimen hasta el día de hoy sigue y seguramente seguirá, sin ser explicado. La imaginación popular, sobre todo la infantil, generó chistes macabros dirigidos a Los Pinos. Nunca se sabrá si hubo un autor intelectual pero fue un crimen de Estado en la medida en que el sacrificio ritual sirvió para restaurar la armonía de lo social:

> El sacrificio polariza las tendencias agresivas sobre unas víctimas reales o ideales […] La relación entre la víctima potencial y la víctima real no debe ser definida en términos de culpabilidad y de inocencia. No hay nada que *expiar*. La sociedad intenta desviar hacia una víctima relativamente indiferente, una víctima *sacrificable*, una violencia que amenaza con herir a sus propios miembros, los que ella pretende proteger a cualquier precio (Girard, 1983:12).

Luis Donaldo Colosio reunía todas las características para transformarse en chivo expiatorio: 1) Por su participación en el poder y su visualización como el futuro *monarca*, elegido para sufrir una muerte simbólica, su crimen se menciona como magnicidio. 2) Por su origen, proveniente *de la cultura del esfuerzo*, según su propia definición, distante pero próximo al pueblo uno de los pocos del grupo compacto que no pertenecía a una familia acomodada. 3) Por la anomalía de su familia (su esposa enferma), como otro de los elementos que según Girard (1986), integra el complejo de características atribuibles a los chivos expiatorios.

Del 1 de enero al 23 de marzo los signos aciagos se multiplicaban. La posible sustitución del candidato era motivo de apues-

tas (Morales y Palma 1995), candidato débil, que no creció,[270] elegido "para pasear su carisma oratorio —como López Mateos— a quien Colosio admiraba" (Krauze, 1997b:441), sometido a una profunda depresión.

Los análisis periodísticos en general adolecían de una profunda limitación. Si bien reconocían las pugnas en el interior del partido así como la existencia de corrientes, seguían visualizando al PRI como una unidad conceptual y no lograron identificar, sino hasta tiempo después, la gravedad de la crisis, del cisma y el grado de antagonismo existente entre los grupos. La prensa recién comienza a percatarse de la ruptura a mediados de febrero:

> Colosio comenzó a dar visos de romper el cordón umbilical que lo ataba a Salinas hasta febrero de 1994, cuando criticó al presidencialismo y comenzó a pregonar obsesivamente, que quería ganar sin fraude electoral (*Proceso* núm. 916, abril, 1999, p. 17).

En despecho de la imagen manejada por la prensa, el PRI histórico, lo que quedaba de él, se vuelca con Luis Donaldo Colosio. Fortalecido por este contingente que aun ejerce el control territorial y electoral se lanza a una, tal vez, desesperada contraofensiva y violando todas las normas de los tiempos de la política mexicana, el candidato aleja de su entorno a los representantes del equipo presidencial, los de Solidaridad. La propia prensa que lo critica por débil, presiona la ruptura anticipada con Salinas. Colosio no la tiene fácil, postula Carlos Ramírez, porque el país ya cambió:

> Como presidente del PRI y como secretario de Desarrollo Social, Colosio fue el gran cómplice del proyecto personal del *salinismo*

[270] Según Carlos Ramírez, "La inquietud presidencial radica, básicamente, en la estimación de que su candidato no creció. Hacia el comienzo del segundo semestre de 1993, no había dudas de las preferencias presidenciales [...] Si el perfil del candidato *salinista* se terminó de afinar en 1992 y 1993, el destape transcurrió hacia el interior del partido casi de terciopelo. La cargada partidista en favor del candidato salinista satisfizo hasta a los salinistas que dudaban de la capacidad del presidente Salinas para operar el complicado destape" (Indicador Político, en *El Financiero*: 9-2-94).

> que se quiere convertir, con Colosio precisamente en *transexenal*. En el PRI se dieron las *concertacesiones*, la entrega de posiciones de poder al PAN, el reavivamiento de los grandes vicios electorales, la sustitución de la clase política por la meritocracia salinista y el gran engaño del Pronasol [...] Al final de cuentas el que no debe *hacerse bolas* es Colosio. Más que una muestra de deslealtad, lo que los priístas le piden a Colosio es una muestra de valor propio [...] El beneficio de la duda que se le puede dar a Colosio dependerá directamente de su compromiso con Salinas y Córdoba. Si bien hay quienes esperan una ruptura definitiva, muchos priístas podrán conformarse con un alejamiento sustantivo que permita cumplir con la regla de oro del sistema: la presidencia de la república no se comparte (Ramírez, 9-2-94).

El articulista no percibe que ese alejamiento estaba presente desde el primer día, aun antes de la toma de protesta como precandidato. El error de Colosio fue no calcular el tiempo real entre la pérdida de poder del anterior y el de la fortaleza de su propia candidatura. Realizó un mal cálculo del tiempo,[271] Marco Antonio Bernal, subcoordinador de prospectiva de la campaña entrevistado por la prensa, si bien evita contestar directamente las preguntas en torno a la ruptura, implícitamente la acepta. Los puntos que recalca como parte del ideario colosista expresados en el discurso de aceptación de la candidatura, constituyen indicadores claros para quienes manejan los contenidos de las políticas en pugna. Bernal menciona como compromisos estratégicos: 1) empleo, 2) reforma social, 3) nuevo equilibrio de la república, 4) desarrollo regional, 5) mayor fortaleza a la educación pública, 6) defensa de la soberanía y los intereses de México en el exterior, y 7) fortalecimiento de la democracia (Reportaje de Rodolfo Rojas Zea, *El Financiero*, 8-2-94, p. 48).

La mayoría de estos puntos aparentemente neutrales implicaban una clara ruptura con el modelo *salinista*. Tanto el *tercero* como el *cuarto*, al proponer la *descentralización*, se oponen al modelo centralista en la figura del ejecutivo de decisiones

[271] "Los períodos de interregno, o de vacío del poder ostentado por los soberanos de las sociedades de la tradición, inician a menudo una crisis a la vez simbólica y real. Es un tiempo de desorden y violencia de suspensión de la regla" (Balandier, 1989:34).

y recursos. El *desarrollo regional* en el ideario de Colosio, conllevaba el fortalecimiento y apoyo a los capitales y, por tanto, a los *capitalistas* de y en las regiones, en contraposición al modelo concentrador de los treinta súper millonarios atribuido a Salinas. Los grupos regionales eran considerados por Camacho, como uno de los enemigos a vencer, al mismo nivel que las corporaciones. Salinas había privilegiado a la educación privada, y el fortalecimiento de la *educación pública* (quinto), propuesto por Colosio, además de manifestar un contenido popular, restablecía la relación con las clases políticas de los estados, muchas de ellas generadas o vinculadas a sus respectivas universidades autónomas. La defensa de la *soberanía* y de los intereses de México en el exterior (sexto) implícitamente criticaba la falta de defensa de los intereses de México en la negociación del TLC (en manos de José Córdoba). Colosio obsesivamente reiteraba en sus discursos su idea sobre el *fortalecimiento de la democracia* (séptimo) a través del sufragio efectivo y el fin de las *concertacesiones*, de las que efectivamente había sido cómplice, *tragando sapos*, en la jerga de Ortiz Rubio. Bernal olvida otro punto de ruptura, en el discurso mencionado también atacó al juguete preferido de Salinas. Solidaridad proseguiría, expresó, pero inmediatamente acotó *con respeto a las organizaciones preexistentes*. Se refería de las organizaciones corporativas a las que Solidaridad había intentado sustituir al generar su propia base social por fuera del PRI.

El discurso *colosista* se dirigía al *priísmo* histórico que podía entender en sus pronunciamientos una promesa de restitución de rituales perdidos. Su mensaje fue escuchado y la estructura del partido se volcó a su campaña. También lo entendieron sus compañeros del grupo de tecnócratas. Camacho reconoce haberlo acusado de traición ante Salinas.[272] En cambio el ex presidente

[272] Según consigna Enrique Márquez, estrecho colaborador y amigo personal de Camacho, éste había identificado la ruptura con anterioridad. En el posteriormente publicitado encuentro entre los dos precandidatos, Camacho había advertido a Colosio: "Donaldo, si eres tú, yo no iría a felicitarte, ésta no será una cuestión personal sino que estoy en desacuerdo con los apoyos que traes, con los intereses que te están rodeando". Márquez deja entrever que la elección de Salinas habría sido presionada por la

se atribuye a *posteriori* y cuando el muerto no lo puede contradecir, haber sido el artífice del aparente alejamiento (Castañeda, 1999:145). La ruptura anticipada constituyó, sin duda, una: metáfora histórica de una realidad mítica. La identidad del atacante del capitán Cook es deducible, propone Sahlins, al estilo Sherlock Holmes, a partir de las categorías elementales. "[…] lo que interesa […] es el controvertido problema de la relación entre estructura y acontecimiento (1988:106).

Así como el *error* del capitán Cook[273] fue retornar fuera de tiempo en el período donde el rey sustituía al Dios, Colosio equivocó los tiempos de la ruptura con el anterior, los adelantó y se convirtió en el sacrificado. Al igual que la muerte del capitán Cook, el acontecimiento —la muerte de Colosio— se explica por la estructura, en este caso la estructura de los tiempos de la política, del ritual sucesorio, generada al anticipar la ruptura con el anterior y manifestarla antes de su propia unción.

En guardia ante el féretro de Colosio, Luis Echeverría Álvarez emite una proclama de guerra, reiteración de su lema de campaña: *Arriba y adelante*, a la que agrega: *todos con el PRI*. Para quien pudiera entender el mensaje señalaba como responsables del asesinato a los grupos y personas interesadas en la destrucción del partido. La proclama aludía a los tecnócratas, liderados por Carlos Salinas de Gortari. En un intento por aprovechar el río revuelto, las exhaustas fuerzas del PRI, pretenden lanzar como candidato sustituto del sacrificado a Fernando Gutiérrez Barrios y a Fernando Ortiz Arana. Voceros oficiosos, desde la presidencia, intentaron desviar el golpe y devolver la acusación señalando como organizadores de la confabulación a

estructura y significaba un alejamiento del proyecto tecnocrático, una claudicación (*apud, Proceso*, núm. 971, junio, 1995:12).

[273] Sahlins (1988) interpreta el asesinato del capitán Cook, como producto de un error de tiempos. Cook era recibido como la encarnación de un Dios, pues su llegada coincidía con la época de los ritos de fertilidad, presididos por el Dios que supuestamente, al igual que Cook, llegaba y partía por el mar. Durante la realización de los rituales el poder del Rey se relegaba para reinstaurarse a la partida del Dios. Un accidente en su nave hizo a Cook a regresar, sin saber que fuera de tiempo, no sería bien recibido. Su ignorancia de la mitología nativa fue la causa de su muerte.

Fernando Gutiérrez Barrios, representante visible de los políticos-políticos, y al propio Echeverría. La airada respuesta de Don Fernando, paró en seco el golpe. Las acusaciones mutuas evidenciaban la preexistencia de dos partidos y dos bandos confrontados, develada a partir de ese momento.

Los políticos —antes *dinos*— persistirán en sus mociones revivalistas, el retorno a los principios del nacionalismo revolucionario. El intento de Salinas por culpar a los políticos, ratificado posteriormente cuando de *motu proprio* se sentó en el banquillo de los acusados (1995:60) además de un acto de prestidigitación rayaba en la esquizofrenia. Si un acto condenó a Colosio fue el incorporar a Fernando Gutiérrez Barrios disimuladamente (pero con oficinas en el segundo piso del edificio de campaña), con la tarea de revisar y aportar a formular las listas de invitados a los actos proselitistas. La posición, sin bombos y platillos, habría la puerta a la vieja clase política, que sin dudarlo demasiado se apresto a volcarse a la campaña. ¿Qué intereses podrían tener los políticos nacionalistas revolucionarios de asesinar a Colosio que auguraba su retorno a la arena política? Contrariamente al presidente traicionado por su elegido, les sobraban motivos.

Salinas persistirá en su defensa de la modernidad y reafirmará su ignorancia simbólica cuando recurre al aval de prestigiados intelectuales, para colmo de males extranjeros. Su ex maestro, Womack (1995), se lanzó al ruedo para acusar a los dinosaurios de intentar truncar el proyecto político de Salinas orientado a la ruptura del poder monopólico de los *jefes* sobre la política mexicana. Womack, en su defensa, confiesa que además de las reformas económicas, Salinas libró una lucha detrás de bastidores para reformar al PRI desde adentro, favorecer a algunos *jefes*, aislar a otros, usarlos todos contra todos y organizar nuevos movimientos sociales y cívicos para sentar las bases de un partido renovado, un *nuevo poder popular*. Los seis años de Salinas en el ejercicio del poder y su formación en el seno de la clase política mexicana, no fueron suficientes para asimilar que la Revolución tolera a los intelectuales siempre y cuando mantengan un papel subordinado, al tiempo que rechaza drásticamente las opiniones extranjeras, aunque sean muy

reputados. Tampoco entendió la explicita advertencia de Gutiérrez Barrios (1995:72) que “el presidente de la república no incorpore por cuestiones de origen, herencia o nacionalidad de sus padres, una mentalidad diferente a la mexicana en la conducción del país”. Salinas desconoció la vigencia del mito y su capacidad de traer al presente el modelo de los tiempos ancestrales, olvidó que cada símbolo tiene un efecto sobre la realidad.

¿El orden restituido?

En su último informe de Gobierno, Carlos Salinas de Gortari, sin el menor dejo de contrición, reafirmó su afán modernizador. Recalcó como el elemento distintivo de su gobierno el cambio: “México ha cambiado intensamente en estos años”, comenzó. “Los cambios fueron para establecer una nueva relación entre el Estado y la sociedad y para ubicar a México con ventaja, en la nueva realidad mundial”. Al pronunciarse de esta manera enfatizó el ingreso a la economía global y los cambios en la relación con la sociedad. Como logros, el ingreso a foros mundiales (léase los tratados de libre comercio); las nuevas instituciones electorales en tanto forma de ampliación de la democracia; el saneamiento de las finanzas y de la competitividad y el incremento del gasto social vía Solidaridad (Carlos Salinas de Gortari: VI Informe de Gobierno).

Dejemos de lado los contenidos para regresar al sistema clasificatorio, Salinas se enorgullece de haber logrado en sólo seis años lo aparentemente imposible modernizar a México. Lorenzo Meyer (1996) planteaba esta tarea como imposible. Su reflexión aducía que la única institución política auténticamente mexicana era el caciquismo y preguntaba ¿Si en Europa la democracia tardó 600 años en consolidarse, cómo quieren que en México lo hagamos en 50 años?”. Salinas creyó haber realizado el milagro. Al reafirmar su ideario tecnocrático pareciera ignorar la persistencia de una disputa no resuelta. El ideario nacionalista revolucionario, con sus referencias, al mito y al ritual, seguían y siguen vivos. Se encontraban en la base del conflicto y en la emergencia de la violencia.

La ceguera que le impedía ver a los logros de su mandato como inciertos, no limitó una certera interpretación del alzamiento en Chiapas. Sólo en relación con la guerrilla, en un intento por circunscribir localmente el conflicto, reconoce la persistencia de la dualidad intrínseca del sistema político mexicano: "Se trata del primer levantamiento armado surgido después del final de la guerra fría", reconoce. Este dato que puede resultar trivial, constituirá el centro de su argumentación, pues le sirve para adjetivar que no puede pensarse en un movimiento de esa índole como secuela de la lucha bipolar entre capitalismo y socialismo, sino como resultado de la oposición existente entre tradición y modernidad. Salinas reconoce el valor simbólico de su estallido "el día de la puesta en marcha del TLC, tras la celebración del Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos, y se escuda en el nombre más popular y noble de las luchas sociales en México, el zapatismo".

Al *neozapatismo* dedica el 5% del texto de su discurso. En cambio al asesinato de Colosio sólo un párrafo en el que, en vez de un análisis político, recuerda, "la nobleza de propósitos [...] la calidez de su sonrisa, su bondad, su capacidad de conciliar y su generosidad". Considerando las argumentaciones que expone para explicar el fenómeno zapatista, el silenciamiento del asesinato de Colosio no puede sino relacionarse con un ocultamiento intencional,[274] orientado a negar la persistencia de la pugna entre el credo tecnocrático y el nacionalismo revolucionario.

Al analizar las causas de la guerra, Salinas identifica el *quid* del conflicto intrínseco en el México posrrevolucionario y que tantas veces se les escapa a analistas políticos. Con innegable lucidez reconoce que: "Renació con gran intensidad, el debate entre modernización y tradicionalismo, entre globalización y localismo, entre el anhelo del futuro y la añoranza del pasado". El debate lo relaciona con las fuerzas liberadas por el descongelamiento este oeste y el surgimiento de fundamentalismos excluyentes y actitudes xenófobas:

[274] Augé (1998:20) propone como una tarea específicamente antropológica: "[...] interrogar los silencios, los olvidos o las deformaciones".

> Los cambios profundos realizados en estos años despertaron esperanzas; también resistencias y afectaron intereses tan profundos como los propios cambios [...] No invoco como explicación general de estos hechos de violencia la fácil salida de la conjura, tan atractiva para desviar la atención como carente de sustancia. Estos graves sucesos reflejan la acción de individuos o de grupos aislados, pero se pueden nutrir también de reacciones de rechazo a los cambios realizados [...] La reestructuración económica, inevitablemente, afecta intereses de grupos y personas. El cambio social supone una gran movilización comunitaria que desarma rigideces, cacicazgos y clientelismos. El cambio político remueve cotos de poder, abre a la sociedad a la crítica, modifica los términos y las expectativas de la lucha institucional por el poder (Salinas de Gortari: VI Informe de Gobierno).

Repito, el análisis es extremadamente lúcido pero le falta la etnografía. Efectivamente la reestructuración económica, al privatizar,[275] al suprimir la rectoría económica del Estado, trastocó una de las vías privilegiadas del ascenso social de grupos y políticos en lo particular, que a partir del manejo de las empresas paraestatales lograban el enriquecimiento personal y privó al gobierno y a su partido de espacios donde colocar a políticos desempleados. La privatización redundó en una extremada concentración de la riqueza en unos pocos grupos, además acusados de estar asociados con el presidente o su familia (de los treinta multimillonarios de la lista de *Forbes* sólo tres lo eran por fortuna propia gestada antes de la privatización); pero también su afán de incrementar la competitividad había conducido al empobrecimiento y la quiebra de miles de industrias y agricultores nacionales, que creyeron en la posibilidad de acceder a la tecnología mediante el endeudamiento.

Aumentó el gasto social pero, al concentrar el don en su persona, eliminó a las instancias de intermediación, toda una jerarquía de intermediarios que encontraban en la delegación su poder y razón de existencia. El cambio social y la moviliza-

[275] "Si anteriormente la economía se decidía en Los Pinos, tal como se planteó con Echeverría, con Salinas se privatizó y desde ahí mismo se eligió a los beneficiarios" (Aziz Nassif,1994).

ción comunitaria instrumentadas por Solidaridad lesionó las formas de control clientelar de las organizaciones corporativas, sus cuotas de poder político, sus vías de ascenso para líderes y dirigentes. El mencionado cambio político removió los cotos de poder del PRI, lo dejó desarticulado, desestructurado y sin las tradicionales vías de movilización, cooptación y control político. Al PRI sólo le quedó la rabia y la espera.

Definitivamente había afectado demasiados intereses políticos, económicos y sociales. El terreno de la confrontación no podía ser circunscrito a Chiapas, territorio excluido del mito de la Revolución. La lucha abarcaba todo el territorio nacional y aún no concluye.

Con el nuevo tránsito sexenal y a pesar de quedar el más neutro, el más gris y el *aparentemente* más manipulable de los integrantes del grupo compacto, ante la presión social se evidenció como necesaria ruptura la con el anterior. A partir del relevo, desde la prensa y el PRI se ejercen presiones sobre el nuevo presidente para que perpetre el sacrificio ritual. Para Jorge Fernández Meléndez, considerado un vocero oficioso, primero de la presidencia y luego del secretario de gobernación, se requiere de un proceso de transición inevitable signado por "un desafío inédito en la historia: la posibilidad de hacer justicia dentro del propio partido con los hermanos Carlos y Raúl Salinas de Gortari (1995:58) que arrojará como resultados la consolidación de su propia administración al identificar con claridad a las fuerzas desestabilizadoras. En sentido contrario se expresa el eterno vocero del liberalismo, Luis Pazos (1995:58), para quien el encarcelamiento de Raúl no logró el mismo efecto que el de la Quina, realizado por su antecesor y lo atribuye al cansancio del público ante esos actos simbólicos. A Ernesto Zedillo Ponce de León no le quedó otro remedio que retomar los rituales y recurrir al parricidio mediante la muerte simbólica de su antecesor. En palabras de Krauze (1997b:444), se destapó la cloaca del, "nepotismo, corrupción, la venta de favores, el uso patrimonial de los fondos públicos, la apertura de cuentas y hasta los jugosos contactos con el narco".

La víctima sustituta fue en esta ocasión un favorito, pero por primera vez también un hermano carnal: Raúl Salinas. Car-

los Salinas no sólo sufre un proceso detractorio, como los malos del mito (Díaz y Huerta), sale al exilio. En esta ocasión la recuperación del ritual no logró la conclusión del conflicto, el conflicto sigue allí. La víctima logró disminuir la violencia, el cese de los asesinatos, pero no se restituyeron los principios. Los priístas históricos siguen en la escena, intentando reconstruir los *nudos de la red*. Rompiendo el compromiso tácito de silencio de los ex presidentes, Carlos Salinas salió a la palestra en defensa de su hermano y la suya propia. Dispuesto a comparecer y una vez mas señala como responsables de las campañas instrumentadas en su contra a un grupo encabezado por el ex presidente Luis Echeverría.

Zedillo restituyó uno de los rituales, los otros no pudo o no quiso. Su mandato fue la antítesis del presidencialismo. De manera sistemática atentó contra la investidura presidencial. Sus chistes, muy a la norteamericana, ni siquiera llegaron a definir un cambio de estilo. El rito imperial del informe presidencial fue modificado, restándole sacralidad:

> Bienvenido al epílogo adelantado: El presidente rompe reglas, romper ritos, no utilizó el tradicional mexicanos […] Antilíder, anticarisma, el presidente comprobó ayer ser la esencia misma de la antipolítica (Riva Palacio, 1998:59).

Mientras la ruptura de reglas fue recibida con júbilo por los sectores modernizantes, deseosos de acabar con los rituales y las formas tan caros a los priístas, para otros espectadores, indoctrinados en el culto, se convirtió en motivo de burla:

> ¿Cómo vio el liderazgo?
>
> ¿Cuál?, respondió el gobernador de Puebla, Manuel Bartlett, aceptando el gambito.
>
> Un informe solía ser el momento anual de gloria para el presidente en turno […] anoche no sólo terminó definitivamente ese ritual, sino que todo vestigio de glorias pasadas quedó sepultado (Riva Palacio, 1998:59).

El desprecio de Zedillo por las formas restó sacralidad a la investidura presidencial como centro a partir del cual se organizaba la autoridad. Ante la falta de autoridad las fracciones proliferaron, surgió el llamado *club de los gobernadores* y, creo que, por primera vez desde que se instituyó el mecanismo de los relevos, un gobernador[276] resistió con éxito un intento por deponerlo.

Otro acto atentatorio contra los rituales, entre anuncio y broma, fue cuando el presidente se "cortó el dedo", en alusión al dedazo.[277] Su gesto afectó la efectividad del misterio de la sucesión, permitiendo el resurgimiento de los grupos y facciones, y propició el *Madrazo al dedazo*, como eslogan de campaña de uno de los rebeldes.[278] El aprendiz de brujo no acertó a encontrar el conjuro que le permitiera controlar las fuerza desatadas. Para algunos se trata del fin del presidencialismo.

Ante la falta de un ritual que ordene el proceso sucesorio lo implícito se tornó explícito. Si la ritualización extrema permitía prescindir del contenido, pues predominaba la liturgia sobre la teología, con la desaparición del ritual las disputas teológicas se volvieron evidentes. Los actores políticos manejaron abiertamente sus intenciones. La existencia de precandidatos autoproclamados, suprimió la necesidad de mantener la incertidumbre y su efecto en la inmovilidad de los grupos. Consecuentemente los grupos, las facciones volvieron a la escena política con virulentas acusaciones mutuas. A pesar del evidente favor presidencial hacia Labastida y la consecuente cargada en su apoyo, los otros precandidatos conservaron vigencia y se erigieron como alternativa hasta el último momento. La popularidad de Roberto Madrazo arrastraba una doble carga simbólica. Madrazo ostentaba un status adquirido producto de sus actos de rebeldía, pero tam-

[276] Roberto Madrazo, haciendo gala de valentía innovadora, se negó a presentar la renuncia solicitada, como respuesta a las presiones del PRD. Posteriormente, en otro acto atípico, se autoproclamó como precandidato a la presidencia.

[277] Concepto que alude a la designación del candidato por parte del presidente.

[278] Roberto Madrazo lanzó una campaña publicitaria con ese *eslogan* y motivó una airada polémica en el interior del partido en relación con las formas de la contienda.

bién un status adscrito como hijo de una familia revolucionaria. Ocupó una posición destacada como subsecretario en el PRI, en tiempos de Colosio, instituto del que su padre fuera presidente. Al igual que Colosio hizo pública la convicción de la posibilidad de la renovación del PRI, con continuidad. Su acertado lema de campaña: S*í, se puede*, aludía a dicha representación. Su oponente, Labastida Ochoa, a pesar de invocar al fantasma del sacrificado, no logró desprenderse de su imagen como representante de la continuidad del grupo tecnocrático.

Resultaron evidentes los intentos por manipular la imagen de Colosio como dador de legitimidad. El destape de Zedillo no se realizó *mediante una* declaración partidaria, sino recurriendo a una videograbación en la que Colosio alababa a su coordinador de campaña. Como en los tiempos en que los políticos recurrían al espiritismo, los muertos siguen hablando. Labastida intentó repetir la formula al concurrir, al día siguiente de su destape como precandidato, a la tumba del sacrificado.

La candidatura independiente de Madrazo y los resultados innegables de las encuestas provocaron reacciones histéricas de quienes renunciaron al manejo ritualizado de los procesos. Inversamente lo colocaron en posición de víctima, reforzando, sin quererlo, su imagen. Para imponer la candidatura de Labastida, los operadores políticos de Zedillo tuvieron que recurrir de nueva cuenta a las argucias de los alquimistas electorales, que esta vez aplicaron sus artes en unas elecciones en el seno del partido.

En la arena de la oposición la convocatoria de Camacho mantuvo vigencia. El frente amplio opositor diluyó aún más su escasa definición ideológica al intentar sumar a actores históricamente enfrentados: la clase media, urbana, católica, liberal y antiestatista del PAN, con las masas populares, ávidas de protección estatal, de la Revolución Democrática[279] y de la izquierda, comprometida con la reivindicación social de los pobres. Al difícil maridaje entre actores tan diversos, se sumaron los errores de la administración cardenista de la Ciudad de México restan-

[279] Me refiero al PRD, Partido de la Revolución Democrática. No lo menciono por su nombre para poder distinguirlo de la izquierda, hoy integrada en su seno.

do convocatoria al movimiento. Si bien los movimientos fundados en la alteridad pueden lograr un cierto grado de identidad en este caso la identidad resultante de una oposición al PRI, no pudo cuajar. Resulta difícil imaginar cómo pueden representarse la alianza PAN-PRD los militantes que rechazaban a Diego Fernández de Cevallos por su parecido con Maximiliano y su consecuente identificación con la extranjería. Del lado de los panistas que abominan el populismo será difícil aceptar su mezcla con el populacho.

Una vez rechazada la alianza, al frente le restaba sólo la espera de poder captar, una vez más, a los excluidos de la contienda en el interior del PRI. En el otro bando tampoco resultaba sorprendente el alineamiento de la intelectualidad que coqueteó con Salinas, la seudoizquierda que prefiere la tecnocracia a las masas. El sector educado y urbano que abomina del populismo tanto como del populacho. Finalmente, el propio Salinas prefirió conceder posiciones y propiciar el avance del PAN, antes que ceder frente a los representantes del México del pasado, el de la Revolución ya fuera en su versión democrática o institucional. El triunfo del zorro no representa ni la síntesis, ni un nuevo pacto, por el contrario supone la permanencia de crisis, con un nuevo rostro pero sin contenido. El péndulo de la nación permanece estático en el polo liberal, blanco e ilustrado, mientras que las masas, oscuras, aún patrimonialistas, el México profundo permanece a la espera de mejores días, o de una nueva utopía.

IX. EPÍLOGO

El México posrrevolucionario construyó un orden cultural en torno a un poder sacralizado fundado en un mito de origen. La historia mitificada produjo un imaginario simbólico que opera como guía de acción y *praxis* política. A partir de la instauración de una deuda originaria de los pobladores con la Revolución, estableció una relación gobernantes-gobernados de dependencia y sumisión, que permitió la pervivencia del cacique en el ámbito regional y del *tlatoani* como forma mexicana del ejercicio de la presidencia. El mito de la Revolución Mexicana, al incorporar como parte del relato la dualidad intrínseca del ser mexicano, su herencia india y occidental, propició el juego inacabado del orden y el desorden, en un movimiento cíclico que restaura las nociones de destrucción y renacimiento de las cosmogonías preexistentes. Hoy ese orden se encuentra cuestionado, en crisis. La desacralización del poder, la ruptura del orden sacro, fue sustituida por las fuerzas oscuras de la violencia, el narcopoder y la corrupción generalizada. La desacralización del poder en un nivel tal que ni siquiera la imagen presidencial es respetada.

La síntesis no puede ser más oscura, el nacionalismo revolucionario desapareció del discurso, el texto fue modificado y se decretó la muerte de la Revolución. La figura presidencial se encuentra desacreditada, sin que pueda ya concentrar ni la inmanencia de la Revolución ni la suma de los poderes públicos. Los rituales trastocados en todos los niveles, inclusive el del os-

tracismo de los pasados que se niegan a morir. De igual forma, quienes se asumen como herederos del nacionalismo revolucionario, a pesar de su marginación creciente del ejercicio del poder, a pesar de no constituir su ideario la religión de estado, persisten. Algo nuevo que no acaba de nacer y el viejo orden que no acaba de morir. "La paradoja del momento actual quiere que toda ausencia de sentido pida sentido, así como la uniformación llama a la diferencia (Augé, 1998:9). Si el lenguaje religioso moldeó y dio forma a una manera de ejercicio del poder, al cuestionarse el orden trascendente se pusieron en entredicho sus formas y rituales. Ya no existe el trascendente que legitime a sus oficiantes, ni a sus formas de oficiar, paralelamente el lenguaje de la modernización, de la competencia electoral, de la representación ciudadana, no arraiga suficientemente como para convertirse en un nuevo credo laico.

Al analizar la Revolución como mito priorizo la forma del relato sobre su verdad o pertinencia histórica, como propone Jacopín (1997). Evocando a Hymes se puede sostener que la realidad mítica proporciona un modelo del mundo más verdadero, mas real que la realidad misma. Poco importa n las investigaciones bibliográficas que confieren a Huerta un programa progresista; Huerta es y será un villano, ni que los principales triunfadores de la Revolución, la dinastía norteña desprecie al agrarismo, la Revolución será agrarista o dejará de ser revolución. La articulación entre mito y realidad, en tanto articulación entre dos sistemas se produce a través de las llamadas metáforas míticas o metáforas históricas de la realidad mítica (Sahlins, 1998). Cada una de las crisis del sistema a lo largo de los casi ochenta años de Revolución pueden ser interpretadas como metáforas históricas de la realidad mítica en tanto reactualizan las confrontaciones presentes en el mito y se resuelven recurriendo al habla de los símbolos del mito. Tanto Almazán como Henríquez fueron descalificados públicamente como reaccionarios por su riqueza. Al señalarlos como ricos se los clasificaba en el sector de los excluidos por la Revolución, los ricos, los catrines, los opuestos a la Revolución.

En la última crisis se conjugan dos metáforas, la ruptura de los ritos y los atentados contra la fe, la incautación del dis-

curso revolucionario por la oposición y la necesidad de restaurar el ritual mediante un nuevo símbolo y una nueva víctima. Colosio, como el Cid Campeador, gana batallas después de muerto. Destapa a Zedillo y se constituye en el motivo de su triunfo indiscutible: el *voto por la paz*. Su fantasma es vuelto a invocar 6 años después cuando Labastida peregrina a Magdalena de Kino —en breve de Colosio[280]— sitio del nacimiento y de las exequias de la víctima.

La pregunta aún en el aire refiere a la efectividad del nuevo mito. Funcionó en un tránsito sexenal, el de Zedillo, sin embargo al no fundar una nueva fe, la fe anterior persiste y sigue propiciando oposiciones en el seno del poder. Por un lado una oposición que incauta el habla y los símbolos de una Revolución, portadora de paz social pero también de bienestar, discurso coincidente con el de los políticos históricos, disconformes con su desplazamiento, cada vez más permanente, por parte de los tecnócratas. Por el otro la nueva generación apropiada de la víctima pero portadora de los atributos prototípicos de los excluidos por la Revolución, por su origen étnico y de clase, por su afinidad con el enemigo extranjero y por su simpatía con la Iglesia. Una generación que intentó tapar su origen con un candidato *hijo de la cultura del esfuerzo*, sustituido por un *lustrabotas*, orgulloso de su capacidad de ascenso en la burocracia. Sus orígenes humildes podrán disimular su educación poslicenciatura en universidades del otro lado del río bravo, pero no sus aspiraciones.

Una historia de vida puede establecer el origen de un mito (Jacopín, 1997), para ello puede recurrir al lenguaje mítico —el mito del mestizo progresista—, hijo del esfuerzo, el retorno de la dinastía sonorense después de cuatro presidentes de la Capital de la República, y por lo tanto representar al *candidato de la esperanza*. Si se presta mas atención a la forma, antes que preguntar que significa, como y porque significa, se puede contestar que significa por ser un prototipo. Su selección, su cuidadosa formación, como el candidato ideal, según Castañeda (1999:460). Luis Donaldo tenía carisma, como Adolfo López Mateos, parecía

[280] Aludo a la costumbre de apellidar a las ciudades con el nombre de una figura prestigiosa.

un galán de la época de oro del cine mexicano, encantaba a las mujeres y también a los hombres, por macho, había estudiado en Pensylvania, pero gracias a una beca, no pertenecía a una familia acaudalada, hasta su frivolidad parecía idónea al proyecto. Era importante por su forma, por constituir un modelo. A pesar de su brillante inteligencia, Camacho no logró percibir el detalle por eso le reclama a su amigo Carlos, sabiéndose más afín en ideas. Salinas "no requería de ideas, requería una forma" (Castañeda, 1999:470)

La posibilidad de la reconstrucción del orden depende, hacia el futuro, de la culminación de la guerra santa, con la restitución del orden sagrado revolucionario o de un nuevo orden más laico producto de un nuevo pacto social. En el ínter las facciones seguirán intentando recuperar los espacios perdidos u ocupar los vacíos por la fuerza, la denuncia o la negociación. Desde el foro las mayorías observan y esperan se dirima un conflicto que muchas veces no alcanzan a descifrar. El conflicto entre el *nacionalismo revolucionario* y la *cultura tecnocrática* aún no logra crear el lenguaje que lo vuelva traducible a las masas. Los actos, las alianzas, las confrontaciones, aparecen como confusas y sobre todo ambiguas: un PRI que no es PRI, es decir, que reniega de sus principios fundacionales, una oposición de izquierda que retoma el ideario nacionalista revolucionario, como la primera parte del drama. En el segundo acto muertes en un contexto indiferenciador y como corolario la convocatoria de un *priísta*[281] a la constitución de un frente opositor para destruir al PRI, que se intenta concretar a partir de una alianza entre la izquierda cardenista y el PAN, como el más auténtico de los representantes de la clase media, urbana e ilustrada. Las identidades y las alteridades, se presentan confundidas, y "quien dice c*risis de alteridad* dice *crisis del sentido*" (Augé, 1998:126). En este momento las identidades carecen de un sistema diferenciador que las vuelva inteligibles. Sin duda

> La experiencia social humana es la apropiación de percepciones específicas mediante conceptos generales: un ordenamiento de

[281] Me refiero a Manuel Camacho, que hasta antes de su *berrinche* se ostentaba como miembro del PRI, del que fuera momentáneamente titular.

> los hombres y los objetos de su existencia de acuerdo con un plan de categorías que nunca es el único posible, sino que en ese sentido es arbitrario e histórico [...] el uso de conceptos convencionales somete a los significados culturales a revalorizaciones prácticas (Sahlins, 1981:36).

Los tránsitos, las resimbolizaciones, son posibles. Nuevas categorías pueden emerger para constituir nuevas estructuras. Este intento de lectura del orden revolucionario y su aparente caída pretende aportar a la integración de las visiones históricas y las estructurales al analizar las estructuras constitutivas del orden revolucionario —el sistema político mexicano—, y de los actos atentatorios del orden que afectaron los rituales y las creencias. La crisis del sistema, la posible pérdida de la hegemonía del PRI y la constitución de un nuevo pacto social, requerirá de la construcción de imaginarios que le permitan resimbolizar y traducir en conductas prácticas un proyecto de nación, una nueva simbolización pues "ni el mito ni el rito pueden realmente morir alguna vez, a lo sumo ocurre que se sustituye el uno al otro, cuando el sueño sustituye a la acción" (Augé, 1998:119). La comprensión de los procesos de simbolización que permiten a las personas apropiarse de los fenómenos históricos y construir imaginarios colectivos, es decir, nuevos conceptos sobre la realidad, aporta una nueva luz sobre hechos que desde la extrema racionalidad causal no puede ser totalmente explicados. En el caso analizado el proceso se encuentra inacabado pues aun no puede ser apropiado, ni conceptualizado por los actores sociales. Los actores para actuar requieren del sentido, razones y fines que justifiquen su conducta:

> La política continúa siendo lo que era ayer, es decir, ritual. La política continúa siendo proveedora de sentido social y terrestre y su crisis actual se debe, por un lado, al hecho de que ella es responsable de sus fracasos pasados y por otro, a que no ha medido su nuevo espacio (Augé, 1998:116).

El nuevo orden emergente del proceso de reestructuración habrá de recurrir a rituales, a la construcción de imaginarios, si

pretende proveer de sentido a la realidad, arraigar en las conciencias y construir un orden cultural. La simbolización como la capacidad específicamente humana, sigue distinguiendo al hombre. A pesar de la búsqueda de la razón que su traducción como razón práctica, los seres humanos siguen traduciendo sus razones en símbolos que les permiten dotar de sentido a la realidad, comunicarse y ordenar su cognición. Mientras la capacidad de simbolización permanezca como atributo específicamente humano, la antropología conservará su objeto de estudio y los análisis antropológicos y simbólicos iluminarán una parte de la conducta humana, descubrirán y traducirán su sentido.

La permanencia de la asociación entre política y ritual y la necesidad de explicar los cambios mediante análisis que reflejen las nuevas formas de simbolización confirman la pertinencia de los análisis antropológicos, o en palabras de Augé que

> en la unidad y la diversidad de la actual contemporaneidad, la antropología es no sólo posible, sino necesaria. Es necesaria porque la cuestión del sentido social se plantea explícitamente en todas partes o esta implícitamente presente (Augé, 1998:165).

La modernidad mantiene vigente el desafío propuesto por la antropología contemporánea en cuanto a la necesidad de estudios que den cuenta de la confluencia entre historia y estructura,[282] y como los temas principales de referencia ideológicos e intelectuales que ordenan lo social: la identidad, la relación y la historia. Preocupaciones permanentes del quehacer antropológico en términos de identidades, alteridades y mito. De manera independiente a los cambios de abordaje teórico, las identidades, las alteridades y los mitos se encuentran presentes como preocupaciones permanentes del quehacer antropológico. La antropología surgida como resultado de la confrontación con las sociedades otras, desde sus inicios se preocupó por las alteridades, por la búsqueda de los elementos que permiten definir a *los otros*. Si bien en sus orígenes buscó los cambios entendidos como *evolución* —por que no progreso—, posteriormente —y en parte para

[282] Augé (1998), Sahlins (1988), Hill (1988) y Geertz (1996).

librarse del fantasma de su asociación con el colonialismo—, distinguió metodológicamente diacronía de sincronía y al hacerlo aisló la estructura de la historia. Hoy en día ambas dimensiones se reintegran al reconocerse la dinámica de las estructuras y al aceptarse que toda historia es una mitificación. Los instrumentos analíticos y cognitivos desarrollados por la antropología se muestran cada día más idóneos para develar las conductas del *otro* y del *nosotros* en la medida en que reconocemos la persistencia en nuestra propia cultura, de identidades, alteridades, mitos y rituales. La contemporaneidad de la reflexión antropológica, en la medida que el mundo se achica, asume como sujeto las diferencias más sutiles, ese *otro* que es también un *nosotros*, finalmente, el mundo globalizado, hipercomunicado, cibernetizado, sigue arrastrando al mito, al ritual y a la sacralización como herencias irrenunciables.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Aguayo, Sergio, "Los militares y las elecciones", *La Jornada*, 1-9-88, p. 9.

Aguilar Camín, Héctor, *La frontera nómada. Sonora y la Revolución Mexicana,* México, SEP/Siglo XXI Editores, 1985.

———, *Morir en el Golfo*, México, Cal y Arena, 1989.

Aguirre Beltrán, Gonzalo, *Formas de gobierno indígena,* México, Imprenta Universitaria, 1953.

———, *Obra Polémica*, México, SEP/INAH, 1978.

Alponte, Juan María, "La realidad y el Discurso de la Nueva Era", *La Jornada*, 15-7-88 p. 15.

———, "El sesenta y ocho: La tradición arcaica", *La Jornada*, 24-7-88.

———, "El 1 de septiembre después del 6 de julio", *La Jornada*, 31-8-88.

———, "Después del 6 de Julio", *La Jornada,* 28-10-88.

Alavi, Hansa, *Las clases campesina y las lealtades primordiales,* Barcelona, Cuadernos de Anagrama, 1976.

Álvarez Icaza, Pedro, La relación laicos-Iglesia, conferencia inédita, sustentada en el *X Estado Iglesia y Grupos Laicos,* México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1998.

Arvide, Isabel, *Asunto de familia,* México, Crónica-Grupo Editorial Siete, 1995.

Augé, Marc, *El genio del paganismo,* Barcelona, Muchnik Editores, 1993.

Augé, Marc, *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos,* España, GEDISA, 1998.
Adam's, Richard Newbold, *La red de la expansión humana*, México, Ediciones La Casa Chata, 1976.
Aziz Nassif, Alberto, "La urgencia de una solución a fondo", *La Jornada,* 1-1-94.
Báez Jorge, Félix, "Los grupos étnicos y las políticas indigenistas de la colonia al porfiriato", *Suplemento de México Indígena* Nº 38, México, Instituto Nacional Indigenista, 1980.
———, "Aculturación e integración intercultural. Un momento histórico del Indigenismo Mexicano", AAVV en *INI 30 años después*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1980:290:301.
———, *Las voces del agua,* Jalapa, Universidad Veracruzana, 1992.
Báez Rodríguez, Francisco, "Las tres derechas", *La Jornada*, 25-7-88.
Balandier, George, *Antropología política,* Barcelona, Ediciones Península, 1976.
———, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales,* Barcelona, GEDISA, 1989.
Bartra, Armando, "Crisis agraria y movimiento campesino en los setentas", *Cuadernos Agrarios 10-11*:323-337, 1980.
———, *La explotación del trabajo campesino por el capital,* México, Escuela Nacional de Antropología e Historia/Editorial Macehual, 1983.
———, "Crónica de una muerte anunciada, el movimiento campesino independiente", suplemento "Campo" de *La Jornada*, 24-5-93
Bartra, Roger, "Y si los campesinos se extinguen…", *Revista Mexicana de Sociología*, año XLII-2:11-20
———, "Legalidad subversiva, las paradojas del fraude", *La Jornada*, 5-8-88, p. 11.
———, "El reformismo radical y la derecha democrática", *La Jornada*, 24-8-88, p. 15.
———, *Oficio mexicano*, México, Grijalbo, 1993.
Basáñez, Miguel, *La lucha por la hegemonía 1968-199*0, México, Siglo XXI Editores, 1981.

Bataille, Georges, *Teoría de las religiones*, Barcelona, Taurus, 1991.
Baudrillard, Jean, *Las estrategias fatales,* Barcelona, Anagrama, 1983.
Bellinghausen, Hermann, "Antinomias del PRI", *La Jornada*, 18-7-88, p. 29.
Benítez, Fernando, *Cárdenas y la Revolución Mexicana,* México, Fondo de Cultura Económica/CREA, 1983.
———, "El verdadero reclamo", *La Jornada*, 17-8-88, p. 3.
Blanco, José Joaquín, *Se llamaba Vasconcelos,* México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
Bordieu, Pierre y Wacquant, Loic, *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995.
Brandao, Carlos, "Festim dos bruxos-relaçoes sociais e simbólicas na practica do curanderismo no Brasil", *Religiao e Sociedade,* 13:3-25, 1986.
Buci-Glucksman, Cristine, *Gramsci y el Estado*, México, Siglo XXI Editores, 1979.
Camacho Solís, Manuel, "El poder; estado o feudos políticos", *Foro Internacional*, 3: 331-351, 1974.
———, "Los nudos históricos del sistema político mexicano", *Foro Internacional*, 4:587-651, 1977.
Castañeda, Jorge G., "Urnas cruzadas", *Cuadernos de Nexos*, XI:54-69 1988.
———, "El final inesperado de la monotonía Mexicana", *La Jornada*, 12-9-88.
———, "¡México, país de maravillas!", *La Jornada*, 5-8-88.
———, *La herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México,* México, Alfaguara, 1999.
Castoriadis, H., *La institución imaginaria de la realidad*, Barcelona, Tusquets, 1983.
Castrejón Díez, Jaime, "La política en tiempos de ira", *La Jornada*, 11-9-88.
———, "Una cámara plural, la posición de la izquierda", *La Jornada*, 5-9-88, p. 11.
Callois, Roger, *El hombre y lo sagrado,* México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Cepeda Neri, Álvaro, "Hacia la legalidad de las elecciones", *La Jornada*, 2-8-88. p. 7.
Clastres, Pierre, *Investigaciones en antropología política,* Barcelona, GEDISA, 1996.
Colby, Y Colby, *The Daykeeper: the Life and Discourse of an Ixil Diviner*, Harvard University Press, 1981.
Colosio Murrieta, Luis Donaldo, *Discursos de campaña,* versión estenográfica, PRI, Secretaría de Información y Propaganda, 1993.
Colson, Elizabeth, "Antropología política", en Llobera (comp.), *Antropología política*, Barcelona, Anagrama, 1979.
Cohen, Ronald, "El sistema político", en Llobera (comp.), *Antropología política.* Barcelona, Anagrama, 1979:47-62.
Collin, Laura, "La Revolución Mexicana vista por sus apologistas. Drama o gesta", *Transformación Universitaria* Nº 34:9-15, Toluca, 1983.
———, "Notas para al lectura de los clásicos de la antropología mexicana", *Revista de la UAEM*, Toluca, nueva época, Nº 1: 20-25, México, 1984.
———, "El ritual político", *Scripta Ethnologica*, vol. XV: 83-90.
———, *Ritual y conflicto*, Serie Fiestas de los Pueblos Indígenas, México, Instituto Nacional Indigenista, 1994.
———, "De rituales y política", *El País*, 5-5-95, p. 7.
———, "El poder sacralizado. Un análisis de la conformación del poder en el México contemporáneo", *Scripta Ethnologica*, vol. XVIII: 157-167.
Comas, Juan, *La antropología social aplicada en México,* México, Instituto Indigenista Interamericano, 1964.
Cosío Villegas, Daniel, *El sistema político mexicano. Las posibilidades del cambio*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1972a.
———, *Historia moderna de México*, México-Buenos Aires, Hermes, 1972b.
Cueli, José, "Sereno, moreno", *La Jornada*, 15-7-88, p. 18.
De la Fuente, Julio, *Educación, antropología y desarrollo de la comunidad*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1964.
De Buen, Néstor, "Anticontaminación política", *La Jornada*, 1-8-88.

De Buen, Néstor, "Entre lo legal y lo justo", *La Jornada*, 27-8-88.
Del Villar, Luis, *Siete por la Silla. Lo desconocido de los presidenciables*, México, Quehacer Político, 1993.
Deveraux, George, *De la ansiedad al método en la ciencia de la conducta*, México, Siglo XXI Editores, 1977.
Douglas, Mary, *Estilos de pensar,* Barcelona, GEDISA, 1998.
Durkheim, Emile, *Las formas elementales de la vida religiosa*, AKAL, 1982.
———, "Los fundamentos sociales de la religión", en Robertson, R. (comp.), *Sociología de la religión*, 1979.
Esquivel Pren, José, *La Constitución de 1917. Base del desarrollo social, económico del presente y del futuro de México,* México, Costa Amic Editor, 1967.
Evans Pritchard, J., "El simbolismo Nuer", en Robertson, R. (comp.), *Sociología de la religiones*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, pp. 88-102.
Fernández Meléndez, Jorge, "Razones", *El financiero*, 4-12.95.
Fernández, Nuria, "La feminización de la pobreza", conferencia presentada en el Foro de Análisis sobre Alianza para el Campo, Chapingo, abril de 1999.
Ferreyra, Pablo, *Cuauhtémoc hombre y mito en la historia de México*, tesis presentada para obtener el grado de licenciatura en antropología social, Escela Nacional de Antropología e Historia, México, 1983.
Firth, Raimond, "El antropólogo escéptico. La antropología social y la perspectiva marxista de la sociedad", en Bloch (comp.), *Análisis marxista y antropología social*, Barcelona, Anagrama, 1977.
Freyre, Paulo, La educación como práctica de la libertad, Buenos Aires, Paidós, 1975.
Fuentes, Carlos, *La muerte de Artemio Cruz*, en *Obras completas*, México, Aguilar, 1974.
——— (1994), "Chiapas, donde hasta las piedras gritan", *La Jornada*, 7-1-94, p. 8.
Garavito, Rosa Albina, "Tomar partido", *La Jornada*, 27-8-88.
García de León, Antonio, "Chiapas: Sólo el pasado es infinito", en *La Jornada*, 11-1-94.
———, "Identidades", *La Jornada Semanal*, 21-9-97.

Garrido, Luis Javier, *El partido de la Revolución institucionalizada. La formación del nuevo en México (1928-1945*), México, SEP/Siglo XXI Editores, 1986.
———, "La crisis institucional", *La Jornada*, 27-8-88.
Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, GEDISA, 1987.
———, "La religión en Java: Conflicto e integración", en Robertson, R. (comp.), *Sociología de la religión*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, pp. 149-176.
———, *Los usos de la diversidad*, Barcelona, Paidós/ICE/UAB, 1996.
Geoghengam, William, "Information processing system in culture", en P. Kay editor, *Explorations in Mathematical Anthropology,* Cambridge, MIT Press, 1971.
Gilly, Adolfo, "La decisión", *La Jornada*, 1-7-88, pp. 14 y 15.
———, "Régimen", *La Jornada*, 12-8-88.
Giménez, Gilberto, *Cultura popular y religión en el Anáhuac,* México, Centro de Estudios Ecuménicos, 1978.
Girard, Rene, *La violencia y lo sagrado,* Barcelona, Anagrama, 1983.
———, *Literatura, mimesis y antropología*, Barcelona, GEDISA, 1984.
———, *El chivo expiatorio*, Barcelona, Anagrama, 1986.
Godelier, Maurice, *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas,* México, Siglo XXI Editores, 1974.
———, "Modos de producción, relaciones de parentesco y estructuras demográficas", en Bloch (comp.), *Análisis marxistas y antropología social*, Barcelona, Anagrama, 1977.
———, *La producción de grandes hombres*, Madrid, AKAL Universitaria, 1986.
———, *Lo ideal y lo material,* Madrid, Taurus-Alfaguara, 1989.
———, "Las mujeres y el poder político", *Antropológicas* Nº 7: 3-14, 1993.
———, *Meurtre du pere, sacrifice de la sexualité,* París, Arcanes, 1996.
———, "Acerca del don", conferencia magistral presentada en el *XLVII Congreso de Americanistas,* Quito, 1997.
———, Gómez, Pablo, "La elección", *La Jornada*, 1-7-88, p. 7.

Gómez Tagle, Silvia, “Elecciones en 1994. Seis años más”, *El Financiero*, 4-2-94, p. 12, 1994.
González, Fernando, *La muerte accidental de un cardenal,* México, Plaza y Valdés, 1995.
González,Luis, *Los días del presidente Cárdenas*, México, El Colegio de México, 1981 (Colección Historia de la Revolución Mexicana).
González Pedrero, Enrique, “La lección de la elección”, *Perfil de la Jornada*, 5-8-88, pp. 11-14.
González Tiburcio, Enrique, *“La cuestión social hacia el año 2000, Nexos*, 105: 24-36.
Goodenaugh, Ward, “Cultura, lenguaje y sociedad”, en Kahn (comp.), *El concepto de cultura. Textos fundamentales*, Barcelona, Anagrama, 1971.
Gramsci, Antonio, *Introducción a la filosofía de la praxis*, Ediciones Península, 1972.
Granados Chapa, Miguel Ángel, “Plaza Pública”, *La Jornada*, 15-7-88 y 23-8-88.
Graulich, Michel, “El sacrificio humano como castigo”, conferencia inédita presentada en eI *I Coloquio Internacional Religión y Sociedad*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 31 de mayo al 4 de junio de 1999.
Greimas, A. J., *Du sens*, París, Seuil, 1970.
Guevara Niebla, Gilberto, “La lucha de generaciones en el PRI”, *La Jornada*, 1-1-88, p. 7.
Gurvitch, Georges, *The spectrum of social time*, Holanda, D. Reidel Publishing Company, 1964.
Guzmán, Martín Luis, *La sombra del caudillo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947.
Hardy, Clarisa, *Las organizaciones campesinas en México*, MS, 1982.
Harwood, Frances, “Myth, memory and the oral tradition: Cicero in the Trobriands”, *American Athropologist, 78:438-456.*
Hill, Jonathan (ed.), *Rethinking History and Myth. Indigenous South American Perspectives on the past*, University of Illinois Press, 1988.
Hobsbawm, Eric, “Izquierda y políticas de identidad”, *Viejo Topo*, Barcelona, mayo de 1997.

Jackobson, R. *Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos (*s/f. MS).
Jacopin, Piere Ives, *Entre la palabra y el habla. En defensa del formalismo*, curso impartido en el programa de doctorado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 1997.
Keneth Turner, John, *México bárbaro*, México, Época, 1964 (1911), edición facsimilar.
Kierkegard, Soren, *El amor y la religión*, Buenos Aires, Santiago Rueda Editor, 1960.
Krauze, Enrique, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1976.
———, *Biografías del poder. Porfirio Díaz*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
———, "Zedillo y la crisis mexicana", *El Financiero*, 6-2-95, p. 14.

———, *Biografías del poder. Caudillos de la Revolución Mexicana (1910-1940),* México, Tusquets, 1997a.
———, *La presidencia imperial. Ascenso y caída sistema político mexicano*, México, Tusquets, 1997b.
Labastida, Horacio, "6 de Julio, Revolución y Constitucionalismo", *La Jornada*, 15-7-88, p. 5.
———, "Contra viento y marea", *La Jornada,* 7-8-98.
———, "Rebelión de los colgados", *La Jornada,* 7-1-94, p. 5.
Leach, Edmund, *Sistemas políticos de la Alta Birmania,* Barcelona, Anagrama, 1976.
Leclerc, Gerard, *Antropología y colonialismo*, Medellín, Ediciones Sur, s/f, *Anthropologie et colonialisme, Fayard*, París, 1972
Lechner, Norbert, "La dimensión cultural de la política", Nexos, 73, *entrevista de Adrián Acosta Silva, 1997.*
Lefebre, Henry, *Reflexiones sobre el estructuralismo y la historia*, Nueva Visión, 1971.
Legendrè, Pierre, *El amor del censor. Ensayo sobre el orden dogmático,* Barcelona, Anagrama, 1979.
Levi Strauss, Claude, *Mytthologiques I Le cru et le cuit*, París, Plond, 1966.

Levi Strauss, Claude, *Antropología estructural*, Buenos Aires, Eudeba, 1977.

Litz Atsurvide, German (entrevista), *La Jornada*, 1998.

López Portillo, José, *Mis tiempos*, México, Fernández Editores, 1988.

Loret De Mola, Rafael, *Las entrañas del poder: secretos de campaña,* México, Grijalbo, 1991.

———, *Presidente Interino,* México, Grijalbo, 1992.

———, *Secretos de Estado*, México, Grijalbo, 1994.

———, *Manos sucias. Crónicas verdaderas del poder*, México, Océano, 1996.

Loyo, Aurora, *La unidad nacional. Memoria y olvido: imágenes de México,* México, Martín Casillas Editores, 1983.

Lozada, Javier, *Seis en punto,* México, sin pie de imprenta, Ofset Larios, 1987.

Llobera, J. R., "La Antropología económica, entre el materialismo y el culturalismo", en Llobera (comp.), *Antropología económica*, Barcelona, Anagrama, 1980.

Mancisidor, José, *Historia de la Revolución Mexicana,* México, Costa Amic, 1981.

Masferrer, Elio, "La religión popular y el Papa", *Estudios de las Culturas Contemporáneas*, 7:127-134, Colima, 1993.

Marzal, Manuel, "Investigaciones e hipótesis sobre la religiosidad popular", *Pastoral y Lenguaje*, 18:64-78, Bogotá, IPLA, 1973.

Mendoza Ayala, Rubén, "Continuidad del desorden", *El Financiero*, 29-8-95.

Meyer, Jean, *Historia de la Revolución Mexicana. Estado y sociedad con Calles 1924-1928*, México, El Colegio de México, 1977.

Meyer, Lorenzo, *Democracia en México*, conferencia sustentada en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional autónoma de México, México, abril de 1996.

Mockus, Antanas, *Pluralismo religioso radicalizado: mas allá de la tolerancia y de la relación respetuosa,* conferencia magistral en el VI Congreso Latinoamericano de Religión Popular e Identidad, Santa Fe de Bogotá, mayo de 1996.

Molina Enríquez, Andrés, *Los grandes problemas nacionales,* México, Era, 1981.
Monod, Aurore, "Le Guerrier et lóiseau", *Bulletin* 57-58: 97-123, Sociètè Suisse des Américanistes, Ginebra.
Montes, Eduardo, "La oposición en Pemex", *La Jornada*, 20-8-88.
Morales, Cesáreo y Palma, Samuel, *Colosio. La construcción de un destino,* México, Rayuela, 1995.
Morris, Desmond, *El mono desnudo,* Barcelona, Plaza y Janés, 1975.
Morris, Brian, "Simbolism as Ideology", en Ellen Reason, *Classifications in their Social Context*, Academic Press, 1979.
Needler, Martin C., *Politics and Society in Mexico*, Alburquerque, University of New Mexico Press, 1971.
Nieto, José Antonio, *Sexualidad y deseo. Crítica antropológica de la cultura,* Madrid, Siglo XXI Editores, 1993.
Obregón, Álvaro, *Ocho mil kilómetros de campaña*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
Orozco, José Luis, "El evangelio de la globalización", *El Financiero,* 8-2-94, p. 40.
Ortega, Gregorio (comp.), *Fernando Gutiérrez Barrios. Diálogos con el hombre, el poder y la política,* México, Grupo Editorial Planeta, 1995.
Ortiz Pinchetti, José, "La vida después de la muerte… del PRI", *La Jornada,* 21-8-88, p. 5.
Paoli Bolio, Francisco, "Del presidencialismo absoluto al constitucional", *La Jornada*, 10-9-88.
———, "Cuestiones sencillas", *La Jornada*, 15-9-88, p. 9.
Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica (v/e), 1960.
Pereyra, Carlos, "Estado y sociedad", en Pablo González Casanova y Enrique Flores Cano (coords.), *México hoy,* 7ª ed., México, Siglo XXI Editores, 1983.
Ponce, Liz, "Guapos y poderosos", *Impacto*, Nº 2163:24-31.
Pozas, Asad y Rancaño, *Revolucionarios fueron todos,* México, SEP/80-Fondo de Cultura Económica, 1982.
Ramírez, Carlos, "Reglas, no hay reglas", *El Financiero*, 8-2-94, p. 43.
———, "Romper con su pasado", *El Financiero*, 9-2-94, p. 43.

Ramírez Cuellar, Héctor, "La derrota del grupo teocrático", *La Jornada*, 21-7-88.
Ramírez, Graco, "El Clan de los Salinas", *Reforma*, 23-I-89.
Reason, David, "Classification, Time and the Organization of Production", en *Classifications in their Social Context*, Londres, Academic Press, 1979.
Reed, John, *Villa y la Revolución Mexicana,* México, Nueva Imagen, 1983.
Reina, Leticia, *Las rebeliones campesinas en México 1819-1909,* México, Siglo XXI Editores, 1983.
Restrepo, Iván, "Modernizar al PRI, espectáculo reconfortante", *La Jornada*, 1-8-88, p. 3.
Reyes Heroles, Federico, "La gestión excepcional", *La Jornada*, 5-9-88, p. 4.
Reyes Heroles, Jesús, *El liberalismo mexicano en pocas páginas,* México, Fondo de Cultura Económica-SEP, 1985.
Rivapalacio, Raimundo, "La pluma del EZLN", *El Financiero,* 7-1-94, p. 59.
Rojas Zea, Rodolfo, "Se necesita otra Constitución", *El Financiero,* 10-02-94.
Ruiz Massieu, José Francisco, "Elecciones: las oposiciones", *La Jornada*, 23-8-88.
Sáenz, Moisés, *México íntegro,* México, SEP/80-Fondo de Cultura Económica, 1980 (1ª edición, 1929).
———, *Antología,* México, SEP, 1970.
Sahlins, Marshall, *Islas de historia. La muerte del capitán Cook, Metáfora, antropología e historia,* Barcelona, GEDISA, 1988.
———, *Cultura y razón práctica. Contra el utilitarismo en la teoría antropológica,* Barcelona, GEDISA, 1998.
Salinas de Gortari, Carlos, *Producción y participación política en el campo*, México, SEP/80, 1982.
———, *VI Informe de Gobierno*, *El Día,* suplemento de "Testimonios y Documentos", Nº 163, México, 2-11-94.
———, "Carta abierta", *El Financiero,* 4-12-95:57 y 58.
Sánchez Robledo, Adolfo, "La crisis del socialismo sin atributos", *La Jornada,* 28-8-88.
Sarmiento, Sergio,"La Decena Trágica", *El Financiero,* 9-2-94.

Silva Herzog, Jesús, *Breve historia de la Revolución Mexicana,* México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
———, *Trayectoria ideológica de la Revolución Mexicana y otros ensayos*, México, CREA-Siglo XII Editores, 1984.
Sodi de la Tijera, Demetrio, *La jornada*, 14-1-94.
Sperber, Dan, *El simbolismo en general,* Barcelona, Anthropos, 1988.
Spota, Luis, *Palabras mayores,* México, Grijalbo, 1975.
Trejo Delarbre, Raúl, "El movimiento obrero: Situación y perspectiva", en Pablo González Casanova y Enrique Flores Cano (Coords.), *México hoy,* 7ª ed., México, Siglo XXI Editores, 1983.
Trías, Eugenio, *Tratado de la pasión,* Madrid, Mondadori de Bolsillo, 1988.
Turner, Terence, "History, Myth, and Social Consciousness among the Kayapó of Central Brazil", en Hill, J (comp.), *Rethinking History and Myth,* University of Illinois Press, 1988.
Turner, Víctor, *The Ritual Procces, Structure and Anti-Structure,* Londres, Rutlege and Keagan Ed., 1969.
———*, El árbol de los símbolos*, Barcelona, GEDISA.
Valdés, Leonardo, "Ganamos", *La Jornada*, 15-9-88, p. 11.
Vargas González, Pablo, *Lealtades de la sumisión*, México, El Colegio de Michoacán, 1985.
Vasconcelos, José, *La raza cósmica,* Buenos Aires, Austral, 1936.
———, *Ulises Criollo*, México, SEP-Fondo de Cultura Económica, 1982.
Villa, Manuel, "Legítima calificación presidencial", *La Jornada*, 3-9-88, p. 5.
Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México,* México, Ediciones La Casa Chata, CISINAH, 1979.
———, "La reforma política y las perspectivas de democracia", en Pablo González Casanova y Enrique Flores Cano (coords.), *México Hoy*, 7ª ed., pp. 348-362, México, Siglo XXI Editores, 1983.
Warman, Arturo, *Conferencias*, México, INAH-SEP, 1971.
———, "El problema del campo", en Pablo González Casanova y Enrique Flores Cano (coords.), *México Hoy,* 7ª ed., pp. 108-120, México, Siglo XXI Editores, 1983.

Woldemberg, José, "Transición hacia la Democracia", *La Jornada* 23-7-88, p. 12.
White, Leslie, "El concepto de cultura", en Kahn (comp.), *El concepto de cultura, textos fundamentales, Barcelona,* Anagrama, 1975.
Womack, John, entrevista de Dolia Moguel, *El Financiero*, 19-10-95, p. 39.
Yánez, Sergio *et al.*, "El PRI en la encrucijada", México, MS, 1994.
Zaid, Gabriel, "Problemas de una cultura matriotera", *Cuadernos Mexicanos*, SEP-Conasupo, año 2:103.
Zantwijk, Else, *Los servidores de los santos*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1975.

Documentos y revistas

El Financiero, *Sucesión pactada, La ingeniería política del salinismo*, México, Plaza y Valdés, 1993.
ENAH-INAH, *Historia y crónicas de la clase obrera en México*, México, 1981.
Fundación Mexicana Cambio XXI, *Luis Donaldo Colosio. Retos y propuestas: Población y desarrollo*, 1994.
———, *Luis Donaldo Colosio. Retos y propuestas: Desarrollo regional e infraestructura,* 1994.
Gaceta de Solidaridad, *Nueva legislación agraria, art. 27 constitucional, Ley Agraria. Ley Orgánica de los Tribunales Agrarios*, México, 1992.
Grupo Parlamentario del PRD, *La violencia política en México: un asunto de derechos humanos*, México, 1992.
Grupo Consulto Interdisciplinario, *Carta Política Mexicana*, Nº 78, 1994.
ICAP, *Historia documental de la Confederación Nacional Campesina*, México, 1988.
INEHRM, *Testimonios del proceso revolucionario de México*, 1987.
Poder Ejecutivo Federal, *Ley Federal de Reforma Agraria*, CENAC-BOA, México, 1971.

Proceso, 1988. *La sombra de Serrano. De la matanza de Huitzilac a la expulsión de Calles,* México.
Secretaría de Comunicaciones y Transportes, *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos*, edición de homenaje al Congreso Constituyente de Querétaro, edición Facsimilar de la de 1917, México, 1967.
Tiempo de México, segunda época, de junio a noviembre de 1911 SEP/Cultura, 1964.